

MAUREEN ▼ MURDOCK

Ser.
mujer

Un Viaje Heroico

Un apasionante camino hacia la totalidad

 Gaia

Ser Mujer: un viaje heroico explica el proceso que ha de seguir la mujer para lograr un yo psíquicamente sano y espiritualmente vivo.

Maureen Murdock lo describe como un viaje mítico que, en parte, evoca al modelo de búsqueda heroica descrito por Joseph Campbell.

El proceso se inicia en el momento en que la mujer, rechazando su naturaleza femenina, tiende a identificarse progresivamente con los valores masculinos de nuestra cultura.

Se produce así un doloroso alejamiento de sí misma que la lleva a adentrarse en los trasfondos oscuros de la «Diosa».

El hecho de tomar conciencia de este proceso permite a la mujer reconectar con lo femenino y elevarse nuevamente hasta alcanzar su plenitud personal.

SER MUJER: UN VIAJE HEROICO

Un apasionante camino
hacia la totalidad

MAUREEN MURDOCK



Primera edición: marzo de 2010
Primera reimpresión: marzo de 2012
Quinta reimpresión: marzo de 2020

Título original: *The Heroine's Journey. Woman's Quest for Wholeness*

Traducción: Pilar Gutiérrez

Diseño de portada: Rafael Soria

© Maureen Murdock, 1990
Publicado por convenio con Shambala Publications, Inc.
P.O. Box 308, Boston - MA 02117 USA

De la presente edición en castellano:

© Gaia Ediciones, Distribuciones Alfaomega S.L., 1991, 2014
Alquimia, 6 - 28933 Móstoles (Madrid) - España
Tels.: 91 614 53 46 - 91 614 58 49
E-mail: alfaomega@alfaomega.es
www.alfaomega.es

Depósito Legal: M. 10.147-2012
I.S.B.N.: 978-84-8445-286-7

Impreso en España por Artes Gráficas COFÁS - Móstoles (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Agradecimientos	9
Introducción	13
1. El alejamiento de lo femenino	27
El rechazo de lo femenino. Empieza el viaje: la separación de la madre. La madre terrible y lo femenino negativo. El abandono de la madre. La separación de la madre buena. El rechazo del cuerpo femenino. Rechazada por la madre.	
2. La identificación con lo masculino	47
El padre como aliado. La niña de papá: la absorción de lo femenino. La búsqueda del padre: reuniendo aliados. La carencia de un aliado masculino positivo. La adicción a la perfección. El aprendizaje de las reglas del juego con papá. El patriarcado sobreaviso.	
3. Las pruebas del camino	67
Confrontando ogros y dragones. El mito de la dependencia. El dragón de dos cabezas. El mito de la inferioridad de lo femenino. Asesinar al Ogro tirano. El mito del amor romántico. Psique y Eros.	
4. La dicha ilusoria del éxito	83
La mística de la supermujer. Reacción a la mística femenina. La Gran Simuladora. El mito de no ser nunca suficiente.	
5. Las mujeres fuertes pueden decir que no	95
Una sensación de traición. La traición del padre: Ifigenia. La traición de Dios. Hijas espirituales del patriarcado. ¿Qué pasa cuando las mujeres dicen que no? Decir No: el rey debe morir.	
6. La iniciación y el descenso a la diosa	115
La iniciación de la mujer. Buscando los pedazos perdidos de mí misma. Los misterios de madre e hija. La diosa del	

grano. El descenso de Inanna. El encuentro con la madre oscura. El sufrimiento consciente y el retorno.

7. El urgente anhelo de reconectar con lo femenino	141
El bebé miniatura. La ruptura cuerpo/espíritual. La sexualidad femenina. El cuerpo de la mujer visto por su familia. Éste es mi cuerpo. La sordina del corazón. El duelo por el divorcio de lo femenino. La abuela araña. Lo femenino como preservador. Lo femenino como creador: Oshun y la Mujer-en-cambio. El refinamiento del vaso.	
8. Curar la ruptura madre/hija	165
Hijas sin madre. La madre como destino. La búsqueda de la madre personal. La divina cotidianeidad. La curación en la naturaleza y la comunidad. La abuela como guía. La mujer como creadora de mitos. El origen de las imágenes de la diosa. La mujer oscura de los sueños. Palabras de mujer. Recuperación de lo oscuro: reclamar a la loca. Reclamar el poder de lo femenino.	
9. El encuentro con el hombre interno con corazón	195
La curación de lo masculino herido. Lo masculino inconexo. La Liberación del «machisma». El matrimonio sagrado. La mujer sabia y el hombre con corazón. Los poderes curativos de lo Femenino: Hildegarda. Soñando con la unión sagrada.	
10. Más allá de la dualidad	213
Sanar la brecha entre lo femenino y lo masculino. Una perspectiva circular. La naturaleza dual de lo divino. Cristianismo celta. El círculo como modelo de vida.	
Conclusión	231
Bibliografía	235

Agradecimientos

A mi madre y a mi hija

Este libro es obra de muchas mujeres con las que he compartido el viaje. Quiero dar las gracias especialmente a las mujeres que han participado en mis grupos de mujeres a lo largo de los últimos doce años. Hemos pasado juntas por todas las etapas del viaje, funcionando como aliadas, ogros, compañeras de viaje, sanadoras, y finalmente convirtiéndonos en un consejo de brujas risueñas.

Aprendí las diferencias sutiles entre el viaje masculino y el femenino gracias a las participantes en mis seminarios y clases sobre el viaje del héroe/heroína. Agradezco especialmente a aquellos hombres y mujeres que sintieron la necesidad de sanar su femineidad herida. Me alegro de haber podido compartir el viaje de las mujeres a las que dirigí en su búsqueda de la luz, mujeres en terapia, mis amigas y las mujeres de mi familia. Estoy especialmente agradecida a aquellas mujeres que me han permitido contar sus sueños y sus historias en este libro.

Una mujer en particular ha sido mi guía, permitiéndome liberar mi confianza en el viejo modelo heroico y ayudándome a sanar mi propia ruptura madre/hija: a Gilda Franz doy las más efusivas gracias por estar disponible y por alentar el proceso de mi viaje creativo.

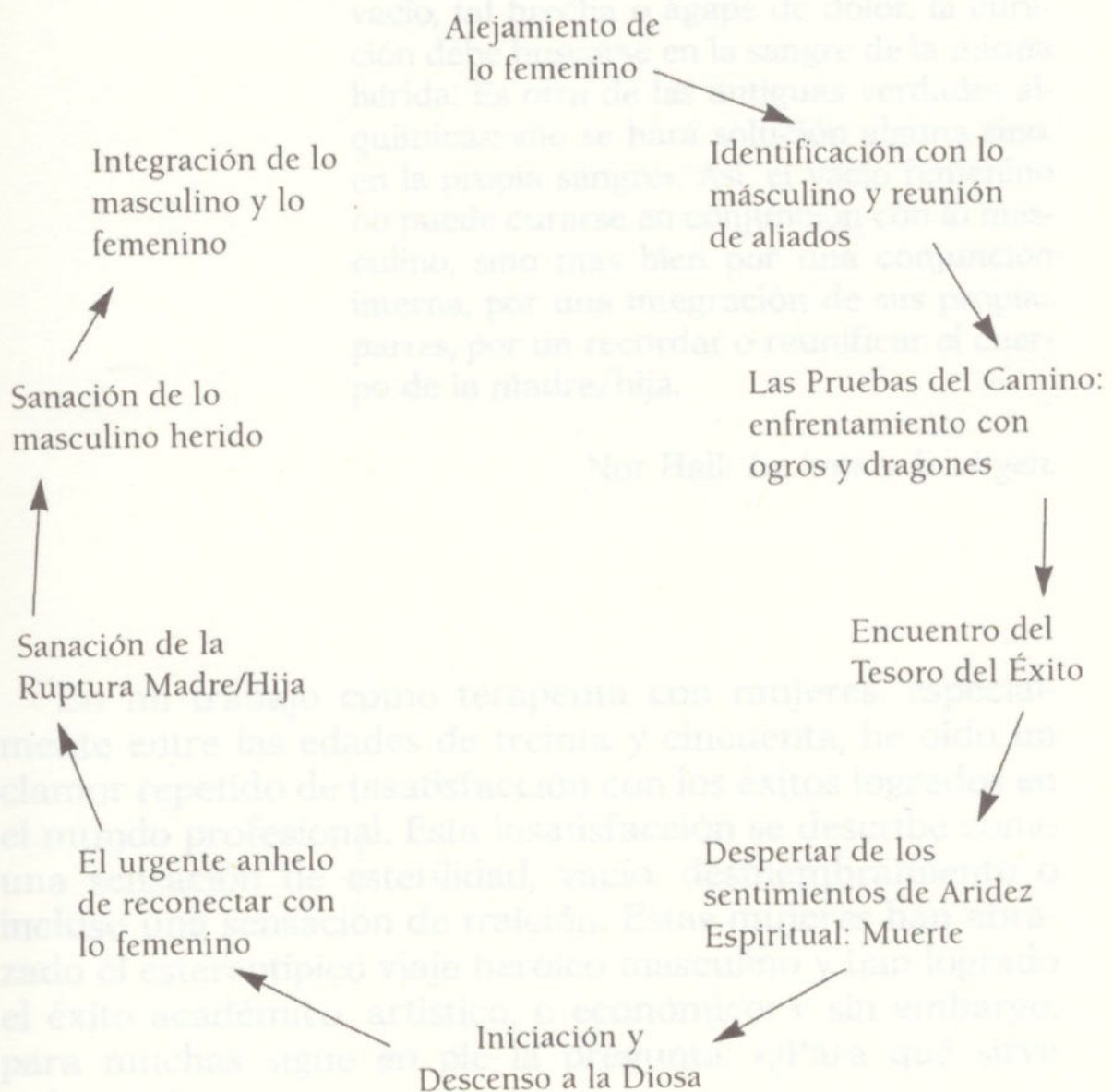
Quiero expresar mi agradecimiento también a aquellos que entrevisté durante la preparación del libro: a Joseph Campbell, el pionero, y a las mujeres artistas y poetas cuyo trabajo expresa profundamente su compromiso de reclamar el poder y la belleza de lo femenino. Gracias también al grupo de «Mujeres Imposibles» que fueron las primeras en conocer el diagrama del viaje heroico de la mujer.

Varias personas me han ayudado a elaborar este manuscrito: mi hija Heather, que hizo las veces de ayudante con su investigación, notas a pie de página, edición y buen humor: Jeffrey Herring, que consiguió las autorizaciones correspondientes y mi marido, Lucien Wulsin, mi Hombre con Corazón, que siempre me ha alentado en mi viaje y ha sido fiel testigo de mis descensos. El personal de la Biblioteca Jung, de Los Angeles, ha dado su tiempo y su ayuda generosamente; Martha Walford me prestó sus diapositivas de antiguos artefactos de diosas y Sharon Stafford dibujó las ilustraciones de la edición original.

Estoy particularmente agradecida a mi editora, Emily Hilburn Sell, de la Editorial Shambhala, con quien me reí durante la presentación final de este libro. He apreciado su humor, su sabiduría con los pies en la tierra y su entusiasmo inicial por este proyecto. Quiero reconocer la ayuda espiritual que siempre he recibido de la Gran Madre mientras desenredaba la maraña de la búsqueda heroica. Su imagen está encima de mi ordenador en muchas de sus diversas formas: mi agradecimiento a Madre Oso, Kwan Yin, María-Afroditia, Nut y Mahuea. Por último, gracias a las mujeres de mi linaje por su fuerza celta, sus canciones, sus historias y su devoción a los reinos invisibles.

El Viaje Heroico

de la mujer



El Viaje Heroico de la mujer comienza con el «Alejamiento de lo femenino» y termina con la «Integración de lo masculino y lo femenino».

Introducción

Hay un vacío que sienten en estos tiempos hombres y mujeres, que sospechan que su naturaleza femenina, como Perséfone, se ha ido al infierno. Donquiera que exista tal vacío, tal brecha o ágape de dolor, la curación debe buscarse en la sangre de la misma herida. Es otra de las antiguas verdades alquímicas: «no se hará solución alguna sino, en la propia sangre». Así, el vacío femenino no puede curarse en conjunción con lo masculino, sino más bien por una conjunción interna, por una integración de sus propias partes, por un recordar o reunificar el cuerpo de la madre/hija.

Nor Hall: *La luna y la virgen*.

En mi trabajo como terapeuta con mujeres, especialmente entre las edades de treinta y cincuenta, he oído un clamor repetido de insatisfacción con los éxitos logrados en el mundo profesional. Esta insatisfacción se describe como una sensación de esterilidad, vacío, desmembramiento o incluso una sensación de traición. Estas mujeres han abrazado el estereotípico viaje heroico masculino y han logrado el éxito académico, artístico, o económico; y sin embargo, para muchas sigue en pie la pregunta: «¿Para qué sirve todo esto?».

El tesoro del éxito ha hecho a todas estas mujeres esclavas del reloj, las ha dejado exhaustas, llenas de dolencias asociadas con el estrés y preguntándose en qué se habían equivocado. Esto no era lo que esperaban cuando emprendieron la carrera del éxito y la fama. La idea que tenían de

llegar a la cumbre no incluía el sacrificio de cuerpo y alma. Al observar el daño físico y emocional en que han incurrido las mujeres en este viaje heroico, he llegado a la conclusión de que el motivo por el que están sintiendo tanto dolor es que decidieron seguir un modelo que niega lo que en realidad son.

Mi deseo de entender cómo se relaciona el viaje de la mujer con el viaje del héroe, me llevó por primera vez a hablar con Joseph Campbell en 1981. Sabía que las etapas del viaje heroico femenino incorporaban aspectos del viaje del héroe, pero me parecía que el eje del desarrollo espiritual femenino era curar la escisión interna entre la mujer y su naturaleza femenina. Quería conocer la opinión de Campbell. Para mi sorpresa, respondió que las mujeres no necesitan hacer el viaje. «En toda la tradición mitológica, la mujer está ya ahí. Lo único que tiene que hacer es darse cuenta de que ella es el lugar al que la gente intenta llegar. Cuando la mujer se da cuenta de su maravillosa naturaleza, no pierde ya el tiempo con la idea de hacerse pseudo-hombre»¹.

Esta respuesta me dejó helada y la encontré profundamente insatisfactoria. Las mujeres que conozco y con las que trabajo no quieren estar ahí, en el sitio al que la gente quiere llegar. No quieren encarnar a Penélope, esperando pacientemente, eternamente tejiendo y deshaciendo. No quieren ser servidoras de la cultura masculina dominante, prestando servicio a los dioses. No quieren seguir el consejo de los predicadores fundamentalistas y volver al hogar. Necesitan un modelo nuevo que comprenda qué y quién es la mujer. En *El diario de una artista*, Anne Truitt escribe:

La cueva de mi femineidad me resulta acogedora, y creo que siempre volveré a ella con la agradable sensación de que estoy donde debo estar, de una manera que las palabras no pueden expresar. Tal vez los hombres tengan la misma sensación de su masculinidad. Sin duda, las diferencias entre hombres y mujeres son mucho menores

de lo que parece. El hecho de que la femineidad sea mi hogar no significa que deba quedarme en casa todo el tiempo. La cueva se volvería fétida si no saliera nunca. Tengo demasiada energía, demasiada curiosidad, demasiada fuerza, para quedarme tan enclaustrada. Partes enteras de mí misma se atrofiarían o se amargarían. Si quiero ser responsable conmigo misma, y lo quiero, tengo que ser fiel a mis aspiraciones².

Las mujeres viven una búsqueda hoy día en nuestra cultura. Es la búsqueda del abrazo a su naturaleza femenina, de aprender a valorarse como mujeres y a curar la herida de lo femenino. Es un viaje interior muy importante, cuyo punto de llegada es un ser humano totalmente integrado, equilibrado, y completo. Como la mayoría de los viajes, el camino de la heroína no es fácil, no tiene señales bien definidas ni guías turísticos. No hay mapa, carta de navegación, ni edad cronológica, para el comienzo del viaje. No sigue caminos rectos. Es un viaje que raramente se ve validado por el mundo exterior; de hecho, el mundo externo a menudo lo sabotea e interfiere con él.

El modelo del viaje heroico femenino deriva en parte del modelo de viaje heroico de Campbell³. El lenguaje de las etapas es, sin embargo, peculiar a las mujeres, y el modelo visual se me hizo patente de una manera muy femenina. Salió de mi espalda.

En la primavera de 1983 estaba haciendo un curso de posgraduado en el Centro de Estudios de Los Angeles sobre la Familia, estudiando una técnica terapéutica llamada «escultura familiar». La escultura familiar usa la representación de una escena repetida en la familia de origen de la persona, como por ejemplo, una escena típica de la hora de cenar. Yo estaba participando en calidad de sujeto en una escena así, donde estaban presentes mi madre, mi padre y mi hermana menor, cuyos papeles representaban mis compañeros de curso. Mientras manteníamos las posturas congeladas que solíamos tener los miembros de mi familia, mi

espalda hizo «crac». No podía ya sostener la postura forzada y encorvada que solía mantener para salvaguardar la paz familiar.

Estuve inmovilizada durante tres días. Yacía boca abajo en el suelo del salón y lloraba por todo el dolor y el caos de mi familia, que yo había aprendido a ignorar por medio del trabajo y el logro profesional. De esas lágrimas emergió la imagen del viaje heroico femenino, un camino circular que se movía en el sentido del reloj. Comenzaba con un rechazo muy abrupto de lo femenino, definido por mí como dependiente, manipulador y lleno de rabia. Continuaba con una inmersión total en el viaje heroico exterior conocido, lleno de aliados masculinos, para lograr el tesoro de la independencia, del prestigio, del dinero, del poder y del éxito. Esto iba seguido de un periodo desconcertante de aridez y desesperación, que llevaba a un descenso inevitable al Hades para encontrarme con la sombra femenina.

De esta oscuridad surgió una necesidad urgente de sanar lo que yo llamo la brecha madre/hija, la profunda herida femenina. El viaje de vuelta pasaba por una redefinición y reconocimiento de los valores femeninos y su integración con las habilidades masculinas aprendidas en la primera mitad del viaje.

Mi tarea durante estos años ha sido la de entender las etapas del viaje. Esto ha supuesto un lento proceso de escuchar las historias de mis clientes y amigos y de mirar el nivel más profundo de mi propia necesidad de reconocimiento y aprobación en una sociedad dominada por los hombres.

Este viaje está descrito desde mi perspectiva y desde la perspectiva de muchas mujeres de mi generación que han buscado el reconocimiento del sistema patriarcal y lo han hallado no sólo deficiente, sino terriblemente destructivo. Somos hijos de la era post-Sputnik, animados a sobresalir para recuperar la supremacía de Occidente.

Soy lo que se puede llamar una «hija de su padre» una mujer que se ha identificado primordialmente con el padre,

rechazando a menudo a la madre, y que ha buscado la atención y la aprobación del padre y de los valores masculinos. El modelo que presento no encaja necesariamente con la experiencia de todas las mujeres de todas las edades, y también he descubierto que no se limita únicamente a ellas. Se refiere al viaje de ambos géneros. Describe la experiencia de mucha gente que intenta estar activa y dejar una huella en el mundo, pero que, al mismo tiempo, teme lo que nuestra sociedad, obsesionada por el progreso, ha hecho a la psique humana y al equilibrio ecológico del planeta.

El movimiento a lo largo de las etapas del viaje es cíclico y se puede estar en varias etapas del viaje al mismo tiempo. Por ejemplo, estoy trabajando para remediar mi ruptura madre/hija, a la vez que integro las dos partes de mi naturaleza. El viaje heroico de la mujer es un ciclo continuo de desarrollo, crecimiento y aprendizaje.

El viaje comienza con la búsqueda de la identidad de la mujer. La «llamada» se oye a cualquier edad, cuando el «viejo ser» ya no vale. Puede ser cuando la joven deja el hogar para ir a la universidad, a trabajar, para viajar o a causa de una relación. O puede ocurrir cuando una mujer se divorcia, cuando vuelve a trabajar o a la universidad, cuando cambia de profesión o cuando se casan sus hijos. O puede ocurrir sencillamente cuando una mujer se da cuenta de que no tiene ninguna sensación de identidad que pueda considerar como propia.

La fase inicial del viaje incluye a menudo un rechazo de lo femenino, definido como pasivo, manipulador o improductivo. Las mujeres han sido caracterizadas frecuentemente por nuestra cultura como seres descentrados, volubles y demasiado emotivos para ser eficaces. Esta falta de concentración y de clara diferenciación en las mujeres se percibe como debilidad, inferioridad y dependencia, no sólo en la cultura masculina dominante sino también por las propias mujeres.

Las mujeres que buscan el éxito en el mundo laboral masculino, a menudo lo hacen para refutar este mito. Quie-

ren demostrar que saben pensar y sacar algo adelante y que son independientes, tanto emocional como económicamente. Discuten temas diversos con sus padres y familiares masculinos. Eligen modelos y mentores masculinos o mujeres de identificación masculina que validen su intelecto, su sentido de propósito en la vida y su ambición, y generan una sensación de seguridad, dirección y éxito. Todo va encaminado hacia la eficacia; hacia escalar académica o profesionalmente; hacia lograr prestigio, buena posición y desahogo económico; y también a sentirse con poder en el mundo. Esta es una experiencia embriagadora para la heroína y está completamente apoyada por nuestra sociedad materialista que otorga el supremo valor a lo que se hace. Lo que no sea hacer «un trabajo importante en el mundo» carece de valor intrínseco.

Nuestra heroína se viste su armadura, coge su espada, elige su corcel más veloz y se lanza a la batalla. Logra su trofeo: un título superior, un ascenso, dinero, autoridad. Los hombres sonríen, le dan la mano y la bienvenida al club.

Después de un tiempo de disfrutar de la vista desde la cumbre, compaginándolo todo, a menudo el trabajo y los hijos, puede aparecer una sensación de «vale, ya he llegado. Y ahora ¿qué?». Mira a su alrededor para ver el siguiente obstáculo que debería saltar, el siguiente ascenso, la siguiente reunión social, llenando cada momento libre con cosas que hacer. No sabe parar o decir que no y se siente culpable de pensar en defraudar a alguien que la necesite. El logro se ha convertido en una droga y es un «viaje» increíble sentir su recién adquirido poder.

Es a menudo en esta etapa cuando la mujer empieza a sentir que ha perdido su sincronía consigo misma, o puede sufrir una enfermedad física o un accidente. Empieza a preguntarse: «¿Para qué todo esto? He logrado todo lo que me había propuesto y me siento vacía. ¿Por qué tengo esta sensación de soledad y desolación? ¿Por qué esta sensación de haber sido traicionada? ¿Qué he perdido?».

En su afán por librarse de sus asociaciones negativas en el mismo barco que su femineidad, nuestra heroína ha creado un desequilibrio dentro de sí que la ha dejado marcada y herida. Ha aprendido cómo hacer las cosas lógica y eficazmente pero ha sacrificado su salud, sus sueños y su intuición. Lo que puede haber perdido es una relación profunda con su propia naturaleza femenina. Tal vez la pérdida que siente es la de la sabiduría de su cuerpo, la sensación de falta de tiempo para dedicar a su familia o a sus proyectos creativos, la pérdida de amistades profundas con otras mujeres o la ausencia de su propia «niña».

Según Campbell, «el interés primordial de la mujer es el de criar. Puede criar un cuerpo, un alma, una civilización, una comunidad. Si no tiene nada que criar, de alguna forma pierde el sentido de su función»⁴. Encuentro que muchas mujeres que han abrazado el viaje heroico masculino han olvidado cómo criar, cómo criarse a sí mismas. Han supuesto que para tener éxito tienen que ser cortantes y al hacerlo, muchas han acabado con un agujero en su corazón.

Lo que Campbell dice de los hombres en su crisis de los cincuenta, puede aplicarse también a la perplejidad e insatisfacción que las mujeres sienten en presencia del éxito. «Han subido hasta lo alto de la escalera y de pronto ven que está apoyada en la pared que no es. Se equivocaron al principio»⁵.

Algunas mujeres encuentran que sus esfuerzos por alcanzar el éxito y la fama se habían basado en complacer a sus padres, especialmente al padre interiorizado. Cuando empiezan a mirar hacia su motivación, algunas tienen dificultad en encontrar en sí mismas partes auténticamente suyas. Les invade un sentimiento de desolación. «Cuando miro hacia dentro, no sé quién hay ahí», dice una cineasta de cuarenta y pocos años. «De lo único que estoy segura es de este anhelo de plenitud en mi corazón. Lo único en que puedo confiar es en mi cuerpo». Lo que les ha ocurrido a estas mujeres es que no han llegado lo suficientemente lejos en su camino de liberación. Aprendieron a tener éxito

según un modelo masculino, pero ese modelo no satisfacía la necesidad de sentirse una persona completa. El «error inicial» puede haber sido una decisión de jugar con reglas ajenas en el juego de la autoestima y el éxito. Cuando una mujer decide dejar de jugar según las reglas patriarcales, no tiene indicadores que le digan cómo actuar y sentir. Cuando no quiere ya perpetuar formas arcaicas, la vida se hace emocionante, terrorífica. «El cambio asusta, pero donde hay miedo hay poder. Si aprendemos a sentir nuestro miedo sin dejar que nos detenga, el miedo se convierte en aliado, en una señal que nos dice que algo que hemos encontrado puede ser transformado. A menudo nuestra verdadera fuerza no radica en aquello que representa lo familiar, lo cómodo o positivo, sino en nuestro miedo y en nuestra resistencia a cambiar»⁶. Ha comenzado un proceso de iniciación.

Durante esta parte del viaje, la mujer comienza su descenso. Puede significar un periodo aparentemente interminable de vagar sin rumbo, de pena y rabia, de destronar reyes, de buscar los pedazos perdidos de sí misma y de encontrarse con la sombra femenina. Puede llevarle semanas, meses o años, y para muchas puede ir unido a un periodo de aislamiento voluntario —un período de oscuridad y silencio— y de aprender el arte de escucharse profundamente a sí misma de nuevo: de ser, en lugar de hacer. El mundo exterior puede ver esto como una depresión y un periodo de estasis*. La familia, los amigos y los compañeros de trabajo suplican a nuestra heroína que «vuelva a la realidad».

Este período suele estar lleno de sueños de desmembramiento y muerte, de sombras de hermanas y de intrusos, de viajes por desiertos y ríos, de antiguos símbolos de la diosa y de animales sagrados. Hay un deseo de pasar más tiempo en la naturaleza, nutriéndose de la tierra, y una mayor consciencia de los cambios estacionales y de los ritmos de la luna. Para muchas mujeres, la época de la menstruación se convierte en una ocasión importante para honrar

* N. de la T.: Término médico.

su femineidad, la sangre, la depuración y limpieza del cuerpo y del alma. El descenso no puede ser apresurado, porque es un viaje sagrado, no sólo para reivindicar las partes perdidas de una misma, sino también para redescubrir el alma perdida de la cultura —lo que muchas mujeres de hoy llaman «reclamar a la Diosa»—. Una anotación en mi propio diario durante este período dice así:

«Este territorio no está cartografiado. Es oscuro, húmedo, sangriento y solitario. No veo aliados, ni alivio, ni señal de una salida. Siento como si me hubieran abierto por la mitad en carne viva. Busco las partes desmembradas de mí misma, algo que pueda reconocer, pero sólo hay fragmentos y no sé cómo reunificarlos. Esto no se parece a ninguna batalla que haya librado antes. No es la conquista del otro; es encontrarme cara a cara conmigo misma. Camino desnuda buscando a la Madre. Buscando reclamar las partes de mí misma que no han visto la luz del día. Deben estar aquí en la oscuridad. Esperan a que yo las encuentre porque ya no confían. Las he traicionado ya otras veces. Son mis tesoros pero debo cavar para sacarlos. Este viaje no trata de una hada madrina que me enseña el camino de salida. Cavo... pidiendo paciencia, pidiendo el valor para aguantar la oscuridad, pidiendo la perseverancia para no subir a la luz prematuramente, cortando en seco mi encuentro con la Madre».

Tras el período de descenso, nuestra heroína empieza poco a poco a curar la ruptura madre/hija, la herida que resultó del rechazo inicial de lo femenino. Esto puede estar o no unido a una curación literal de la relación entre una mujer y su madre. De hecho, la curación se da dentro de la mujer misma, a medida que empieza a nutrir su cuerpo y su alma y a reclamar sus sentimientos, su intuición, su sexualidad, su creatividad y su sentido del humor.

Puede sentir una repentina urgencia por aprender cerámica o cocina, por la jardinería o por recibir un masaje, o por crear un nido acogedor. Parte de la energía que se ha dirigido hacia fuera se dirige lentamente hacia dentro para

dar a luz proyectos creativos, para descubrir de nuevo el cuerpo y disfrutar de la compañía de otras mujeres. Mujeres que han tenido como meta principal su carrera, posiblemente deseen ahora el matrimonio y la maternidad. Esta etapa implica decisiones claras y sacrificios que para el punto de vista patriarcal podrían parecer «tirar la toalla».

Una cliente mía, una dentista rozando los cuarenta que ya había perdido un pecho por el cáncer, se decidió a escribir, cuidar de su jardín y de sus hijos. «Es una decisión difícil; el cheque a fin de mes me hace sentirme segura y útil, y creo que me será imposible conseguir un seguro de enfermedad en mi estado actual. Pero estoy ansiosa por hacer todas esas cosas que eran importantes para mí antes de que mi profesión lo invadiera todo».

Yo tuve una experiencia similar escribiendo este libro. El viaje externo hacia el reconocimiento fue perdiendo importancia a medida que exploraba mi territorio interno. Mi voz femenina se hizo más potente e hice acopio de valor para abandonar mi dependencia de una mentalidad lineal. Entonces ya pude escuchar mis sueños, imágenes y aliados internos. Estos se hicieron mis guías. Cuando una mujer reduce el énfasis en la búsqueda heroica externa de su redefinición, queda libre para explorar sus propias imágenes y su propia voz.

Mientras la mujer se concentra en el proceso de su viaje interno, recibe poco reconocimiento y, menos aún, aplauso del mundo externo. Las preguntas que hace sobre los valores vitales incomodan a aquéllos que van a la búsqueda de la parafernalia del éxito. Éste es el motivo por el que un viaje así requiere valor, y confianza en que se recibirá la ayuda espiritual necesaria. Las mujeres se están reuniendo para estudiar, para compartir imágenes y para honrar lo que es femenino y se había perdido para sí mismas y para la cultura. Muchas mujeres hallan alivio y alegría en crear rituales juntas, para celebrar los ritmos de la naturaleza y para marcar las transiciones en sus vidas y en las vidas de sus seres queridos.

Tengo la sensación de que el énfasis intenso sobre la espiritualidad femenina en esta época, es resultado directo de que tantas mujeres hayan emprendido el viaje heroico masculino, para darse cuenta al fin de que estaba vacío personalmente y de que era un peligro para la humanidad. Las mujeres emularon el viaje heroico masculino porque no había otras imágenes que emular; o la mujer «tenía éxito» en una cultura masculinizada o estaba dominada y dependiente como hembra. Debemos encontrar ahora nuevos mitos y heroínas para cambiar las estructuras económicas, sociales y políticas de la sociedad. Este debe ser el motivo por el que tantas mujeres dirigen sus ojos a la imagen de la Diosa y a las antiguas culturas matriarcales, para entender las formas de liderazgo basadas en el compañerismo en lugar de la dominación, y en la cooperación en lugar de la avaricia.

«A medida que vamos terminando este siglo XX y pasando al XXI, parte de la vocación de las mujeres es reavivar una espiritualidad de la creatividad que no tema a la extraña belleza del mundo submarino del subconsciente, y ayudar a los hombres a salir del estrecho mundo de los hechos demostrables y limitados en el que la sociedad les ha encarcelado», dice Madeleine L'Engle en un artículo en la revista *Ms* del verano de 1987⁷. Sigue diciendo: «Mi papel como feminista no es el de competir con los hombres en su mundo; eso es demasiado fácil y en última instancia improductivo. Mi tarea es vivir plenamente como mujer, disfrutando de todo mi ser y de mi lugar en el universo».

¿Cuál es el lugar de la mujer en esta etapa de nuestro desarrollo cultural? Siento intensamente que es el de curar nuestra brecha, que nos dice que lo que sabemos, que nuestros deseos y anhelos no son tan importantes ni tan válidos como los de la cultura masculina dominante. Nuestra tarea es sanar esa brecha interna que nos dice que arrollemos los sentimientos, las intuiciones y las imágenes de sueños que nos informan de la verdad de la vida. Tenemos que tener el valor de convivir con la paradoja, la fortaleza para mantener

la tensión de no saber las respuestas, y la voluntad de escuchar nuestra sabiduría interna y la sabiduría del planeta, que suplica el cambio.

La heroína tiene que convertirse en una guerrera espiritual. Esto exige que aprenda el delicado arte del equilibrio y tenga la paciencia para permitir la lenta y sutil integración de los aspectos femenino y masculino de sí misma. Primeramente anhela perder su ser femenino y fundirse con lo masculino, y una vez que lo ha hecho, empieza a darse cuenta de que esto no es ni la respuesta ni el fin. No debe descartar ni renunciar a lo que ha aprendido a través de su búsqueda heroica, sino que debe aprender a ver lo que con tanto esfuerzo ha aprendido y logrado, no tanto como una meta, sino como una parte de todo el viaje. Entonces empezará a usar estas habilidades que ha aprendido para la obra más ingente de unir a los demás, en lugar de usarlo para su propio beneficio personal. Este es el matrimonio sagrado de lo femenino y lo masculino: cuando una mujer puede servir de verdad, no sólo a las necesidades de los otros, sino a la vez responder y valorar las suyas propias. Este énfasis sobre la integración y la consciencia* resultante de la interdependencia es necesario para cada uno de nosotros en estos tiempos, mientras trabajamos juntos para preservar el equilibrio de la vida en la tierra.

LA MUJER DE LOT

Pero si viajas lo suficientemente lejos, un día te reconocerás a ti misma viniendo a tu encuentro por el camino. Y dirás Sí.

Marion Woodman.

* *N. de la T.*: En general, aparecerá la palabra «consciencia»; para traducir el término inglés *awareness*, con el sentido de «atención» y de «darse cuenta». En todos los demás casos, se ha dejado «conciencia», en inglés, *consciousness*.

En algún lugar del camino,
en otra voz
y otro idioma,
ella espera otro tiempo
y el lavatorio de los pies,
mientras yo,
lágrima de sal de tamaño de mujer,
me alzo solidificada, la mujer de Lot,
mirando hacia atrás a mi ciudad en llamas,
a mis valles, montañas y llanuras a lo lejos.
De pie girada,
el peso de miles de años
se vuelve hacia la mujer
que espera en la distancia
notando eras incontables,
vidas sin nombres,
que caen y se desmoronan
por montes de rocosas laderas;
mujer sin fin
sus rimas le acompañan,
sus recuerdos,
sus palabras duras, sus palabras suaves,
gritos, mis palabras, mis gritos,
todo lo no oído, tal como yo oigo
los sonidos silenciosos de mujeres
que empiezan a abrirse
y a ser oídas a lo hondo y a lo ancho.
Girada del todo, con un paso hacia delante,
uno más y luego otro,
avanzo por el camino
hacia aquélla que soy
y aún no soy.

Rhett Kelly⁸.

NOTAS

¹ Joseph Campbell, entrevista con el autor, Nueva York, 15 de septiembre 1981.

² Anne Truitt, Daybook, *The Journal of an Artist*, Penguin Books, Nueva York, 1982, p. 110.

³ Joseph Campbell, *The Hero with a Thousand Faces*, p. 245.

⁴ Entrevista con Campbell.

⁵ *Ibid.*

⁶ Starhawk, *Dreaming the Dark*, p. 47.

⁷ Madeleine L'Engle, «Shake the Universe», pp. 182-85.

⁸ Rhett Kelly, «Lot's wife», 1989.

1. El alejamiento de lo femenino

La madre representa la víctima en nosotras mismas. La mujer sin libertad, la mártir. Nuestras personalidades parecen peligrosamente difuminadas y solapadas por la de nuestras madres y, en un intento desesperado de saber dónde termina la madre y empieza la hija, realizamos una intervención quirúrgica radical.

Adrienne Rich: *Of Woman Born*.

Todos los historiadores de la maternidad, y también los teóricos psicodinámicos, nos recuerdan que, desde la Revolución Industrial, las madres han sido consideradas responsables, y han sido glorificadas o culpadas, por lo que sus hijos llegan a ser¹. Se considera a la madre la causa principal del desarrollo positivo o negativo de sus hijos, sin tener en cuenta la autoridad y la valoración que debería atribuirse a su papel, en función de cada sistema cultural y cada caso familiar particular. La sociedad deposita en ella una gran responsabilidad, sin ofrecerle a cambio ninguna recompensa, ni económica, ni de prestigio o valoración, por un trabajo de tal importancia para cada cultura. No existen distinciones académicas por ser madre. Somos lentos en reconocer sus méritos, pero rápidos a la hora de culpabilizarla de todas las lacras sociales. En una reciente sentencia de un tribunal de Los Angeles, la madre de un convicto, miembro de una banda que vivía en un barrio infestado de droga, fue culpada por lo que el tribunal describió como ausencia de cuidado materno adecuado. No se mencionó en ningún momento la

ausencia de cuidado paterno, de educación, vivienda y de oportunidades para crecer en una sociedad segura y sana.

Nuestra sociedad es androcéntrica: ve el mundo desde una perspectiva masculina. A los hombres se les recompensa en el mundo por su inteligencia, su seguridad y manera de comportarse, mediante la posición social, el prestigio y las ganancias económicas. En el punto en que las mujeres son iguales a los hombres, se les recompensa de manera similar pero no en la misma medida. Si las mujeres se ven a sí mismas a través del prisma masculino y se miden permanentemente conforme a los patrones del hombre, siempre se encontrarán insuficientes o carentes de las cualidades que éste valora. Las mujeres nunca serán hombres, y muchas de ellas están intentado ser «iguales a los hombres» están dañando su naturaleza femenina. Las mujeres están empezando a definirse a sí mismas en términos de insuficiencia, en términos de lo que han realizado y de lo que no han realizado, oscureciéndose y desvalorizándose de esta manera como mujeres². La desvalorización de la mujer comienza con la madre.

Según Campbell, la tarea del verdadero héroe consiste en echar por tierra el orden establecido y crear una nueva comunidad. Al hacerlo, el héroe o heroína mata al monstruo del *statu quo*, al dragón del viejo orden, al guardián del pasado³. A nivel cultural, el orden establecido está profundamente imbuido de valores patriarcales, valores de dominación y control por parte de la población masculina, que es más fuerte, verbal y poderosa. Actualmente, tanto hombres como mujeres están desafiando el pensamiento y el lenguaje patriarcales, así como sus estructuras políticas, sociales, religiosas y docentes, y están creando nuevos modelos. Sin embargo, a nivel personal, el viejo orden sigue encarnado en la madre, y la primera tarea de la heroína para su individuación es la de separarse de ella.

Una hija puede luchar toda su vida por este proceso de separación, aunque algunas hacen rupturas más dramáticas. Para distanciarse a sí misma de su madre y de su propia

cualidad de madre, puede que una mujer tenga que atravesar un periodo de rechazo de la cualidades femeninas, distorsionadas por el prisma cultural, que las ve como pasivas, inferiores, dependientes, seductoras, manipuladoras y carentes de poder⁴.

El grado en que la madre de una mujer represente el orden establecido, el contexto restrictivo de los roles sexuales, y el profundo sentido de inferioridad femenino afincado en la sociedad patriarcal, determina el grado en el que una mujer busque la separación de su madre. A medida que avance en las fases de su desarrollo y comience a entender las raíces de la desvalorización de lo femenino en esta cultura, se irá dando cuenta de que su madre no es la causa de sus sentimientos de inadecuación. Ella es simplemente un blanco perfecto para dirigir la culpa de toda la confusión y la escasa autoestima que experimentan muchas hijas en una cultura que glorifica lo masculino.

La verdad es que nuestras madres, y sus madres previamente, han sido aprisionadas como la mujer de Lot en una imagen proyectada hacia ellas por los hombres. Las mujeres que fueron madres en los años cuarenta y en los cincuenta, no tuvieron muchas oportunidades de perseguir sus propios objetivos. Fueron manipuladas, reprimidas y anuladas con la colaboración de los anuncios publicitarios, las fajas y el valium.

El rechazo de lo femenino

Hace veinticinco años, Mary Lynne ingresó en una Facultad para mujeres decidida a estudiar Matemáticas superiores. Había sido influida por Sputnik en los años cincuenta, que estimuló a muchos escolares a estudiar matemáticas y ciencias. Sin embargo, la verdadera razón por la que eligió estudiar matemáticas fue porque era un área que pocas mujeres elegían en esa época. «Las chicas que yo conocía no elegían matemáticas, y yo quería ser diferente. La ma-

yoría estudiaban literatura inglesa, y yo no soportaba analizar argumentos y personajes. También estaba cansada de oír a mis padres aconsejarme que me hiciera enfermera o profesora, para tener algo a lo que recurrir, en el caso en que mi futuro marido quedara inválido. Por entonces yo no pensaba en un futuro marido y, desde luego, ¡no quería tener que recurrir a nada! Quería hacer algo importante en el campo de la informática. Me sentía llena de idealismo adolescente. También quería mostrar a mi padre que yo valía tanto como el hijo que siempre quiso tener y nunca tuvo».

Ella nunca pensó que tal vez no tuviera las aptitudes necesarias para tener éxito en matemáticas, a pesar de sus bajas notas previas y del consejo de su tutor escolar de que se licenciara en Literatura inglesa. No se lo podía creer, cuando el titular del Departamento de Matemáticas le dijo, al final de su segundo curso, que debería elegir otra especialidad, explicándole que sus bajas calificaciones no eran adecuadas para estudiar Matemáticas superiores. «Me quedé desolada» —cuenta ella—; «recuerdo haberme marchado aturdida después de nuestra conversación de dos minutos, pensando: ¡Ya está, ahora terminaré siendo una chica normal! Había pensado de manera simplista que las matemáticas me librarían de tener que ser una mujer».

Preguntas posteriores revelaron que Mary Lynne siempre había rechazado cualquier cosa asociada con ser femenina, porque no quería ser como su madre, un ama de casa tradicional, a la que siempre veía controlando, enfadada y rígida. «Nunca me llevé bien con mi madre. Siempre pensaba que estaba celosa, porque me iba bien en la escuela y porque tenía las oportunidades de realizar estudios superiores que ella nunca tuvo. Yo no quería acabar en algo parecido a ella; quería ser como mi padre, al que yo veía flexible, triunfador y satisfecho con su trabajo. Mamá nunca estaba contenta. Nunca se me ocurrió pensar por entonces que su éxito lo tenía a expensas de mi madre, o que el propio odio de ésta a sí misma y los mensajes confusos que transmitía

a sus hijas tenían su origen en la manera en que la sociedad trata a las mujeres».

Mary Lynne está empezando a comprender ahora, cómo su completa identificación con los valores masculinos estaba afectando el concepto que tenía de sí misma como mujer, y cómo solía desvalorizar a las demás mujeres. «Yo tenía una actitud de superioridad respecto a las demás mujeres; quería pensar como un hombre. Por supuesto, me odiaba como mujer. Excluía muchas zonas de mí misma en mi búsqueda de identificación con los hombres. Me construí un modelo en el que cualquier cosa que valiera la pena tenía que ser difícil de conseguir, concreta y cuantificable. Ahora me doy cuenta de que, al rechazar lo femenino al final de mi adolescencia, inhibía mi crecimiento como mujer, negaba mis cualidades innatas e ignoraba todo lo que me daba satisfacción».

Poco antes de cumplir cuarenta y dos años tuvo el siguiente sueño: «Estoy en el asiento trasero de un autobús, en Escocia. Me he quedado dormida, y cuando me despierto, el autobús está recorriendo el circuito de vuelta. Estoy en la calle Diehard. Son las nueve menos cuarto de la noche, pero todavía hay luz. El cielo está iluminado por la luz del norte».

Reflexionando sobre el sueño, decía: «Me doy cuenta de que el autobús de la línea circular Diehard tiene relación con mi postura en la vida. Durante muchos años he sido como esta línea de autobús; me he resistido firmemente a cualquier cosa considerada como femenina. Cuando no pude hacer matemáticas, me dediqué a las finanzas; aprendí a competir, a perseguir el poder y a actuar conforme a las reglas masculinas. Pero no aprendí a relajarme, a cuidarme y a disfrutar de la vida. Mis amigos me dicen que soy una drogadicta del trabajo; yo les respondo que no puedo hacerlo de otro modo, que este sistema funciona así. Pues bien, ahora pienso que he saldado mis cuentas. Ya no quiero montarme en la línea Diehard. He sacrificado mis relaciones con mi madre, mis hermanas y conmigo misma, para ser

heroica en el mundo de los hombres. Ya es tiempo de volver a lo que es importante de verdad.»

Empieza el viaje: la separación de la madre

El viaje empieza con la lucha de la heroína por separarse física y psicológicamente de su propia madre y del arquetipo de la madre, que tiene todavía un mayor alcance. El arquetipo de la madre es incluido a veces en el inconsciente, particularmente en su aspecto maternal, que abarca el cuerpo y el alma. La imagen de la madre representa, no sólo un aspecto del inconsciente, sino también un símbolo de todo el inconsciente colectivo, que contiene la unidad de todos los opuestos⁵.

La separación de la madre personal es un proceso particularmente intenso para la hija, ya que tiene que separarse de alguien que es igual que ella. Experimenta un miedo a la pérdida, caracterizado por la ansiedad de encontrarse sola, separada, y diferente del progenitor del mismo sexo que, en la mayoría de los casos, ha sido su primera relación. Separarse de la madre es más complejo para una hija que para un hijo, ya que ésta «tiene que diferenciarse de una figura materna con la que se identifica, mientras que el hijo debe diferenciarse de una figura materna cuyas cualidades y comportamientos se le enseña a repudiar dentro de sí mismo para llegar a ser un hombre»⁶.

Muchas hijas experimentan un conflicto entre querer una vida más libre que la de sus madres y querer al mismo tiempo su amor y aprobación. Desean ir más allá que sus madres, a pesar del miedo al riesgo de perder su amor. Al principio, la separación geográfica puede ser el único camino para resolver la tensión entre la necesidad de crecer y su deseo de complacer a sus madres. Las niñas han interiorizado el mito de la inferioridad femenina en esta cultura y, por tanto, tienen una mayor necesidad de aprobación y valoración que los hombres. Tienen dificultad en arriesgarse

a disgustar a sus padres. «La independencia en las jóvenes, por ser inesperada, tiende a interpretarse como un rechazo hacia los padres, mientras que en los varones se interpreta como una rebelión esperada»⁷. Esta primera separación «se siente frecuentemente más como un desmembramiento que como una liberación»⁸.

Para llevar a cabo esta separación, muchas jóvenes hacen de sus madres una imagen arquetípica de mujer vengativa, posesiva y devoradora, que deben rechazar para sobrevivir. Puede que la madre en cuestión tenga o no estas características, pero la hija las interioriza para construir su propia madre interna. Según Jung, esta madre interiorizada comienza a funcionar en nosotras como una sombra, como un modelo involuntario inaceptable para nuestro ego, y al no poderla aceptar en nosotras la proyectamos hacia los demás⁹.

La imagen del ogro que abandona a la hija o que la mantiene cautiva se proyecta sobre la madre, que tendrá entonces que ser asesinada. Como ocurre en el cuento de Hansel y Gretel, la madrastra se convierte en la bruja malvada, que encuentra su muerte en el horno. La relación madre/hija y la separación de la madre es tan compleja que, en la mayor parte de la literatura sobre mujeres y en los cuentos de hadas, la madre está ausente o muerta, o aparece como una malvada¹⁰.

La madre terrible y lo femenino negativo

Existen dos polos de expresión del arquetipo de la madre: la Gran Madre, que encarna el alimento, el apoyo y la protección sin límites, y la Madre Terrible, que representa la asfixia, el estancamiento y la muerte. Estos modelos arquetípicos son elementos de la psique humana, que se forman como respuesta de la típica dependencia de los humanos durante su infancia¹¹. En la mayoría de los casos, la madre constituye el primer objeto de dependencia de un niño, y

su tarea consiste en alejarse de esta fusión simbiótica, hacia la separación, la individuación y autonomía. Si la madre es percibida por el niño como una fuente de nutrición y ayuda, éste la experimentará como una fuerza positiva; por el contrario, si la percibe como negligente o asfixiante, la experimentará como destructiva.

Muchos adultos responden al poder femenino y, con frecuencia, a sus propias madres en relación al polo arquetípico de la Madre terrible¹². No pueden ver la vida de sus madres en el contexto del periodo histórico en el que han vivido, de su pasado familiar y de las escasas oportunidades disponibles para las mujeres en esa época; y así, interiorizan sus fallos como parte de la madre negativa interna.

En algún momento se ha llegado a tachar de puta devoradora (como por ejemplo, a Bette Davis), a la mujer decidida, que se afirmaba y sabía lo que quería; pero al mismo tiempo, la mujer que se quejaba de su falta de oportunidades, se la consideraba una quejumbrosa pasiva. Algunas hijas a las que sus madres enseñaron una forma sutil de compromiso y el odio hacia sí mismas, luchan hoy día para liberarse de esta imagen tan dañina. Una joven busca en su madre las claves de lo que significa ser mujer, y si ésta no puede dárselas, la hija se siente humillada por ser mujer. En su deseo de no ser como su madre, tal vez se esfuerce por conseguir poder a expensas de otras necesidades. «Muchas hijas sienten rabia contra sus madres por haber aceptado con facilidad y de manera pasiva *«las cosas como son»*¹³. Hasta que hacen consciente esta reacción inconsciente, continúan funcionando *en reacción* a sus madres.

La hija se aparta rápidamente de la madre devoradora que intenta aprisionarla por celos y envidia de sus talentos y libertad potencial. Se distancia de la madre que no la apoya, es rígida y continuamente está emitiendo juicios. Rehúye el arquetipo de la madre-mártir que ha sacrificado su propia vida al servicio de su esposo y de sus hijos. Puede que la amargura de la madre, causada por sus propios sueños rotos, estalle en cóleras súbitas o se manifieste en

un comportamiento pasivo-agresivo frente a la hija que ha tenido más oportunidades. Una madre que responde al arquetipo de la mujer histérica y enfadada, que rompe platos contra la pared, encarna la diosa Kali, llena de rabia destructora.

Kali Ma, la Diosa hindú triple, de la creación, conservación y destrucción, es conocida como la Madre oscura. Es la imagen arquetípica de la Madre del nacimiento y de la muerte, al mismo tiempo útero y tumba, que da vida a sus hijos y se la quita. Es el símbolo ancestral de lo femenino representado de mil formas diferentes¹⁴. Según Marija Gimbutas y Merlin Stone, las religiones matriarcales fueron suprimidas y desvalorizadas por las religiones patriarcales durante los últimos seis mil quinientos años¹⁵. El poder de Kali ha sido forzado a sumergirse, igual que se han suprimido los talentos, capacidades y energía de muchas mujeres, al aceptar éstas crear roles que les conducen a la depresión y que son suicidas. Cuando la rabia de Kali no es expresada o canalizada de manera creativa, se convierte en el estancamiento oscuro y devorador de una vida no vivida.

La mayoría de las mujeres no pueden esperar para distanciarse de la madre amenazadora y negativa. Todos hemos oído a mujeres que dicen: «No quiero ser en absoluto como mi madre, ni quiero parecerme a ella». Algunas mujeres no temen sólo ser como sus madres; de hecho, temen convertirse en ellas¹⁶. Esta matrofobia está tan arraigada en nuestra cultura que, con frecuencia, las madres se sienten abandonadas y rechazadas, cuando los hijos abandonan el hogar.

El abandono de la madre

Dejar a la madre puede sentirse como una traición, no sólo por ésta, sino también por la hija. «El primer conocimiento que tiene cualquier mujer de lo que es la calidez, el alimento, la ternura, la seguridad, la sensualidad y la

reciprocidad, procede de su madre. El primer arropamiento de un cuerpo femenino hacia otro puede negarse o rechazarse antes o después, por ser sentido como posesividad, trampa o tabú, pero representa al principio el mundo entero»¹⁷.

Muchas mujeres sienten un fuerte deseo de liberarse de su madre pero, al mismo tiempo, sienten una intensa culpabilidad por superarla. Susan, una joven de veinticinco años, se ha iniciado con éxito como una mujer de negocios, y tiene una cálida relación amorosa con un hombre, con el que piensa casarse próximamente. Su madre se divorció hace diecisiete años y nunca se sintió satisfecha con la carrera que eligió para sí misma. Trabajó duramente para sacar adelante a sus hijos como si fuera una madre soltera, pero siempre buscó trabajos que le recompensaran económicamente y no que la realizaran personalmente.

Hoy día, a sus cincuenta y cinco años, la madre de Susan está desorientada y deprimida. Esta depresión afectan las decisiones de Susan sobre tener un hijo y ampliar sus negocios. Piensa que no puede estar contenta y tener éxito hasta que su madre sea feliz y se sienta segura; en el fondo, está resentida por el rechazo de su madre a mejorar su propia vida.

«Siempre he sentido que no puedo ser feliz hasta que mamá recomponga su vida. Vive con mi hermana y es incapaz de mantenerse a sí misma económica y ser independiente desde el punto de vista afectivo; empiezo a dudar de que alguna vez pueda ser feliz. Me siento culpable por tener una relación que funciona, y sé que me retengo en los negocios, así que no van muy florecientes. Por una parte, quiero mostrarle que puedo hacer lo que ella no pudo y, por otra, estoy segura de que mi éxito la mataría».

Cada vez que Susan telefonea a su madre y le cuenta que tiene un nuevo cliente, ésta cambia de tema y le habla de su hermana o de los hijos de su hermana. Susan se siente rebajada y minusvalorada por su madre, y se lamenta de que nunca podrá compartir sus éxitos o su felicidad con

ella. Pero al mismo tiempo, cree que la ha traicionado por haber llegado más lejos que ella. Se siente culpable por su propio éxito, enfadada por el fracaso de su madre y, al mismo tiempo, tiene ansiedad por ser diferente de ella. En el pasado, esta culpabilidad y esta rabia le conducían a la depresión, pero ahora está motivada para ver a su madre como una individualidad separada, aceptando las decisiones que tomó dadas las circunstancias de su vida.

Muchas hijas se distancian de sus madres a causa de la incapacidad de éstas de aceptar sus éxitos y su proceso de individuación. Harriet Goldhor Lerner, describe el caso de una joven paciente, cuya madre llegó a padecer una terrible jaqueca que le impidió asistir a la ceremonia de licenciatura de su hija. Cuando la joven le dijo a su madre que pensaba hacer un doctorado, su madre cambió de conversación hablándole de la hija de una amiga que acababa de ingresar en una Facultad de Medicina¹⁸. La madre no quería reconocer las cualidades de su hija ni oír hablar de planes de futuro, porque esto le revelaba sus propias limitaciones.

Desgraciadamente, éste es un tema universal. «Una madre que ha sido bloqueada en su propio crecimiento puede que ignore o minusvalore la competencia de su hija o, por el contrario, puede que la anime a ser «especial» o «superdotada», para disfrutar de sus éxitos por delegación»¹⁹. Muchas madres envían mensajes contradictorios y ambivalentes a sus hijas, como por ejemplo, «no seas como yo, y sé como yo» o «ten éxito, pero no demasiado». No es extraño que la mujer rechace lo femenino en favor de lo masculino, que parece valorar su independencia y sus logros.

La separación de la madre buena

Tal vez la madre más difícil de dejar sea la madre que responde a un modelo positivo, divertido, enriquecedor y de apoyo. Separarse de este tipo de madre es como abandonar el Jardín del Edén, dejar el estado de inocencia, se-

guridad y bienestar, y aterrizar en un mundo incierto. Pero incluso la madre buena, que constituye un modelo positivo, puede atrapar a su hija sin darse cuenta. Si la hija le ve como una deidad mayor que la propia vida con la que tiene que medirse, puede que tenga que repudiarla para encontrar su propia identidad²⁰.

Alison es una mujer de cerca de treinta años, procedente de una familia establecida en Nueva Inglaterra. Su madre es una importante ejecutiva de un Banco, miembro activo de la comunidad y muy cariñosa como madre. Estimuló a Alison durante sus años de estudios y apoyó su decisión de ir a la Costa Oeste a estudiar interpretación. Alison la echa terriblemente de menos, pero no quiere vivir en la misma ciudad, a la sombra de su madre. Ya no quiere oír comparaciones entre ella y su madre, ni sentirse culpable por ser diferente a ella. Después de cada conversación telefónica, Alison siente profundamente que ha perdido la relación de confianza íntima que compartieron en otro tiempo, y le deprime haber escogido una carrera tan antitética a la estable vida de su madre. Ella y su madre no son ya las mismas. En su lucha por separarse, Alison ha empezado a adquirir la profundidad y calidad de emociones necesarias para la interpretación. Esta separación, con su correspondiente dolor, ha sido un primer paso esencial en el descubrimiento de sus propios talentos artísticos.

Muchas mujeres se asustan del término *femenino*, que se ha convertido en una palabra viciada. Algunas creen que la obligación de cuidar de los demás es inherente a la definición. La sociedad ha empujado a las mujeres a vivir a través de los demás, en vez de apoyarlas a encontrar su propia realización. Catherine, una mujer próxima a los cincuenta años, dice: «Las imágenes de lo femenino que nos presentaban en nuestra infancia eran, o bien la de una gran proveedora desinteresada, o bien la de un objeto sexual tipo Marilyn Monroe. En cualquiera de los dos casos, una terminaba siendo el *Gran Seno*. Temo que si me muestro femenina, perderé mi independencia y sus ventajas».

Existe un peligro en el repudio de lo femenino, cuando la hija que rechaza los aspectos de lo femenino no negativo encarnados por la madre, niega también los aspectos positivos de su propia naturaleza femenina, que son lúdicos, apasionados, sensuales, enriquecedores, intuitivos y creativos. Muchas mujeres que han tenido madres de carácter irritable o emocional intentan controlar sus propios enfados y sentimientos, para no ser vistas como castrantes y destructivas. Esta represión de la cólera les impide con frecuencia ver las desigualdades de un sistema definido por los hombres. Otras mujeres que han visto a sus madres como supersticiosas, religiosas o pasadas de moda, descartan los aspectos oscuros, misteriosos y mágicos de lo femenino, en aras de una lógica fría y analítica. Se ha creado un abismo entre la heroína y sus cualidades maternas internas; este abismo tendrá que ser salvado más adelante en su viaje para realizar su totalidad.

El rechazo del cuerpo femenino

Madre,
escribo a casa,
estoy sola y quiero
que me devuelvas mi cuerpo.

Susan Griffin: «Madre e hija».

El rechazo de lo femenino ocurre en ambas direcciones, de la hija a la madre y de la madre a la hija. Cuando una niña entra en la pubertad y descubre su sexualidad, la madre puede rechazar o despreciar su cuerpo físico. O también puede que sienta envidia de la juventud y del atractivo de la hija, activando sentimientos de vergüenza y de competitividad en la joven. Muchas niñas perciben este miedo de sus madres hacia ellas como un signo de rivalidad en captar la atención del padre.

A veces, también el padre puede sentirse incómodo al

ver florecer la sexualidad de su hija y pase cada vez menos tiempo con ella. Ésta experimenta entonces la dicotomía tradicional de virgen/ramera y es vista como un tabú por el padre y como una rival por la madre. Antes que desagradar a sus padres, puede que la hija se cierre a su sexualidad emergente hasta que sale del hogar. O tal vez llegue a tener tanto miedo de su sexualidad, que se case con el primer hombre del que se enamore. Tanto el padre como la madre continúan teniendo un dominio sobre su cuerpo.

Sospecho que éste es el principio del rechazo de una mujer de su propia sabiduría corporal instintiva. La mayor parte de los cuerpos femeninos saben cuándo algo en sus vidas «no marcha bien». Pero cuando las mujeres comienzan a ignorar sus cuerpos, empiezan a minusvalorar su intuición en favor de sus mentes.

Cuando una adolescente se da cuenta de que sus padres están incómodos con los signos externos de su sexualidad emergente, puede que rechace su cuerpo en proceso de cambio. Tal vez recurra a la comida para impedir que surjan sentimientos de inadecuación, o al alcohol, a las drogas o al sexo, para aliviar el dolor y la confusión por sentirse inaceptable. A medida que aumenta el corte entre su cuerpo y su espíritu, pierde la capacidad para reconocer los límites de su cuerpo contrayendo enfermedades o aumentando sus dolores. Las mujeres acceden a su espiritualidad a través del movimiento y del despertar del cuerpo, así que una negación del cuerpo inhibe el desarrollo espiritual de la heroína, que ignora su intuición y sus sueños para seguir las actividades más seguras de la mente.

Sara, una mujer de casi cuarenta años, está haciendo un doctorado en antropología. Cuando comenzó su terapia, se quejaba de un constante dolor en el costado que le impedía funcionar con normalidad. Estuvo casi sin moverse durante varios días, aunque un médico especialista le había dicho que no padecía de ninguna disfunción física. Trabajamos además con ejercicios de relajación, para aliviar el estrés producido por la redacción de su tesis, y después le

sugerí un ejercicio de visualización para que pidiera a su niña interior que le dijera qué le estaba ocurriendo a su cuerpo.

Sara vivió entonces una interesante experiencia de su «niña» de nueve años. Esta parte de ella quería salir afuera a jugar, corretear y saltar. Sara pasó veinte minutos jugando alegremente con su yo más joven y, al regresar al despacho, estalló en sollozos. Se había dado cuenta de que había perdido ese aspecto lúdico de ella misma en aras de sus esfuerzos académicos. Contó entonces que mantenía una buena relación con un hombre, pero que éste se había trasladado a vivir a Alaska, y que ella, haciéndose la fuerte, «se las arreglaba» por sí misma. No quería ser como su madre, y por lo tanto, no quería depender de ningún hombre. Seguía doliéndole el costado izquierdo, y le pregunté qué intentaba decirle su cuerpo.

Ella respondió: «He negado una gran parte de mí misma; no sólo a la niña que llevo dentro y a la que le gusta jugar, sino también al ser adulto en mí que se nutre de la naturaleza abierta. Me gusta ir de excursión, pero no me he dejado tiempo para ello. También me encantan los niños, pero en mi vida no hay ninguno. Simplemente mis estudios no me han dejado tiempo para hacer las cosas que me gustan. Me he convertido en una mujer fuerte, pero no tengo a nadie a quien cuidar, ni sé ni recuerdo cómo cuidarme a mí misma. Temo que si pido ayuda a mi familia o a los amigos piensen que soy débil». Como las mujeres han sido vistas como manipuladoras cuando reconocen los límites de sus cuerpos, han aprendido a hacer caso omiso del dolor para relacionarse con los hombres. El cuerpo femenino ha sido a la vez un objeto de deseo y de desprecio.

En nuestra cultura, el rechazo del cuerpo de la mujer, que tiene sus orígenes en la descripción que el Antiguo Testamento hace de Eva como seductora, ha sido reforzado desde hace cinco mil años en las religiones patriarcales, por los tabúes sobre la sexualidad femenina. Pertenecer al gé-

nero femenino ha sido la excusa de las instituciones políticas y religiosas, para excluir del poder a la mujer.

La actriz Cheri Gaulke creció en un medio religioso dominado por hombres y deidades masculinas. A los cuatro años se dio cuenta de que su cuerpo determinaba su destino: «Mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y mi hermano eran pastores luteranos; mi hermano constituye la cuarta generación. A los cuatro años me di cuenta de que no podía seguir los pasos de mi padre simplemente porque era una niña. En ese momento supe que el cristianismo me había traicionado a causa de mi carne. En el cristianismo, se ha separado la carne del espíritu: las mujer representa la carne, y el hombre el espíritu. La única manera de llegar al espíritu se convierte entonces en negar y trascender la carne. Pero yo no creo que esto sea así»²¹.

La madre de esta mujer no era una fuerza visible en su vida. «Todo mi trabajo ha estado orientado alrededor de mi padre, al intentar recuperar el poder robado por los varones. Yo encuentro inspiración en el movimiento espiritual femenino, porque la Diosa es una deidad con la que me puedo identificar; su cuerpo y el mío son uno; su poder y el mío son uno. Y esto no pueden suprimirlo los hombres»²².

Rechazada por la madre

Una mujer que se haya sentido rechazada por su madre, por haber sido adoptada, por haber estado enferma o deprimida, o por haberse refugiado en el alcohol, sentirá profundamente huérfana y continuará buscando lo que nunca tuvo. Tal vez actúe siempre como una «hija», intentando lograr la aprobación, el amor, la atención y la aceptación que su madre no pudo darle. Si la experiencia que tuvo de su madre fue la de una mujer ausente o demasiado ocupada, puede que busque afuera un modelo femenino positivo, quizá una mujer mayor con la que pueda sentirse vinculada.

Lila, una mujer negra de casi cuarenta años, recuerda que su madre era una mujer tan ocupada siempre trayendo niños al mundo que apenas advertía su presencia. «Continuamente estaba agotada y para ella yo no era mas que una sombra. Pero tía Essie se fijó en mí; sabía quién era yo y me dijo que yo era alguien. Me dio esperanza y me enseñó a creer en mí misma. Cada vez que me miraba a los ojos, yo me sentía bonita. Solía decirme que yo era especial y que llegaría lejos. Así que no podía esperar a dejar el hogar para probar que ella tenía razón».

Si una mujer se siente alienada o rechazada por su madre, puede que al principio rechace lo femenino y busque el reconocimiento de su padre y de la cultura patriarcal. Los hombres están en una posición de fuerza, y por ello, las mujeres tratan de conseguir su ayuda para sentirse fortalecidas. Nuestra heroína lucha por identificarse con el poder masculino que todo lo sabe. Primero aprende los juegos vertiginosos de los padres, las estrategias para competir, ganar y obtener resultados. Intenta demostrar que ella es capaz de cumplir los patrones diseñados por el hombre blanco a su propia imagen. Sin embargo, con independencia del éxito que consiga, seguirá sintiéndose minusvalorada y sobrecargada²³. Entonces empieza a cuestionar qué sucede con los valores femeninos.

Según la terapeuta jungiana Janet Dallet, «la conciencia colectiva de esta cultura, compuesta por innumerables presunciones que dominan nuestros valores, percepciones y elecciones, es fundamentalmente masculina. El (in)consciente colectivo de una sociedad patriarcal, la fuente de sus grandes sueños, es portador de los valores excluidos de la conciencia y, por ello, tiene un sesgo femenino —matriarcal—. Hoy día, los individuos creativos están obligados a abandonar la codicia patriarcal y a descender al reino en penumbras de las madres, para dar a luz lo que urge que nazca a la conciencia de una nueva era²⁴.

Llegada a este punto de su viaje, una mujer puede intentar curar el corte original con su madre y recuperar la

relación madre/hija en un contexto más amplio. Buscará diosas, heroínas y mujeres creativas contemporáneas con las que pueda identificarse y que le enseñen a reconocer su poder femenino y su belleza, y enriquezcan la experiencia de su propia autoridad en desarrollo²⁵. Al final, encontrará su curación en la Gran Madre.

Tanto si pensamos en la Diosa como un Ser personificado, o como una energía que se produce en el interior de las mujeres, la imagen de la Diosa constituye un reconocimiento del poder femenino, que no depende del hombre ni procede de la visión patriarcal sobre las mujeres... La Diosa nos refleja lo que tanto ha faltado en nuestra cultura: imágenes positivas de nuestro poder, de nuestros cuerpos, de nuestra voluntad y de nuestras madres. Mirar a la Diosa es recordarnos a nosotras mismas, imaginarnos en plenitud²⁶.

NOTAS

- ¹ Harriet Goldhor Lerner, *Women in Therapy*, p. 230.
- ² Polly Young-Eisendrath y Florence Wiedemann, *Female Authority*, p. 4.
- ³ Joseph Campbell, *The Hero...*, ob. cit. p. 337.
- ⁴ Los términos *femenino* y *masculino* se usan para describir formas de ser, principios inherentes a la existencia humana encarnados tanto en hombres como en mujeres. No hacen referencia al género. Lo femenino ha sido distorsionado por la cultura occidental para reflejar debilidad, mientras que lo masculino se ha distorsionado para reflejar la fuerza. Estas palabras deberían, por el contrario, referirse a una serie continua de atributos inherentes a todos los seres humanos y no limitada por el género. La aventura de la mujer es la de identificar las formas en que puede ser por sí misma, sin las limitaciones que le imponen palabras como femenino y masculino.
- ⁵ Sibylle Birkhauser-Oeri, *The Mother*, p. 14.
- ⁶ Lerner, ob. cit., p. 58.
- ⁷ Carol Pearson y Katherine Pope, *The Female Hero in American and British Literature*, p. 105.
- ⁸ *Ibíd.*
- ⁹ Kathie Carlson, *In her Image: The Unhealed Daughter's Search For Her Mother*, p. 55.

¹⁰ Pearson and Pope, *The Female Hero in American and British Literature*, p. 120.

¹¹ Young-Eisendrath y Wiedemann, ob. cit., p. 45.

¹² Ibíd., p. 24.

¹³ Rich, *Of Woman Born*, pp. 246-47.

¹⁴ Barbara G. Walker, *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets*, p. 488.

¹⁵ Véase Marija Gimbutas, *Goddess and Gods of Ancient Europe*, y Merlin Stone, *When God Was a Woman*.

¹⁶ El término «matrofobia», acuñado por la poetisa Lynn Sukenick significa el temor, no a parecerse a la propia madre sino a convertirse en ella. Véase Rich, ob. cit., p. 237.

¹⁷ Rich, ob. cit., p. 218.

¹⁸ Lerner, ob. cit., p. 182.

¹⁹ Ibíd.

²⁰ Carol Pearson, *The Hero Within*, p. 196.

²¹ Chari Gaulke, entrevista con la autora, Los Angeles, California, 23 de Octubre 1986.

²² Ibíd.

²³ De acuerdo con un estudio de la Rand Corporation hecho público en febrero de 1989 y citado en «Women Narrowing Wage Gap, but Poverty Grows, Study Finds» [Se reduce la diferencia entre el salario de hombres y mujeres, pero aumenta la pobreza. Resultados del estudio]. *Sacramento Bee Final*, 8 de febrero de 1989, entre 1980 y 1986, los salarios de todas las mujeres trabajadoras aumentaron entre un sesenta y un sesenta y cinco por ciento, en relación a los sueldos de los hombres. En una franja de edad entre los veinte y los veinticinco años, los sueldos de las mujeres aumentaron de un setenta y ocho por ciento a un ochenta y seis por ciento. Las predicciones más conservadoras afirman que para el año 2000 las mujeres ganarán un setenta y cuatro por ciento respecto al sueldo de los hombres. La pobreza es una condición que las mujeres sufren más a menudo debido a sus sueldos más bajos y porque en la mayoría de las familias con un sólo cabeza de familia, éste es una mujer. En 1940 sólo una de cada diez familias tenían una mujer al frente del hogar. En 1980 sin embargo, esta cifra había aumentado un cuarenta por ciento. Las mujeres actuaban de cabeza de familia en casi una de cada siete familias. El sesenta y dos por ciento de los adultos pobres eran mujeres. La diferencia entre la capacidad de ganar dinero de hombres y mujeres no generaba diferenciación por sexo en las estadísticas de pobreza, mientras las familias se mantenían intactas. Esa protección acabó al aumentar el divorcio, las madres solteras y la resultante proliferación de familias de un solo padre. En un estudio sobre padres trabajadores y la revolución en el hogar, publicado en *The Second Shift* (Nueva York, Viking, 1989), el sociólogo Arnie Hochschild halló que las mujeres realizan la mayoría de las tareas del hogar y cuidan a los hijos, intentando realizar dos trabajos de jornada completa en un día de veinticuatro horas. De acuerdo con sus cálculos estadísticos

realizados durante un periodo de ocho años, halló que en general las mujeres americanas, durante los últimos veinte años, habían trabajado unas quince horas más cada semana que los hombres. A lo largo de un año eso suma un mes más de veinticuatro horas por día. Sólo las mujeres que ganaban más que sus maridos hacían menos de la mitad del trabajo de la casa.

²⁴ Janet O. Dallett, *When the Spirits Come Back*, p. 27.

²⁵ Young-Eisendrath and Wiedemann, ob. cit., p. 63.

²⁶ Carlson, ob. cit., p. 77.

2. La identificación con lo masculino

Hijas del padre

A pesar de los éxitos conseguidos por el movimiento feminista, el mito predominante en nuestra cultura es que determinadas personas, posiciones y acontecimientos concretos, tienen más valor en sí que otros. Estas personas, posiciones y acontecimientos son normalmente masculinos, o están definidos por el hombre. Las normas del hombre se han convertido en el modelo social respecto al liderazgo, la autonomía y el éxito personal; en comparación, las mujeres se ven consideradas como carentes de inteligencia, aptitudes y poder.

A medida que va creciendo, la niña observa todo esto y quiere identificarse con el prestigio, la independencia, la autoridad y el dinero, todo ello controlado por hombres. Muchas mujeres que han conseguido triunfar son consideradas *hijas del padre*, porque buscan la aprobación y el poder de ese primer modelo masculino. De alguna manera, la aprobación de la madre no es tan importante; el padre define lo femenino y esto afecta la sexualidad de la hija, su capacidad para relacionarse después con los hombres y para tener éxito en el mundo. El que una mujer piense que está bien ser ambiciosa, tener poder, hacer dinero, o tener una buena relación con un hombre, proviene de su relación con su padre.

Lynda Schmidt define a la *hija del padre* como «la hija con una fuerte relación positiva con su padre, probablemente excluyendo a la madre. Este tipo de mujeres se orientará hacia los hombres a medida que va creciendo y tendrá una actitud de desaprobación hacia las mujeres. Las *hijas*

del padre organizan sus vidas conforme al principio masculino, conectándose con un hombre u orientándose internamente de un modo masculino. Tal vez encuentran un mentor o un guía, pero pueden tener al mismo tiempo dificultades para aceptar órdenes de un hombre o para dejarse enseñar por él»¹.

Psicólogos que han investigado sobre las motivaciones del comportamiento, han encontrado que muchas mujeres de éxito tenían padres que estimularon su talento, y que las hicieron sentirse desde pequeñas atractivas y queridas. Marjorie Lozoff, una socióloga de San Francisco, que dirigió durante cuatro años un estudio sobre el éxito profesional de las mujeres, llegó a la conclusión de que éstas eran más autónomas, «cuando los padres trataban a las hijas como personas interesantes, de valía y merecedoras de respeto y motivación»². Las mujeres educadas de este modo «no sentían que su femineidad fuera puesta en peligro por el desarrollo de su talento»³. Dichos padres pusieron un vivo interés en la vida de sus hijas y también les animaron a que tomaran un interés activo en sus propias vidas profesionales, o por sus tendencias hacia la política, el deporte o el arte.

Una exmiembro del Congreso de los Estados Unidos, Yvonne Brathwaite Burke, cuyo padre había dedicado su vida al Sindicato Internacional de Trabajadores de Servicios, formó parte de un piquete de huelga por primera vez a la edad de catorce años. Su padre había sido portero de una gran empresa durante veintiocho años, y su casa siempre estaba llena de sindicalistas. El Sindicato dio una beca a Burke para estudiar en la Facultad de Derecho de la Universidad de California, en Los Angeles.

Observando el esfuerzo que su padre había dedicado al sindicato, se dio cuenta de «lo que significa realmente luchar por algo. El creía en la lucha continua y, a pesar de que pasaba muchos meses en paro, se dedicaba a ella en cuerpo y alma, porque creía que eso era lo que había que hacer»⁴. Esta dedicación tuvo mucho impacto en ella.

«Yo estaba muy interesada en la idea de la lucha y en lo

que hacía mi padre. Sabía que le era difícil y que le suponía un sacrificio, pero él creía en lo que hacía. Discutía su trabajo sindical conmigo y yo era consciente de todos los detalles. Más adelante me apoyó mucho en mi decisión de hacerme abogada y de dedicarme a la política. De hecho, influyó en que iniciara esta actividad»⁵. A la madre de Burke, que era agente inmobiliario, no le entusiasmaba esta elección, porque no quería verla envuelta en debates y controversias. Aconsejaba a su hija dedicarse a la enseñanza, pero Burke prefería ser más activa e influir en la solución de conflictos.

La ex-alcalde de San Francisco, Dianne Feinstein, también aprendió del ejemplo de su padre sobre las complejidades burocráticas, cómo ser diplomática, fuerte y persistente, y a luchar por sus derechos. Él participaba con entusiasmo en las campañas de su hija haciendo de todo, desde conseguir fondos hasta llevar bocadillos al personal de su oficina. Como médico, tenía un gran sentido de servicio y, a pesar de padecer de cáncer, trabajó hasta el final de su vida. Enseñó a su hija a ser resistente y a sentirse motivada. Dianne Feinstein se sintió fortalecida con la confianza que su padre depositaba en ella. «Él siempre tuvo grandes expectativas sobre mí. En el fondo, siempre tuvo la convicción de que yo podría lograr cualquier cosa que intentara, aunque yo a veces lo dudaba»⁶.

La relación de una joven con su padre le ayuda a ver el mundo a través de los ojos de éste y a verse reflejada por él. En la búsqueda de su aprobación y aceptación, va comprobando sus propias capacidades, inteligencia y autovaloración, en relación con él y con otros hombres. La aprobación y motivación de una niña por parte de su padre la conduce a un desarrollo positivo de su ego. Tanto Dianne como Yvonne recuerdan haber tenido una relación cercana y fácil con sus padres. «Ninguna de las dos piensan que hayan tenido que sacrificar su femineidad por competir en un terreno dominado por lo masculino»⁷.

Las mujeres que se han sentido aceptadas por sus padres confían en ser aceptadas por el mundo. También desarrollan

una relación positiva con su propia naturaleza masculina, ya que tienen una figura masculina interna que les quiere tal como son. Esta figura apoyará sus esfuerzos creativos aceptándolos sin juicios.

Linda Leonard describe su visión de esta figura masculina positiva, que ella llama el Hombre con Corazón: «es cariñoso, tierno y fuerte»; no tiene miedo al enfado, a la intimidad o al amor. «Está conmigo y es paciente, pero también inicia, se enfrenta, y es capaz de seguir su camino. Es estable y resistente; su estabilidad proviene de saber fluir con la corriente de la vida, de saber estar en el momento presente. Juega y trabaja, y disfruta de estos dos modos de ser. Se siente en casa en cualquier lugar, tanto en espacios internos, como en el mundo exterior. Es un hombre de la tierra, instintivo y sexual, pero también es un hombre del espíritu, elevado y creativo»⁸. Esta figura interna se crea a través de una relación con el padre o con alguien que haga su papel, y llegará a convertirse en un guía de apoyo durante todo el viaje de la heroína.

El padre como aliado

La doctora Alexandra Symonds, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York, hizo un estudio sobre mujeres que habían tenido grandes responsabilidades en sus trabajos, y llegó a la conclusión de que éstas siempre habían tenido padres que habían insistido en la importancia de la educación, y que les habían enseñado a moverse en el mundo empresarial. Habían entrenado a sus hijas a seguir adelante, a pesar de los fracasos y de los sentimientos normales de ansiedad. Las habían animado a ser responsables de sus propias vidas; desde su infancia las habían estimulado a valerse por sí mismas en lugar de hacerlas dependientes.

Symonds concluyó que eran los padres los que mejor podían cultivar una sana competitividad en sus hijas. Aunque

no estoy totalmente de acuerdo en esto con su hipótesis, puesto que pienso que las madres también tienen mucho que ver en la creación de las capacidades de sus hijas, sí estoy de acuerdo con su afirmación de que «si los padres dieran a las hijas la clase de estímulos que proporcionan a los hijos —en los deportes, en aprender a mantener sus esfuerzos, en ser autosuficientes—, aunque éstas no consiguieran destacar, sí desarrollarían cualidades que serían importantes para el resto de sus vidas. Los padres podrían ayudarles mucho, en vez de darles palmaditas en el hombro y repetirles lo monas que son. Esto no es suficiente»⁹.

Las mujeres que han recibido este tipo de ayuda tienen suficiente confianza en sí mismas para dirigirse hacia cualquier tipo de actividad: eligen carreras que tienen objetivos definibles y pasos concretos a seguir, como Derecho, Medicina, Administración de empresas, Magisterio o Gestión de Museos, por nombrar sólo unas cuantas. Las demás mujeres, las que no fueron apoyadas por sus padres, ni en sus ideas ni en sus proyectos de futuro, o que fueron convencidas de que carecían de capacidades para realizarlos, tal vez se encuentren inestables en sus vidas, quizá esforzándose todavía por conseguir éxito.

Algunas mujeres que han triunfado, no sólo tratan de emular a sus padres, sino que evitan voluntariamente ser como sus madres, a las que perciben dependientes, desamparadas o hipercríticas. En los casos en que la madre es alcohólica, deprimida crónica, o está enferma, la hija se alía con el padre ignorando a su madre, que se convierte en la sombra del dormitorio de al lado. En este caso, el padre tiene el poder, tanto del mundo externo, como del mundo interno de su hija.

La niña de papá: la absorción de lo femenino

La eliminación de la madre y la identificación con el padre está bien ilustrada en la historia de Atenea, hija de

Metis y de Zeus. La absorción de Metis por Zeus puede verse también como un símbolo de la transición de la historia de la cultura griega, desde una sociedad matrilineal a una sociedad masculina, a un mundo dominado por el ego.

Atenea surgió de la cabeza de Zeus, como una mujer ya desarrollada, portando una resplandeciente armadura de oro, sosteniendo una afilada lanza en una mano, y emitiendo un poderoso grito de guerra. A partir de este espectacular nacimiento, Atenea se vinculó con Zeus, reconociéndole como su único progenitor. La diosa nunca reconoció a su madre Metis siempre pareció ignorar el hecho de tener una madre.

Según cuenta Hesíodo, Metis, una deidad del océano conocida por su sabiduría, fue la primera consorte real de Zeus. Cuando Metis se quedó embarazada de Atenea, Zeus la engañó haciéndola cada vez más pequeña y tragándosela después. Había sido predicho que Metis tendría dos hijos muy especiales: una hija que igualaría a Zeus en valor y sabiduría, y un hijo, un joven conquistador de corazones, que llegaría a ser dios de los dioses y de los hombres. Al tragarse Zeus a Metis, frustró los planes del destino y se apoderó de los atributos de ésta¹⁰.

Atenea era la bella diosa guerrera, protectora de los héroes griegos en la batalla. Era la diosa de la sabiduría y de las artes, maestra en estrategia y diplomacia, tejedora y patrona de las ciudades y de la civilización. Ayudó a Jason y a los Argonautas a construir su barco antes de proclamar la captura del Vellochino de oro, y también ayudó a los griegos a conquistar Troya. Se colocó junto al patriarcado, al decidir el voto de liberar a Orestes, que había matado a su madre, Clitemnestra, para vengar el asesinato de su padre, Agamenón, tras la Guerra de Troya. Con esta acción, Atenea colocó los valores patriarcales por encima de los vínculos maternos.

Una «mujer Atenea» es una «hija del padre»: desprecia a

su propia madre y se identifica con el padre; es brillante, ambiciosa y hace todo lo que puede para conseguir sus propósitos. Da poco valor a sus relaciones emocionales y no siente simpatía ni compasión por la vulnerabilidad. Si no se toma tiempo para descubrir la fuerza de la madre y reclamar una conexión profunda con el vínculo materno, tal vez nunca llegue a sanar su separación de lo femenino. Metis no fue la última mujer en ser tragada por un ego masculino, y Atenea no fue la última hija que descartó a su madre en favor de su padre. Yo escribo este libro, en parte, para comprender y sanar el corte que ocurrió entre mi madre y yo.

Cuando yo era una niña veía a mi padre como a un dios. Siempre estaba impaciente por que llegara del trabajo a casa; era divertido, inteligente, creativo y, como buen ejecutivo publicitario, tenía poder en el mundo. Fue uno de los muchos padres que volvieron a casa tras la Segunda guerra mundial, deseoso de aprovechar las oportunidades que se ofrecían a los jóvenes brillantes. Trabajaba muchas horas en un gran edificio de Manhattan, ganaba premios nacionales y era un modelo del talento masculino en su agencia.

Para mí, él era perfecto; era el amor de mi vida. Le añoraba por las noches, ya que raramente llegaba a cenar, pero a veces le veía por la mañana temprano antes de salir al colegio. Sus misteriosas idas y venidas, por las mañanas temprano y tarde en las noches, le convertían en una figura de proporciones míticas a mis ojos infantiles. «Estará haciendo un trabajo importante —pensaba yo— ¡probablemente un trabajo de dioses!».

Cuando él estaba en casa, yo quería su atención, su aprobación, su conversación. Yo actuaba inteligentemente y escuchaba. Me encantaba acompañarle a la ferretería y al almacén de maderas; él era de esas personas que nunca pueden estar quietas y, cuando estaba en casa, siempre estaba trabajando en un proyecto u otro. Todavía hoy día asocio el olor de la madera recién cortada con mi padre.

Cuando cumplí trece años, empecé a trabajar cada ve-

rano en su oficina. Siempre estaba orgulloso de mí y presumiendo ante sus compañeros de que yo era buena estudiante. Me hablaba de sus negocios y del valor que tenía el hacerlo por cuenta propia. También me hablaba de la educación, ya que como hombre autodidacta, lamentaba la carencia de una buena educación. Sin embargo, me disuadía de que me dedicara a la publicidad; decía que no era «un lugar para chicas». Opinaba que las mujeres tienen el carácter demasiado inestable para trabajar en los medios de publicidad. Que yo recuerde, la única profesión que pensaba que era adecuada para las mujeres era la de mecanógrafa, porque creía que podían serlo en casa y cuidar de la familia al mismo tiempo. Por eso planeé en secreto demostrarle que yo era diferente.

En contraste con los padres de muchas amigas de mi edad, el mío siempre estaba dispuesto a escuchar mis sentimientos. Esto era de una importancia vital para mí, ya que prácticamente yo no tenía comunicación con mi madre. A través de mi padre yo podía escucharme a mí misma. Me sentía afortunada de poderle contar cualquier cosa, o al menos, yo creía que podía. No le gustaba oírme hablar de la confusión que me producían los violentos arrebatos de mi madre, y me aconsejaba ser más comprensiva y paciente con ella.

Una vez soñé que iba a un encuentro terapéutico y que Peg, una amiga mía psiquiatra, estaba allí. Sentándose frente a mí, me cogía de las manos mientras yo hablaba al grupo. Me concedía tanto tiempo que las demás mujeres empezaron a protestar. Entonces me dijo: «Debes sentir una enorme tristeza porque tu padre no estaba muy presente durante tu infancia, y porque su trabajo le impedía ayudarte». Yo me sorprendí de sus palabras y de que relacionara mi tristeza con mi padre, ya que siempre había identificado a mi madre con el problema. La veía como «la mala» y quería que mi padre me rescatara. Éste es un tema recurrente en la heroína tradicional indiferenciada. Yo idolatraba a mi padre y le veía como mi salvador, e interpretaba muy bien

el papel de niña bonita e inteligente esperando a su príncipe. Sin embargo, él nunca vino a rescatarme. Muchos años después, me di cuenta de que me había abandonado igual que a mi madre, para hacer cosas importantes en el mundo.

La búsqueda del padre: reuniendo aliados

Durante la segunda fase del viaje de la heroína, una mujer desea identificarse con lo masculino o ser rescatada por lo masculino. Cuando una mujer decide romper con las imágenes establecidas de lo femenino, comienza inevitablemente el viaje tradicional del héroe. Se pone la armadura, monta en su moderno corcel, deja detrás a su amado y parte en pos del tesoro. Afina sus habilidades verbales e intenta encontrar los caminos del éxito. Percibe el mundo masculino como sano, amante de la diversión y orientado hacia la acción. Los hombres consiguen hacer cosas y esto alimenta su propia ambición.

Es éste un periodo importante en el desarrollo del ego de una mujer. Nuestra heroína busca modelos que puedan mostrarle las etapas del camino. Estos aliados masculinos pueden tomar la forma de padre, novio, maestro, jefe, o tutor; o la de una institución que le garantice el título o el salario que quiere obtener; o la de sacerdote, pastor, rabino o, incluso, la forma de Dios. Estos aliados pueden también ser mujeres que se identifican con lo masculino, tal vez mujeres de edad y sin hijos que han aceptado las reglas del juego, y que se han abierto camino con éxito hasta alcanzar posiciones de poder y prestigio.

Jill Barad, vicepresidente ejecutiva de marketing, diseño y desarrollo internacional de la empresa Mattel Toys, una de las mujeres ejecutivas de más alto rango en una empresa americana, atribuye su éxito profesional, no sólo al trabajo en equipo y a su capacidad para motivar a los empleados, sino también a varias personas de confianza a las que consulta periódicamente desde hace años. Ella describe su estilo

de dirección, que es exclusivamente personal, como un estilo que une la sensibilidad y una profunda intuición con la utilización constructiva de opiniones ajenas, valores básicos aprendidos de sus padres. Jill creció en un ambiente familiar creativo, con muchos estímulos mentales, y tuvo la suerte de tener un padre que siempre le decía: «Puedes ser cualquier cosa que quieras, simplemente con que te lo propongas a fondo; pon tu mente en ello, aprende lo que tengas que aprender y ¡a por ello!»¹¹.

«La mayoría de las mujeres intentan conseguir poder y autoridad, haciéndose como hombres o haciéndose querer por ellos»¹². Al principio esto no resulta tan negativo, ya que buscar la valoración masculina supone un paso positivo, hacia una mayor independencia dentro de la sociedad patriarcal, a partir de la fusión con la madre. Las jóvenes que se identifican con lo que podría considerarse como cualidades positivas del padre, tales como la disciplina, el saber tomar decisiones, la capacidad de dirección, la valentía, el poder y la autovaloración, tienen éxito en el mundo.

Sin embargo, esto puede ser muy perjudicial, si la mujer cree no tener existencia salvo en el espejo de la atención o de la definición por parte del varón. En *Alicia en el País de las Maravillas*, Lewis Carroll parodia la creencia de que aquéllos que tienen poder político en el mundo pueden definir las identidades de los que no lo tienen¹³. Tweedledum y Tweedledee dicen a Alicia que ella únicamente existe en la imaginación del Rey Rojo:

—El está soñando ahora —dijo Tweedledee— ¿y qué crees que está soñando?

Alicia dijo:

—Nadie puede saberlo.

—¿Y por qué no en ti? —exclamó Tweedledee palmo-teando triunfalmente—. Y si dejara de soñar contigo, ¿dónde crees que estarías?

—Donde estoy ahora, por supuesto —dijo Alicia.

—No estarías en ninguna parte. Porque tú eres únicamente una especie de criatura de sus sueños.

—Si el rey se despertase —añadió Tweedledum— te esfumarías ¡lo mismo que la llama de una vela!¹⁴.

La carencia de un aliado masculino positivo

La aprobación y motivación del padre o de otros sustitutos del padre, normalmente conducen a un desarrollo positivo del ego en la mujer. Pero una inhibición o una intervención negativa por parte del padre, padrastro, tío o abuelo, hiere profundamente el sentido que una mujer tiene de sí misma. Esto puede conducir a la sobrecompensación y al perfeccionismo, o a paralizar literalmente su desarrollo. Cuando un padre está ausente o es indiferente respecto a su hija, muestra tácitamente su desinterés, su decepción y su desaprobación, lo cual puede ser tan dañino para la heroína como los juicios explícitos negativos o la superprotección.

En *La heroína en la Literatura inglesa y americana*, Carol Pearson y Katherine Pope toman una cita del diario de la artista canadiense Emily Carr, cuyo padre estaba físicamente presente, pero estaba emocionalmente ausente para ella y para su madre. A sus sesenta años todavía se aferraba a este dios indiferente.

Hace ya sesenta y seis años y ayer noche todavía yo no era yo... Me pregunto que sentiría Padre. No puedo imaginarle ni la mitad de interesado que Madre. Era más del gusto de Padre sentarse frente a un sabroso filete, jugoso y caliente, servido en ese gran plato de estaño. Esto le hacía parpadear. Me pregunto si alguna vez consoló a Madre con alguna palabra tierna, después del parto o si estaría tan rígido como de costumbre esperando a que ella se recuperara para servirle. Él ignoraba a los recién nacidos hasta que eran suficientemente mayores como para admirarle, suficientemente mayores para tener deseos a los que él pudiera oponerse¹⁵.

La inadecuada atención de un padre, a nivel personal, o de un tutor, a nivel cultural, da lugar a lo que Linda Leonard denomina la «amazona acorazada».

Al reaccionar contra un padre negligente, las mujeres que lo hacen suelen identificarse a nivel de su ego con funciones masculinas o paternas. Al no darles sus padres lo que necesitaban, llegan a la conclusión de tener que obtenerlo por sí mismas... La coraza les protege positivamente en la medida en que les ayuda a su desarrollo profesional y les capacita para tener voz y voto en los asuntos del mundo. Pero en la medida en que la coraza les separa de sus propios sentimientos y de su parte más suave, estas mujeres tienden a alienarse de su propia creatividad, de su espontaneidad y vitalidad para vivir el presente, y de posibles relaciones positivas con hombres¹⁶.

Las mujeres de este tipo logran triunfar en lo profesional, pero difícilmente se puede confiar en ellas en el terreno de sus emociones y de las relaciones. Su figura interior masculina no es la de un hombre con corazón, sino la de un tirano codicioso que nunca está satisfecho. Nada de lo que ella haga es suficiente; siempre la empuja diciéndole «más, mejor y más rápido», sin reconocer sus deseos de sentirse amada, satisfecha o, simplemente, de descansar.

Danielle es una mujer de treinta años que dirige una gran empresa inmobiliaria. Es alta, inteligente, guapa y sexy, y utiliza todos esos atributos como ventajas para su trabajo. También es dura como una roca. Está enamorada de la imagen de su padre, un próspero empresario europeo, muerto hace ya tres años. Su padre había sido un hombre fuerte y de presencia autoritaria, que controlaba a su familia con puño de hierro. Halagaba a Danielle por su belleza e inteligencia y le decía que se mantuviera apartada del sexo porque era sucio; también le hablaba de su duro trabajo y de los éxitos que había logrado en sus negocios. Ella era su confidente. Siendo Danielle adolescente, su padre se divorció

de su madre. Ésta había sido injusta psicológica y físicamente con Danielle durante su infancia, y durante su adolescencia se fue volviendo alcohólica. El padre volvió a casarse con una mujer joven, ligeramente mayor que Danielle y la trataba casi como a una criada que satisface sus necesidades sexuales; además tuvo una serie de aventuras sexuales que todo el mundo conocía.

Danielle quiso entrar a trabajar con su padre, pero éste no se lo permitió, dándole la impresión de que este tipo de trabajos no era para mujeres. Tras la muerte de su padre, emprendió su propio negocio, porque deseaba intensamente demostrarse que podía hacerlo por sí misma. Lamentaba enormemente las cosas que su padre no le había enseñado, y las aprendió de todos los hombres con los que se relacionaba a nivel personal o profesional. Una vez que perdió un cliente a causa de su propia rudeza y agresividad, culpó al cliente por no ser capaz de aceptar tratar con una mujer con poder de afirmarse.

Cuando Danielle sufría fracasos en sus negocios, se indignaba diciéndose: «esto jamás me hubiera sucedido, si mi padre estuviera todavía vivo, ya que él me habría ayudado». Estaba negando el hecho de que su padre nunca apoyó sus esfuerzos por independizarse. No confiaba en nadie y empezó a sufrir una serie de infecciones vaginales y dolores cervicales. Se había desligado de su parte suave femenina y mostraba un gran desprecio por la mayoría de las mujeres, a las que calificaba categóricamente de ignorantes, consentidoras y destructivas.

Su mayor temor estaba relacionado con sus periódicas infecciones genitales, y culpaba a los hombres con los que había estado comprometida de incapacidad para mantener una relación estable y duradera. Utilizando un ejercicio de visualización creativa, le animé a que se comunicara con sus molestias vaginales. Al hacerlo, entró de lleno en el núcleo de su ira.

«Me siento furiosa porque desde muy pequeña he tenido que hacer esfuerzos heroicos para enfrentarme con mi ma-

dre, y yo era demasiado pequeña para poder asumir su locura. El mensaje que me daba mi padre era el de ignorarla, mientras que él se iba fuera a hacer cosas importantes en el mundo. El no me protegió. Intentar hacerme con el mundo exterior está fuera de mi alcance. Intentar competir está más allá de mi comprensión. Yo acabé sintiéndome superior y siendo impaciente con la gente, porque tuve que mantener una posición de poder desmesurado en mi familia, mirando a mi madre loca por encima del hombro y siendo la confidente de mi padre. Ahora estoy paralizada, ya que no tengo las confianzas de mi rey; éste ha muerto y ¿que me ha dejado? Un sentimiento de falsa importancia por haber sido su confidente. Pero, en realidad, yo no era sino una simple sirviente glorificada. Ahora no sé cómo mostrar un verdadero cariño por alguien y estoy aterrorizada de competir en el mundo laboral. Quiero empezar desde arriba y, aunque no sé cómo llevar mi empresa de manera eficaz, tengo claro que no quiero abrirme camino en una empresa ajena. Tengo dificultades de relación con otra gente, en especial con los hombres, pues desconfío de ellos».

El padre de Danielle, no sólo sabotó sus objetivos de ser una buena mujer de negocios, sino que también le quitó la posibilidad de tener un mundo fructífero de relaciones. Demostraba su desprecio hacia las mujeres a través del trato con sus sucesivas esposas y con las hermanastras de Danielle, cuya hermana mayor se suicidó siendo adolescente. El utilizaba a las mujeres para sus propios intereses, incluida Danielle, que pensaba ser la excepción. Ahora se da cuenta, a medida que progresa en su proceso de integración, de que su padre todavía tiene un poder sobre su sexualidad.

Muchas mujeres que se esfuerzan por triunfar en su trabajo para demostrar a sus padres su propia valía, tienen dificultades para mantener el éxito, incluso aunque hayan realizado unos buenos estudios. Si sus padres les dieron mensajes directos o indirectos de que las mujeres no pertenecen al mundo de los negocios, ellas interiorizan el mensaje

de que el éxito obtenido es contradictorio con el estereotipo sexual femenino¹⁷.

La adicción a la perfección

Una mujer joven puede parecer que triunfa, mientras que por dentro siente que se está desangrando. Por un temor innato a la inferioridad femenina, muchas mujeres se vuelven adictas a la perfección y trabajan de más para sobrecompensar el hecho de ser diferentes a los hombres.

Vivimos en una cultura que no confía en los procesos y que es intolerante con la diversidad. Por lo tanto, se espera que todos seamos perfectos, y más todavía, que seamos perfectos siguiendo caminos parecidos, cuando no idénticos. Se supone que debemos amoldarnos a modelos de virtud, realización, inteligencia y atractivo físico. Si no lo hacemos, se espera que nos arrepintamos, trabajemos más, estudiemos, sigamos una dieta, hagamos ejercicio y llevemos mejores ropas, hasta que encajemos en la imagen predominante de la persona ideal. Así, nuestras únicas cualidades (en este caso la de ser mujer) probablemente se consideren como «el problema» que tenemos que resolver para ser aceptables¹⁸.

Algunas mujeres se enorgullecen de aprender a pensar como los hombres, de competir con ellos y de vencerles en su propio juego. Estas mujeres hacen esfuerzos heroicos, pero muchas se quedan con una punzante sensación de que hagan lo que hagan nunca será «suficiente». Continúan haciendo siempre más, aun sin necesitar ya ser como los hombres. Habiendo crecido en un ambiente familiar católico, a menudo me pregunto si el sentimiento de carencia por parte de la mujer, no procederá del hecho de «no haber sido creada a imagen y semejanza de Dios». La experiencia que muchas jóvenes tienen de sus padres es la misma que

tienen con Dios Padre: amadas pero apartadas, e incluso temidas, por tener órganos genitales diferentes.

Nancy es una mujer de poco más de cuarenta años, que ha vuelto a la Facultad de Derecho, después de haber pasado veinte años como actriz y en la actividad política. Cuando hace sus ejercicios prácticos para la Facultad, se da cuenta de que derrocha una gran cantidad de tiempo y de energía intentando realizar cada tarea a la perfección. Hace mucho más esfuerzo del necesario y, por ello, nunca tiene suficiente tiempo y entrega los ejercicios fuera de plazo, hecho que se refleja en sus calificaciones. Nancy no carece de inteligencia o de habilidad para hacer estos trabajos, simplemente hace de más.

Cuando le pregunto para quién escribe sus respuestas perfectas, me responde: «Para papá». Me habla de un diálogo que tenía con su padre cuando era pequeña y que le viene repetidamente a la memoria. Éste era un camionero con mucho sentido del humor y que la trataba como si fuera varón, por ser la primogénita. «Bueno, me hubiera gustado que hubieras sido un niño —le decía—, pero ya que no lo eres, ¿cuántas son nueve por nueve?».

«Yo siempre tenía la respuesta correcta para cualquier pregunta que me hiciera —recuerda Nancy—. Memorizaba los resultados deportivos, las palabras más largas del diccionario, y la capital de cada Estado, de manera que nunca me pillara desprevenida. Era excelente para mi memoria, pero no tenía ni idea de lo que significaba ser una niña. Sólo sabía que algo no debía funcionar bien en mí, ya que yo no era un niño y tenía que hacer algo para compensarlo».

Nancy se definió conforme al ideal que su padre tenía de lo que era ser una mujer. Ya que no tenía los atributos físicos para ser un niño, lo mejor que podía hacer era ser lista y hacer las cosas perfectamente. Mi propio padre lo decía de esta manera: «Si no puedes hacer algo bien, no lo empieces», frase que yo interioricé como la orden de no intentar nada que no pudiera hacer a la perfección.

El aprendizaje de las reglas del juego con papá

Desde muy pequeñas las niñas aprenden cuáles son los juegos que hay que jugar para conseguir la atención y la aprobación del padre. Tendrán que hacer el papel de niñas bonitas, despiertas, o tímidas, o ser seductoras. El poder y la autoridad corresponden a papá dentro y fuera del dormitorio. El primer hombre con el que la hija coquetea es con su papá, y la manera como éste responde es esencial para el desarrollo sexual de una niña. La ternura, la capacidad de juego y el amor del padre, son factores muy importantes para una sana sexualidad de la hija; en caso contrario, su primer objeto de amor seguirá siendo su primer apego, que es su madre. Por otra parte, la dominación, la posesividad y la crítica del padre, puede perjudicar o destruir el desarrollo heterosexual de una niña.

Más dañino aún es el padre que ignora su función de protector de la sexualidad de su hija y, por una necesidad de dominación masculina, viola su desarrollo sexual normal a través del incesto. En este caso, la mujer pasará el resto de su vida reclamando su sexualidad y el hecho de que, como mujer, *tiene derechos*.

Otras niñas aprenden que es mejor no mostrarse demasiado listas con papá, ya que pueden convertirse en un blanco de ridículo, críticas, desaprobación y abuso físico. Aprenden a no mostrarse demasiado decididas con hombres que no mandan mucho en su casa. Rápidamente aprenden a dejarse ganar por papá a las cartas y a las damas, o a fallar a propósito jugando al baloncesto o al tenis. Olvidan sus propias ambiciones y se convierten en mujeres que hacen que sus jefes se sientan bien; pero al final, acaban amargadas, se convierten en mujeres pasivas y cínicas respecto a sus propias vidas.

Las niñas que han sufrido durante su infancia la carencia de una atención positiva por parte de sus padres, siguen buscándole en cada relación que entablan. Loretta, una mujer cercana a los cuarenta años, idolatraba a su padre, un

guapo locutor de deportes, pero no podía llamar su atención. Creció junto a tres hermanos atletas, que monopolizaban el interés de su padre. De niña era silenciosa y soñadora, y le encantaba pasar el tiempo en el bosque, pero carecía de cualidades atléticas y no tenía interés en el deporte. Su padre se burlaba de las historias que ella escribía y ridiculizaba sus juegos con los animales que tenía. Su madre era silenciosa y depresiva. Loretta no sabía cómo entrar en ese mundo totalmente masculino que la rodeaba, y lo hizo casándose.

«Mi primer marido, John, era un jugador de baseball de segunda categoría, así que yo iba a los partidos e invitaba a mi padre para que se sentara en la tribuna conmigo. Mi padre seguía muy de cerca la carrera de mi marido, pero no sentía ningún interés por la mía, y cuanto más tiempo pasaba yo con John fuera de temporada, más me daba cuenta de que no teníamos nada en común. Así que me casé con Mike. Era mayor que John y parecía mi padre; también era atleta, aunque no profesional, y esto me hacía pensar que las cosas serían diferentes. Era escritor como yo, pero siempre me decía que yo no tenía talento. Después de tres años de escuchar siempre lo mismo, me di cuenta de que yo estaba empezando a desaparecer igual que mi madre. Dejé a Mike y me costó un tiempo recuperarme, pero después de un año de estar separada, comprendí claramente que me había casado con estos hombres en un esfuerzo por llenar un gigantesco agujero producido por el rechazo de mi padre hacia mí. Entonces me aparté de los hombres y me centré en mi trabajo de escritora. Ahora veo a un profesor de Instituto que no se parece para nada a mi padre; no hace deportes y se interesa por lo que digo. Realmente lo pasamos bien juntos y, por primera vez, me he sentido bien de ser mujer. No sé si me volveré a casar, pero sí sé que ya no necesito buscar a Papá».

El patriarcado sobreaviso

Parte de la búsqueda de la heroína consiste en encontrar su trabajo en el mundo que le permita encontrar su identidad. Es importante para una mujer saber que puede sobrevivir sin depender de los padres o de otras personas, que puede expresar su corazón, su mente y su alma. La formación adquirida durante la primera etapa de la búsqueda heroica de una mujer, determina su competencia en el mundo.

No quiero decir con esto que las cualidades necesarias para el éxito y la realización están únicamente definidas por lo masculino, ni que el padre sea el primer modelo de estas cualidades en el mundo. El hecho es, no obstante, que el sistema en el que vivimos y trabajamos es principalmente un sistema patriarcal, en el que se valora más al hombre que a la mujer. Desde luego que esto está cambiando, pero el cambio es lento.

La continua desvalorización de la mujer en el mundo externo afecta a lo que ésta siente de sí misma internamente y a cómo percibe lo femenino. Las mujeres ya no quieren ser consideradas inferiores por más tiempo. En el momento actual, las mujeres están experimentando un profundo cambio interno como respuesta al patriarcado. Este movimiento interno tiene su reflejo hoy día en los cambios que están ocurriendo en la política social.

Aunque sé que todavía nos queda un largo camino para llegar a la igualdad racial y entre hombres y mujeres, las jóvenes que están creciendo hoy día en ambientes familiares en los que los valores femeninos son respetados, serán los focos de familias y de relaciones sociales más sanas en el futuro. Ojalá sea su figura interna masculina la del Hombre con Corazón.

NOTAS

- ¹ Linda Schimdt, «How the Father's Daughter Found Her Mother», p. 8.
- ² Kathy MacKay, «How Fathers Influence Daughters», pp. 1-2.
- ³ *Ibíd.*
- ⁴ *Ibíd.*
- ⁵ *Ibíd.*
- ⁶ *Ibíd.*
- ⁷ *Ibíd.*
- ⁸ Linda Leonard, *The Wounded Woman*, pp. 113-14.
- ⁹ Mackay, art. cit.
- ¹⁰ Jean Shinoda Bolen, *Goddesses in Everywoman*, p. 7.
- ¹¹ «Making It», *L.A. Times Magazine*, 4 de Diciembre de 1988, p. 72.
- ¹² Polly, Young-Eisendrath y Florence Wiedemann, ob. cit., p. 49.
- ¹³ Carol Pearson y Katherine Pope, ob. cit., p. 121.
- ¹⁴ Lewis Carroll, *Alice's Adventures in Wonderland and Through the Looking Glass*, p. 165.
- ¹⁵ Pearson and Pope, ob. cit., p. 123.
- ¹⁶ Linda Schierse Leonard, *The Wounded Woman*, p. 17.
- ¹⁷ Mackay, art. cit.
- ¹⁸ Carol Pearson, ob. cit., p. 125-26.

3. Las pruebas del camino

Confrontando ogros y dragones

La heroína cruza el umbral, abandona la seguridad del hogar de sus padres y parte en búsqueda de sí misma. Asciende por colinas y atraviesa valles, vadea ríos y corrientes, cruza secos desiertos y bosques oscuros, y penetra en el laberinto para encontrar qué hay en el centro de su ser. En el camino encuentra ogros que intentan engañarla llevándole a callejones sin salida, adversarios que desafían su astucia y resolución, y obstáculos que tiene que evitar, rodear o vencer. Para poder hacer este viaje, necesitará una lámpara, mucho hilo y toda su astucia.

Pero me estoy adelantando. ¿Por qué está ella ahí afuera en la noche, perdida en el laberinto? ¿Qué tesoro está buscando y cuál es el dragón que lo custodia?

De manera metafórica, está sola en la noche, vagando por el camino de las pruebas, para descubrir sus fuerzas y capacidades y para desvelar y vencer su propia debilidad. De esto se trata cuando se abandona el hogar y se emprende el viaje. El *hogar* constituye la seguridad de lo conocido. La escuela, un trabajo nuevo, los viajes y las relaciones, le proporcionarán oportunidades para observar y poner en práctica sus cualidades positivas y los aspectos negativos que proyecta en los demás. Ya no puede culpar del resultado de su vida a sus padres, hermanos, amigos, amantes o jefes; ha llegado el momento de mirarse a sí misma. Su tarea es la de empuñar la espada de *su* verdad, encontrar el sonido de *su* voz y elegir la senda de *su* destino. De esta manera encontrará el tesoro que está buscando.

Tropezará con obstáculos a lo largo del camino, tanto en su mundo externo racional, como en el mundo interno de su psique. El camino exterior de las pruebas le llevará, a

través de una carrera esperada de obstáculos, a los títulos académicos, ascensos, prestigio, matrimonio y éxito económico. Los dragones estarán allí custodiando las recompensas diciéndole que no tiene posibilidades de éxito, que en realidad no está haciendo lo que quiere hacer, y que, de todos modos, hay mucha gente más cualificada por delante de ella. Estos dragones aparecerán a veces para desalentarla, tomando la forma de padres, maestros o jefes.

Sin embargo, el dragón más difícil de vencer de todos es el reptil social que sonriéndole le dice: «claro, querida, puedes hacer lo que desees», mientras continúa saboteando sus planes, proporcionándole pocas oportunidades, sueldos bajos, atención inadecuada a sus hijos y escasas posibilidades de promoción. Lo que este dragón le está diciendo en realidad es: «claro, querida, puedes hacer lo que desees, mientras hagas lo que nosotros queremos que hagas».

Aparecerán ogros en su camino, para probar su resistencia, su capacidad de decisión y de establecer límites. Sus compañeros de trabajo la molestarán, sus jefes contrariarán sus peticiones, y sus amantes le dirán que no la quisieron desde el principio. Será tentada por juegos de sexo y manipulación, disfrazados de respuestas a sus necesidades de poder, realización y cariño. Se sentirá halagada pensando que ha llegado al territorio del poder y de la independencia, cuando todo lo que ha recibido no son sino talismanes de éxito.

A lo largo del viaje interior encontrará las fuerzas de su propia duda, del odio a sí misma, la indecisión, la parálisis y el miedo. El mundo exterior quizá le diga que puede hacerlo, pero ella se debate con demonios que le dicen que no puede. «No puedo hacerlo, soy una mentira»... «Si supieran realmente quien soy, no confiarían en mí»... «No puedo destacar, pues si lo hago me odiarán»... «Era más feliz cuando se encargaban de mí»... «No me lo merezco»... «Si yo fuera una verdadera mujer, me casaría y tendría hijos».

La letanía continúa y sirve para socavar su claridad, autoconfianza, ambición y autoestima. Los dragones que

guardan celosamente el mito de la dependencia, el mito de la inferioridad de la mujer, y el mito del amor romántico, son temibles adversarios. No es un viaje para cobardes, pues se necesita un enorme valor para adentrarse en las profundidades de uno mismo.

El mito de la dependencia

Dependencia y necesidad son dos palabras malditas para una mujer; a pesar de que la dependencia constituye una etapa normal en el desarrollo, tanto de los niños como de las niñas, la palabra *dependiente* se asocia más frecuentemente con la mujer. A las niñas no se les motiva a ser independientes, no se les apoya igual que a los niños para ser autónomas. «Por el contrario, se estimula a las niñas para seguir manteniendo relaciones de dependencia de sus padres y de la familia, relaciones que transfieren a sus maridos e hijos una vez casadas»¹.

De las mujeres se espera que atiendan las necesidades de dependencia de los demás; desde su infancia son educadas para anticiparse a estas necesidades; han oído decir continuamente a sus madres: «Seguro que tienes sed, ¿quieres un vaso de agua fresca?... Habrá sido un largo día y estarás cansado, ¿no quieres descansar un poco antes de la cena?... Estarás decepcionado de no haber podido formar parte del equipo...». Como aprenden a anticiparse a las necesidades de los demás, esperan consciente o inconscientemente que sus necesidades también sean previstas y atendidas. Cuando una mujer descubre que sus necesidades no están siendo tomadas en cuenta, piensa que algo no funciona *en ella*. De hecho, puede que incluso sienta vergüenza por tener también necesidades.

Si una mujer tiene que pedir que sea cubierta una de sus necesidades, será percibida por los demás, e incluso por sí misma, como absorbente, necesitada y dependiente. Sin embargo, lo que ocurre sencillamente es que tiene necesi-

dades normales, que quizá no están siendo atendidas por el marido, el compañero, el amigo o los hijos². Estas necesidades normales pueden incluir tener más tiempo para sí misma, una habitación propia, alguien que la escuche, un abrazo amoroso, o la oportunidad de desarrollar sus capacidades. Cuando aquéllas son negadas, empieza a sentir que no tiene derecho a actividades que satisfagan sus propias necesidades y deseos. De alguna manera, empieza a suponer que ella no tiene derecho a nada.

Algunas mujeres actúan de forma dependiente, para reforzar el ego de su compañero o para protegerle. Existe una regla tácita de la relación, según la cual, la mujer ha de ser débil para que el marido sea fuerte. El mito establece que si uno de los dos se rebaja, el otro puede conseguir su propio éxito, y esto no se reduce sólo a las relaciones heterosexuales. Nuestra heroína renuncia a «sí misma» para que el otro —el marido, el colaborador, el amante o el hijo— pueda ganar en personalidad. Este «regalo» o sacrificio inconsciente de entrega del yo a los demás le proporciona un sentimiento de autovalía, y contribuye a mantener un equilibrio en el sistema. En *Mujeres en terapia*, Harriet Lerner escribe:

Por debajo de la postura pasivo-dependiente de muchas mujeres, se encuentra la motivación inconsciente de apoyar y de proteger a otra persona, y también la convicción inconsciente de que una mujer debe permanecer en una posición de relativa debilidad para que sobreviva su relación principal. Incluso mujeres intelectualmente liberadas tienen miedo y se sienten culpables de «herir» a los demás, en especial a los hombres, cuando ejercen plenamente su capacidad de pensar y de actuar con independencia. De hecho, cuando una mujer empieza a definir con más claridad los términos de su propia vida, con frecuencia es acusada de menospreciar a los hombres, dañar a los hijos, o ser de algún modo destructiva con los demás³.

Esta actitud de que «el otro» tiene preferencia, a menudo es interiorizada por la mujer como una promesa tácita, aun cuando el compañero no lo pretenda ni lo quiera. Se introduce en el inconsciente de una niña al observar la dinámica familiar: ve a su madre posponer sus propias necesidades y aprende a hacer lo mismo. Resulta interesante cuando «el otro» que compite por su atención es parte de sí misma; tiene entonces que resolver un conflicto casi irresoluble.

Esta es la experiencia de Lynne, una escritora de poco más de cuarenta años, cuyo marido está en cura de desintoxicación de su adicción a la cocaína. La pareja se separó durante un periodo en el que él consumía excesiva droga, y Lynne continuó su carrera de guionista con gran éxito. Ahora que se han reconciliado de nuevo, se haya dividida entre su necesidad de escribir, de ser independiente y de contribuir a los ingresos de la familia, por una parte, y por otra, la voz que le dice que continuar su carrera pone a su familia en peligro.

Lynne está en las garras del Dragón de dos cabezas, una criatura viscosa que protesta y se pelea por cuál de las dos obtiene la mayor parte de su tiempo y de su energía. La escritora nunca consigue suficiente, y la madre se queda sin sentirse apreciada ni querida. La lucha permanente de estos dos aspectos de ella misma acaba con la creatividad de Lynne y le deja en un estado de total agotamiento mental y emocional. Así que le pedí que escribiera un diálogo entre las dos cabezas del dragón. Al hacerlo, advierte que la madre se expresa con un tono suave y de disculpa y que la escritora utiliza una voz fuerte y enfadada. A veces se sienten confusas sobre su propia identidad.

El dragón de dos cabezas

Escritora: Ponte a trabajar. Vas retrasada y no tienes tanto tiempo tal como van las cosas. Además, te lleva un

buen tiempo ponerte en marcha. Sal ya del otro personaje. Suéltalo. Sacúdelo.

Madre: Pero yo soy la otra persona. Yo soy realmente tú.

Escritora: Soy yo la que te permito pensar esto. Es así de sencillo.

Madre: Yo soy la persona que se levanta por las mañanas, hace las camas, da de comer a los niños, friega los platos y arregla la casa. Tengo que hacerlo.

Escritora: ¿Por qué? Esto me retrasa y se cruza en mi camino.

Madre: Si no fuera por mí...

Escritora: Si no fuera por ti, tendría más tiempo.

Madre: Si no fuera por mí, tú ya habrías desistido. Yo te daba una razón para continuar, una razón de existir. Yo soy tu ancla.

Escritora: Tú me hundes, me ahogas en tus necesidades. Me utilizas y haces que me sienta cansada por las mañanas. No puedo parar de pensar en ti, en tus necesidades, en sus necesidades... Tú no puedes distinguirlas y me utilizas dándome las sobras.

Madre: Yo soy la utilizada. Siempre se espera más de mí, nunca hago lo suficiente; siempre están exigiendo más. Más de mí. Ellos, los niños, el marido, los demás. Más, cada vez más. Quiero hacerlos felices, pero es tan difícil. Siempre quieren más. Tú también quieres más.

Escritora: Yo merezco más.

Madre: Yo merezco más. Merezco estar viva, hacer pis sola, tomar el aire, bailar si lo deseo.

Escritora: No puedes hacer eso. Eso me quita tiempo a mí. Soy yo quien te mantengo viva. Yo soy tu aire fresco. Si no fuera por mí, hace tiempo que ya te habrías derrumbado.

Madre: Si no fuera por mí, eres tú la que habrías desistido hace tiempo.

Escritora: No me interrumpas...

Madre: Eres tú la que me has interrumpido.

Escritora: Se supone que tengo que hacerlo... Lo merezco...

Madre: Yo también merezco más. Quiero más...

Escritora: ¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres?

Madre: ¡Quiero tiempo!

Escritora: ¡Soy yo la que quiere más tiempo! ¡Tú no puedes tener más!

Madre: Quiero sentirme bien... poderme olvidar sin remordimientos. ¡Quiero apostar por lo mejor!

Escritora: Yo lo deseo más que tú. Cuando tú te sientes bien, yo me siento bien, y puedo continuar con lo que estoy haciendo.

Madre: Entonces déjame sentirme bien conmigo misma.

Escritora: Ese es problema tuyo. Buena suerte, parásita.

Madre: Lo necesito... necesito más.

Escritora: ¿Tiempo? Pues duerme menos.

Madre: Pero estoy tan cansada...

Escritora: Entonces no discutas conmigo, no te cruces en mi camino y mantente callada.

Madre: No puedo.

Escritora: Ya lo sé. Tampoco yo puedo.

Este diálogo agotador se repite con ligeras variantes, una y otra vez, dentro de cada mujer que tiene que luchar para mantener su yo. Además, está reforzado por los preceptos familiares y culturales que presuponen que los demás tienen preferencia. Tener en cuenta su propia autonomía viene en segundo, tercero o cuarto lugar.

Para enfrentar este mito de la dependencia, nuestra heroína deberá descubrir estas actitudes sobreentendidas de su familia sobre la dependencia de la mujer, y de qué manera las ha interiorizado o no para mantener el equilibrio del sistema. Las mujeres que superan a sus madres experimentan bastante culpabilidad y ansiedad. Viven su éxito como una traición a la relación madre/hija, por haber dejado atrás a sus madres.

También es importante para la heroína comprender y

apreciar la función de su dependencia, tanto en el pasado como en sus relaciones actuales. Tal vez sea inconsciente de su necesidad de proteger a los demás de su propio éxito e independencia. A medida que se dé cuenta de esto, necesitará ser paciente consigo misma para afirmar su crecimiento. Habrá de reconocer también que tiene necesidades legítimas que han de ser cubiertas, y que si tiene una relación personal o una situación de trabajo que no le conviene, tiene el derecho de cambiarla.

En los últimos veinte años, se ha investigado mucho en nuestra cultura sobre los cambios producidos en el medio familiar, y se han vuelto a replantear cuáles son los roles del hombre y de la mujer. El resultado de estos estudios muestra que «virtualmente todas las mujeres comparten hoy día el mismo enfoque básico sobre su compromiso con la familia y respecto a su igualdad dentro y fuera de ella, en la medida en que no ven que haya conflicto entre una y otra»⁴.

En nuestra generación, las mujeres han tenido que afrontar decisiones relativas a la maternidad y a su profesión, que ninguna generación anterior tuvo que considerar. Mujeres que han elegido posponer su maternidad por su profesión, se han encontrado en la incómoda posición de que, a sus treinta y cinco o cuarenta años, o no han encontrado un marido para formar una familia, o tienen resistencias a abandonar el prestigio, el poder y las ventajas económicas que han adquirido en su trabajo.

Para resolver este tipo de cuestiones —la necesidad de independencia y la necesidad de procrear—, las mujeres necesitan un cambio de actitud por parte de la sociedad, así como la ayuda de los hombres. Roles flexibles en la familia y en el trabajo, junto a una política legislativa que los refleje, cambiarán en última instancia la manera en que las mujeres consideran y viven la dependencia. Nuestra heroína ya no tendrá que anularse por el crecimiento y desarrollo de los demás. Autonomía, realización y nutrición serán cualidades aceptadas en la mujer.

El mito de la inferioridad de lo femenino

La mejor esclava
no necesita ser golpeada,
pues se golpea a sí misma.

No con un látigo de cuero,
ni con palos o con varas,
ni con porras o garrotes,
sino con el látigo fino
de su propia lengua
y el sutil golpeteo
de su mente contra su mente.

¿Pues quién puede odiar
tan bien a su otra mitad
como ella a sí misma se odia?

Años de entrenamiento
se requiere para ello...

Erica Jong: «Alceste en el circuito poético».

En una sociedad que denigra las cualidades femeninas, es poco probable que la mujer se valore a sí misma como mujer. Ella se ve a sí misma, y también es vista, como carente, así que actúa externamente conforme al mito de la inferioridad. Mira a su alrededor y ve hombres que alcanzan sus objetivos, hombres que no son tan inteligentes, tan creativos, ni tan emprendedores como ella. Esto la confunde, pero le confirma lo que ha observado en las actitudes culturales: «el hombre es mejor»... «las mujeres no tienen valor en sí mismas, sino en relación a los hombres y a los hijos». Ella queda imbuida de este mito y valora sus capacidades a través del prisma del pensamiento de carencia: «si hiciera un poco más... si lo intentara con más insistencia... si fuera una buena chica... si obtuviera ese título académico... si llevara ese traje... si tuviera aquel coche... si... si..., entonces yo estaría bien».

Interioriza un sentimiento de disgusto consigo misma, y su propia voz empieza a parecerse a la de su madre y a la de su padre. Esta crítica interna puede personalizarse en la figura de un Ogro tirano o la de una Bruja malvada, que tendrán que ser eliminados. Dado que las mujeres han sido enseñadas a expresar la rabia contra sí mismas, las madres serán el primer blanco de su desprecio⁵. Como dije anteriormente, esto queda reflejado en el tratamiento que la mayoría de los cuentos de hadas hacen de las madres; parecen que todas encuentran una muerte prematura o espantosa. En su lugar, yo suelo sugerir a mis pacientes femeninas, que envíen sus continuas críticas de vacaciones a Hawai, para una larga temporada de reposo.

Asesinar al Ogro tirano

Sueño que estoy huyendo de una multitud amenazadora. Estoy con el Papa en una sala funeraria del Vaticano, llena de sarcófagos que tienen la efigie de su propietario. Él toma su espada y la empuña contra la cara esculpida en piedra de uno de sus predecesores. Oímos detractores que vienen hacia nosotros por todos los pasillos. No hay ninguna posible salida segura.

Este sueño me recuerda las catacumbas en las que firmé, hace veintiún años, un compromiso matrimonial en contra de mi voluntad. Yo estaba embarazada por entonces, y mi madre estaba tan avergonzada por estar yo «en pecado», que me pidió que me casara, no sólo fuera de la parroquia de nuestro barrio, sino incluso fuera del Estado en el que vivíamos. Ella no quería que mi desgracia fuera presenciada por los amigos más cercanos de la familia.

Mi novio y yo aceptamos encontrarnos con un sacerdote, que nos pidió firmar un documento indicando que no existía ningún «impedimento» matrimonial. En aquel tiempo, uno de los impedimentos para el matrimonio era el embarazo. Yo me negué a firmar por razones obvias. El sacerdote nos

condujo al sótano de la iglesia para ver al superior. Era un monje corpulento que, sentado frente a mí tras su escritorio, estiraba las arrugas de su hábito marrón, mientras me decía que no me podía casar si no firmaba aquel papel. Le pregunté cómo podía yo firmarlo, sabiendo que estaba embarazada. Me respondió que eso no tenía importancia. No sólo me sentí asustada y humillada, sino también incrédula de que la Iglesia quisiera que yo mintiera por cuestión de trámites. Así que me negué a firmar.

Decepcionado, el monje abandonó la celda de piedra que le servía de oficina, y me instó a reconsiderar mi decisión. A los pocos minutos mi novio entró en la celda y me pidió que continuáramos con los trámites, para poder salir de la casa de Dios conforme a sus reglas e hipocresía. Su sugerencia me dejó anonadada, ya que yo esperaba que él viniera a mi rescate mandándoles a la porra. En vez de hacerlo, se alió con los sacerdotes y salí de allí avergonzada y abatida.

Ahora soy una mujer diferente. Ya no me atrapan como antes las viejas imágenes masculinas de autoridad y poder. Ahora tomo la espada del Papa y la clavo con fuerza en ese viejo busto de piedra. Ya no tengo que aprender a agradar, decir sí o ir en contra de mi voluntad. Ahora tengo otras opciones y el valor para ejercerlas.

Para destruir el mito de la inferioridad, una mujer necesita llevar consigo la espada de su propia verdad y afilarla en la piedra del discernimiento. Dado que los mitos patriarcales han oscurecido gran parte de la verdad de las mujeres, éstas tendrán que desarrollar nuevas formas, estilos y lenguajes, para expresar su conocimiento⁶. Una mujer ha de encontrar su propia voz.

Reforzar su capacidad de comunicación ayuda a la heroína a poder tratar con muchos tipos diferentes de personas; y tener el valor de manifestar su visión inspira a otras mujeres a confiar en sus propias palabras y en la imagen que tienen de sí mismas. Cuanto más nos encontramos con obras de arte realizadas por mujeres, poesías y piezas musi-

cales compuestas por mujeres, coreografías y entornos diseñados por mujeres, más valoraremos la voz de la mujer. Cada mujer que disipa el mito de la inferioridad femenina, se convierte en un modelo para las demás.

Una mujer debe exigir que su femineidad sea digna de respeto. Tiene que reconocer su contribución a la cultura y a la sociedad como válida en sí misma, en cualquiera de sus manifestaciones: mayor capacidad de relacionarse con empatía, una orientación estética sólida y fiable, y un deseo altruista de cuidar de los demás. A través de este tipo de autoestima puede crear una relación de pareja de igual a igual con los hombres, y también con su *animus*. Las mujeres han de reaprender que los hombres son «personas masculinas», sin poder mágico o autoridad intrínseca derivada de su género, para dejar de emularles y de necesitar la aprobación de las instituciones patriarcales, así como de despreciar a otras mujeres por adaptarse a éstas⁷.

El mito del amor romántico

El mito del amor romántico proclama que una mujer busca al padre/amante/salvador que le resuelva todos los problemas. En este caso, ella es presa de falsas nociones de realización: «Si encuentro al hombre adecuado, seré feliz»... «Si encuentro al jefe adecuado, ascenderé rápidamente»... «Si estoy con un hombre poderoso, también yo tendré poder»... «Puedo ayudarle en su carrera, en sus negocios, en sus escritos». El mensaje subyacente es: «no tendré que averiguar lo que yo quiero hacer, pues puedo vivir su vida».

Los hombres cumplen la expectativa social de tomar a su cargo a la mujer y de evitarle tener que abrirse su propio camino. «Con su promesa de completarla y protegerla, perpetúan la creencia de que ella no necesita emprender un viaje heroico. Matarán a los dragones por ella»⁸. El sentido de sí mismo del hombre se ve reforzado rescatando a una mujer. El título de una reciente conferencia sobre el principio

todo. A cambio, le pide que no le mire por las noches, ni le pregunte dónde pasa los días.

Presionada por sus hermanas, que le convencen de que él es un monstruo, Psique se enfrenta al mito de la supremacía masculina desafiando las órdenes de Eros, y enciende su lámpara por la noche para mirarle mientras duerme junto a ella. Pero entonces, derrama sin querer unas gotas de aceite sobre Eros y éste se despierta; al mismo tiempo, ella se hiere con una de sus flechas y se enamora de él. Cuando reconoce la divinidad de Eros, intenta agarrarse a él, pero éste huye junto a su madre, Afrodita. Psique ha desobedecido sus órdenes ¡y él no puede soportar una esposa desobediente!

En su obra, *Ella: entendiendo la psicología femenina*, Robert Johnson asocia el deseo de Psique de mirar a Eros con el desafío de la mujer a la autoridad de su propio hombre interior:

Una mujer vive normalmente algún periodo de su vida bajo el dominio del hombre que lleva en su interior, de su dios interno o *animus*. Su propio Eros interno la mantiene en el paraíso, sin que ella tome conciencia de ello. Puede que ni siquiera se lo cuestiona, o que no tenga una relación real con él, pero está totalmente sometida a su dominio oculto. Uno de los grandes dramas de la vida interior de una mujer es el de desafiar la supremacía del *animus* atreviéndose a mirarle¹⁰.

Cuando Eros la abandona, Psique queda hundida en su aflicción, pero Pan le sugiere que ruegue a la diosa del amor para encontrar a Eros. Se dirige entonces a Afrodita que, con gran desprecio, le pone una serie de pruebas.

Psique aprende en primer lugar la tarea del discernimiento, clasificando una gran variedad de semillas diferentes. Después, a no tomar el poder elemental directamente en sus propias manos, cuando trata de coger unos copos dorados de lana pendientes de las ramas de unos árboles, en un

pequeño bosque frecuentado por carneros peligrosos. En su tercera tarea aprende a clasificar y fijar límites. Llenando una copa de cristal con agua del centro del río Estigio, aprende a cómo concentrarse en un aspecto de la vida cada vez. En su cuarta tarea, Psique aprende a controlar su generosidad y a rechazar a los que intentan distraerla en su camino hacia el mundo subterráneo. Allí, tendrá que obtener la pócima de la belleza de Perséfone, para llevársela a Afrodita. Psique establece sus límites y aprende a decir no, experimentando al mismo tiempo el fracaso, que le recuerda que es humana. Tiene que morir a una vieja manera de ser, antes de poder alcanzar la plenitud.

Psique recibe ayuda en todas sus pruebas: unas hormigas clasifican con ella las semillas; unos juncos le dicen cómo recoger los copos dorados de lana; un águila le llena la copa de agua, y una torre le da instrucciones para hacer su viaje al mundo subterráneo. Al final, Eros desvanece el sueño mortal de Psique y la conduce al Olimpo para hacerla diosa. Eros, el de las formas cambiantes, es su aliado en cada una de ellas. Es su guía positivo interno en su forma masculina.

Robert Johnson escribe sobre la importancia que tiene para la mujer el hombre interior, en la búsqueda de su autonomía: «Eros es el animus de la mujer, que está siendo reforzado, sanado, purificado de sus características embauadoras e infantiles, y transformado formado en un hombre maduro, digno de ser su compañero. Todo esto es llevado a cabo mediante el trabajo de ella y la cooperación de él. Es entonces cuando Eros la redime»¹¹.

Eros y Psique se casan y dan a luz a una niña a la que llaman Placer. Psique ha sido transformada a través de su resistencia en las pruebas, y ya no vive bajo el encanto del amor romántico. Ha conseguido llegar a ser una diosa mediante su propio esfuerzo, y se ha casado con Eros de igual a igual, logrando un verdadero amor.

Muchas mujeres que trabajan bajo el encanto de un amor ilusorio, quieren que sus maridos sean semidioses que se encarguen de todos los asuntos corrientes: hipotecas,

seguros, gastos del coche, decisiones en los traslados... De esta manera no pueden ser culpables si ellos se equivocan. La heroína habrá de tener el valor de desmitificar a su compañero y de tomar la responsabilidad de su propia vida. Tendrá que tomar decisiones difíciles y ganar su propia autonomía. Cuando una mujer se libera de la creencia de que su realización depende de un hombre, puede encontrar un compañero que sea un igual, y disfrutar de un verdadero amor romántico.

NOTAS

- ¹ Kathy Mackay, art. cit.
- ² Harriet Goldhor Lerner, ob. cit., p. 159.
- ³ Ibíd., p. 162.
- ⁴ Betty Friedan, *The Second Stage*, p. 219.
- ⁵ Carol Pearson y Katherine Pope, ob. cit., p. 66.
- ⁶ Ibíd., p. 255.
- ⁷ Polly Young-Eisendrath y Florence Wiedemann, ob. cit., p. 119.
- ⁸ Carol Pearson y Katherine Pope, ob. cit., p. 143.
- ⁹ La historia de Psique y Eros está tomada de Robert A. Johnson, *She: Understanding Feminine Psychology*, pp. 5-22.
- ¹⁰ Ibíd., p. 231.
- ¹¹ Ibíd., p. 69.

4. La dicha ilusoria del éxito

La mística de la supermujer

Durante el camino de las pruebas, la mujer trasciende los límites de su condicionamiento. Es un periodo especialmente desgarrador, una aventura cargada de miedos, lágrimas y traumas. Durante su niñez y su adolescencia, fue moldeada para encajar en los papeles determinados por las expectativas de sus padres, profesores y amigos. Para ir más allá de ellos, deberá huir de los captores que la condicionan, dejar detrás el Jardín de la protección, y matar al dragón de las dependencias y de su propia inseguridad. Es un viaje peligroso.

Si elige en primer lugar el camino académico, tendrá que tomar una temprana decisión sobre el objeto de sus estudios. Cuando se ve recompensada con su título, se da cuenta de que una piel de cordero no es una garantía de éxito, ya que todo el mundo compite por los mismos puestos. Consigue un trabajo, toma la responsabilidad de su propia vida y se construye un nuevo mundo, basado en sus propias decisiones y logros.

Cuando elige el mundo del trabajo, comienza a dar pasos que aseguren su progreso: empieza a ascender en la escala empresarial, consigue un puesto intermedio de dirección, o inicia su propio negocio. Asiste a conferencias, se toma exóticas vacaciones y se convierte en un miembro activo de la sociedad. Se enamora y se casa, pero no es su marido el que determina su propia valía. Alquilan una casa con opción a compra y hacen planes para la familia. Después, ella tiene hijos, continúa trabajando, y hace juegos malabares para cuidarles, hacer las compras y compaginar el horario de todo el mundo. Es una mujer racional, independiente y segura, y disfruta con las recompensas de sus esfuerzos: di-

nero, un coche nuevo, vestidos y un título. Está en la cima del mundo, se divierte y constituye una fuerza con la que hay que contar.

Nuestra heroína se siente fuerte, conoce sus capacidades y ha encontrado el tesoro que buscaba. Si ha elegido la vía de la independencia, publica una novela, monta una exposición, o deja atrás a los hombres en la carrera de doscientos metros lisos. Encuentra respaldo en sus actividades, una oficina propia, o escala su primera montaña. Ha conseguido el poder, el éxito y el reconocimiento en el mundo externo, que su madre simplemente soñó. Ella ha llegado.

Jill Barad, la ejecutiva de treinta y nueve años de Mattel Toys, es una del sólo dos por ciento de las mujeres que han sido capaces de romper el «techo de cristal» de la alta dirección. Este logro es un testimonio de su propio esfuerzo y de la voluntad de Mattel de tener mujeres en puestos claves. Ella dirige una plantilla de quinientos empleados y supervisa la línea de productos, desde el diseño hasta la comercialización. En 1987, Barad fue elegida por *Business Week* como una de las cincuenta mujeres, susceptible de entrar en un reportaje sobre altos ejecutivos. Mientras tanto, combina equilibradamente las exigencias de doce horas de jornada de trabajo con una intensa vida familiar. Jill reconoce el apoyo que recibe de la familia, incluido un marido dispuesto a ayudar codo a codo con los niños y la casa. Pero ella ha tenido que hacer algunos sacrificios.

Una vez entró en la clase de tercer curso de su hijo, para asistir a una reunión de padres y profesores; el profesor de su hijo exclamó al saludarle: «¡Así que es cierto que Alexander tiene una madre!». En un caso así, ella reconoce sentirse mal; según sus propias palabras, «si se quiere progresar en estos dos aspectos de la vida, a veces hay que hacer concesiones a ambos, intentando dar prioridad a las cosas realmente importantes; pienso que los padres siempre han estado en contra de esto. Al final, lo que se pierde son momentos para una misma, pero hay que seguir intentando mantener cada decisión prioritaria»¹.

Jill Barad ha tenido que fijar prioridades que todavía no son aceptadas en esta cultura por, ni para las mujeres. Anteponer la profesión a lo que los demás piensan sobre cómo debe ser una buena madre, conduce a comentarios como el del profesor de su hijo. Algunas mujeres todavía envidian y critican el éxito de otras. Así que, con independencia del éxito que tenga una mujer, tendrá que enfrentarse al hecho de que el mundo todavía es hostil a sus decisiones.

Reacción a la mística femenina

El culto de la supermujer de los años ochenta prometió a las jóvenes que podrían «tenerlo todo»: carreras lucrativas y de realización personal, estables matrimonios amorosos en plano de igualdad, y una maternidad satisfactoria. Muchas de las heroínas de hoy se transformaron en supermujeres, en reacción a la mística femenina que sus madres habían soportado o disfrutado en los años cincuenta. Al no haber tenido sus madres la opción de competir en un mundo masculino, ni tampoco de tener o no hijos, se volvieron dependientes del hombre que las mantenía y de los hijos que criaron. Así que compensaron el poder que no pudieron tener en el mundo externo de los hombres, con el poder que ejercieron en la familia.

Las mujeres que no pudieron poner a prueba sus propias capacidades y saberes en el mundo de la remuneración determinado por los hombres, crecieron teniendo expectativas desmesuradas sobre sus maridos, hijos e hijas; esperaban de sus familias lo que no habían podido realizar por sí mismas. Para ello, controlaban y manipulaban, sin tener en cuenta los sentimientos de los demás. En *La segunda fase*, Betty Friedan escribe sobre la tiranía de este machismo material:

Ese control, esa perfección sobre la casa y los hijos, esa insistencia en tener siempre razón, eran su versión

del machismo; una especie de virtuosismo exagerado, equivalente a la fuerza y poder del hombre, que ella utilizaba para contrarrestar y ocultar su propia vulnerabilidad, su dependencia económica y el desprecio por parte de la sociedad y de sí misma. Al carecer de poder masculino en la sociedad, el único que entonces era reconocido, obtuvo su poder en la familia, manipulando y negando el sentimiento de los hombres y de los niños, junto con sus propios sentimientos reales, tras la máscara de una superficial y dulce rectitud de acero.²

Estas madres no podían expresar directamente su soledad, su abandono, su sentimiento de haber perdido. Todo lo que podían hacer era expresar su rabia, que se manifestaba en forma de violentos estallidos frente a sus respectivos maridos e hijos, o como una especie de entumecimiento, inducido por el alcohol, la comida, o un exceso de gastos. Sus hijas observaban mientras se oían decir: «No hagas lo que hice yo»... «Haz una carrera»... «Vive tu propia vida»... «Las mujeres no tienen ningún poder»... «No te cases ni tengas hijos hasta que sepas quién eres».

Estos mensajes confundían a la hija. ¿Es que a su madre no le gustaba ser una mujer, tener un marido y cuidar de sus hijos? ¿Eran los hijos quienes habían arruinado su vida? ¿Acaso era horrible ser una mujer? ¿Sería que su vida era un fracaso por el simple hecho de ser una mujer? La auto-desvalorización y el odio de la madre por sí misma convencieron a la hija de no parecerse a ella. En lugar de ello, sería perfecta. Friedan continúa:

He notado que las mujeres que se sienten menos seguras de sí mismas como mujeres —a la sombra de la autodestrucción de esas madres que no se sintieron suficientemente bien consigo mismas como para querer intensamente a sus hijas—, son las que más tienden a caer en la trampa de la supermujer, intentando ser las «madres perfectas» que no eran sus madres; también intentan ser perfectas en el trabajo, de un modo que no hacen siquiera

los hombres, que ya han sido habituados desde su infancia a esa clase de juegos. Este machismo femenino, transmitido de madre a hija, esconde el mismo odio inadmisibles por uno mismo, la misma debilidad y sentimiento de impotencia, que el machismo esconde en los hombres³.

Desafortunadamente, en un esfuerzo por no parecerse en nada a sus madres, muchas jóvenes llegaron a parecer hombres. Midieron su autoestima, su propia definición y valía, en comparación con los patrones masculinos de productividad. Al principio, sus éxitos eran estimulantes, pero cuanto más triunfaban, más se les exigía en tiempo y energía. Los valores femeninos, como las relaciones y el cuidado de los demás, pasaron a un segundo lugar en el logro de sus objetivos. Muchas mujeres empezaron entonces a sentir que nunca llegarían ser «completas».

Peg es una mujer de unos cuarenta y cinco años, arquitecto con éxito. Durante doce años ha estado diseñando complejos industriales. Tiene hijos adolescentes y un marido que le apoya en su trabajo. Económicamente ha triunfado y le encanta la arquitectura, pero tiene el sentimiento de no haber llegado. «Con independencia de lo que trabaje y de lo profesional que haya llegado a ser, siempre me quedo corta. Trabajo muchas horas, consigo nuevos clientes, mi trabajo es creativo, pero tal como está establecido el sistema, no puedo ganar. Mi padre trabajaba muchas horas, y cuando llegaba a casa, su mujer le tenía la comida preparada, se encargaba de su ropa, y atendía las necesidades de los hijos y de la casa. Yo no tengo una mujer que me haga todo esto. Mis hijos están apenas atendidos, mi marido y yo no tenemos tiempo para hacer el amor, y ni siquiera pienso cómo sería la posibilidad de tener tiempo para mí misma. Tengo la sensación de que la única manera en que podría continuar mi actividad profesional y tener una familia, sería desdoblándome y siendo dos personas a la vez. Quiero a mi familia y me encanta mi trabajo, pero me gustaría que alguien me cuidase».

Lo que muchas heroínas quieren es exactamente lo que sus padres querían y dieron por sentado: alguien que cuidara de ellos; alguien amoroso y enriquecedor para escuchar sus penas, dar masaje a su cuerpos cansados, apreciar sus éxitos y hacer desaparecer el dolor de los contratiempos. Quieren una relación con lo *femenino*. Quieren poderse relajar, ser cuidadas y ser aceptadas por lo que son, no por lo que han hecho. Existe un enorme anhelo por lo que se siente como «algo perdido», pero que no se sabe exactamente qué es, y por ello, alivian el dolor con más actividad.

La Gran Simuladora

Nuestra heroína ha aprendido a actuar con eficacia, así que cuando siente una sensación de incomodidad, se lanza al siguiente desafío: un nuevo título académico, una posición de mayor prestigio, un desplazamiento geográfico, una aventura sexual, u otro hijo. Aplaca su sentimiento de vacío mimando su ego con nuevos actos de heroísmo y nuevas realizaciones; se encandila con las ventajas que conlleva el ganar. Existe un flujo súbito de anedralina cuando se persigue un objetivo, y esta «chispa» enmascara el dolor profundo de no sentirse suficiente. Apenas se da cuenta de este bajón energético que se produce tras la consecución de un objetivo, cuando ya está persiguiendo uno nuevo.

Esta obsesiva necesidad de permanecer siempre ocupada y de ser productiva le protege de tener que experimentar la sensación de pérdida. Pero, ¿de qué pérdida se trata? Seguramente ha conseguido todo lo que se proponía, pero a cambio de un enorme sacrificio para su alma; se ha cortado de su relación con su propio mundo interno.

La reacción de la heroína a la dependencia total que su madre tenía de su marido e hijos para su propia realización, le hace proponerse ser más independiente y autosuficiente que cualquier hombre, para conseguir cualquier cosa. No dependerá de nadie y actuará hasta estar extenuada. Olvida

cómo decir no, será todo para todo el mundo, ignorando su propia necesidad de ser cuidada y querida. Ha llegado a perder el control, y su relación con su parte masculina interna se ha distorsionado haciéndose tiránica; nunca se permite descansar. Se siente oprimida, pero no comprende el origen de su estado de víctima.

Joyce es una profesora de literatura inglesa entrada en la treintena. Ha conseguido un sólido prestigio académico, enseñando en una prestigiosa Universidad de la Costa Este. Está casada con otro profesor, un hombre silencioso y sensible, con el que comparte su interés por el arte. Ella se encuentra siempre cansada, a pesar de que durante los veranos tiene tiempo para otras actividades. Le gustaría tener un hijo, pero cree que no podría con otra responsabilidad más. Tras una serie de sueños sobre un personaje, que ella llama la Gran Simuladora, ha empezado a comprender la causa de su cansancio.

«A menudo me he preguntado por qué me consumo antes que los demás. Me anima la idea de dar una conferencia, emprender un curso o dirigir un seminario, pero me parece que me falta la energía necesaria. Me surge una resistencia casi inmediata a hacer lo que digo que quiero hacer, y creo que tiene que ver con el personaje de la Gran Simuladora. Siempre he parecido mayor para mi edad; cuando era niña, era la confidente de mi padre, la que comprendía a mi madre y la niñera de mis hermanos. Sabía decir la palabra justa y era muy sensata para mi edad. Me iba muy bien en el colegio y mis profesores me adoraban. No recuerdo que jugase mucho; era demasiado seria y leía mucho. Mi madre siempre se ponía furiosa con mi padre por cualquier detalle, y yo intentaba siempre calmar los ánimos. Él se ausentaba de casa por su trabajo de periodista, y yo intentaba agradarle cuidando de mi madre y de mis hermanos. Mi padre quería que fuera fuerte, así que me hice la fuerte. Pero en realidad, yo era dependiente y estaba necesitada toda y deseosa de atención, aunque hice lo que él quiso que hiciera. Claro que estaba llevando más peso del

que podía llevar. No aprendí los pasos para ser un héroe, sino sólo a simularlo. Hoy día, me siento exhausta cuando alguien me pide hacer algo que no quiero hacer. Comités, conferencias, artículos, todo se convierten una prueba muy dura. No tuve oportunidad de elegir cuando era niña, y ahora lo resiento cuando me encuentro en situaciones en las que no tengo opciones. Así que me da rabia cuando oigo hablar a un hombre de las opciones que él tuvo de pequeño».

Aunque Joyce ya no vive con su padres, su padre controla todavía su vida interior y continúa teniendo una gran influencia en su energía; todavía la tiraniza, pues se ha convertido en el hombre interior que niega sus necesidades y deseos y que la utiliza para sus propios fines. Ella se siente agotada por no cubrir sus propias necesidades y tendrá que liberarse de esta imagen destructiva del padre, antes de poder abandonar el papel de la Gran Simuladora.

Una mujer no logrará integrar la tiranía de su padre, hasta que no reconozca que todo lo que ha conseguido se ha basado en agradar al padre interiorizado. En su deseo de responder a esta imagen paterna, ha desarrollado una relación con un hombre interior, que no siempre se interesa en lo que es mejor para ella.

Jung dice que el proceso creativo en una mujer nunca podrá llegar a madurar, si ésta es presa de un inconsciente de imitación del hombre, o si se identifica en su inconsciente con lo inferior masculino. Define lo masculino como la capacidad de conocer los propios objetivos y de hacer lo necesario para alcanzarlos. Si este aspecto masculino interno permanece inconsciente en una mujer, la convencerá de que ella no tiene necesidad de explorar sus motivaciones ocultas, y la presionará para que persiga ciegamente sus objetivos conscientes; esto la liberará por supuesto de la dura y simple tarea de descubrir su verdadero punto de vista individual⁴.

El mito de no ser nunca suficiente

Cuando el inconsciente masculino toma el poder, puede que una mujer sienta que nunca es suficiente, haga lo que haga o cómo lo haga. Nunca se siente satisfecha de completar un trabajo, porque ese inconsciente le empuja a buscar otro; le urge a pensar en el futuro, sin valorar nada de lo que esté haciendo en el presente. Ella se siente asediada y responde desde un lugar interno de carencia: «Es cierto, debería estar haciendo más; lo que hago no es suficiente». En lo que a mí concierne, si estoy escribiendo, me dice que debería estar atendiendo a más clientes, y si estoy viendo clientes, me dice que me ocupe más del libro.

Existe un ejercicio muy sencillo para silenciar este tirano interior y entrenar a la heroína en el arte de la satisfacción. Se divide una hoja de papel en tres columnas; en la primera, se escribe cualquier cosa que se haya hecho hoy, como por ejemplo, «estuve arrancando las hierbas del jardín»; en la siguiente se escribe «estoy satisfecha», y en la tercera, «¡y esto es suficiente! Tal vez suene un poco simple, pero tras hacer este ejercicio durante un mes aproximadamente, se olvida una de haber sido alguna vez «insuficiente».

Una de las razones por las que las mujeres no se sienten satisfechas es porque están sometidas a demasiadas exigencias de tiempo y de energía, especialmente si tienen hijos pequeños. El tiempo es un bien escaso y una persona tiene una energía determinada. Pero a la mayoría de las mujeres no les gusta admitir que tienen limitaciones y les es difícil negarse a algo. Yo animo a las mujeres que están en terapia conmigo a que lleven tarjetas con frases en sus bolsillos, para recordar distintas maneras de rechazar peticiones. También pueden utilizarse por teléfono: «Gracias por ofrecirme ese puesto de trabajo... pero tengo que pensármelo»... «Gracias por la invitación, pero me es imposible por el momento»... «Gracias por haber pensado en mí, pero por ahora me veo obligada a decir no». A las mujeres no les

gusta decepcionar a los demás, y por eso muchas veces dan su asentimiento sin pensar en sí mismas.

La mayoría de las historias de heroínas se refieren a la primera parte de sus vidas, cuando construyen una identidad y establecen su papel en el mundo. Esta tarea implica salir al él, adquirir una formación y lograr la máxima profesionalidad; todo ello se convierte en parte de su personalidad, y cuando la heroína lo hace conscientemente, forma parte de su proceso de la «formación del alma»; después, se convierte en una persona «capaz de dar más y que ya no necesita compulsivamente a otra persona»⁵. Esto le da confianza en su poder de elegir y de actuar y una especie de convicción de su propia autonomía.

Las mujeres han de encontrar su autonomía antes de poder lograr su total realización. Y examinar qué significa esta autonomía significa frecuentemente descartar las viejas ideas del éxito. Muchas mujeres han sacrificado una parte excesiva de sus almas en nombre del éxito. Las recompensas del viaje externo pueden ser seductoras, pero en algún punto del mismo la heroína despierta y dice no a las heroicidades del ego: ha tenido que pagar por ellas un precio demasiado elevado.

La heroína puede decir no a los patrones de la supermujer en el trabajo o en la casa, cuando se siente bien consigo misma como mujer y reconoce sus limitaciones humanas; esto puede implicar, incluso, dejar un trabajo y renunciar al poder y al prestigio para volver a *sentir* de nuevo. O puede que decida que no está obligada a tener la casa más limpia del vecindario, y que su marido y sus hijos deben empezar a compartir las faenas domésticas que les correspondan.

Encontrar la dicha interior del éxito exige sacrificar las falsas nociones de lo heroico. Cuando una mujer puede encontrar la valentía de saberse limitada y de darse cuenta de que es suficiente ser tal como es, descubre uno de los verdaderos tesoros del viaje de la heroína; puede desligarse de los caprichos del ego y alcanzar las fuerzas más profun-

das que se hallan en el origen de su vida. Puede decir: «No soy todo... pero soy suficiente». Entonces se vuelve real, abierta, vulnerable y receptiva a un verdadero despertar espiritual.

NOTAS

¹ «Making It», *L.A. Times Magazine*, 4 de Diciembre de 1988, pp. 72-74.

² Betty Friedan, ob. cit., p. 56.

³ Ibíd., p. 113.

⁴ Helen M. Luke, *Woman, Earth and Spirit*, p. 8.

⁵ Madonna Kolbenschlag, *Kiss Sleeping Beauty Goodbye*, p. 83.

5. Las mujeres fuertes pueden decir que no

Una mujer fuerte es una mujer esforzada.

Una mujer fuerte es una mujer que se sostiene de puntillas y levanta unas pesas mientras intenta cantar «Boris Godunov».

Una mujer fuerte es una mujer manos a la obra limpiando el pozo negro de la historia, y mientras saca la porquería con la pala, habla de que no le importa llorar, porque abre los conductos de los ojos, y vomitar estimula los músculos del estómago, y sigue dando paladas con lágrimas en la nariz.

Una mujer fuerte es una mujer con una voz en la cabeza

que le repite: te lo dije, so fea, so mala, so tonta, nadie más te va a querer nunca
¿por qué no eres femenina?
¿por qué no eres suave, discreta?
¿por qué no estás muerta?

Una mujer fuerte es una mujer empeñada en hacer algo que los demás están empeñados que no se haga. Está empujando la tapa de un ataúd de plomo desde dentro.

Está intentando levantar con la cabeza la tapa de una alcantarilla, está intentando romper una pared de acero a cabezazos.

Le duele la cabeza. La gente que espera a que haga el agujero le dice: date prisa, jeres tan fuerte!

Una mujer fuerte es una mujer que sangra por dentro.

Una mujer fuerte es una mujer que se hace a sí misma fuerte cada mañana mientras se le sueltan los dientes y la espalda la destroza.

Cada niño, un diente, solían decir antes,
y ahora, por cada batalla, una cicatriz.
Una mujer fuerte es una masa de cicatrices
que duelen cuando llueve, y de heridas que sangran
cuando se las golpea, y de recuerdos
que se levantan por la noche y recorren la casa
de un lado a otro calzando botas.

Una mujer fuerte es una mujer que ansía el amor
como si fuera oxígeno para no ahogarse.
Una mujer fuerte es una mujer que ama con fuerza
y llora con fuerza y se aterra con fuerza y
tiene necesidades fuertes. Una mujer fuerte
es fuerte en palabras, en actos, en conexión,
en sentimientos; no es fuerte como la piedra,
sino como la loba amamantando a sus cachorros.
La fuerza no está en ella, pero la representa
como el viento llena una vela.

Lo que la conforta es que los demás la amen,
tanto por su fuerza como por la debilidad
de la que ésta emana, como el relámpago de la nube.
El relámpago deslumbra. Llueve,
las nubes se dispersan. Sólo permanece
el agua de la conexión, fluyendo por nosotras.
Fuerte es lo que nos hacemos unas a otras.
Hasta que no seamos fuertes juntas,
una mujer fuerte es una mujer fuertemente asustada.

Marge Piercy: «Para las mujeres fuertes».

Una sensación de traición

Durante los últimos diez años he escuchado historias de mujeres con edades entre veintiocho y cincuenta y ocho años que creían que el éxito en el mercado de trabajo había

dejado una huella en su salud y en su bienestar emocional absolutamente desproporcionada con la remuneración recibida por su trabajo. Aunque están satisfechas de las capacidades que han desarrollado, con la independencia que han logrado y con la influencia que ahora poseen en su campo de elección, tienen una sensación de hastío y de incertidumbre sobre cómo seguir. ¿Cuál es el siguiente paso?

No hay un deseo de volver a la seguridad del hogar, como anunciaba una revista famosa, porque para la mayoría de las mujeres eso sería una mera fantasía. Están acostumbradas a la satisfacción que da el trabajo y para la mayoría de las mujeres que trabajan en los Estados Unidos, su cheque a fin de mes se ha convertido en una necesidad económica para ellas y su familia.

No se trata de retirarse, sino de crear nuevas alternativas. Muchas mujeres hoy en día se están dando cuenta de su situación y están expresando una sensación de haber sufrido una traición. «¿Para qué sirve todo esto? ¿Por qué me siento tan vacía? He logrado todo lo que me propuse y me sigue faltando algo. Me siento como si me hubiera vendido, como si me hubiera traicionado, como si hubiera abandonado alguna parte de mí misma que ni siquiera conozco».

Esta sensación de estar desincronizada puede ser el primer aviso antes de que su cuerpo le de un mensaje más concreto. Puede ser que le cueste recuperarse de una gripe, que empiece a sufrir insomnio, que tenga problemas de estómago, que se encuentre un bulto en el pecho o empiece a sangrar fuera de plazo. Quizás no despierta del todo a su sensación de pérdida espiritual hasta que no sufre una época de cambio familiar, como un divorcio, el casamiento de los hijos o la muerte de un ser querido. Tal vez ni siquiera lo defina como lo que es. Simplemente dirá a sus amigas y a su familia que se siente apagada.

Se ha esforzado tanto y con tanta diligencia por andar el camino heroico, que se sorprende de no poder alejar de sí la sensación de que le falta algo en la vida. No comprende las sensaciones de desolación y de desesperación, pues son

emociones nuevas para ella. «Claro que he tenido temporadas bajas, pero las he podido superar. Sólo me hacía falta un proyecto nuevo y me ponía de nuevo en marcha. Esto es distinto», dice una profesional de cuarenta y seis años. «Mi médico dice que no hay motivo fisiológico para que sangre tanto, pero no puedo evitar sentir que estoy llorando de dentro para fuera». Cuando las mujeres usan la metáfora de estarse desangrando hasta secarse, está claro que ya no sienten que su vida sea fértil.

Una enfermera de cuarenta y tres años que trabaja con niños de madres drogadictas dice: «Echo de menos los tiempos en que todas teníamos niños pequeños y nos ayudábamos unas a otras para atenderles, planeábamos juntas sus fiestas de cumpleaños y nos escuchábamos unas a otras nuestras penas. Ahora estamos todas tan ocupadas con nuestros trabajos que no tenemos tiempo ni para tomar un té. Hemos perdido el sentido de comunidad. Ahora no tengo ya más amigas que las del trabajo y sólo hablamos de lo mal que está todo y sobre cómo suplir las deficiencias. Echo mucho de menos a mis amigas de antes».

La sensación de pérdida que expresan estas mujeres es un anhelo de lo femenino, el anhelo de una sensación de hogar en sus cuerpos y en su comunidad. La mayoría de las mujeres han pasado muchos años desarrollando y ajustando las cualidades que siempre se han considerado masculinas, como el pensamiento lógico, lineal y directo, el análisis y el establecimiento de metas a corto plazo. Cuando algunas mujeres intentaron llevar sus emociones a su trabajo, se les informó enseguida que no era sitio para ello. Aunque muchas empresas están formando ahora a sus altos ejecutivos en un estilo más femenino de liderazgo, «estilo Beta», que valora los sentimientos, la intuición y las relaciones, muchas mujeres se quejan de que menosprecian su parte femenina.

«Echo de menos usar las manos para crear, no he cosido en veinte años»... «Antes me encantaba cocinar, pero ahora ya no tengo tiempo»... «Mi cuerpo está deseando quitarse

los zapatos, hundir mis pies en el barro y ¡correr!... «Me duelen los huesos de verdad; no es que esté cansada, sé lo que es eso. Esto es nuevo; me piden a gritos conectar con la Madre Tierra». Estas son las voces de mujeres que están empezando a sentir una sensación de sequedad, de esterilidad, de aridez espiritual.

Afortunadamente, estas mujeres pueden expresar su sensación de pérdida. Mucho más grave es la cantidad de mujeres que sufren lo que definimos clínicamente como depresión, culpándose de no tener la energía necesaria, por no poder resistir el estrés de un mundo definido por los hombres. Muchas se refugian en el alcohol o las drogas para adormecer el dolor de su pérdida. O guardan silencio hasta que el bulto del pecho o el cáncer cervical les hace enfrentarse al hecho de que el viaje heroico no tuvo en cuenta las limitaciones de su cuerpo físico y los anhelos de su espíritu.

Las mujeres que se queman intentando interpretar papeles masculinos quedan incineradas hasta la médula. Marti Glenn, psicóloga de Santa Bárbara describe lo que ocurre cuando se apaga la llama interna de una mujer: «Una mujer pierde su fuego interno cuando no lo alimenta, cuando no se echa más leña, cuando la promesa del sueño de tanto tiempo muere. Los viejos patrones ya no valen, el nuevo camino no está aún claro; hay oscuridad por todas partes y no puede ver ni oír ni sentir ni tocar. Nada significa ya nada y ya no sabe quién es en realidad».

Cuenta su propia experiencia al atravesar una época de agotamiento profesional: «El pasado otoño empecé a tener una serie de sueños de mujeres ancianas que metían en sacos de cadáveres y las llevaban y las tiraban por la ladera del monte; sueños en los que trabajaba en lo que mejor sé hacer, grupos de terapia con centenares de personas. Pero al otro lado hay una niña pequeña que llora y se esconde detrás de una roca. Soñé que mi jefe me pedía que aparcara coches y que ése se convertía en mi trabajo. Llegué a hacerlo muy bien. Un sueño tras otro tenía que ver con la muerte

de lo femenino. La otra noche soñé con cráneos de mujer aplastados»¹.

Su niña interna llora por la mujer que se ve reducida a aparcar coches. Una mujer que renuncia a su vida, entregándola a la parte masculina insensible que hay dentro de ella misma, se ve impulsada por la necesidad de dar la talla y tener éxito según los criterios masculinos. En algún momento se dará cuenta de que para sobrevivir y vivir una vida sana y satisfactoria, tendrá que realizar ciertos cambios. Los supuestos de los que partió sobre las recompensas del viaje heroico han resultado ser falsos. Sí logró el éxito, la independencia y la autonomía, pero puede haber perdido en ello un pedazo de su corazón y de su alma.

Una mujer así se sentirá traicionada tanto por su mente personal como por la cultural, que le dijo que si confiaba en la mentalidad masculina de logro, se vería recompensada: si era una niña buena, papá la cuidaría. Ahora se siente completamente sola, desconsolada. Ha perdido apoyo. Hay una ruptura en su mundo ordenado, una raja en el huevo cósmico. Una cliente mía lo describe así: «Una fina cáscara que me rodea se está rompiendo. Es tan fina que casi no la veo, pero hasta ahora ha mantenido cada cosa en su sitio. Puedo sentir cómo se rompe y puedo oírlo. ¡Es terrible!». El mundo no es lo que creía que iba a ser; ha sido traicionada. Se indigna por la pérdida de su querida imagen del mundo y a regañadientes se da cuenta de que tendrá que seguir por sí misma. Así, la heroína decide no ser víctima de fuerzas fuera de su control sino tomar la vida en sus propias manos. Ifigenia era una mujer así.

La traición del padre: Ifigenia

Cuando tenía treinta y pocos años, vi una película que trataba de la traición a Ifigenia de su padre, Agamenón. Me quedé aterrada de la fe ciega que ella tenía en el amor de su padre, y de la disposición de éste a sacrificarla para

conseguir vientos favorables que aceleraran el viaje de su flota hacia Troya. Su misión era rescatar a Helena, la esposa de su hermano Menelao. Ifigenia triunfa al final, decidiendo morir y siendo redimida por la diosa Artemisa. Pero esto no formaba parte del guión de la película y salí del cine estupefacta.

Agamenón y su hermano Menelao habían reunido sus tropas en Aulis para preparar la invasión de Troya. Reinaba una calma chicha y no podían zarpar. Sus hombres se impacientaban y el vidente Calchas, un traidor troyano, dijo a Agamenón que no lograría zarpar hasta que hubiera sacrificado a su hija menor Ifigenia, para aplacar a la diosa Artemisa, a la que ofendido pretendiendo tener mejor puntería que ella. Agamenón estaba desconsolado, debatiéndose entre el amor por su hija y la lealtad a su hermano, que había perdido a su mujer a manos de Paris de Troya, así como a los hombres bajo sus órdenes, ansiosos de entrar en batalla y verter sangre troyana. El orgullo masculino había sido violado y una mujer había de sacrificar por ello su vida.

Agamenón engañó a su hija llamándola a Aulis y prometiendo casarla con el noble guerrero Aquiles. Ifigenia llegó a Aulis muy contenta, con su madre Clitemnestra, para preparar la ceremonia nupcial. Pronto descubrió Clitemnestra el vergonzoso engaño de su esposo y le imploró piedad para su hija pequeña. Agamenón se negó y Clitemnestra buscó la ayuda de Aquiles. Éste, que ya estaba casado con Deidamia, accedió a ayudarla porque él también había sido traicionado por Agamenón. Desafortunadamente, Calchas había hecho pública la profecía y todo el ejército pedía a gritos el sacrificio de Ifigenia.

Agamenón defendió su traición ante la indignada Clitemnestra y la llorosa Ifigenia diciendo: «No estoy loco ni he dejado de querer a mis hijos; esto es algo terrible, pero tengo que hacerlo. Si no se hace este sacrificio, Calchas jura que nunca llegaremos a Troya, y todos los griegos están deseando aplastar al enemigo. Si Paris no recibe su

castigo por el rapto de Helena, creen que los troyanos vendrán a Grecia y robarán más mujeres —sus mujeres— os robarán a ti y a nuestras hijas. No me inclino ante la voluntad de Menelao. No es sólo por recuperar a Helena por lo que vamos a la batalla. Pero sí me inclino ante el deseo de toda Grecia y debo inclinarme ante ella, lo quiera yo o no, pues Grecia es más grande que cualquier pena personal. Vivimos para ella, para salvaguardar su libertad»².

Clitemnestra no se dejó convencer por este argumento y Aquiles se ofreció a luchar en solitario en defensa de Ifigenia, pero la joven decidió ella misma qué hacer con su vida. «He elegido la muerte», dijo. «Elijo el honor. En mí yace la libertad de nuestra querida tierra, el honor de nuestras mujeres por muchos años futuros»³.

La leyenda dice que, en el preciso momento en que el cuchillo cayó sobre el pecho de Ifigenia y el fuego se encendió, Artemisa se apiadó de la joven y la arrebató, sustituyéndola por una cierva. Después, el viento empezó a soplar del oeste y la flota zarpó hacia Troya. Decenas de miles de jóvenes, tanto griegos como troyanos, lucharon hasta el fin. Ifigenia miró la aridez espiritual del mundo heroico masculino y perdió la fe en su padre; cerca ya de la muerte, fue redimida por el principio femenino: Artemisa.

La traición de lo femenino a manos de lo masculino se ha narrado en incontables historias y mitos, pero ninguno tan punzante como la traición del amor que esta hija tenía por su padre, con la falsa promesa de éste de casarla con un joven celestial. Ifigenia deseaba dar a su padre, Agamenón, lo que éste pedía. Buscaba su amor, su reconocimiento y su aprobación, pero él traicionó su confianza y la envió a la muerte. Su acto aparentemente heroico llevó a la caída de una gran cultura y afirmó trágicamente el poder, el orgullo y la arrogancia de la epopeya guerrera griega.

La mayoría de las mujeres harán cualquier cosa por complacer a sus padres; quieren desesperadamente llamar la atención de los dioses masculinos. Incluso si un hombre es frío y crítico, aún tiene el poder de determinar la forma

en que su hija se relacionará con él y con los demás hombres del mundo. La mujer que se dé cuenta de la influencia continua de esta primera fuerza masculina en su vida, tendrá más posibilidades de enfrentarse a su alianza ciega con lo masculino. Puede decir que no. Una amiga mía, pastora presbiteriana, describe algo que observó en sí misma al trabajar con un jefe que era muy parecido a su padre.

«Hace unos dos años empecé a darme cuenta de que me encontraba en un ambiente tóxico. Todos los programas que había puesto en marcha en la iglesia iban bien, pero cuanto más éxito tenía, más trabajos administrativos me asignaban. Empecé a pensar: ¿Esto es para lo que me he esforzado tanto? Cada vez que se me prometía un trabajo distinto, no se cumplía la promesa y empecé a sentir que se me estaba menospreciando. Desde luego que podía hacer el trabajo que se me indicara, pero éste no era el sentido de mi vocación al entrar al servicio de Dios. Sentía que Dios me estaba traicionando y tomando el pelo. Empecé a perder mi confianza en mí misma, mi energía y mi creatividad, y fui viendo que cada vez tenía menos que ofrecer en mi trabajo. Estaba tan ocupada trabajando que no tenía tiempo para mi esposo, mis amigos, ni mi familia, y ninguno teníamos tiempo para reunirnos periódicamente como habíamos prometido hacer cuando salimos del seminario. También me di cuenta de que las cosas que antes me gustaban ya no me llenaban, porque yo había madurado, me había convertido en otra persona. Tuve que examinar no sólo mis asuntos personales, sino también el papel de una mujer pastor en una iglesia dominada por los hombres. Sabía que tenía que dilucidar mis propias dudas para no transmitir las a la siguiente asamblea de fieles. Pasé un año elaborando conscientemente los asuntos pendientes con la figura paterna, que se activaban al trabajar con un jefe inaccesible, y me di cuenta de que había hecho todo lo que podía hacer dentro de ese sistema concreto. Había hecho todo lo que se me había pedido y me estaba sintiendo insatisfecha con el trabajo. No necesitaba precipitar una crisis. Me fui antes de

caer enferma, con mi integridad intacta y con el éxito de los programas que había iniciado. Pero me costó bastante tiempo resolver mi sensación de haber sido traicionada por Dios».

Esta amiga decidió dejar el sistema antes de que le hiciera enfermar, sabiendo que había completado tanto sus asuntos personales como su servicio a la congregación.

La traición de Dios

En *La risa de Afrodita*, Carol Christ describe las raíces de la traición de Dios hacia la mujer, cuando ésta ha estudiado y se ha criado en las «religiones del Padre». En los años en que estudiaba la Biblia hebrea, ella buscaba la aprobación de sus profesores varones. «Suponía que podía ser la hija preferida del Padre si encontraba la forma de complacerle. Nunca se me ocurrió cuestionar el hecho de que las hijas pudieran hallar un sitio igualitario en la casa del Padre. A pesar de los elementos patológicos en mis relaciones con padres, sí gané confianza, con su ayuda, en mi propia inteligencia y mis propias capacidades. Adquirí cierto grado de liberación del papel tradicional femenino imaginando el corazón del ser que trasciende la femineidad. Suponía que el Dios cuyas palabras íbamos a estudiar transcendía el lenguaje masculino y femenino de la Biblia. Yo creía que podía llegar a ser como mis profesores varones porque compartíamos una humanidad común, definida por nuestro amor por la vida intelectual y por nuestro interés por los temas religiosos»⁴. Christ se sentía halagada cuando le decían que pensaba como un hombre, y menospreciaba a las mujeres que se sentían satisfechas viviendo en sus papeles femeninos tradicionales. Se sentía especial; era una hija preferida.

Se dio cuenta de que esto llevaba a una traición de sí misma como mujer. Imitar al Padre y a las figuras masculinas no le daba ninguna pista sobre cómo pensar como una

mujer con un cuerpo femenino, o cómo identificarse con otras mujeres, reconociendo su posición de mujer en una sociedad patriarcal.

Su relación con los padres cambió durante sus estudios de doctorado. En parte se debió a que se trasladó de una universidad mixta en el Oeste a una de hombres en el Este. Pero también se debió a que ya no era una prometedora estudiante, sino una colega en potencia y porque intentaba empezar a imaginar su futuro de manera más realista. «En mis estudios de posgraduado noté que los hombres con los que estudiaba me veían, antes de nada como una mujer. Su no aceptación de mí como colega fue el catalizador que me hizo empezar a cuestionar la posibilidad de que las hijas pudieran ser alguna vez admitidas en la casa del padre»⁵. Fue entonces cuando Christ se dio cuenta de que «necesitaba aprender que no dependía de ningún Padre o padre para sentir mi valor como persona, como mujer, como intelectual, como profesora»⁶.

Una mujer de cuarenta años educada en una familia católica polaca norteamericana se debate con la influencia de la imagen del Padre en su vida. Cree que nunca dará la talla, porque por mucho que haga o por mucho que logre, nunca será «el Hijo de Dios», a su imagen y semejanza. «Yo soy una artista figurativa», dice, «y Dios siempre se ha simbolizado como un hombre. Puede parecer simplista, pero para mí, Dios es un hombre. ¿Cómo puedo sentirme a la altura de los hombres si Dios es un hombre? Creo que el motivo de mi ansiedad es que lleno siempre mi vida de trabajo, porque mi autoimagen como mujer es muy baja. Estoy siempre intentando llegar a la altura del Hijo de Dios».

Hijas espirituales del patriarcado

Durante los últimos cinco mil años, la cultura ha estado definida por hombres con un sentido dominador de la vida,

orientado hacia la producción y hacia el poderío. El respeto por la vida y por los límites y ciclos de la naturaleza y sus criaturas no ha sido prioritario. «Los hombres eran grandes en el Antiguo Egipto, en Grecia, en Roma; fueron grandes en la Edad Media, en el Renacimiento. Sólo hay que mirar la historia del arte para ver que los hombres fueron en un tiempo la medida de todas las cosas. Sus proporciones físicas eran las ideales. Nuestras nociones de sabiduría, justicia, y resistencia estaban basadas, orientadas y reguladas por los hombres»⁷.

Durante los últimos treinta años, las mujeres han estado trabajando en situaciones que, en su mayoría, estaban definidas y dirigidas por hombres. Aunque las mujeres han logrado avances espectaculares, y desde luego, no todos los hombres son dominadores, la verdad es que las mujeres han seguido un modelo masculino en la mayoría de las situaciones laborales —incluso la mayoría de las jefas femeninas—. La regla, que no la excepción, es trabajar horas extraordinarias e interesarse sólo por los beneficios económicos a expensas de las relaciones personales. Cuando una mujer empieza a tener una sensación de «¿para qué vale todo esto?», no se lo menciona a su jefe o a sus compañeros de trabajo. Hasta muy recientemente, ha habido pocos modelos para mujeres que habían decidido decir: «¡Basta! tengo que cambiar». Las mujeres que ahora se atreven a hacer esto, están haciendo camino al andar.

Pamela es una cliente mía de unos treinta y cinco años, que ha sido periodista durante ocho años. Acaba de dejar un trabajo de alto nivel y mucho estrés en una revista, para trabajar por cuenta propia y escribir su propia columna en una revista. Cuando le pregunté cómo se sentía tras haber tomado esa decisión, Pam dijo: «Nadie se daba cuenta en mi trabajo de lo descontenta que estaba, así que mi jefe se quedó atónito cuando le dije que me quería ir. La gente con la que trabajaba no me conocían como yo era. No me sentía segura. Si eres periodista, no puedes revelar tus sentimientos o tus opiniones, así que llevaba siempre una careta

puesta. No quería mostrar mis sentimientos ni mostrarme como era, porque me sentía culpable de mi descontento. Nunca me gustaron las noticias sensacionalistas, la presión que debía ejercer sobre la gente para obtener de ellos noticias que no querían divulgar. No me gustaba estar siempre maniobrando, ni la constante manipulación.

«Durante seis años hice oídos sordos a mis propios sentimientos —continuó diciendo—. Como reacción, adopté una actitud irresponsable con el dinero. Estaba motivada por el temor al fracaso; no quería equivocarme. La aprobación de los demás me importaba mucho y elegí una carrera, los medios de difusión, donde los juicios de los demás son determinantes. Sin embargo, sí descubrí que era una buena escritora y comentarista. Escribir me daba una gran satisfacción. El año pasado tuve la oportunidad de tomar un trabajo de media jornada y trabajar por cuenta propia en mi casa y una vocecita me dijo: “Esto es lo que quiero, esto es lo que de verdad quiero”. Pero no quise escuchar esa voz y le respondí: “¡Te fastidias! Seguimos adelante”.

»Este año empecé a darme cuenta de que había logrado todo lo que me había propuesto. Era una buena jefa, una buena escritora, era una buena crítica, leída y citada cada semana. La gente me prestaba mucha atención. Pero no era feliz; nunca prestaba atención a mi sentimiento de no querer estar ahí. No quería ser incomprendida y criticada por mis colegas de profesión. Entonces empecé a pensar sobre el reconocimiento externo. ¿Quería realmente llegar a ser como Howard Rosenberg, el crítico de *Los Angeles Times*? Sí podía hacerlo, ¿pero realmente lo quería? No me gusta escribir con plazo fijo. Prefiero hacer trabajos independientes sobre cosas que me interesan de verdad. Tengo que aceptar mis propias limitaciones; yo soy así. Si me doy el tiempo necesario para abrirme a mi creatividad, puedo escribir mis ideas de una forma divertida y agradable de leer.

»Así que avisé en mi trabajo que me iba. Pensé: “Me gusta escribir y aunque no gane tanto dinero como antes ni

tenga el mismo prestigio, tendría la alegría y la satisfacción de escribir la clase de columna que de verdad me gusta". Mi jefe me dijo: "Te estás equivocando. Estás dando un giro de ciento ochenta grados y sacrificando tu carrera". Ésa es una voz con la que he tenido que luchar toda la vida, la voz gobernante que dice: "Deberías hacerlo así; esta es la verdad". Esa clase de autoridad absoluta siempre me ha amargado, pero la escuché durante mucho tiempo.

»Dejé mi empleo y ahora me encanta mi trabajo. Anoche escribí un artículo que me divirtió y me gustó tanto, que tuve que llamar a mi editor para leérselo. Siempre estaba esperando a que alguien me liberara del anonimato y me hiciera una estrella, pero ahora me doy cuenta de que no lo necesito. Puedo sentir el valor de ser lo que soy».

Pamela tuvo sus más y sus menos con su decisión cuando empezó su trabajo por cuenta propia, pero seis meses después había llegado a las metas económicas que se había marcado y disfrutaba con la variedad de temas sobre los que estaba escribiendo. Tomar una decisión de esta clase requiere mucho valor.

¿Qué pasa cuando las mujeres dicen que no?

Cuando las mujeres dicen que no a la voz rectora interior que les dice: «Él tiene razón, estás dando un giro de ciento ochenta grados. Estás sacrificando tu carrera», surgen al mismo tiempo una serie de emociones complejas. Hay una sensación de vacío, de no dar la talla de alguna forma, al seguir el camino obvio hacia el éxito profesional. Existe un temor a decepcionar a los demás, a destruir la imagen que tienen de una. Pero también existe una fuerza en decir que no, en protegerse a una misma, en escuchar la auténtica voz propia, en silenciar al tirano interior.

Tuve esa experiencia el verano pasado. Estaba sentada en una cafetería desayunando y escuchando a dos hombres adultos hablarme del reto que se me presentaba de ser una

Juana de Arco, si aceptaba un trabajo académico que me ofrecían; de guiar las tropas a las altas mesetas del éxito académico, de cortar con mi espada las cabezas de los profesores incompetentes y de sentarme en los sacrosantos recintos del rey y sus asesores. Llegué a casa sintiéndome como si me acabaran de invitar a formar parte de una pandilla, aunque sólo como observadora. Dejaron claro que nunca sería una de ellos. Querían que aceptara el trabajo de administrar la escuela, pero sabía que las riendas del poder seguirían estando en sus manos.

Había algo familiar en todo esto; era la misma sensación que tuve al escuchar a mi padre hablarme de negocios: la sensación de ser cómplice de un secreto poder, pero sin ser actor en el drama; la sensación de ser un apéndice cuya función se limita a complacer, a decir que sí, a escuchar; una sensación rara de que si aceptaba este trabajo me traicionaría. Pensé: «no me gusta esta sensación; sí, es verdad que podría hacer un buen trabajo con los alumnos y los profesores, y sería un reto estupendo, pero no tengo ganas de pagar el precio. He logrado finalmente organizarme para tener tiempo de escribir y quiero seguir ese camino para ver a dónde me lleva». Así que rechacé su oferta. ¿Qué me quedó? Una sensación a la vez de pena y de liberación. De pena, por no encajar en el sistema, por no producir según el plan, por no formar parte de una comunidad educativa hacia la que sentía cariño. Pero también estaba contenta por la recién adquirida libertad respecto a las expectativas ajenas y el convencimiento de que había sido fiel a mi propia búsqueda interna. ¿Había actuado de forma egoísta y absurda? Creo que no.

Cuando la heroína dice que no a su siguiente empresa heroica, sufre un enorme malestar. La alternativa al heroísmo es la comodidad, la pasividad, la falta de importancia de una misma. Eso equivale en esta cultura a muerte y desesperación; nuestra cultura ofrece el camino de situarse mejor y más deprisa. La mayoría piensa que lo contrario es ser invisible, y no saben qué hacer.

Cuando una mujer deja de hacer, debe aprender cómo ser, simplemente. Ser no es un lujo; es una disciplina. La heroína debe escuchar con atención a su propia y verdadera voz interior. Eso significa silenciar las demás voces que quieren decirle lo que debe de hacer. Debe estar dispuesta a contener la tensión hasta que emerja la nueva forma. Menos que eso sería abortar el crecimiento, negar el cambio e invertir el proceso de transformación. Para ser, hace falta valor y sacrificio. Para que el sacrificio sea completo, deben sajarse los viejos hábitos. Las mujeres tienen que empezar a decir que no a posiciones en las que realmente no quieren estar, aunque signifique una pérdida de admiración por parte del mundo. Y generalmente ocurre así. También deja una herida abierta que tiene que curarse antes de que pueda surgir lo nuevo.

Mientras caminaba por la playa, varios días después de tomar mi decisión, tuve la imagen de un bebé de cuatro o cinco meses que estaba acostada moviendo sus piernecitas en el aire. Estaba desnuda, tumbada al sol, haciendo ruiditos y disfrutando de la libertad de la constricción. Era una imagen regeneradora.

Decir No: el rey debe morir

A las mujeres les cuesta decir que no porque es tan agradable resultar elegida, especialmente por el rey. Nos gusta complacer a papá, a nuestro jefe, a nuestros compañeros, a nuestro amante. No queremos defraudar a los demás; invertimos gran parte de nuestra autoestima en hacer felices a otros. La niña pequeña que llevamos dentro no quiere que la excluyan o la dejen atrás. Cuesta demasiado no unirse a la juerga... y además necesitamos el dinero.

Al salir de un estado de hija espiritual en el que servimos a modelos masculinos, rara vez nos encontramos con un Papá que nos diga: «Lo has hecho muy bien... es justo lo que yo quería... Adelante y ¡ábrete camino!» Por el contrario,

la respuesta normal es: «Estás tirando por la borda tu carrera al rechazar este puesto»... «¿Cómo puedes defraudarnos?»... «Lo que te pasa es que eres una irresponsable»... «No te atreves con el desafío». Estos reproches son duros para cualquiera, pero especialmente para mujeres a las que no les gusta defraudar a otros y que han dependido tanto de los hombres para sentirse aprobadas y validadas.

Es en estos momentos de verdadera vulnerabilidad cuando podemos crecer. Jean Shinoda Bolen dice: «Cuando hacemos algo porque es lo que se espera que hagamos, o para complacer a alguien, o porque tememos a alguien, nos alienamos cada vez más de la sensación de estar viviendo una vida auténtica. Si no hacemos más que representar un papel que conocemos bien, el precio que pagamos es sentirnos cada vez más escindidos de lo que yace en el inconsciente colectivo; aquello que no sólo nos nutre, sino que también nos proporciona la materia prima que nos permite meter la pata. Muy a menudo, en periodos de transición, eso es exactamente lo que hace falta: un cambio que pase por el caos, por perder el rumbo, por perderse en el bosque durante un tiempo antes de lograr atravesarlo y encontrar de nuevo el camino»⁸.

¿Qué ocurre cuando decimos que no al patriarcado? Tenemos el tiempo necesario para crear en nosotras la posibilidad de desarrollar una relación nueva con lo masculino; no con la voz masculina que ha estado durante siglos escindida de la femenina, como lo han estado muchos hombres en nuestra cultura, sino con una figura masculina creativa que nos lleva a la Gran Madre, donde podemos sanar la fisura de nuestra propia naturaleza femenina. Cuando decimos que no al patriarcado, empezamos «nuestro descenso al espíritu de la diosa, donde el poder y la pasión de lo femenino han estado adormecidos en el mundo subterráneo, exilados durante cinco mil años»⁹.

Cuando empecé a escribir este capítulo, empecé a soñar repetidamente con una figura masculina positiva a la que llamé «el hombre de la cocina», porque la primera vez que

apareció fue barriendo el suelo de una cocina. Es un hombre fuerte y corpulento como un oso, pero a la vez suave y delicado. He pedido su ayuda varias veces a lo largo de la preparación de mi libro, cuando preveía estar entrando en territorio nuevo. Me protege y se mueve a mi ritmo, paso a paso. Me ha producido sorpresa y una sensación de energía cada vez que le he llamado y ha venido. No esperaba que esta figura tan acogedora fuera masculina. También me ha llenado de asombro el que esta figura masculina interior sea mi guía hacia la Gran Madre. En el pasaje siguiente, me lleva a bucear por debajo de las aguas conocidas. Escribo:

«Hoy me siento como si estuviera en un estado intermedio. Puedo sentir la presión del agua en mis oídos, impidiéndome oír. Aún no hemos descendido lo suficiente, o quizás sea así como se siente uno. Tengo que recordar mantenerme en el presente. Estoy entrando en un territorio nuevo que aún no puedo descifrar. Tengo que aguantar estar con el agua más arriba del cuello. Veo mis palabras dentro de las palabras de otros. Esas son mis palabras. Quiero liberarlas. ¿Qué son?

«Ahora estamos en el fondo del mar, y veo muchas mujeres flotando en las aguas tibias y jugosas. Todas nos estamos meciendo al ritmo del mar. Hay una sensación de espacio aquí, una sensación de amor. Miro hacia arriba a través de la catedral de algas, y quiero quedarme aquí para siempre. Oigo a las ballenas respirar con sus crías en sus aguas parturientas.

«El hombre de la cocina y yo nadamos juntos hacia una enorme figura de mamífero. Está sentada en el fondo del mar; tiene forma de oruga y muchas grandes ubres (Diana de Efeso). Mamo de una de ellas pero da agua, no leche. Me quedo sorprendida; me alimenta. Sonríe pero de forma desligada; no siento amor por ella o por parte de ella. Sin embargo, está muy presente y muy disponible. Es impersonal pero está ahí. Le comento mi asombro ante este hecho al hombre de la cocina y me dice: "Esto no es una relación con una madre personal, querida; esta es la Gran Madre"».

NOTAS

- ¹ Citado en «Fueling the Inner Fire. A conversation with Marti Glenn». *Venus Rising*, no. 1, 1989.
- ² Roger L. Green, *Heroes of Greece and Troy*, p. 222.
- ³ *Ibíd.*, pp. 222-23.
- ⁴ Carol P. Christ, *Laughter of Aphrodite*, pp. 97-98.
- ⁵ *Ibíd.*, pp. 98-99.
- ⁶ *Ibíd.*, p. 99.
- ⁷ John Russell, *New York Times*, Sección «Arts and Leisure», Febrero de 1981. Citado por Betty Friedan, en *The Second Stage*.
- ⁸ Extractos de un seminario con Jean Shinoda Bolen in «The Journey of the Heroine», *Venus Rising*, 3. no. 1 (1989).
- ⁹ Sylvia Brinton Perera, *Descent to the Goddess*, p. 8.

6. La iniciación y el descenso a la diosa

Dicen que aún rondas por aquí, tal vez
en las profundidades de la tierra o en
alguna montaña sagrada; dicen
que caminas —aún— entre los hombres, escribiendo
señales en el aire, en la arena, avisando y avisando,
tejiendo la forma torcida de nuestra salvación,
ansiosa sin prisa. Cuidadosa: caminas entre copas,
emerges del cristal, curas con el santo fulgor de tus
oscuros ojos; dicen que desvelas
un rostro verde en la jungla, que vistes
de azul en las nieves, que sirves
en las bodas, bailas para nuestros muertos,
que canturreas, jodes [sic],
abrazas nuestro cansancio, rondas aún por aquí,
murmuras en cuevas, avisas, avisas y tejes
la urdimbre de nuestra esperanza,
unimos las manos contra
el mal en las estrellas, o lluvia
de veneno sobre nosotros, ácido que se come todo
nos despierta como a niños de una pesadilla;
dale la nota a los devoradores que no puedo nombrar,
los hombres de metal que andan
sobre toda nuestra sustancia, aplastando la carne.

Diana di Prima: «Oración a las madres».

La iniciación de la mujer

El descenso está caracterizado como un viaje al mundo subterráneo, la noche oscura del alma, el vientre de la ballena, el encuentro con la diosa oscura, o simplemente como

depresión. Generalmente está desencadenado por una pérdida devastadora capaz de cambiar la vida. La pérdida de un hijo, de un padre o del cónyuge al que se ha ligado la vida y la identidad, puede marcar el comienzo de un viaje al mundo subterráneo. Las mujeres a menudo comienzan su descenso, cuando se extingue en ellas un papel determinado, como el de hija, madre, amante o esposa. Una enfermedad grave o un accidente, la pérdida de la confianza en sí misma o del medio de vida, un cambio geográfico, la incapacidad de terminar unos estudios, el enfrentamiento con una adicción, o un desengaño amoroso, pueden abrir camino a un desmembramiento y al descenso.

Este viaje al mundo subterráneo está lleno de confusión y pena, alienación y desilusión, rabia y desesperación. Una mujer puede sentirse desnuda y expuesta, seca y quebradiza o en carne viva y vuelta del revés. Así me sentía yo cuando luchaba contra una displasia cervical en estado avanzado, cuando se deshizo mi matrimonio y cuando perdí la confianza en mí misma como artista. Cada vez debía enfrentarme a verdades sobre mí misma y sobre mi mundo que prefería no ver. Y cada vez me depuraba y limpiaba en las llamas de la transformación.

En el submundo no hay sensación de tiempo; el tiempo es eterno y no se puede acelerar la estancia. No hay mañana ni día ni noche. Está densamente oscuro e inhóspito. Esta negritud penetrante es húmeda, fría y hiela hasta los huesos. No hay respuestas fáciles en el mundo subterráneo; no hay un atajo de salida. Impera el silencio cuando cesa el llanto. Una va desnuda, andando sobre los huesos de los muertos.

Para el mundo exterior, una mujer que ha iniciado su descenso está preocupada, triste e inaccesible. Sus lágrimas a menudo no tienen nombre pero están siempre presentes, aunque no llore. No puede ser consolada; se siente abandonada. Olvida cosas, no quiere ver a amigos. Se hace un ovillo en el sofá o se niega a salir de su habitación. Escarba en la tierra o anda por el bosque. El barro y los árboles se hacen sus compañeros. Entra en una etapa de aislamiento

voluntario, y sus familiares y amigos juzgan que ha perdido la cabeza.

Hace varios años, en medio de una conferencia sobre el viaje heroico de la mujer que había estado dando en la universidad, una mujer del fondo de la sala alzó la mano y me interrumpió con impaciencia cuando mencioné el aislamiento voluntario. «¡Aislamiento voluntario! —exclamó—, acaba usted de nombrar lo que he estado viviendo estos últimos nueve meses».

Todos se volvieron para ver a una mujer de casi cincuenta años levantarse de su silla con dignidad. «Hasta ese momento —añadió—, yo era la propietaria y la presidenta de una gran empresa de diseño, que facturaba por encima de los veinte millones de pesetas al año. Un día fui a trabajar y de pronto no supe ya quien era yo. Me miré al espejo y no reconocí a la mujer que me miraba. Me sentí muy desorientada. Dejé el trabajo, me fui a casa y no volví nunca más. Me pasé el primer mes en mi cuarto. Mis hijos adolescentes y mi marido estaban aterrorizados. Nunca me habían visto así. No tenía fuerzas ni para vestirme por las mañanas. No podía ir a la compra, cocinar o lavar la ropa. Entré en un periodo de lo que usted llama aislamiento voluntario».

Varias mujeres asintieron con la cabeza, mientras ella seguía. «Ahora, me dedico a la jardinería. Nunca lo había hecho antes en la vida, pero ahora es lo único que puedo hacer. Amo la tierra. Mi familia está preocupada conmigo, quieren que vaya a un psiquiatra, que vuelva al trabajo, que sonría otra vez. Echan de menos mi sueldo. Creen que estoy loca pero yo ni oigo lo que dicen. Estoy encontrando el camino de vuelta a mí misma en la tierra, cada vez que la remuevo».

Acababa de expresar una verdad que toda mujer que ha realizado el descenso ya conoce. Las mujeres encuentran el camino de vuelta hacia sí mismas, no, como los hombres, ascendiendo hacia la luz para salir por arriba, sino avanzando hacia las profundidades de la tierra de su ser. Su metáfora de escarbar la tierra para encontrar el camino de

vuelta a sí misma expresa el proceso iniciático de la mujer. La experiencia espiritual en la mujer es la de adentrarse más en el ser en vez de salir de él.

Muchas mujeres describen la necesidad de apartarse del «reino masculino» durante este periodo de aislamiento voluntario. La artista y terapeuta Patricia Reis escribe:

Me llevó cuatro años atravesar todo el proceso de desestructuración, de muerte, de siembra interior, de floración y renovación. Un aspecto muy importante de este periodo tiene que ver con el hecho de que me aislé por completo de todo el «mundo masculino» exterior. Para lograr mi propio segundo nacimiento, como si dijéramos, tuve que separarme conscientemente del mundo de los hombres. Fue este proceso deliberado de atraer o crear mi propia matriz femenina lo que me ayudó a encontrar mis propios poderes internos, mi propio suelo femenino. Dudo que pudiera haber logrado esto de ninguna otra forma¹.

La mujer desciende a sus profundidades para reclamar las partes de sí misma que fueron desgajadas cuando rechazó a su madre e hizo añicos el espejo de lo femenino. Para realizar este viaje, la mujer aparta de sí su fascinación con su intelecto y los juegos de la mente cultural, y se familiariza, quizás por primera vez, con su cuerpo, sus emociones, su sexualidad, su intuición, sus imágenes, sus valores, su mente. Esto es lo que encuentra en las profundidades.

Escribo trepidantemente sobre el descenso porque siento un gran respeto por el proceso y no quiero trivializarlo. Es un viaje sagrado. Sin embargo, en nuestra cultura se suele categorizar como una depresión que debe ser medicada y eliminada lo antes posible. A nadie le gusta estar cerca de una persona deprimida. Sin embargo, si decidiéramos honrar el descenso como algo sagrado y como un aspecto necesario de la aventura de conocernos de verdad, menos mujeres se perderían en la depresión, la bebida, las relaciones abusivas o en las drogas. Podrían experimentar sus sentimientos sin vergüenza, revelar su dolor sin apatía.

Cuando una mujer realiza su descenso, puede sentirse desnudada, desmembrada o devorada por la rabia. Sufre una pérdida de identidad, la disolución de los perímetros de un rol conocido y el miedo que acompaña a la pérdida. Puede sentirse seca, en carne viva, desprovista de sexualidad o sufrir el dolor insoportable de sentirse vuelta del revés. Y puede pasar mucho tiempo ahí, en la oscuridad, esperando, mientras la vida sigue en la superficie.

Puede ser que se encuentre con Ereshkigal, la antigua diosa sumeria que colgó a su hermana Inanna, diosa del cielo y de la tierra, de una estaca para que se pudriera y muriera. Cada vez que una mujer desciende, teme a la diosa oscura y lo que esta parte de sí misma pueda hacerle. «Temo que me triture, me pulverice, me devore y luego me escupa. Sé que cada vez que esto sucede me convierto más y más en mí misma, pero es una experiencia espantosa».

El descenso es una compulsión; todos tratamos de evitarlo pero en algún momento de nuestras vidas viajamos a nuestras profundidades. No es un viaje atractivo, pero invariablemente fortalece a la mujer y aclara su sentido de sí misma. Algunas mujeres hablan hoy sobre su descenso en términos del encuentro con la diosa oscura de sus sueños. Puede ser que experimenten la iracunda y devoradora diosa hindú Kali, llena de rabia por la traición de que fue objeto en las culturas antiguas, cuando entregaron su poder y su gloria a las deidades masculinas.

El principio «creatriz» de Kali y de otras deidades femeninas fue usurpado por los dioses paternos. El Yahvé bíblico que se denominaba Padre, moldeó a sus hijos del barro con sus manos, copiando la antigua magia de la Diosa Madre sumeria y babilonia que tenía títulos tales como Nana, Nin-hursag y Mami². «Los hindús dicen que había en el principio del mundo un mar u océano de sangre; este océano era la esencia de Kali-Maya, la Creadriz»³. Los egipcios la llamaban Isis, la Más Anciana de las Ancianas, que existía al principio del tiempo. «Era la diosa de donde surgió todo lo que es»⁴. El símbolo de la deidad femenina como creadora fértil de

la tierra fue erradicado durante el intento logrado de la cristiandad de eliminar el arquetipo de la Madre, reemplazándolo por el de Padre Creador e Hijo Redentor⁵.

Buscando los pedazos perdidos de mí misma

Me preparo a encontrarme con ella
no sabiendo qué decir.

No han sido sólo los hombres
los que la han traicionado.

Yo la he traicionado también.

He sido una hija de mi padre
rechazando a mi madre.

Siempre me ha dado miedo
avanzar hacia la oscuridad.

Puedo perder
la conciencia.

Puedo perder
mi voz

mi vista

mi equilibrio.

¿Cuánto es en realidad mío?

Mis palabras están encerradas
en el lenguaje de otros.

Mis imágenes derivan del arte de otros.

¿Qué soy yo?

Busco los pedazos perdidos de mí misma. Por algún motivo pienso que debo encontrarlos antes de encontrarme con ella. ¿Qué es lo que perdí siendo una hija de mi padre, intentando complacer y dar la talla? ¿Qué es lo que perdí tomando partido por él? Perdí un elemento de verdad, de ver el cuadro entero: lo feo, lo loco, lo negado, lo desaparecido.

Miro a mi alrededor y veo las cabezas ciegas de las madres: la mía, la de mi exmarido, la de la mejor amiga de mi madre. Julia, Kathlen, Betty. ¿Qué intentan decirme? «Sácanos y reúnenos con nuestro cuerpo. Quémanos bien. Hemos sido abandonadas aquí en el barro. No podemos movernos. No podemos ver».

«Recupera la oscuridad», susurran.

¿Qué más yace enterrado con ellas? La capacidad de soñar, mis sueños, mis fantasías. Mi imaginación está aquí en algún sitio, desparramada por este suelo de tierra; cuentos de hadas y casa en los árboles y criaturas fantásticas que recojo. Son partes de mí que recupero. Las reclamo como mías. Recupero la sensación que tenía antaño de que podía hacer todo lo que quisiera, dar forma a todo lo que imaginara. Lo conocí ya una vez y fue mágico. Solía sentarme a la vera de la casa y ver las rosas crecer. Podía estarme tan quieta que podía sentir el pulso de la vida, su olor y su sonido. Conozco la ciénaga, no es nada nuevo. He estado ya ahí antes y me he sentido protegida. La ciénaga, los bosques, son mi madre. Me sentía conectada a los árboles, al barro, a la hierba y las hojas. Nunca me sentí sola. Recupero esa conexión. Es profunda.

Ahora me hundo en el estrato. Hay huesos en el barro, huesos blancos, preciosos, de porcelana. Abrazo mi propio esqueleto de brazos y costillas. Los huesos son la armazón. Excavo más y más profundo en busca de las partes perdidas de mí misma. Lloro por ellas. ¿A dónde han ido?

Al recoger estos huesos veo retazos de la Diosa Madre bajo el suelo de tierra. Abraza a una hija. No es quien esperaba ver; no está furiosa ni es vieja ni fea, sino una joven de pelo castaño claro. Alivia y abraza. Se sienta y escucha y protege. Ríe y canta con una voz de campanas.

Pero yo aún no estoy ahí. Le pido a mi guía que me lleve ahí abajo.

Me lleva más hondo de lo que nunca habíamos llegado y tengo verdadero miedo de ahogarme. Farfullo y trago demasiada agua al descender debajo de la ciénaga. Él me

da la mano y me dice que no tenga miedo. Me lleva a una cueva. Ahí veo una forma enorme con aspecto de ballena encajonada por un andamio construido por pequeños liliputienses.

La están sujetando.

Aún puede mover su enorme cola negra. Aletea de aquí para allá con un ritmo fuerte y grácil. Pero el resto de su cuerpo permanece impasible, desparramándose sobre los barrotes de esta grapa acuática. Nada en ella resulta amenazador; siento su profundo dolor. Él me acerca a ella y me siento aterrorizada por su poder.

«Puedes ayudarme», dice. Me alejo.

«No puedo».

«Claro que puedes», truenan.

Por tu presencia ya no pueden agarrarme por más tiempo. Cuando todas mis hijas lleguen a mí por su propio pie, estaré liberada».

Al decir esto, se cae el andamio. La fuerza de los barrotes era ilusoria. Ahora arquea su propia espalda y su poderosa cola provoca una enorme ola que ondula por todo el océano. Nada, y nosotros con ella. Pierde su enorme tamaño; ya no está hinchada y grotesca. Está grácil y libre. Avanza por el agua con la gracia de una sirena....

Los hombres liliputienses siguen sin embargo, construyendo su jaula; de alguna forma no se han dado cuenta de que ya no la aprisiona. Abandonamos la cueva y las aguas cambian. Se vuelven tibias y lechosas. Ella para y se vuelve para mirarme y tiene un cabello largo, rubio y precioso.

«Cuando mis hijas vienen a mí, no sólo se curan, sino que me liberan del yugo», dice. Es la Afrodita-Mari con cola de pez, la Madre del Mar. Es el Gran Pez que dio a luz a los dioses.

Ya no me asusta. Como la mayoría de las mujeres, esta mujer de las profundidades sólo es temible cuando su energía está aprisionada, contenida y privada de expresión. Cuando puede moverse libremente, todas las criaturas de la tierra y del mar acuden a ella. En su presencia nos renovamos y

refrescamos. Las mujeres, y también los hombres, deben recordar cómo encontrarla.

Los misterios de madre e hija

La pérdida de la hija para la madre, y de la madre para la hija, es la tragedia femenina esencial.

Adrienne Rich: *Nacida de mujer*.

Siempre me ha afectado mucho el mito de Deméter, Perséfone y Hécate. Me emocionó cuando era una joven que anhelaba el amor; siendo madre, protegiendo fieramente a mis hijos; y ahora como mujer madura en el umbral de los años de sabiduría. En la *Enciclopedia Femenina de Mitos y Secretos* de Barbara Walker, dice de Deméter:

En griego, meter significa «madre». *De* es el delta o triángulo, un signo genital femenino conocido como «letra de la vulva» en el alfabeto sagrado griego, como en la India era el Yoni Yantra o yantra de la vulva... Así, Deméter era lo que Asia llamaba «el umbral de lo femenino misterioso... la raíz de la que surgieron el Cielo y la Tierra». En Micenas, uno de los primeros centros de culto a Deméter, tumbas de tolос con sus arcos de entrada triangulares, pequeños pasillos vaginales y bóvedas redondeadas representaban, el vientre de la diosa de donde podía provenir el renacimiento.

Como en las antiguas formas (de las diosas indoeuropeas) aparecía como Virgen, Madre y Crone o Creadora, Preservadora, Destructora... La forma virginal de Deméter era Kore, la Joven, a veces llamada su «hija» como en el mito clásico del rapto de Kore que dividió los dos aspectos de la Diosa en dos individuos diferentes. La forma materna de Deméter tenía muchos nombres y títulos, tales como Despoina, «la Amante», Daeira, «la Diosa», la Madre Cebada; la Mujer Sabia de la Tierra y del Mar; o Plutón, «Abundancia»...

refrescamos. Las mujeres, y también los hombres, deben recordar cómo encontrarla.

Los misterios de madre e hija

La pérdida de la hija para la madre, y de la madre para la hija, es la tragedia femenina esencial.

Adrienne Rich: *Nacida de mujer*.

Siempre me ha afectado mucho el mito de Deméter, Perséfone y Hécate. Me emocionó cuando era una joven que anhelaba el amor; siendo madre, protegiendo fieramente a mis hijos; y ahora como mujer madura en el umbral de los años de sabiduría. En la *Enciclopedia Femenina de Mitos y Secretos* de Barbara Walker, dice de Deméter:

En griego, meter significa «madre». *De* es el delta o triángulo, un signo genital femenino conocido como «letra de la vulva» en el alfabeto sagrado griego, como en la India era el Yoni Yantra o yantra de la vulva... Así, Deméter era lo que Asia llamaba «el umbral de lo femenino misterioso... la raíz de la que surgieron el Cielo y la Tierra». En Micenas, uno de los primeros centros de culto a Deméter, tumbas de tolos con sus arcos de entrada triangulares, pequeños pasillos vaginales y bóvedas redondeadas representaban, el vientre de la diosa de donde podía provenir el renacimiento.

Como en las antiguas formas (de las diosas indoeuropeas) aparecía como Virgen, Madre y Crone o Creadora, Preservadora, Destructora... La forma virginal de Deméter era Kore, la Joven, a veces llamada su «hija» como en el mito clásico del rapto de Kore que dividió los dos aspectos de la Diosa en dos individuos diferentes. La forma materna de Deméter tenía muchos nombres y títulos, tales como Despoina, «la Amante», Daeira, «la Diosa», la Madre Cebada; la Mujer Sabia de la Tierra y del Mar; o Plutón, «Abundancia»...

La fase de Crone de Deméter, Perséfone, la Destructora, se identificó con la Virgen en los mitos posteriores, y así, la joven secuestrada al mundo subterráneo era a veces Kore y otras, Perséfone⁶.

El culto a Deméter estaba bien arraigado en Micenas en el siglo XIII a. de C. y continuó por toda Grecia durante unos dos mil años, para ser luego sustituido por el culto a Mitras y luego a Cristo. Su templo en Eleusis, una de los mayores santuarios de Grecia, se convirtió en el centro de una refinada religión del misterio. Deméter fue adorada como «la Diosa» en Eleusis por los campesinos griegos, durante toda la Edad Media e incluso hasta el siglo XIX, cuando se le dio el título de Madre de la Tierra y del Mar⁷.

Los primeros cristianos se oponían firmemente a los ritos eléusicos debido a su manifiesta sexualidad, aunque su objetivo era la «regeneración y el perdón de los pecados». Asterio dijo: «¿Acaso no es Eleusis la escena del descenso a la oscuridad y de los solemnes actos de relación sexual entre el hierofante y la sacerdotisa, solos juntos? ¿Acaso no están las antorchas extinguidas, y acaso no cree la asamblea grande e incontable del pueblo llano que su salvación yace en lo que esos dos están haciendo en la oscuridad?»⁸.

En la oscuridad renacemos.

El mito que se convirtió en la base de los Misterios Eléusicos fue descrito en el largo «Himno a Deméter» de Homero⁹, que detalla la respuesta de Deméter al supuesto rapto de Perséfone por el hermano de Zeus, Hades, dios del mundo subterráneo.

Perséfone estaba cogiendo flores en el prado con sus acompañantes, las doncellas huérfanas de madre, Artemisa y Atenas. Allí se vio atraída hacia un narciso excepcionalmente bello con cien brotes. Cuando alargó la mano para cogerlo, el suelo se abrió y de la profundidad de la tierra salió Hades, en su carruaje dorado tirado por caballos ne-

gros. Agarró a Perséfone y la llevó al mundo subterráneo. Ella se debatió y gritó a su padre Zeus pidiendo ayuda, pero este no se la dio. Hécate, la diosa de la luna oscura y de las encrucijadas, oyó los gritos de Perséfone desde su cueva.

También Deméter oyó los gritos de Perséfone y corrió a buscarla. Con antorchas encendidas, buscó durante nueve días y nueve noches por tierra y por mar a su hija secuestrada. En su frenética búsqueda, no paró ni una vez para dormir ni para comer ni para bañarse. Muchas mujeres se sienten como Deméter cuando empiezan a buscar las partes perdidas de sí mismas, cuando sienten el desmembramiento después de tener un hijo, de separarse de una persona amada o de perder a su madre.

Al amanecer del décimo día, Hécate fue a Deméter y le dijo que Perséfone había sido secuestrada. Sólo lo había oído pero no había visto quién la había secuestrado. Sugirió que acudieran a Helios, el Dios del Sol, que les informó que había sido Hades quien había secuestrado a Perséfone y la había llevado al mundo subterráneo para hacerla su esposa contra su voluntad. Más aún, afirmó que el secuestro y violación de Perséfone había contado con la aprobación de Zeus, el hermano de Hades. Helios le dijo a Deméter que dejara de llorar y que aceptara lo que había sucedido.

Deméter se puso furiosa; no sólo sentía pena y rabia, sino también la traición de su consorte, Zeus. Abandonó el Olimpo, se disfrazó de anciana y vagó de incógnito por las ciudades y los campos. Mientras duró el duelo de Deméter no hubo cosechas en los campos; la tierra quedó yerma. Cuando llegó a Eleusis, se sentó cerca de un pozo casi exhausta y llena de dolor. Las hijas de Celeo, el regente de Eleusis, llegaron al pozo y fueron atraídas por la belleza y la prestancia de Deméter. Cuando les dijo que estaba buscando trabajo como niñera, la llevaron a casa a su madre, Metanira, para cuidar a su hermano pequeño Demofón.

Deméter alimentaba al niño con ambrosía y en secreto le mantuvo en una hoguera para hacerle inmortal. Una

noche, Metanira vio lo que hacía Deméter y gritó atemorizada de lo que le estaba haciendo a su hijo. Deméter se puso furiosa. Se alzó a su tamaño verdadero, revelando su identidad y toda su belleza divina y recriminó a Metanira por su estupidez. El cabello dorado de Deméter cayó sobre sus hombros y su presencia llenó la casa de luz y fragancia. Había recordado quien era.

Deméter pidió que se le construyera un templo y allí se sentó sola, llorando a Perséfone. Deméter era la diosa del grano, así que durante su duelo nada crecía ni podía nacer en la tierra. El hambre se extendió y los dioses y diosas del Olimpo no recibían ofrendas ni sacrificios. Al fin Zeus se dio cuenta. Primero envió a su mensajera Iris a implorar a Deméter que volviera. Cuando se negó, todas las deidades del Olimpo acudieron a ella portando presentes y honores. La furiosa Deméter hizo saber a cada una que antes de que nada pudiera volver a crecer, quería que le devolvieran a Perséfone.

Zeus respondió. Envio a Hermes, mensajero de los dioses, para ordenar a Hades que enviara a Perséfone otra vez con Deméter para que ésta abandonara su ira y devolviera el crecimiento y la fertilidad a la tierra. Al oír que estaba en libertad, Perséfone se dispuso a marchar. Pero antes, Hades le dio semillas de granada, que ella, en su prisa por volver, se comió.

Hades devolvió a Perséfone a Deméter, que estaba fuera de sí de gozo al ver a su hija. Perséfone corrió ansiosa a los brazos de su madre y la madre y la hija se fundieron en una. Luego Deméter preguntó a Perséfone si había comido algo en el mundo de Hades. Perséfone dijo que aunque no había comido nada en el Hades, en su emoción por volver con su madre, había comido la semilla de Hades.

Deméter le dijo que si no hubiera comido nada podría haberse quedado con su madre para siempre, pero que como había comido la semilla, tendría que volver al Hades «durante una tercera parte cíclica del año», periodo en el cual la tierra quedaría yerma. El resto del año podría pasarlo

con Deméter y la tierra daría su fruto. Después de haberse reunido madre e hija, Hécate volvió de nuevo y besó a Perséfone muchas veces y desde ese día, se convirtió en su «camarada real». La primavera brotó y Deméter restableció la fertilidad y el crecimiento en la tierra¹⁰.

En este mito observamos los tres aspectos de lo femenino que están separados y luego reunificados: la Virgen/doncella, Perséfone; la Gran Madre, Deméter; y Crone, Hécate. Perséfone es arrancada de la inocencia (inconsciencia) de la vida cotidiana hacia una conciencia más profunda de sí misma por Hades. Se ve iniciada en los misterios sexuales y se entrega a Hades, convirtiéndose en su consorte. Pierde su virginidad, su «unicidad en sí misma» que Esther Harding llama «la esencia de la virginidad». Se convierte en la Diosa del Hades. El momento del salto adelante para una mujer es siempre simbólicamente una violación —una necesidad— algo que se apodera de ella con poder irresistible y supera toda resistencia¹¹.

Perséfone es arrancada de sí misma como hija de su madre y entra en las profundidades de su alma. Ésta posiblemente sea una experiencia universal para la mujer: la pérdida de su antiguo sentido de sí misma y la sensación de estar perdida, confusa y sumida en la depresión, para descubrir al fin que en estas profundidades yace un nuevo sentido de sí misma. El derrumbamiento se convierte en descubrimiento. «La Perséfone de los ritos eléusicos que es la novia de Hades nos permite enfrentarnos a los momentos más imponentes de nuestra vida como parte integral de ella, como ocasiones de ver en profundidad»¹².

Al hallar su nuevo sentido de sí misma, Perséfone no deseaba ya volver a su antigua posición en una regresión a su identificación con su madre. Por ello se traga las semillas de granada y asimila la experiencia de las profundidades. «Ha comido la comida de Hades, ha tomado en sí misma la semilla de la oscuridad y puede ahora dar a luz su nueva personalidad propia. También su madre puede hacerlo»¹³. Perséfone se convierte también en madre, teniendo a su

vez una hija que muere a ella y luego renace. «Toda mujer contiene en sí misma a su hija, y cada hija a su madre; todas las mujeres se extienden hacia atrás hacia su madre y hacia delante, hacia su hija»¹⁴.

Cuando Perséfone es secuestrada, Deméter queda sumida en la pena y se rinde a su dolor. No come, bebe ni duerme durante nueve días y nueve noches (el nueve simbólico del embarazo). La pérdida de la hija es la pérdida de la parte joven y despreocupada de una misma. Es un momento de cambiar la perspectiva: del mundo exterior con su proyección hacia fuera, al viaje interior y el trabajo de la segunda parte de la vida.

La diosa del grano

Sentí el dolor inconsolable de Deméter cuando mi hija se fue de casa a la universidad. Me sentí muerta sin ella. No sólo sentí la falta de la alegría que me daba su presencia diaria, sino que sentí visceralmente mi muerte como madre. Como Hécate, la «diosa de la luna oscura, de la intuición mediúmnica en la mujer de aquello que oye en la oscuridad pero no ve ni entiende»¹⁵, no podía entender el motivo de la profundidad de mi dolor. Había sufrido cuando mi hijo había partido para la universidad dos años antes, pero esta vez era distinto y mucho más fuerte. Estuve dos meses sin dormir después de su partida y, aunque seguí trabajando, lloraba cada vez que veía su cuarto vacío. Quería que volviera; que las cosas volvieran a ser como antes cuando cantaba y hacía bromas y me contaba lo que había pasado cada día. ¡Hasta deseaba que se metiera conmigo!

Helen Luke hace alusión a la diferencia inmensa entre la experiencia madre/hijo y madre/hija: «A nivel arquetípico, el hijo simboliza para la madre su propia aventura interna, pero la hija es la extensión de su ser mismo, llevándola de nuevo al pasado de su propia infancia, y hacia el futuro como promesa de su propio renacimiento a una nueva per-

sonalidad, a una consciencia del Ser»¹⁶. Antes de experimentar el renacimiento, sentí el escalofrío de la muerte.

En esta época tuve un sueño en el que las tropas con las que iba marchando me dejaban en una cueva en lo alto de una montaña al anochecer. Estaba nevando y tenían que descender de la montaña mientras aún había luz. Me dejaban allí porque yo estaba herida. El capitán del regimiento me dio su guante al partir.

A la mañana siguiente reflexioné sobre el sueño para descubrir lo que me decía mi inconsciente. En mi fantasía volví a la cueva del sueño para ver lo que tenía que aprender allí. Escribí lo siguiente:

«Miro a mi alrededor y hay objetos rituales en la cueva: un cuchillo, un nido de pájaro vacío, tres piedras, una funda de pistola vacía, una cantimplora y raciones de comida. Hay también un camastro sobre el que me siento. Mi muslo derecho está herido y tengo sangre en los pantalones. Hace frío fuera y sin embargo tengo una sensación de paz en medio de mi miedo. Soy capaz de hacer fuego. Me como mi carne seca.

«Sé que tengo la fortaleza para quedarme aquí tres días y que volverán a por mí después. El capitán es mi amigo, puedo contar con él. Y sin embargo, siento un inmenso temor. Encuentro un nido de pájaro. Es raro encontrar un nido nuevo de pájaro en una cueva a esta altura. El nido es frágil. Yo me siento igual por dentro, pero por fuera debo ser un valiente soldado.

«Los objetos de esta cueva son los juguetes de un niño: los objetos aliados que tuve una vez cuando era una niña pequeña en el bosque. La soledad que siento ahora es la soledad y la tristeza de esa época, antes de tener compañeros, antes de tener a mis hijos. Han sido los compañeros de mi vida y ahora se han ido. Ya no hay nadie con quien jugar y me vuelvo al nido vacío.

«No quiero estar sola; no quiero estar más en una cueva. Quiero que me devuelvan a mis hijos, quiero que me devuelvan mi juventud, quiero que me devuelvan a mis com-

pañeros. Pero ya no puede ser igual. Tengo que seguir adelante. Tengo que salir de esta cueva y descender por el monte, aunque me cueste la vida».

El ser madre ha definido una gran parte de lo que debía hacer con mi vida. El abandono de ese papel dejó un enorme agujero en mí. No me había dado cuenta de que había hecho de la maternidad mi aventura heroica. Antes de eso había funcionado en reacción a mi madre —a su ira y su frustración— en busca de la aprobación de mi padre, mi iglesia, mi escuela o mi trabajo.

«Ahora me siento desnuda —escribí—. Ya no tengo el camuflaje del perfecto rol materno. Y no tengo la energía ni el entusiasmo necesarios para ser una “perfecta” terapeuta, escritora o artista. Sólo quiero ser un ser humano normal: sin heroicidades, sólo una aventura interior tranquila. Tengo un cuchillo, agua, tres piedras, un nido de pájaro, comida y un camastro. Sé que puedo sobrevivir; no tengo que depender de mis padres, de mis hijos ni de mi pareja. Puedo expresar mi alma».

Como Deméter, pude a largo plazo ir más allá de mi pérdida personal, pero me llevó un tiempo que juzgué excesivo. No me di cuenta durante mi dolor y mi pena, de que estaba absorta en el arquetipo de Deméter. Poco después de tener este sueño, mi hija volvió a casa a pasar unas cortas vacaciones. A ella también le estaba costando la separación; echaba mucho de menos la casa y aún no se había hecho un grupo de amigos de su estilo. También en esta época se me había pedido un cuadro para una exposición titulado «Más pequeño que una panera». Le pedí a mi hija que me ayudara a pintar la panera de cartón que había sido entregada a todos los artistas. Empezamos a pintar varios dibujos juntas y por alguna razón yo empecé a pintar diosas del grano. Mi hija me preguntó que porqué tenía la diosa que yo estaba pintando una lágrima en el ojo. Sin pensarlo, dije que se le había roto el corazón y empecé a llorar.

Sólo después de esta experiencia, conecté las diosas del

grano que ambas habíamos pintado con Deméter, y la pérdida de mi hija con Perséfone. Seguí soñando y escribiendo, y realizando las actividades cotidianas sin entusiasmo. Pero empecé a poder dormir toda la noche. «Cuando es hora de una transformación de toda la personalidad, del nacimiento de una actitud totalmente nueva, todo se seca por dentro y por fuera y la vida se vuelve cada vez más estéril, hasta que la mente consciente se ve forzada a reconocer la gravedad de la situación y a aceptar la validez de lo inconsciente»¹⁷. Pude finalmente salir de mitristeza por la separación de mi hija y darme cuenta de que ahora tenía trabajo: el de encontrar a mi propia hija dentro de mí.

El descenso de Inanna

Inanna, Reina del Gran Cielo, puso su corazón en el suelo más profundo de la Tierra. Dando la espalda al Cielo, descendió. «Pero, ¿y tu seguridad?», le gritaban voces de ansiedad. «Si no vuelvo, acudid a los Padres» gritó, ya en la primera puerta. «Camino del funeral», explicó al guardián de la puerta, y los barrotes de arenisca cedieron. Y así bajó, a través de barrotes que arrancaron el oro de sus orejas. Bajó a través de brazos de granito que arrancaron la camisa de su pecho. Bajó atravesando fuego que abrasó el cabello de su cabeza. Bajó atravesando hierro que creyó ser núcleo que se llevó sus miembros. Más y más abajo se lanzó por el vacío que bebió su sangre. Hasta que al fin llegó cara a cara con Ereshkigal, la Reina del Gran Mundo Subterráneo. El Ojo implacable heló su corazón y aturdida traspasó su pupila rodeada de cráneos que masticaban la carne de sus huesos, mientras caía y caía al hueco Abismo.

Janine Cana: «El descenso de Innana»
en *Su Magnífico Cuerpo*.

Cuando reconocemos nuestra filiación espiritual en el patriarcado, nos queda mucho que excavar. Tenemos que

reclamar las partes de nosotras mismas que eran nuestras antes de que nos vistiéramos los hábitos de la cultura. Silvia Brinton Perera, en su brillante libro *Descenso a la Diosa*, usa un antiguo poema sumerio sobre Inanna y Ereshkigal para observar el desmembramiento que se da, cuando una mujer se desprende de su identificación con lo masculino y su defensa de ese mismo aspecto masculino, muere a su vieja forma de ser y espera su renacimiento¹⁸.

Inanna, la antigua diosa sumeria del cielo y la tierra, desciende al mundo subterráneo para ser testigo de los ritos funerarios de Gugalanna, el esposo de su hermana Ereshkigal, Diosa del Mundo Subterráneo.

Antes de abandonar el cielo y la tierra, Inanna da instrucciones a Ninshubur, su fiel sirviente, de apelar a los dioses padres, Enlil, Nanna y Enki, para solicitar su ayuda para liberarla en caso de que no volviera a los tres días. Comienza su descenso. En la primera puerta al mundo interior, Inanna es detenida y se le pide que se declare. El guardián de la puerta, Neti, informa a Ereshkigal, Reina del Gran Abajo, que Inanna pide ser admitida en la tierra de «irás y no volverás» para presenciar el funeral de Geshtinanna. Cuando Ereshkigal oye esto, se golpea el muslo, se muerde el labio y da instrucciones a Neti de que trate a Inanna según las mismas leyes y ritos que se aplican a los demás que entran en su reino. Debe quitarse sus ropajes reales y entrar en el submundo bien agachada. El guardián obedece y va despojando a Inanna de una parte de su vestimenta real en cada puerta que pasa. En cada una de las siete puertas, se le desnuda y se le juzga. Ereshkigal la mira con el ojo de la muerte. Habla palabras de ira contra Inanna, la fulmina, y cuelga su cadáver de una estaca para que se pudra. Cuando Inanna no vuelve después de tres días, Ninsubur empieza a lamentarse y batiendo su tambor, empieza a dar vueltas alrededor de la casa de los dioses. Acude a Enlil, el dios más alto de cielo y tierra y a Nanna, el dios de la luna y padre de Inanna, pero ambos se niegan a interferir en los asuntos del mundo subterráneo. Finalmente, Enki, el

dios de las aguas y de la sabiduría oye la súplica de Ninshur y llora por Inanna.

Se propone liberarla creando dos seres, ni varón ni hembra, de la suciedad de debajo de su uña. Les da comida y bebida para llevar al mundo de abajo y les dice que lloren con Ereshkigal. Se meten en el submundo sin ser notados y consuelan a Ereshkigal que está desconsolada por la muerte de su consorte o que gime con sus propios dolores de parto. Está tan agradecida por su empatía que les ofrece un regalo. Le piden el cuerpo de Inanna sobre el que espolvorean comida y el agua de la vida. Devuelta a la vida, se le recuerda a Inanna que si quiere volver del mundo subterráneo debe buscar un sustituto para reemplazarla. Al volver por las siete puertas y reclamar su vestimenta real, los demonios se le agarran para recuperar su chivo expiatorio.

La última parte del mito trata de la búsqueda de su sustituto, su consorte Dumuzi, que no había llorado su muerte y le había quitado el trono. Inanna ofrece un modelo de plenitud femenina más allá del de la madre: es la encarnación de la fertilidad de la tierra; la diosa de la estrella de la mañana y de la tarde; la diosa de la guerra; la diosa del amor sexual, de la curación, de las emociones y de las canciones. Es una aventurera; no se somete al tabú de no cruzar el umbral del mundo subterráneo. En cada una de las siete puertas abandona aspectos de su identidad. Este «desvelar sugiere el abandono de las viejas ilusiones y las falsas identidades que pueden haber servido en el mundo de arriba, pero que no valen nada en el mundo inferior»¹⁹.

Ereshkigal fue violada por los dioses y exilada al submundo, como todo lo relacionado con la naturaleza y el cuerpo. Ella es la parte de lo femenino que se ha enterrado. Encarna la rabia, la avaricia, el miedo a la pérdida. Es energía sexual cruda, primaria; es el poder femenino desgajado de la conciencia. Es los instintos y la intuición femenina que se ignoran y son motivo de burla. «Es el lugar donde la vida potencial yace inmóvil en los dolores del parto», antes de la expresión²⁰.

Guardo un enorme respeto por Ereshkigal pues sé que tiene el poder de rasparme hasta la médula. Su fuerza impersonal no es sólo destructiva sino también transformadora, «como la descomposición y la gestación, que actúan sobre el receptor pasivo y atascado, incluso de forma invasiva y en contra de su voluntad. Esas fuerzas impersonales devoran y destruyen, incuban y dan a luz con una implacabilidad desalmada»²¹.

Ella constituye tanto el lugar de la muerte como el de la nueva vida aún dormida, el punto de la destrucción necesaria y de la curación. Al encontrarse con Ereshkigal, la mujer se encuentra con su propia sombra, la rabia y furia contenida durante largos lustros mientras intentaba complacer a los padres de lo alto. Una cliente mía lo describe como la bola de hierro fundido que se siente en la depresión y que le roe el pecho.

Ereshkigal representa la relación de la mujer con los mecanismos de las capas profundas de su psique, de su cuerpo, de su naturaleza instintiva. Exige reverencia y respeto. Nos mira con su ojo de la muerte, viendo lo que nosotras mismas no queremos ver. Nos exige que miremos a aquellas partes de nosotras mismas de las que nos hemos desgajado.

En su forma más negativa, puede detener toda la vida. Una de mis clientes describe cómo su madre la miró con «mal ojo»: «cada vez que se enfadaba conmigo, me dirigía una mirada de odio y dejaba de hablarme durante una semana. Era como un agujero negro. Se portaba como si yo estuviera muerta; no me veía, no me oía, no me hablaba. Yo estaba desconsolada de sentirme tan absolutamente distante de ella; sentía que la vida se había acabado y que no podía seguir. Le suplicaba que me perdonara, pero nunca cedía».

Ereshkigal empala a Inanna en su estaca, llenando su «vacío absolutamente receptivo de lo femenino con fuerza femenina yang. Le da a una mujer su propia plenitud, de forma que ya no depende del hombre o del niño, sino que

puede ser un individuo completo en sí misma»²². Sabe a qué quiere decir sí y no. Cuando una mujer empieza a afirmarse a sí misma, resulta a menudo desagradable, fea y antipática; ya no está dispuesta a sonreír, a tragarse los sentimientos, a anesthesiarse y complacer. Pero para que la mujer pueda lograr su plenitud, tiene que recuperar la madre oscura dentro de sí.

El encuentro con la madre oscura

Durante el descenso, la mujer atraviesa un periodo de introversión o depresión, un lento y doloroso autoembarazo en el que va raspando su identificación con la conciencia del ego, y retorna a un estado de conocimiento cuerpo/mente que precede a las palabras. Puede ser que sienta una sensación increíble de vacío, de ser excluida, despreciada, abandonada, desvalorizada. Puede sentirse sin hogar, huérfana, en un lugar intermedio. Al igual que Deméter e Inanna, no dará fruto, no producirá. Puede ser que se sienta desnuda y en evidencia, asexuada, árida y cruda. Puede ser que sueñe con imágenes de túneles, de trenes subterráneos, de vientres, de tumbas, de ser tragada por serpientes o encontrarse como Jonás, en el vientre de la ballena. Si puede permitir que el descenso sea una iniciación consciente, no tiene que perderse en la oscuridad.

Una de mis clientes sueña que se encuentra con la madre oscura en un tren subterráneo. «Estoy en un metro con mi hija de cinco años, con otra niña y con mi marido. El tren llega a la estación y empezamos a bajarnos. Mi hija, Maraya, sale corriendo y se le vuela el sombrero detrás del tren y va a por él. Corro detrás de ella y no la veo, pero veo a niños al otro lado de la vía que corren detrás de algo. No puedo ver a Maraya, pero sé que está bien, que no se ha caído a las vías. Vuelvo corriendo al vagón del tren para sacar mi equipaje, mi bolsa fotográfica, mi bolso, y dárselos a mi marido. Cuando vuelvo a por más, el tren se va. Yo estoy en el tren

sin equipaje, dinero ni máquina de fotos, y no sé el nombre de la estación donde dejé a mi familia. Sólo hay dos mujeres más en el vagón del metro. Una está inclinada como si estuviera enferma, y la otra la está atendiendo. Les pregunto el nombre de la estación que acabamos de pasar. No lo saben, pero me dicen que faltan por lo menos cuarenta minutos hasta la próxima estación. Les empiezo a contar mi dilema y dicen: "Sí que estás en un buen lío ¿verdad?". Pero no me ofrecen ayuda. Pienso que tendré que pedirles al menos un dólar para volver, pero no conozco el metro ni si mi familia me esperará ahí».

Le pido que converse con las mujeres en el vagón del metro. «Son mi madre y yo. "¿Qué estáis haciendo en el tren conmigo?", les pregunto. Me dicen: "Tienes que enfrentarte con nosotras antes de que te puedas bajar". Me enfrento a ellas. La figura materna que está reclinada es la que tiene el poder; la hija le atiende. La madre es ridiculizadora, perezosa, dictadora. Me retraigo en su presencia, pero la atiendo con cariño. Me gustaría matarla.

»Es enfermiza y dependiente; su poder yace en su dependencia. Me mantiene encadenada a ella con su dependencia. Me siento insensible; ni siquiera sé a dónde se dirige el tren. El destino es desconocido, pero me siento atrapada en este vagón con ella. Quiero decirle que se levante y ande, pero tengo miedo de que me castigue privándome de su dependencia. No me quiere de verdad; lo sé, y sin embargo, finjo que me necesita. Finjo y me convierto en la gran mártir. ¡Qué buena soy! Cuido a mi madre.

»Necesito levantarme en la siguiente estación y alejarme de ella. ¡Sería tan liberador! Esa mujer al otro lado ¡es tan libre! No tiene nada, ni equipaje, ni familia, ni dinero. Es ilimitada aunque está asustada. Yo estoy atada a algo que ni siquiera está ahí: a una vieja identidad, a ser la hija de una madre enferma, probando mi valía. Mansa y silenciosa, ¿qué pasaría si me levantara y me fuera? Perdería a mi madre. Perdería mi imagen de servir a mi madre. Dejaría

de estar al servicio de una madre negativa. Destruiría el complejo.

»No puedo seguir sirviendo y respirando. Quiero ver la luz del día. Si ella quiere quedarse en el metro, es su problema. Yo quiero respirar aire fresco. Se arruga cuando le digo que voy a bajarme del tren cuando llegue a la próxima estación».

Esta mujer pasó los siguientes cuarenta días en la cama con pulmonía. Desarrolló una extraña fiebre que la mantenía continuamente bañada en sudor. Fue un tiempo de sufrimiento y aislamiento pero también de purificación y transformación. Se dio cuenta de que ya no tenía que ahogarse de rabia hacia su madre. Había leído el mito de Inanna y Ereshkigal y un día, hacia el final de su enfermedad, vino a terapia y dijo que había olvidado decirle a Ninshubur que «se iba abajo».

El sufrimiento consciente y el retorno

Después de tres días, Inanna no vuelve del mundo subterráneo y su fiel ayudante, Ninshubur, apela a los dioses del cielo y de la tierra pidiendo ayuda. Como muchas mujeres, Inanna busca el amor donde no está. Busca a los padres que supuestamente tienen el poder, pero que ni son capaces ni lo suficientemente generosos para ayudar. Este es un tema recurrente para mí y para muchas hijas del patriarcado, que esperan ayuda y aprobación de aquéllos que se niegan a verlas como son. Las mujeres deben aprender dónde se halla su verdadera fuente de validación.

Ninshubur acude a Enki, el astuto dios del agua y de la sabiduría, que rige el flujo de los ríos y de los mares. Es lo masculino generador, creativo, lúdico y empático²³. Con la suciedad o barro de debajo de sus uñas improvisa lo que hace falta en ese momento. Crea seres ni hombre ni mujer para encarnar la humildad, la compasión y la capacidad de reflejar los sentimientos de Ereshkigal²⁴. Ella se halla en un

profundo duelo y estas criaturas asexuadas sufren con ella, por dentro y por fuera. No le suplican que haga nada; simplemente le dejan estar en su dolor. Cantan con ella sus lamentos. Ereshkigal se siente escuchada y eso permite a lo profundo femenino «aceptar su dolor como es, como parte del proceso natural de la vida». No tiene que culpar a nadie; sólo tiene que aguantar el sufrimiento y dejar que se alivie naturalmente.

Esta cualidad de empatía o de estar con el dolor le ayuda a una a salir de él. También impide lo que yo llamo «eyaculación precoz» —el pasar a la acción apresuradamente y antes de tiempo, porque el dolor de aguantar la tensión de lo desconocido se hace insoportable—. Si tenemos la paciencia de permitir al proceso el tiempo que precisa, puede darse una curación profunda. Si abortamos nuestro proceso, nunca nos permitiremos llegar hasta el final. Las mujeres y los hombres necesitan apoyarse unos a otros para hacer honor al ciclo femenino, que, como los ciclos de la vida en la naturaleza, es de muerte y decadencia, gestación y renacimiento.

Cuando Ereshkigal se siente escuchada, permite a las criaturas asexuadas devolver a Inanna a la vida. Ésta siente el bullir de la vida en su interior. La reaniman con comida y agua y poco a poco vuelve en sí, retornando del mundo subterráneo para buscar a su sustituto. Se ha encontrado con la diosa oscura y sabe que «todo cambio y toda vida exige sacrificio. Ese es exactamente el conocimiento del que han huido la moral patriarcal y las eternamente jóvenes hijas de los padres, queriendo hacer las cosas bien para evitar el dolor de cargar con su propia renovación, su propio y distinto ser único»²⁵.

Cuando Inanna vuelve del submundo no es todo dulzura y luz, del mismo modo que cuando una mujer sale del aislamiento voluntario para afirmarse a sí misma, no es un espectáculo agradable a veces. Guardaos, familiares y amigos de pretender que vuelva a la persona que era antes. Ahora se da cuenta de hasta qué punto se ha sacrificado a sí

misma por complacer a otros, y no está dispuesta a hacer las cosas como antes. Corta sin piedad con personas y situaciones que no apoyan a la persona que ha llegado a ser.

Inanna encuentra a Dumuzi, su consorte, su igual, sentado en su trono, despreocupado de su aprieto. Le planta cara y ordena que sea llevado en su lugar al mundo subterráneo. Sacrifica a aquél más querido para ella. «El querido Dumuzi aquí es la actitud preferida del *animus*, el viejo rey, que el alma femenina debe entregar a su Ser, debe matar como fuente primordial de su propia validación e identidad»²⁶. En otras palabras, él es esa parte a la que miramos en busca de aprobación. He escuchado a muchas mujeres clientes mías decir que, mientras escribían sus tesis doctorales, se dieron cuenta de que el único motivo por el que se habían embarcado en ese rito iniciático particular era por obtener la aprobación de los padres. En ese momento, muchas decidieron cambiar de rumbo y abandonar sus tesis.

La diosa Inanna llora la pérdida de su amor y es entonces cuando es oída por una mujer humana. Geshtinanna, la hermana de Dumuzi, está a su vez llorando la muerte de su hermano. Llena de pena y amor, le pide a Inanna que la lleve a ella en vez de a Dumuzi. Inanna queda tan conmovida por su oferta de sacrificio consciente, que permite a Geshtinanna compartir la pena de Dumuzi en el mundo subterráneo, pasando cada uno seis meses abajo y seis meses en la tierra²⁷.

Geshtinanna es lo femenino nuevo; es una mujer sabia que conoce sus sentimientos, humilde y consciente de su sacrificio. Está dispuesta a sufrir el ciclo de descenso, ascenso, descenso; está en contacto con su naturaleza masculina así como con la profundidad de la femenina. Es un modelo de alguien dispuesta a sufrir humanamente, personalmente, el espectro completo que constituye la diosa»²⁸. Cierra el patrón del chivo expiatorio decidiendo enfrentarse ella misma al submundo²⁹. No culpa a nadie.

Geshtinanna tiene mucho que enseñar a la heroína de nuestros días. Desciende, no en busca de alabanzas o apro-

bación, sino para experimentar el ciclo completo de su naturaleza femenina. Adquiere la sabiduría de los ciclos de cambio, aceptando el lado oscuro, instintivo, que nos ayuda a encontrar sentido al sufrimiento y a la muerte, al mismo tiempo que al lado alegre y ligero, que reafirma nuestra fuerza, nuestro valor y nuestra vida.

NOTAS

¹ Patricia Reis, «The Goddess and the Creative Process», en Patrice Wynne, *The Womanspirit Sourcebook*, p. 181.

² Barbara Walker, *The Skeptical feminist*, p. 11.

³ *Ibíd.*, p. 122.

⁴ Merlin Stone, *When God was a Woman*, p. 219.

⁵ Barbara Walker, op. cit., p. 133.

⁶ Barbara, Walker, *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets*, pp. 218-19.

⁷ *Ibíd.*, p. 219-20.

⁸ *Ibíd.*, p. 220.

⁹ Traducción de Charles Boer, «The Hymn to Demeter», *Homeric Hymns*, segunda edición revisada, Irving, Texas, 1979, pp. 88-135.

¹⁰ Jean Shinoda Bolen, *Goddess in Every Woman*, pp. 169-71.

¹¹ Helen Luke, *Woman, Earth and Spirit*, p. 56.

¹² Christine Downing, *The Goddess*, p. 48.

¹³ Helen Luke, ob. cit., p. 65.

¹⁴ C. G. Jung, «Psychological Aspects of the Kore», Jung & Kerenyi, *Essays on a Science of Mythology*, p. 215.

¹⁵ Luke, ob. cit., p. 57.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 54.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 64.

¹⁸ Sylvia Brinton Perera, ob. cit., pp. 9-10.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 59.

²⁰ *Ibíd.*, p. 23.

²¹ *Ibíd.*, p. 24.

²² *Ibíd.*, p. 40.

²³ *Ibíd.*, p. 67.

²⁴ *Ibíd.*, p. 70.

²⁵ *Ibíd.*, p. 78.

²⁶ *Ibíd.*, p. 81.

²⁷ *Ibíd.*, p. 90.

²⁸ *Ibíd.*, p. 94.

²⁹ *Ibíd.*, p. 91.

7. El urgente anhelo de reconectar con lo femenino

El bebé miniatura

Sueño que tengo una bebé. Es muy pequeña, casi como un pálido gusanito. Lucien y yo estamos paseando por la calle y de pronto me acuerdo del bebé. Corremos a casa y nos la encontramos fuera, en su sillita en el porche. La saco de su sillita y está muerta de hambre. Estoy a punto de darle el pecho cuando me acuerdo que debo cambiarle antes el pañal. Le digo a Lucien: «Tienes que crear una relación con ella hablándole». La cambio y me parece ¡tan infeliz, tan pequeña! Apenas puede llorar; sólo hace un pequeño sonido como un maullidito. No es exigente, sólo triste. Estoy preocupada por su supervivencia porque casi ni me acordaba de que la tenía. Siento la llegada de la leche a mi pecho izquierdo, cuando empieza a llorar.

Cuando reflexiono sobre este sueño, la imagen del bebé miniatura me recuerda al desenmascarado Darth Vader en la película de George Lucas *El Retorno del Jedi*, Luke Skywalker le quita a su padre la máscara y se queda atónito y triste de ver la cabeza sin desarrollar del rey guerrero. Por servir al Estado, no había desarrollado su propia humanidad. Cuando le quito la máscara a mi padre, veo un niño pequeño que quiere cariño, caricias y que le digan que le quieren como es. Cuando desenmascaro al padre dentro de mí misma, el aspecto heroico, veo mi naturaleza femenina profunda que anhela ser reconocida, anhela que la hablen, que la limpien, que la cambien y la alimenten. Pero esta conexión es tan frágil que a veces la olvido. Desde luego tengo suficiente leche para alimentar a esta femineidad recién nacida; sólo tengo que recordarlo.

Cuando una mujer ha realizado su descenso y ha roto su identidad como hija espiritual del patriarcado, hay un anhelo urgente por reconectar con lo femenino, ya sea la Diosa, la Madre o la niña pequeña que lleva dentro. Hay un deseo de desarrollar aquellas partes de sí misma que se han enterrado durante su viaje heroico: su cuerpo, sus emociones, su espíritu, su sabiduría creativa. Puede ocurrir que la relación de una mujer con las partes no desarrolladas de su propio padre le dé una clave sobre su verdadera naturaleza femenina.

Si una mujer ha pasado muchos años afinando su intelecto y su control sobre el mundo material mientras ignoraba las sutilezas de la sabiduría de su cuerpo, puede que ahora recuerde que su cuerpo y su espíritu son uno. Si ha ignorado sus emociones mientras servía a las necesidades de su familia o de su comunidad, puede que ahora empiece poco a poco a reclamar lo que siente como mujer. Los misterios del reino femenino aparecerán en sus sueños, en acontecimientos sincrónicos; en su poesía, en su arte y en la danza.

La ruptura cuerpo/espíritu

Históricamente, la conexión entre cuerpo y alma se destruyó con el derrocamiento de la Diosa Madre. Sólo ahora, ante la amenaza de destrucción en masa de la Madre Tierra, se está volviendo a reclamar esta conexión. Cuando la humanidad olvidó la santidad de la tierra y empezó a adorar a sus dioses en iglesias y catedrales en lugar de hacerlo en las grutas y en los montes, perdió la sagrada relación «Yo/Tú» con la naturaleza. Olvidamos que nosotros éramos sus hijos, interconectados con todas sus especies. Perdimos el sentido de lo sagrado encarnado en todos los seres vivos, árboles, rocas, mares, animales de cuatro patas, pájaros, niños, hombres y mujeres. Con este desprecio por la santidad de la Naturaleza, vino la negación de la santidad del cuerpo.

No siempre fue así. Cuando el cuerpo de la mujer era el equivalente del cuerpo de la Diosa, la mujer era el recipiente del milagro de la vida.

En tiempos pasados, cuando la metáfora y el arquetipo, en lugar del conocimiento científico, describían el funcionamiento de las cosas, había una sensación de respeto admirado hacia las mujeres. La admiración tenía que ver con los cambios por los que atravesaba su cuerpo. La niña se convertía en mujer cuando menstruaba; la sangre siempre ha tenido una cualidad numinosa. Sangraba todos los meses hasta que quedaba embarazada, y entonces dejaba de sangrar durante nueve meses y se convertía en un recipiente para la nueva vida. Se creía que retenía la sangre en su cuerpo para formar al bebé. Después de tener a su bebé, volvía a sangrar, mes tras mes, hasta la menopausia, en que de nuevo dejaba de sangrar. Esto también era considerado admirable, pues entonces se creía que retenía la sangre en su cuerpo, no para formar un bebé, sino para alimentar su sabiduría. Las mujeres están ahora reclamando esta forma muy diferente de ver sus experiencias, al traer de nuevo al mundo un sentido de lo sagrado de la materia¹.

Durante la Edad Media, y especialmente desde la Revolución Industrial y la deificación de la máquina, tanto el cuerpo físico de los hombres, como el de mujeres y el de la Madre Tierra, se ha visto abusado física y sexualmente. Se ha empujado al cuerpo más allá de los límites de la fuerza y la resistencia y se le ha obligado a conformarse con las expectativas culturales de tamaño, forma y belleza para servir a la avaricia humana. La denigración del cuerpo femenino ha sido expresada en tabúes culturales y religiosos sobre la menstruación, el parto y la menopausia². También se refleja en las estadísticas cada vez más numerosas sobre violaciones, incesto y pornografía. Lo sagrado del cuerpo femenino, el reconocimiento de lo sagrado en la materia, se perdió cuando la gente empezó a adorar a los dioses mas-

culinos. La reverencia y la fertilidad que en un tiempo se concedía a la mujer que menstruaba, quedó enterrada junto con la Diosa.

En su ausencia, algunas mujeres olvidaron la profunda sabiduría del cuerpo femenino y los misterios de la sexualidad femenina. Las mujeres saben con su cuerpo. Jean Shinoda Bolen dice que «cuando sabemos algo en nuestros cuerpos así como en nuestra mente y nuestro corazón, entonces sabemos algo sobre nosotras mismas, y es esta dimensión la que ha estado desequilibrada en nuestra civilización cristiana y en nuestra psicología de influencia cristiana. Ha sido hasta tal punto una psicología del padre así como una teología del padre, donde la mente, las interpretaciones, y la palabra son las experiencias transformadoras, y eso no es verdad [para las mujeres]»³.

La sexualidad femenina

La pérdida de poder asociado con la sexualidad femenina ha sido una realidad transcultural desde que el hombre descubrió que jugaba un papel en la procreación. Para proteger la descendencia patrilineal, los hombres han intentado durante siglos controlar la sexualidad de sus mujeres. Aunque los hombres necesitan a las mujeres, intentan mantener su poder bajo control, legislando sobre el uso que hace la mujer de su sexo en caso de que comprometa la frágil pero tenaz estructura social de nuestra sociedad patriarcal⁴. Para proteger su descendencia patrilineal, su hijo tiene que ser el hijo del padre y no el hijo de la madre»⁵.

Incluso en las sociedades celtas, donde la descendencia de los hijos era matrilineal, el poder sexual de la mujer se consideraba peligroso, insalubre y atemorizador. Jean Markale relata que cuando la Gran Madre celta, Rhiannon, fue empujada al interior de la tierra, adoptó la forma de jabalí blanco, macho o hembra. En la siguiente historia galesa contada por Markale, está claro que la diosa de la siembra,

Henwen, era temida, perseguida y denigrada por Arturo y sus hombres. El poder de su fertilidad despertó un gran terror en sus corazones.

Se había predicho que Inglaterra sufriría a manos de los hijos de Henwen (la Vieja Blanca), así que cuando se supo que estaba embarazada, Arturo reunió al Ejército británico y se propuso destruirla. Dio a luz y, viéndose perseguida por sus atacantes, se tiró al mar. Su pequeño se tiró detrás de ella. En Maes Gwenith («Campo de Trigo»), en Gewent, dio a luz un grano de trigo y una abeja. En Llonyon, en Pembroke, parió un grano de cebada y un grano de trigo. En Riw-Gyverthwch, en Atvon, dio a luz a un lobezno y un aguilucho. Y en Llanveir, parió un gato que la piara de cerdos despeñó por el barranco⁶. Trigo, cebada, abejas y gatos eran todos símbolos antiguos de la Diosa. El patriarcado la perseguirá, pero su progenie seguirá floreciendo.

La diosa de la siembra encarnaba la fertilidad y la abundancia en muchas culturas antiguas. El cerdo era símbolo de la Diosa en Mesopotamia; en la Vieja Europa se dignificó a través del culto a Deméter y a Perséfone, porque los ritos eléusicos evolucionaron a través de ceremonias de vegetación que usaban el cerdo sagrado. Después de terminar la festividad, las mujeres se iban con los hombres y hacían el amor en los surcos del campo para asegurar una buena cosecha. Este ritual establece una conexión directa entre la sexualidad humana y la fertilidad agrícola⁷. Presumiblemente, se otorgaba a la sexualidad de la mujer el honor y el respeto que merecía por su capacidad para traer la vida a la tierra. El espíritu y el cuerpo eran uno.

La mayoría de las mujeres han perdido esa sensación de poder conectada con su sexualidad. Por el contrario, el hombre ha rebajado a la mujer llamándola tentadora, malvada seductora y devoradora. El poder original de la energía sexual pura y procreadora de la Diosa se ha visto como una amenaza enorme a la autoridad masculina. Se ha considerado también contraproducente para nuestra ética cultural de trabajo. «El peligro de las relaciones sexuales libres,

como se simboliza en la diosa, Nuestra Señora de la Noche, radica en la posibilidad de que lleven a una satisfacción plena de los deseos instintivos de hombres y mujeres, seguida por el sueño o por un estado de inercia cercano al nirvana, en el que desaparece todo deseo de vivir. En otras palabras, se daría un regreso al útero generalizado, un retorno al auténtico paraíso en la protección real o imaginaria de un vientre materno siempre húmedo y nutritivo»⁸.

Durante siglos, las antiguas figuras de la diosa que glorificaban los genitales femeninos han sido desfiguradas por las tribus conquistadoras y por los sacerdotes cristianos. La Sheela-na-gig, que simbolizaba en la cultura celta el aspecto de madre devoradora de la diosa, estaba tallada en piedra en templos y castillos por toda Irlanda y Gran Bretaña. Tenía «enormes genitales que sujetaba con las manos y las piernas dobladas, ofreciendo una fantasía de licencia sexual ilimitada y recordándonos, al mismo tiempo y de manera cómica, nuestros orígenes. Expresaba la visión íntima y a la vez imponente del misterio del nacimiento, simbolizando el momento en que la placenta llena de sangre se rompe y se libera la nueva vida»⁹. En la mayoría de las efigies que quedan, los genitales han sido raspados de la piedra, y la cara original es irreconocible.

Viendo esta destrucción activa de los símbolos de la fertilidad femenina, no es sorprendente que algunas mujeres actualmente sientan vergüenza de sus genitales y desarrollen enfermedades sexuales, como condeloma, displasia y herpes. Lo guardan en secreto ante su familia y amigos por miedo a que se las considere sucias. Comparan la flor de su sexualidad con otras mujeres y ven que les faltan los labios y la vagina. Siempre hay algún defecto en sus cuerpos, se quejan las niñas adolescentes. Les molesta el tamaño de sus caderas y pechos, en lugar de alegrarse de su capacidad para dar a luz y nutrir a sus hijos. Hacen comentarios burlones sobre la menstruación, porque nunca se les ha dicho que tener el periodo o «estar en las nubes», como lo llaman los indios norteamericanos, es un tiempo de purificación, de ensueño,

de intuición y visión; un tiempo que tiene un enorme poder y que debe ser reclamado y respetado.

El cuerpo de la mujer visto por su familia

«Háblame sobre lo que es ser mujer», dice una mujer de treinta y cinco años. «Yo vivo dentro de un cuerpo que pesa casi cien kilos y no me siento en absoluto femenina. Sé lo que se siente siendo madre; me gusta estar con niños y con mis pacientes, pero no me identifico con la imagen de mujer sexual. Mis padres siempre me decían que no llegara a casa embarazada, y creo que yo debía pensar que si hacía el amor y me quedaba embarazada, no me dejarían de verdad volver a casa. Así que a los trece años empecé a engordar para protegerme. Recuerdo estar en el baile del colegio a los catorce años y que se me acercó el chico más solicitado de la clase para sacarme a bailar. Me daba tanto miedo dejarme tocar por él, que le dije que era demasiado bajo. Justo después de eso es cuando empecé a comer».

A muchas mujeres les cuesta tanto vivir dentro de un cuerpo femenino, que abusan de él con comida, alcohol, drogas, exceso de trabajo o de ejercicio, para exorcizar el malestar de ser mujer. Si una hija se identifica con los hombres para agradar a su padre, pone el énfasis en el desarrollo de su mente y de su intelecto y rechaza su cuerpo femenino. Olvida cómo escuchar sus deseos y necesidades. El cuerpo es inteligente: sabe cuándo tiene hambre y sed, cuándo necesita descanso, cuándo quiere hacer ejercicio, cuándo quiere sexo, cuándo no lo quiere y cuándo está desequilibrado. Muchas de nosotras, sin embargo, hemos sido enseñadas a ignorar y pasar por alto la comunicación con nuestros cuerpos.

El cuerpo de la mujer es de dominio público, como se puede ver hoy en día a propósito del furor sobre el aborto. Todo el mundo tiene su opinión sobre lo que la mujer debe o no hacer con su cuerpo. Cuando se trata de encontrar

empleo, muchos padres aconsejan a sus hijas que adelgacen y se arreglen para poder encontrar buen trabajo como secretarias. Estas mismas hijas pueden haber deseado puestos directivos donde podrían tener poder y prestigio, pero se les dice que deben adecuar su apariencia física a lo que es apropiado para una mujer en un papel de apoyo al hombre. Durante años se les ha dicho a las mujeres que no podían funcionar tan bien como los hombres en el mundo de la empresa debido a la menstruación y al parto. Está claro que a pesar de los avances logrados por las mujeres en los últimos veinte años, aún sufren penalización por tomarse «vacaciones» para tener hijos y cuidarlos mientras son bebés, dejándolas a la cola cuando se trata de ascensos y subidas de sueldo.

Si la madre de una mujer no se identificaba con su cuerpo como mujer, o si hacía comentarios denigrantes sobre su sexualidad o la de otras mujeres, probablemente no podía apreciar y amar el cuerpo femenino de su hija¹⁰. Algunas mujeres cuentan a sus hijas historias de terror sobre su primera penetración o sobre los dolores del parto y, por ello, muchas niñas temen la sexualidad, odian sus cuerpos y poco a poco se van divorciando de sus instintos. Si «la familia ponía el énfasis en funcionar bien sin un reconocimiento auténtico del Devenir o del Ser de la niña, ésta aprendía enseguida que las respuestas instintivas no eran aceptables. Así, su ira, su miedo e incluso su alegría, se relegaban a la musculatura de su cuerpo, quedando crónicamente encerradas e inaccesibles para vivir el día a día. Cuando el sentimiento auténtico se cercena de los instintos, el verdadero conflicto permanece o bien en el inconsciente o somatizado»¹¹.

La causa más obvia del divorcio de la mujer de los sentimientos de su cuerpo, es el incesto, la violación o el abuso físico. Cuando una chica sufre abusos a manos de un adulto con autoridad, ya sea un padre, hermano, tío, abuelo, amigo de la familia, profesor, médico, clérigo o jefe, insensibiliza su cuerpo para olvidar el dolor humillante asociado con el

trauma sexual. Pero este dolor no desaparece al desaparecer su causa inmediata. Esta experiencia queda almacenada en su cuerpo en el lugar de la agresión, como por ejemplo, en sus labios, sus pechos, su clítoris, su vagina o su cerviz, causando una tensión, un dolor físico, sensaciones confusas de placer, de insensibilidad o de enfermedad. He comprobado que muchas de las mujeres que habían sufrido abusos sexuales a una edad temprana, o bien se convertían en masajistas increíblemente sensibles, o se habían desconectado por completo de sus limitaciones físicas. O convierten la agresión en una experiencia de profunda comprensión de cómo el dolor y la confusión quedan atrapadas en el cuerpo y pueden liberarse, o le ponen una armadura a su pobre cuerpo herido, anestesiándose a sus propios instintos e intuición. Ya no confían en su voz interior porque el escuchar a su cuerpo desencadena recuerdos y sentimientos dolorosos.

Cuando una mujer vuelve de su descenso, recupera su cuerpo, y en este acto de reclamar, recupera no sólo su propia forma física personal, sino que encarna lo sagrado de la parte femenina en todos nosotros. Ella empieza a hacer conscientes sus necesidades. Realizando de una forma consciente su alimentación, ejercicio, baños, descanso, salud, amor, dar a luz y morir, nos recuerda la santidad de lo femenino. Para muchas mujeres, y me incluyo, los momentos más sagrados han sido momentos físicos: estar en brazos de pequeña, hacer el amor, amamantar a un hijo. Nada me llevó tan cerca del éxtasis de lo sagrado como el dar a luz. La dimensión sagrada sí está encarnada, y el alma del ser humano, así como el alma de una cultura, no puede evolucionar si no se reclama y se honra el cuerpo.

Cuando pienso en mujeres que traen a su vida y a su trabajo el aspecto sagrado del cuerpo femenino, recuerdo a Arisika Rasak, una matrona de Oakland, California, que creó la «danza de la vulva» para honrar la sexualidad de la mujer.

«Como matrona —dice—, paso bastante tiempo viendo

genitales de mujer, mirando la vulva, mirando si se abren los labios de la vagina y aparece la cabeza del niño. Puedo contar con los dedos de una mano las mujeres que se han subido a la mesa de exploración y han estado completamente presentes en su cuerpo. Hay mujeres que cubren su vulva, que hacen el comentario obligado de que huele mal. Sé que todos estos sentimientos de vergüenza y suciedad no han sido siempre la norma. La vulva de la mujer fue en un tiempo emblema de belleza, santidad y trascendencia. Todos los seres humanos llegan al mundo por la puerta de nuestro cuerpo.

»Yo soy una guerrera a favor del cuerpo; trabajo con mujeres pobres, mujeres que no piden espiritualidad ni siquiera piden que sus partos sean espirituales. Una de las cosas que hago es recordarles que siempre pueden decir que no. Si no quieres tener sexo, tienes el derecho a decir que no. Animo a las mujeres a decir que sí y que no en sus relaciones, y les digo que su sexualidad la tendrán toda su vida y que tienen que pensar más en cuidar mejor de su cuerpo. La sexualidad ha sido importante para mí, porque ha sido mi puerta de acceso al reino de lo espiritual, de forma que trabajar con la danza de la vulva y trabajar con el cuerpo es mi servicio a la Diosa»¹².

Éste es mi cuerpo

Producimos símbolos, inconsciente y espontáneamente, en forma de sueños. Muchas mujeres y hombres están soñando hoy con la Diosa; es una proyección del principio femenino que necesita ser restaurado en nuestra cultura. Adopta muchas formas, a menudo encarnadas en la rica simbología de la herencia vital de una persona. Catherine es una mujer en el umbral de los cincuenta años que se educó en una familia católica irlandesa estricta. Recientemente tuvo una serie de sueños sobre el cáliz, que en la misa católica se usa en la transformación del vino en la sangre de Cristo. En las

culturas precristianas, el cáliz o vaso, era símbolo del aspecto femenino de lo sagrado.

En el primer sueño se veía a sí misma en un cuadro en el que rezaba la siguiente inscripción: «Esta es Aquella que bebe el cáliz de la Santa Sangre». Un mes más tarde tuvo un sueño en el que estaba bebiendo del cáliz y doce gotas de sangre se deslizaron por su garganta. Oyó las palabras: «Estás siendo alimentada por la sangre de la Gran Madre». Entonces escribió en su diario: «La sangre es una imagen feraz, una imagen de renovación y regeneración. Es una poderosa imagen de lo femenino, la del vaso, la del vientre, la de la sangre menstrual como limpiadora y purificadora. Beber la sangre de la Diosa es mi iniciación sagrada en los misterios de lo femenino».

Dos meses más tarde, Catherine tuvo un sueño en el que veía su cuerpo como el cáliz y oyó las palabras: «Esta es mi hija amada en la que me complazco». Se despertó ardiendo por dentro. «Estaba vibrante de energía —escribió—; no me podía quedar en la cama; sentía que mi cuerpo iba a estallar, tanta era la plenitud que sentía. Era noche cerrada, pero saqué todo mi material de arte y empecé por modelar un cáliz rudimentario de barro. El frescor del barro me calmó un poco, pero no era suficiente. Necesitaba color para expresar cómo me sentía. Saqué todos mis colores y pinté un cáliz lleno de vida y vibrante de color. Las palabras “éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre” se repetían en mi mente. Me di cuenta en ese momento que yo encarnaba el espíritu; mi cuerpo y mi sangre. Yo era la Diosa encarnada, no de una forma arrogante, sino sencillamente como la encarnación del espíritu. Dios o la Diosa no es algo separado de mí, fuera de mí. Yo lo encarno, siento Su poder».

La sordina del corazón

El descenso no se hace sin dificultad; levanta polvo. Para evitar sentirnos tristes e impotentes, hemos llenado nuestras

vidas todo lo que hemos podido, de «cosas importantes que hacer», para cerrar el paso a las emociones peligrosas que acechan en las profundidades. Una mujer que tenga el valor de descender a lo que hay debajo de la superficie de su conciencia ordinaria, encontrará allí sentimientos que antes no había querido experimentar. A medida que se quita la bien adherida máscara que presenta a los padres colectivos —ser simpática, bien educada, condescendiente, conformista: «Oh, no importa, lo que tú quieras»—, puede encontrarse con dagas de rabia por el tiempo que ha sacrificado, confusión por las traiciones a las que no ha respondido, tristeza por haberse abandonado tanto tiempo y desorientación sobre cuál debe ser el siguiente paso.

Una atractiva mujer de cincuenta y pico años que había criado diez hijos sonríe y dice: «He sido muy feliz todos estos años. Sólo echo de menos las conversaciones que nunca tuve —con mis hijos, con mi marido, conmigo misma—. Le puse una sordina a mi corazón porque había demasiado que hacer, había demasiadas desilusiones y yo me sentía segura donde estaba y no quería hacer olas».

Demasiado que hacer. ¿Cuántas mujeres se han gastado porque había demasiado que hacer y no había tiempo para escuchar? A las mujeres que se definen a sí mismas en relación con sus padres, esposos, hermanos, hijos o compañeros de trabajo, les sobra poca energía para considerar sus verdaderos sentimientos. De todos modos se les ha dicho que era egoísta pensar en sí mismas. O su vanidad les impide ver su connivencia escondida en su codependencia de otros: «¡Si no lo hago yo, no lo hace nadie!».

Durante siglos se les ha dicho a las mujeres que no fueran «histéricas». Si tenían sentimientos intensos hacia algo, no se les alababa su entrega y su pasión, sino que se les decía que no estaban siendo razonables. Si se quejaban enfadadas, se les decía que estaban fuera de control.

Los padres que se sienten incómodos con la expresión de los sentimientos dicen a sus hijas: «no te pongas así», o les toman el pelo: «aquí viene la reina de Saba». En familias

de este tipo, también la alegría debe expresarse sólo con moderación; expresar demasiada alegría se considera «poco educado». Cuando a una niña se le repite continuamente que se está excediendo, llega a la conclusión de que sus sentimientos son peligrosos. Se da cuenta enseguida de que la tristeza, la desilusión, la ira, y hasta el entusiasmo, no son aceptables para los padres y los profesores, así que ¿para qué molestarse en sentir nada? Los sentimientos a los que no se hace caso no desaparecen; se esconden y nos atan al pasado.

Nos divorciamos de nuestros sentimientos, porque no queremos sentir la pena que produce la falta de amor, como la que tiene el bebé miniatura de mi sueño. No queremos oír la furia de su llanto, la exigencia inexpressada de la niña pequeña que llevamos dentro que dice: «¿Cómo me has podido abandonar?» James Hillman lo llama el *retorno incestuoso* a la madre. Esta reunión incestuosa con la madre implica «dejarse unir a las pasiones más oscuras y sangrientas, los anhelos reales de cariño, las rabias y furias desinhibidas. Significa seguir los impulsos verdaderos del corazón, de lo que en realidad sentimos, incluso si es en los puños, las entrañas o los genitales, en lugar de identificarnos con lo que deberíamos ser y sentir»¹³. Tal vez nos duela esta tristeza en todo el cuerpo.

El duelo por el divorcio de lo femenino

Uno de los mayores desafíos del viaje de la mujer heroica es el de experimentar la profunda tristeza que siente una mujer por haberse separado de su parte femenina; dejarse a sí misma reconocer y sentir el dolor de esta pérdida, de la forma que le parezca mejor, y luego liberarla y seguir adelante. Cuando se encuentra en un estado de tristeza y desesperación, necesita el apoyo de lo femenino positivo, una figura materna o de hermana, de hombre o de mujer, para

contenerla en la seguridad de su amor mientras la expresa. La intensidad de la tristeza varía, según el grado en que la mujer se siente ignorada y desconocida para sí misma, y dependiendo de cuánto tiene que hacer para reclamar sus tesoros perdidos. Su tristeza puede deberse a la sencilla razón de tener demasiado y no tener suficiente: de tener demasiadas «cosas» y espaldarazos vacíos, pero carecer de amor y de respeto por sí misma, o de contacto con su propia intimidad. Es importante no limitarse a echarle la culpa a otros por esta tristeza, sino examinar profundamente sus causas y asumir la responsabilidad de la autocuración.

Angela, de unos veinticinco años, es una superviviente de un incesto, y que acaba de expresar a su madre su profunda desilusión e ira, haber sido incapaz de haberla protegido del acoso sexual que sufrió por parte de su padrastro. Una y otra vez su madre le decía que no sabía de lo que hablaba, negándose a asumir las culpas. No quería escuchar los sentimientos de impotencia y dolor de su hija. Pasaron diez años de amargura entre las dos, hasta que un día, la madre se acercó a la hija y le dijo: «Estaba equivocada. ¡Me siento tan mal por no haberte protegido! No quería ver lo que estaba pasando porque no sabía que hacer para impedirlo. Debes saber que hice lo único que sabía hacer en ese momento, pero fue insuficiente. Te fallé». La hija se sintió escuchada por primera vez en su relación con su madre. No erradicó el dolor y la humillación del incesto, pero al expresar sus sentimientos y verse escuchada, empezó a sanar la herida. Y de su tristeza surgió la compasión hacia su madre.

«La tristeza yace en lo hondo del corazón de cada ser. Desnúdalo de todos los demás sentimientos e inevitablemente te encontrarás con la tristeza, lista para brotar, como la semilla madura»¹⁴. Pero no hace falta agarrarse a la tristeza. Liberar la tristeza es una disciplina, como la respiración consciente. Inspira, siéntela; expira, libérala. Inspira, y una lágrima corre por tu rostro; expira y sientes gratitud por su

calor. Inspira y sonríe¹⁵. Sé buena contigo misma, da pasitos pequeños.

La abuela araña

Cuando una mujer vuelve de su mundo subterráneo arrastrando su saco de huesos detrás de sí, anhela ser acogida, abrazada y cuidada. Hay un deseo de acurrucarse en el regazo de una figura materna, sentirse protegida por sus brazos, consolada, oír las palabras: «no te preocupes, no pasa nada». Los indios Tewa Pueblo nos hablan del «viaje usual hacia arriba desde las más oscuras profundidades, con el Topo como escarbador. Cuando la gente emerge se ve cegada por la luz y quiere volverse atrás. Entonces una pequeña voz femenina les habla diciéndoles que tengan paciencia y que abran sus ojos poco a poco. Cuando al final los abren del todo, ven a la vieja y encorvada mujer araña, abuela de la tierra y de toda la vida. Ella les avisa sobre el peligro de caer en la tentación, de pelear y de tener armas, y del dolor que puede acarrear. También les habla del maíz y de cómo plantarlo y cuidarlo»¹⁶.

Anhelamos esta cualidad de lo femenino que es compasiva y constructiva, que nos dice cómo cuidarnos a nosotros mismos y nos alerta sobre el peligro de enredarnos en peleas mezquinas y del deseo de dominar. La Mujer araña se interesa por la gente, es preservadora de la vida, tejedora de redes, maestra y ayudante de los que luchan por terminar el viaje. Ella comprende la paciencia, cómo evitar salir a la luz prematuramente, manteniendo la tensión y dejando que las cosas se desenvuelvan en su tiempo y a su ritmo apropiado. Sabe cómo plantar y cuidar las nuevas semillas. Estas cualidades de lo femenino en una mujer o en un hombre les ayuda a encontrar su verdadera humanidad.

En el mito Hopi de la creación la abuela araña juega un papel central en ayudar a la gente a descubrir el sentido de la vida:

Cuando el Espíritu Solar creó el Primer Mundo (inferior) y puso en él criaturas vivas, no quedó satisfecho con su obra pues le parecía que las criaturas no comprendían el sentido de la vida. Llamó a la Abuela araña y le pidió que les preparara para seguir adelante. Ella así lo hizo. Les guió en su ascenso al siguiente mundo, y éstas mejoraron durante un tiempo, pero de nuevo la Abuela araña fue enviada para guiarles al siguiente mundo superior. Ahí construyeron aldeas y sembraron la tierra, viviendo juntos en paz. Pero la luz era tenue y el aire frío. La Abuela araña les enseñó cómo tejer y hacer objetos de barro, y por mucho tiempo les fue bastante bien. Luego empezó la discordia. Entonces, la Abuela araña volvió y les dijo que tenían que decidir qué hacían, y que aquéllos que desearan cambiar debían seguir hacia arriba. Cuando con gran dificultad consiguieron llegar al umbral de «la puerta del cielo», nadie podía ver la forma de traspasarla. En ese momento, aparecieron la Abuela araña y sus jóvenes nietos dioses guerreros. Plantaron semillas que crecieron muy altas. La abuela araña instó a la gente a cantar sin parar. Esto ayudó al bambú a brotar y finalmente a llegar a traspasar la «puerta del cielo.» La abuela araña dijo a la gente que debía reunirse, juntar sus cosas, y meditar profundamente qué debían cambiar antes de traspasar ese umbral, prometiéndoles que ella volvería. «En el mundo superior —dijo— tenéis que aprender a ser auténticos seres humanos»¹⁷.

La Abuela araña y sus nietos entraron los primeros en el Mundo Superior. Mientras la gente se establecía en este nuevo mundo, ella les supervisaba; estaba cerca de ellos para enseñarles cómo hacer aquello que necesitaban y les enseñaba rituales para traer luz y calor al mundo.

Cuando todo estuvo completo, la Abuela araña puso un lago sobre el agujero por el cual habían llegado y dijo a la gente cómo preparar sus viajes y qué esperar. Les recordó sus orígenes y les recomendó que conservaran sus rituales sagrados diciendo: «Solo se perderán aquellos que olviden por qué vinieron a este mundo»¹⁸.

Nosotros, como los primeros hombres, necesitamos la introspección femenina y la sabiduría necesaria para ser seres humanos plenos. La abuela araña nos ayuda a «re-recordar» quiénes somos y cuál es nuestra responsabilidad como anfitriones en este planeta. Ella nos enseña, nos muestra canciones y rituales para recordarnos cómo honrar nuestra conexión con los ciclos de la naturaleza. Si nos sentimos profundamente conectados con todas las especies, no dominaremos y destruiremos a los otros.

Hace varios años entrevisté a Collin Kelley, una artista y ritualista de Nuevo Méjico, para un proyecto en el que yo estaba haciendo la fotografía y que se titulaba «la Mujer en Cambio: Rostros Contemporáneos de la Diosa». Me habló de una imagen visionaria que tuvo de una anciana, que me recordó a la Abuela araña. «Mientras peregrinaba a un lugar sagrado en Arizona, tuve una experiencia visionaria de una mujer muy anciana, que salió del cañón en dirección a mí y me enseñó muchas cosas. Una de ellas era una telaraña espiritual que se estaba deshaciendo. Esta telaraña estaba hecha de ofrendas y ceremonias que se habían realizado durante miles de años. El mensaje que traía era que para mantener esta telaraña de vida, las mujeres que han estado intentando mantener vivas estas tradiciones, están ahora conectando, de una forma telepática, con mujeres y hombres de todo el mundo que comparten su sintonía con la ceremonia. La vida se verá amenazada si se destruye la telaraña»¹⁹.

Lo femenino como preservador

La preservación de la vida es un aspecto de lo femenino positivo, ya esté encarnado en una mujer o en un hombre. Lo femenino positivo tiene que ver con la afiliación y la interconexión, con la reunión de comunidades para trabajar por el bien común. Lo femenino ve similitudes entre todos

Nosotros, como los primeros hombres, necesitamos la introspección femenina y la sabiduría necesaria para ser seres humanos plenos. La abuela araña nos ayuda a «re-recordar» quiénes somos y cuál es nuestra responsabilidad como anfitriones en este planeta. Ella nos enseña, nos muestra canciones y rituales para recordarnos cómo honrar nuestra conexión con los ciclos de la naturaleza. Si nos sentimos profundamente conectados con todas las especies, no dominaremos y destruiremos a los otros.

Hace varios años entrevisté a Collin Kelley, una artista y ritualista de Nuevo Méjico, para un proyecto en el que yo estaba haciendo la fotografía y que se titulaba «la Mujer en Cambio: Rostros Contemporáneos de la Diosa». Me habló de una imagen visionaria que tuvo de una anciana, que me recordó a la Abuela araña. «Mientras peregrinaba a un lugar sagrado en Arizona, tuve una experiencia visionaria de una mujer muy anciana, que salió del cañón en dirección a mí y me enseñó muchas cosas. Una de ellas era una telaraña espiritual que se estaba deshaciendo. Esta telaraña estaba hecha de ofrendas y ceremonias que se habían realizado durante miles de años. El mensaje que traía era que para mantener esta telaraña de vida, las mujeres que han estado intentando mantener vivas estas tradiciones, están ahora conectando, de una forma telepática, con mujeres y hombres de todo el mundo que comparten su sintonía con la ceremonia. La vida se verá amenazada si se destruye la telaraña»¹⁹.

Lo femenino como preservador

La preservación de la vida es un aspecto de lo femenino positivo, ya esté encarnado en una mujer o en un hombre. Lo femenino positivo tiene que ver con la afiliación y la interconexión, con la reunión de comunidades para trabajar por el bien común. Lo femenino ve similitudes entre todos

los seres y muestra compasión y piedad. También exige protección para los jóvenes y menos afortunados.

Käthe Kollwitz, una artista alemana, representó al trabajador explotado y desprotegido, las alegrías y penas de la maternidad y los horrores de la guerra, en una forma que encarnaba el aspecto preservador de lo femenino. En sus carteles, «¡Los Niños de Alemania están Hambrientos!», «Nunca Más Guerra» y «La Semilla no se Destruirá», protestaba por la destrucción sin sentido de vidas humanas durante la Primera y la Segunda guerra mundial. Su escultura, «Torre de Madres», muestra la protección fiera y desafiante de lo femenino contra las fuerzas que amenazan a sus pequeños. Tras la muerte de su hijo en la Primera guerra mundial, expresó el duelo de un pueblo entero en «Los Padres».

Durante el horror y la angustia de la Alemania nazi, Kollwitz se anima a sí misma y a los demás a no perder la fe, pintando tiernos retratos de madres e hijos, para recordar a todos el calor de las relaciones humanas²⁰. Sentía que su trabajo tenía el propósito de «ser eficaz en este tiempo en el que la gente está tan impotente y necesitada»²¹. En Francia, Romain Rolland calificó el trabajo de Kollwitz como «el mayor poema alemán» de su época. Escribió: «Esta mujer de corazón valeroso ha contemplado [a los pobres], les ha tomado en sus brazos maternales con una compasión solemne y tierna. Ella es la voz del silencio de los que han sido sacrificados»²². Como el aspecto de lo femenino encarnado por Kwan Yin, Kollwitz oyó el clamor del pueblo.

Lo femenino como creador: Oshun y la Mujer-en-cambio

La mujer que ha realizado el descenso, ha experimentado el aspecto devorador y destructor de lo femenino al servicio de la muerte y de la renovación de sí misma. Después de la sequedad y aridez experimentada durante esta separación de la vida «arriba», anhela el aspecto húmedo, verde y jugoso de lo femenino creativo. La mujer que se ha sentido desg-

jada de su naturaleza femenina, puede empezar lentamente a reclamar la persona que ella es, a medida que siente el aflujo de la creatividad. Esta renovación puede ocurrir en el jardín, en la cocina, decorando la casa, en una relación, tejiendo, escribiendo o bailando. Su sentido de la estética y de la sensualidad se despierta a sentirse refrescada por el color, el olor, el sabor, el tacto y el sonido.

Oshun, la diosa del amor, del arte y de la sensualidad del occidente africano nos enseña la belleza y la creatividad. Luisah Teish, una sacerdotisa de Oshun en la tradición africana de Yoruba Lucumi, la describe como «el lugar donde las aguas del río se encuentran con el mar. Ella no es sólo el amor erótico en la pareja sino el amor que dio el impulso original a la creación. Ella está en cada lirio acuático, en cada torrente, y en los ojos de cada niño. Gracias a ella podemos existir en el mundo sin miedo; ella hace la vida más soportable. Ella encarna todo lo bello, lo que inspira la gente a tener grandes sueños para crear exquisitas obras de arte y a usar de verdad sus sentidos. Cuando entro en trance y creo algo que sirve a los demás para abrirse, sé que ella está allí. Cada vez que estoy cerca de un río de preciosos guijarros, la veo clara y nítidamente»²³.

En la mitología Navajo, la Mujer-en-cambio es la creadora. Ella es la tierra y el cielo, la Señora de las Plantas y del Mar. Ella va más allá del aspecto materno de la madre, es la creadora femenina. Ella creó a los primeros seres humanos, a partir de la piel que se desprendió al frotar varias partes de su cuerpo. Está en eterno cambio y evolución. Sus movimientos cósmicos cíclicos —el envejecimiento, cada invierno, y el resurgimiento de una hermosa joven, cada primavera, la convierte en la esencia de la muerte y el renacimiento, muestra de la continua restauración y rejuvenecimiento de la Vida»²⁴. Se dice que «allí donde la creatividad masculina tiende a avanzar siempre hacia adelante, la creatividad femenina tiende a girar sobre sí misma, no de forma circular, sino más bien en espiral»²⁵. Está en constante cambio. A través de la danza, la mujer-en-cambio

crea. Esta mujer de belleza increíble, crea belleza por doquiera que va. Lleva un vestido de conchas blancas y de turquesas y danza un ritual de la pubertad para todas las jóvenes Navajo. Esta danza se describe en el «Canto de la Primera Ceremonia de la Pubertad»:

Se mueve, se mueve,
se mueve, se mueve.
Mujer de la Concha Blanca, se mueve.
Con zapatos de blanca concha, se mueve.
Con zapatos adornados con negro, se mueve.
Los cordones de sus zapatos de blanca concha,
se mueve.
Con medias de concha blanca, se mueve.
Con falda de volantes de blanca concha,
se mueve.
Con cinturón de blanca concha, se mueve.
Con falda de blanca concha, se mueve.
Con pulsera de concha blanca, se mueve.
Con collar de blanca concha, se mueve.
Con pendientes de blanca concha, se mueve.
Sobre ella danza exquisitamente
un pájaro macho azul.
Canta con bella voz, se mueve.
Ante ella todo es hermoso, se mueve.
Tras ella todo es hermoso, se mueve.
Se mueve, se mueve,
se mueve, se mueve²⁶.

Esta capacidad de moverse con el impulso creativo, sin intentar forzarlo, es un aspecto de lo femenino que sólo ahora estoy empezando a conocer. Las «hijas del padre» como yo, tienen dificultad en dejar que las cosas sucedan solas. Nos gusta controlar los acontecimientos y su ritmo. La espera del resultado y la incertidumbre de éste nos crean una gran ansiedad. Hay una cualidad de lo femenino que

crea. Esta mujer de belleza increíble, crea belleza por dondequiera que va. Lleva un vestido de conchas blancas y de turquesas y danza un ritual de la pubertad para todas las jóvenes Navajo. Esta danza se describe en el «Canto de la Primera Ceremonia de la Pubertad»:

Se mueve, se mueve,

se mueve, se mueve.

Mujer de la Concha Blanca, se mueve.

Con zapatos de blanca concha, se mueve.

Con zapatos adornados con negro, se mueve.

Los cordones de sus zapatos de blanca concha,
se mueve.

Con medias de concha blanca, se mueve.

Con falda de volantes de blanca concha,
se mueve.

Con cinturón de blanca concha, se mueve.

Con falda de blanca concha, se mueve.

Con pulsera de concha blanca, se mueve.

Con collar de blanca concha, se mueve.

Con pendientes de blanca concha, se mueve.

Sobre ella danza exquisitamente
un pájaro macho azul.

Canta con bella voz, se mueve.

Ante ella todo es hermoso, se mueve.

Tras ella todo es hermoso, se mueve.

Se mueve, se mueve,

se mueve, se mueve²⁶.

Esta capacidad de moverse con el impulso creativo, sin intentar forzarlo, es un aspecto de lo femenino que sólo ahora estoy empezando a conocer. Las «hijas del padre» como yo, tienen dificultad en dejar que las cosas sucedan solas. Nos gusta controlar los acontecimientos y su ritmo. La espera del resultado y la incertidumbre de éste nos crean una gran ansiedad. Hay una cualidad de lo femenino que

permite que las cosas sucedan dentro de su ciclo natural. La gente que trabaja a niveles profundos del inconsciente en terapia y en el proceso creativo, sabe que hay fases, tanto de quietud como de renovación, y que ambas deben ser respetadas, protegidas y concedidas el tiempo necesario. No se puede forzar el nacimiento. La confianza en el misterio de la manifestación es una de las enseñanzas más profundas del viaje femenino.

El refinamiento del vaso

El descubrimiento del ser en vez del hacer es la sagrada tarea de lo femenino. En los sueños y en el arte, muchas mujeres están reclamando hoy en día la imagen del vaso, que habla del aspecto «intro-vertido» de lo femenino. El *vesica piscis* («vaso del pez») es el símbolo de lo femenino como recipiente, tanto en las religiones paganas como en la cristiana. Joan Sutherland habla de refinar el vaso, que es nuestra vida. «La meditación y esa clase de trabajo solitario refinan el vaso desde dentro, y el ritual comunal, el unirse y el celebrar con otras mujeres lo refinan desde fuera. Tenemos que seguir trabajando en ese vaso porque la cualidad de ese vaso determina lo que pasa dentro de él, la naturaleza de la transformación que puede darse. Tenemos que prestar atención a ese proceso de refinamiento de forma que el vaso pueda aceptar lo que se le da, lo que llega a través de él. El refinamiento ocurre tanto dentro como fuera, hasta que se convierte en un vaso transparente, hasta que las paredes se encuentran. Y es sencillo, no es complicado. Pero es difícil y exige un auténtico compromiso»²⁷.

Ser exige aceptarse, quedarse con uno mismo y no hacer para autojustificarse. Es una disciplina que no recibe aplauso del mundo exterior; cuestiona la producción en sí misma. Política y económicamente tiene poco valor, pero su sencillo mensaje encierra sabiduría: si puedo aceptarme como soy y si estoy en armonía con lo que me rodea, no necesito

producir, promocionar o contaminar para ser feliz. Y ser no es pasivo. Requiere una atención concentrada.

Valerie Bechtol, una artista de Nuevo Méjico, crea vasos espirituales que hablan a este aspecto activo del ser. «El vaso espiritual que creo es una conexión conmigo misma como vaso, buceando en mí misma y dándome cuenta de que todo lo que necesito está dentro de mí. Soy un vaso increíble, un vientre enorme y maravilloso totalmente autocontenido. No importa dónde me halle, tengo mi hogar en ese vaso. A través de mi trabajo quiero romper con la pasividad que nuestra cultura actual atribuye a los vasos. Quiero reclamar el sentido de los tiempos paganos en los que el vaso era un instrumento muy activo; era transformador. Se usaba para curar y siempre lo hacían las mujeres»²⁸.

Tal vez se debe a que las mujeres entienden lo que significa ser un vaso. Entienden lo que significa permitir que suceda la transformación en su vientre. Si reciben el apoyo y el respeto que necesitan, las mujeres dan a luz la sabiduría. Y nuestro planeta Gaia, necesita esta sabiduría de «ser consciente» para llegar a una relación correcta con todas las especies vivientes. Nuestra acción desconsiderada ha creado una increíble destrucción en esta tierra.

Ese es el motivo de que sea tan importante redefinir los conceptos de *héroe* y *heroína* actualmente en nuestras vidas. La aventura heroica no consiste en lograr el poder sobre el otro, en la conquista y la dominación; es una búsqueda del equilibrio en nuestra vida, a través del matrimonio de los aspectos femenino y masculino de nuestra naturaleza. La heroína de nuestro tiempo tiene que enfrentarse con su miedo a reivindicar su naturaleza femenina, su poder personal, su capacidad de sentir, sanar, crear y cambiar las estructuras sociales y dar forma a su futuro. Nos trae sabiduría sobre la interconexión de todas las especies; nos enseña a vivir juntos en este vaso global y nos ayuda a reivindicar lo femenino en nuestras vidas. La anhelamos:

Oh, gran Abuela,
he sido una hija de mi padre,
al fin soy una hija de mi madre.
Oh, Madre, perdóname
porque no sabía lo que hacía.
Oh, Madre, perdóname como yo te perdono.
Oh, Abuela; oh, Bisabuela,
estamos volviendo a casa.
Somos mujer.
Estamos volviendo a casa.

Nancee Redmond²⁹.

NOTAS

¹ Jean Shinoda Bolen, «Intersection of the Timeless with Time: Where Two Worlds Come Together», Conferencia anual ATP, Monterey, California, 6 de Agosto de 1988.

² Carol Christ, ob. cit., p. 124.

³ Jean Shinoda Bolen, ATP.

⁴ Jean Markale, *Women of the Celts*, p. 99.

⁵ *Ibid.*, p. 99.

⁶ *Ibid.*, p. 96.

⁷ Buffie Johnson, *Lady of the Beasts*, p. 262.

⁸ Markale, *Women of the Celts*, p. 100.

⁹ John Sharkey, *Celtic Mysteries*, p. 8.

¹⁰ Marion Woodman, *The Pregnant Virgin*, p. 58.

¹¹ *Ibid.*

¹² In Maureen Murdock, «Changing Women», p. 43.

¹³ Marie-Louise von Franz and James Hillman, *Jung's Typology*, p. 116.

¹⁴ P. L. Travers, «Out of Eden», p. 16.

¹⁵ El monje budista vietnamita, Thich Nhat Hahn, enseña la simple meditación de respirar y sonreír.

¹⁶ Sheila Moon, *Changing Woman and her sisters*, p. 139.

¹⁷ *Ibid.*, p. 136-38.

¹⁸ *Ibid.*, p. 138.

¹⁹ Colleen Kelly, entrevista con la autora, Point Reyes, California, 1 de Noviembre de 1986.

²⁰ Mina Klein and Arthur Klein, *Käthe Kollwitz*, p. 104.

²¹ *Ibid.*, p. 82.

²² *Ibíd.*, p. 92.

²³ Luisah Teish, entrevista con la autora. Los Angeles, California, 7 de noviembre de 1986.

²⁴ Moon, *ob. cit.*, pp. 157-58.

²⁵ *Ibíd.*, p. 169.

²⁶ Kathleen Jenks, «Changing Woman», p. 209, en Hasten Klah and y Mary Wheelwright, *Navajo Creation Myth*, Santa Fe, Nuevo México, Museo de Arte Navajo Ceremonial, 1942, p. 152.

²⁷ Joan Sutherland, entrevista con la autora, Malibu, California, 6 de febrero de 1986.

²⁸ Murdock, *art. cit.* p. 44.

²⁹ Nancee Redmond, sin título, 10 de diciembre de 1986.

8. Curar la ruptura madre/hija

La realidad de nuestro tiempo histórico exige que demos la vuelta al patrón de los cuentos de hada: tenemos que volver atrás, restaurar y sanar estas constelaciones femeninas, para renovar e integrar el elemento masculino suprimido.

Madonna Kolbenschlag: *El Beso de Despedida a la Bella Durmiente.*

Es profunda
esta aventura de desenrollar el sudario
que ataría la herida
que nos marcaría con sangre
en la pleamar de la anémona roja
este primer domingo después de
la primera luna de primavera,
que nos recordaría
el origen de las cosas
y nos haría ver
en el eje del tiempo
un reflejo de la luna
en la redención
del Amor.

Julia Connor: «En la Luna de la Liebre».

La siguiente etapa del viaje de la heroína habla de curar lo que yo llamo la ruptura madre/hija, la ruptura con la propia naturaleza femenina. Y para mí, esta es la parte del viaje más difícil de describir porque es el aspecto que más

me duele. Como muchas mujeres, he descubierto al padre fuerte que llevo dentro y he desarrollado las cualidades heroicas que la sociedad ha definido como masculinas. He desarrollado las capacidades discriminativas, el pensamiento lógico y la capacidad de perseverar, que me sirven bien en el mundo exterior. Varias veces en mi vida he realizado el descenso y he sobrevivido de ser despellejada por Ereshkigal. Cada vez he vuelto del mundo subterráneo con más partes de mí misma intactas.

Pero no he curado la ruptura madre/hija en mí misma. Mi relación con mi propia madre no ha sido nunca fácil, pero me parece que esta herida va más allá de la relación de una mujer con su madre personal. Va al corazón del desequilibrio de valores en nuestra cultura. Nos hemos desligado de nuestros sentimientos y de nuestra naturaleza espiritual. Estamos ansiosos de una conexión profunda.

Anhelamos la afiliación y la sensación de comunidad; las cualidades positivas, fuertes y enriquecedoras de lo femenino que han faltado en esta cultura. Nos hemos separado de nuestros sentimientos y de nuestra naturaleza espiritual. «Cuando un individuo o una sociedad se vuelven demasiado parciales, demasiado separados de la profundidad y de la verdad de la experiencia humana, algo en la psique se levanta y se pone en marcha para restaurar la autenticidad. El derrumbamiento psicológico libera a la vida momentáneamente de las demandas de la realidad cotidiana y activa un proceso profundamente espiritual, un rito de paso interior con su propio final curativo»¹. Anhelamos un padre femenino fuerte y poderoso.

Hijas sin madre

Yo, como muchas mujeres, nunca me he sentido profundamente querida por mi madre, aunque conozco lo que es ser amada profundamente. A mi madre le costaba aceptarme; yo era demasiado para ella de pequeña. Siempre me

estaba cayendo de los árboles, rompiéndome algo, o sufriendo accidentes. No valoraba mis impulsos creativos; esos impulsos la amenazaban. Intentó contenerme pero yo no podía ser contenida. Continuamente me escapaba del vaso de su maternidad. Era demasiado pequeño para mí; me asfixiaba.

En mi infancia, veía lo femenino como asfixiante y peligroso. Aunque reconocía la belleza y sensualidad de lo femenino, me parecía carente de humor. Procuraba la perfección y yo era sin duda una niña mucho menos que perfecta... mis sentimientos no eran «normales». Sé que mi rechazo inicial de lo femenino era un rechazo de la ira de mi madre, su desaprobación, rigidez e incapacidad de verme y oírme como yo era. Durante mi adolescencia, cuanto más la rechazaba y me identificaba con mi padre, más me separaba de lo femenino fuerte y poderoso en mí misma.

Afortunadamente mi madre tenía una vida religiosa muy intensa y fomentó en mí la devoción por lo espiritual. De hecho, estaba orgullosa de que yo fuera todos los días a la misa de la mañana. Desde luego que no le contaba las visiones que tenía de San Francisco y de la Virgen María, pero podía pasarme horas poniendo altares y hablando con santos y ella no me molestaba. Cuando no estaba en casa, me pasaba el tiempo en el bosque, cerca del arroyo con mi árbol preferido. Me sentía como en casa, segura y protegida.

Mi madre me dejaba estar sola todo el tiempo que quisiera, porque cuando estábamos juntas nos peleábamos demasiado. Me llamaba sabihonda y me decía que algún día me iba a tener que arrepentir de ser así. Desde luego que tenía razón. Con cierta frecuencia organizaba líos con las monjas en el colegio, especialmente cuando cuestionaba algo que no tenía sentido para mí, como la resurrección de Cristo. «¿Cómo salió Cristo de la tumba, hermana? —preguntaba en segundo grado—; ya había estado muerto tres días y había una gran piedra sobre la entrada».

Esa pregunta me ganó la inmediata expulsión de la clase y una visita al despacho del director. De allí me enviaron a

casa, donde mi madre se enfadó conmigo por haber ofendido a las hermanas. Otra vez, en primer grado, la monja rompió una vara sobre mi brazo haciéndome tal cardenal que no se atrevía a mandarme a casa; pero no tenía motivos para temer. Cuando llegué a casa me castigaron por haber hecho a la monja enfadarse.

Mi adolescencia fue una pesadilla. Cuando me enamoré de mi primer novio a los diecisiete años, mi madre decidió que estaba poseída por el demonio y me llevó al cura de la parroquia para que me exorcizara. Afortunadamente el cura suspendió la cita. Mi madre me decía continuamente que me cuidara mucho de volver a casa embarazada, pero había estado tan protegida del mundo que ¡ni siquiera sabía cómo se hacía eso! Ella no me había iniciado en los misterios de ser mujer. Cuando llegué a los veintiuno, ya lo había averiguado y actualicé sus peores temores llegando a casa embarazada y prometida para casarme. Se puso como una fiera y me llamó furcia. Mi cuerpo embarazado del que tan orgullosa estaba fue despreciado y ridiculizado.

Eso ya es agua pasada, turbulenta en un tiempo, pero ya tranquila. Al examinar la forma en que la ruptura con lo femenino afectó mi vida, me doy cuenta de que he explotado mi cuerpo, he ignorado sus necesidades y lo he llevado más allá del agotamiento hasta la enfermedad. No he valorado las habilidades que me resultaban fáciles. He ignorado mi intuición. Me he sentido culpable de tomarme el tiempo necesario para relajarme o para incubar. He esperado la dificultad en lugar de la calma y no he disfrutado al máximo de este maravilloso regalo de la vida. He oído historias parecidas de labios de otras mujeres a quienes se les dijo en su infancia que trabajaran duro, produjeran, complacieran, e ignoraran sus sentimientos. No había ninguna expectativa de que la vida fuera fácil, y disfrutarla era algo inconcebible. Por el contrario, se les decía: «la vida es dura, la vida no es justa; si quieres relajarte, espera a estar bajo tierra».

Al elaborar gran parte de la ira que no había expresado

durante mi infancia y adolescencia, he encontrado una profunda curación en el arte de la maternidad. El ser madre y luego maestra, me ha ayudado a cuidar, afirmar y jugar con los demás. A los treinta años buscaba a mi Madre a través del amor y la aprobación de mujeres mayores, mentores y colegas mías. A los treinta y pico años me casé otra vez, tras haber hallado a un hombre que se encuentra muy a gusto con su propia naturaleza femenina. Me he sentido profundamente nutrida por su amor.

Me encanta mi relación con mi hermana y mis amigas y, durante bastantes años, he formado parte de grupos de mujeres y he participado en rituales para honrar los ritos de transformación femeninos. Pero aún conservo un anhelo imperioso por conectar con la Madre. En parte proviene de saber que hay conversaciones que nunca podré tener con mi propia madre, y en parte, también proviene de un deseo de plenitud.

Sé que la ruptura madre/hija afecta mi relación con lo femenino interno. También sé que hasta que no cure esa herida no estará realizada. Siento el desamparo del recién nacido al que separan de su madre. Para sanar esta ruptura interna, tengo que cultivar dentro de mí la madre nutridora.

La madre como destino

Tanto si nuestra madre personal era nutridora o fría, si nos daba confianza en nosotros mismos o nos manipulaba, si estaba presente o ausente, nuestra relación interna con ella queda integrada en nuestra psique como *complejo de madre*. James Hillman habla de cómo este complejo está en la base de nuestros sentimientos más permanentes e indisolubles sobre nosotros mismos:

Uno se enfrenta a la madre una y otra vez, como un destino. No sólo los contenidos de los sentimientos, sino también sus mismas funciones, se conforman a partir de

las reacciones y valores que aparecen en la relación madre/hijo. La forma en que nos sentimos en relación al cuerpo, nuestra autoconcepción física y la confianza en nuestro cuerpo, el tono subjetivo con el que integramos o salimos al mundo, los temores y culpabilidades básicos, cómo nos comportamos ante el amor y cómo nos comportamos en el contacto físico y la intimidad, nuestra temperatura psicológica de frío o calor, cómo nos sentimos cuando estamos enfermos, nuestros modales, nuestro gusto y estilo de comer y de vivir, nuestras estructuras habituales de relación, los patrones de gestos y el tono de voz, todos llevan el sello de la madre².

Para una mujer, el complejo de madre tiene implicaciones enormes en relación a su identidad y sus sentimientos sexuales, y esto puede no tener nada que ver con su percepción de la aceptación o rechazo que su madre tenía hacia su propio cuerpo. Hillman continúa:

Estas influencias sobre la función del sentir no tienen que estar copiadas de la madre personal, ni siquiera tienen que ser contradictorias con ella, para que el complejo de madre muestre sus efectos. El complejo de madre no es mi madre, es mi complejo. Es la forma en la que mi psique ha asumido a mi madre³.

Si la psique de una mujer ha asumido a su madre de una forma negativa o destructiva, se divorcia de su naturaleza femenina positiva y debe trabajar luego mucho para recuperarla. Si las actitudes de su madre amenazan su supervivencia misma como mujer, tal vez se identifique íntimamente con lo masculino, buscando en ello la salvación. Muchas mujeres han encontrado en sus padres el aspecto espontáneo, divertido y nutridor de lo femenino.

La naturaleza de la ruptura madre/hija viene determinada también por la forma en que la mujer integra el arquetipo de la Madre en su psique, lo que incluye a la Madre Tierra y la visión cultural de lo femenino.

Nuestra psique colectiva teme el poder de la Madre y hace todo lo posible por denigrarlo y destruirlo. No damos valor a lo que nos da, usamos, abusamos y dominamos la materia (*mater*)* siempre que podemos. Cada barril de petróleo que se vierte en la Bahía de Prince William, cada tonelada de desechos nucleares que se almacena en el desierto de Nuevo Méjico, cada árbol asfixiado por la lluvia ácida muestra nuestra enorme arrogancia y desconsideración hacia ella.

Nuestras iglesias han enterrado durante siglos el rostro femenino de Dios, destruyendo su imagen y usurpando su poder para los dioses masculinos. ¿Cómo podemos sentirnos conectados con lo femenino cuando la cultura que nos rodea hace todo lo posible por hacérselo olvidar? Nos inclinamos ante los dioses de la avaricia, de la dominación y de la ignorancia y nos burlamos de las imágenes de lo femenino que alimenta, equilibra y se da generosamente. Violamos, saqueamos y destruimos la tierra y esperamos que nos siga dando ilimitadamente. Esta herida de madre/hija es profunda; será difícil de curar.

La búsqueda de la madre personal

Me pregunto si el dolor asociado con la ruptura madre/hija se origina al nacer, cuando la hija no está ya fusionada con la madre y anhela ese vientre seguro, deseando volver a él. En algún lugar de nuestra psique todos anhelamos el calor del líquido amniótico que nos baña suavemente y nos mece a la vida. Echamos de menos el sonido confortante de su corazón latiendo dentro de nosotros. Si la separación de la madre se da demasiado temprano o si la conexión con ella se pierde al nacer, la mujer buscará a su madre durante toda su vida.

* *N. de la T.*: En inglés la palabra «madre» es homófona con la palabra «materia».

Rose-Emily Rothenberg escribe sobre la experiencia de una niña huérfana de nacimiento:

A una edad muy temprana la madre representa el Ser. La conexión viva con la madre portadora de esta proyección tan importante y vital, es crucial para el sentido de seguridad y del propio valor del recién nacido. La madre también lleva en sí una conexión con la tierra. Cuando se ha dañado esta relación primaria fundamental, el ego (del niño) se vuelve prematuramente sobre sí mismo y queda reducido a sus propios recursos. El niño experimenta entonces el abandono...⁴.

La sensación de abandono por la madre aparece también en las mujeres no huérfanas. Tanto si la madre estuvo presente físicamente o no, la falta de su presencia emocional y espiritual es sentida por el niño como abandono. Las supervivientes de incestos que habían sido agredidas sexualmente por parientes masculinos, y los hijos adultos de alcohólicos, hablan del terrible dolor de ser abandonados por madres demasiado agobiadas o preocupadas por sí mismas como para proteger y cuidar a sus hijos. A lo largo de sus vidas estos niños continúan pidiendo a otros la atención, aprobación y definición de sí mismos que necesitaron recibir de una madre.

Si una mujer reconoce la herida de su parte femenina interna, y su madre aún está viva y accesible, puede querer sanar esa herida renovando y transformando esta relación inicial. Reconoce la fragmentación de la que es objeto por haberse visto privada de los cuidados de su madre y alarga los brazos pidiendo la conexión. En su artículo «Cómo la hija del padre encontró a su madre», la analista jungiana Lynda Schmidt escribe sobre una nueva relación con su madre, Jane Wheelwright, ya en su edad madura.

Schmidt tuvo por madre a la naturaleza, creciendo son pocas atenciones en un rancho, al igual que su madre de pequeña. Se crió a la manera de Artemisa, sin supervisión

alguna, excepto la de los vaqueros que representaban al «buen papá». «Debido a su forma de ser y a sus intereses, mi madre y mi padre tenían cosas que hacer en el mundo que no podían incluir criar hijos de una forma convencional. Para mí pues, el mayor recurso de mi vida fue la naturaleza salvaje (que es la Gran Madre/Ser Femenino) de una forma inarticulada. Mi madre primordial fue, entonces, un arquetipo, un ambiente, una geografía. Había un mínimo de carne y hueso en mi madre personal...»⁵

Encontró que la «Gran Madre Rancho» era un modelo excelente para el mundo femenino y le procuró una fuerte conexión con su ser instintivo y biológico, pero tuvo poca conexión con su propia madre hasta bien entrada en años. En esa época leyó la transcripción original del libro de su madre, *La muerte de una mujer*, que era básicamente una historia de madre/hija sobre la relación de Wheelwright con una mujer gravemente enferma de cáncer. Por primera vez Schmidt sintió a su madre como Madre aunque la historia trataba la relación de su madre con otra mujer joven, Schmidt pudo sentir su capacidad de «sentirse maternal y compasiva, incluso también conmigo. Y este sentimiento inauguró la segunda parte de mi vida».⁶

Schmidt encontró un terreno común con su madre cuando pasaron un tiempo juntas en el rancho que había sido una madre para ambas. Allí desarrollaron un sentimiento de igualdad, una relación de hermanas. Se dieron cuenta de que podrían encontrarse la una con la otra en su amor por la equitación y por el mundo de las ideas, elaborando su relación madre/hija en sus escritos y conferencias. Ahora comparten su buena relación con otras mujeres en seminarios sobre las relaciones madre/hija.

Las mujeres cuyas madres murieron o no estaban disponibles por otras razones, buscan a sus madres en sueños, en la naturaleza y en su arte. En *Perséfone en busca de su madre*, Patricia Fleming escribe sobre su propio anhelo de su madre. Fleming quedó huérfana cuando su madre murió veintiocho horas después de su nacimiento en Uruguay. Se

crió durante los primeros cinco años de su vida con su abuela y fue luego arrancada de su lado cuando su padre se casó de nuevo. Buscó a su madre en su relación con su marido, con su hija, con sus amigos y asociados, pero no pudo curar lo femenino interno hasta que su hija embarazada estuvo al borde de la muerte y perdió a su hijo aún no nacido. Lloró por su madre, por su abuela, por el dolor de su hija y por el niño no nacido:

Esa primavera cuando salieron los lirios, me di cuenta de que quería pintar lirios y sólo lirios. El pintar estas formas profundamente femeninas parecía satisfacer alguna necesidad interna en mí. En la historia de Deméter, recordarás que Zeus se compadece finalmente de ella y de sus lágrimas y envía a Iris* «en sus alas de oro», según Homero, como gesto de reconciliación. En el mito era el primer puente de oro hacia la madre —hacia Deméter, hacia la tierra—, hacia lo ordinario»⁷.

Fleming continuó su proceso de curación por medio de una peregrinación a Grecia, que le parecía ser la tierra de la Madre. Allí visitó los lugares sagrados de la Diosa que honraban a Artemisa, a Isis y a Deméter. Su primera experiencia de Deméter fue en un pequeño museo de Tegea, donde el grabado de Deméter le recordó tanto a su abuela, que sintió un reconocimiento inmediato de aceptación. En Eleusis se sentó en el Pozo Sagrado de Deméter y se sintió profundamente conmovida por el trauma que la diosa había sufrido al separarse de Perséfone. Fleming finalmente se dio cuenta de que su propio sufrimiento tenía sentido y se sintió regenerada y redimida por su afiliación con Deméter.

Después de esta experiencia, un sueño con su abuela ayudó a Fleming a encontrar la paz en su búsqueda de su madre. En el sueño le preguntaba a su abuela difunta dónde le gustaría ser enterrada. Su abuela le decía que eligiera

* N. de la T.: En inglés, la palabra para «lirio» es *iris*.

ella, pero que si decidía llevársela a casa, estaría siempre con ella. Fleming decidió llevar su ataúd a su casa y ponerlo en su salón. Se dio cuenta por este sueño de que había interiorizado a su Madre/Abuela. Su búsqueda de su madre finalmente había terminado⁸.

La divina cotidianeidad

Las mujeres que han experimentado una herida profunda en la relación con sus madres, a menudo buscan su curación en la experiencia de lo cotidiano. Para muchas, esto asume la forma de divina cotidianeidad: ver lo sagrado en todo los actos cotidianos, como lavar platos, limpiar el cuarto de baño o trabajar en el jardín. La mujer se alimenta y se cura arraigándose en lo cotidiano. Muy a menudo durante este periodo de reclamar lo femenino interno se identifica con Hestia y encuentra a la mujer sabia interior.

«Hestia es el centro de la tierra, el centro del hogar y nuestro propio centro personal. Ella no se va de su sitio, debemos ir nosotras a ella»⁹. Ella es el lugar donde reside nuestra sabiduría interna. En la antigua Grecia, Hestia era a la vez la diosa virginal del hogar y el fuego de ese mismo hogar. El fuego del hogar aún representa el centro de la casa, un refugio de los elementos, el lugar donde la familia y los amigos se reúnen para compartir. Los valores asociados con Hestia son los de calor, seguridad, y relación humana. La Hestia de una familia o de una organización es la araña que teje las telarañas, se ocupa de los detalles y sabe lo que cada uno está haciendo.

A medida que las mujeres han ido asumiendo un mayor protagonismo en el mundo exterior, el fuego de la familia se ha dejado desatendido y el espíritu se ha deteriorado. El valor de lo femenino como el centro de la familia ha sido en gran parte ignorado en medio de la devaluación social de la mujer. A medida que el hogar y su fuego han perdido significado, hemos olvidado también valorar y proteger nues-

tro planeta. Las mujeres han tenido que abandonar el hogar para recordar a la humanidad la importancia de cuidar de sus cuerpos físicos así como del cuerpo de nuestro hogar colectivo, el planeta tierra ¹⁰.

La curación en la naturaleza y la comunidad

Muchas mujeres están viendo hoy el arte de la afiliación de una forma nueva. En su deseo de curar la ruptura con su parte femenina interna, están abriéndose a otras mujeres, reuniéndose para dar nombre a su experiencia de lo sagrado, honrando su conexión con Gaia y celebrando ritos de paso femeninos en reuniones de mujeres y aventuras visionarias ¹¹. La curación de la ruptura madre/hija es un viaje conjunto; para oír su propia voz y afirmar su dirección, la mujer necesita una comunidad que le apoye.

En la naturaleza, la mujer descansa de su esforzada búsqueda en los brazos de Gaia, la Madre original. «Es más tierra que madre y demasiado grande, demasiado distante para tener las características que generalmente se asocian a una madre humana» ¹². Toda la materia viva nace de ella. Su seno generoso nos recuerda nuestra fertilidad. Nos refleja nuestra propia naturaleza cíclica: las épocas de hibernar y de dar a luz. Las primeras flores de la primavera, los gansos que vuelan hacia el norte, el viento que sopla meciendo la alta hierba y el desove del salmón nos recuerdan la renovación de la vida. El solsticio de invierno nos da permiso para descansar y reunir nuestros sueños.

Las mujeres se están uniendo una vez más para celebrar las estaciones y para honrar su conexión con las fases de la luna. Las madres han empezado a crear ritos de primera menstruación con sus hijas adolescentes y a celebrar su propia menopausia de forma ritual. A través de aventuras visionarias por los inexplorados, las mujeres encuentran el valor para superar sus temores personales sintiéndose apoyadas por una comunidad de mujeres de todas las edades.

Cantan, bailan, ayunan juntas, y escuchan solas en silencio las historias de la hermana serpiente, del hermano halcón, y de la hermana luna. Piden al cielo una visión de su verdadero camino. Las mujeres están compartiendo sus sueños de un futuro que incorpora los valores del corazón, un lenguaje inclusivo e imágenes que celebran la vida.

La abuela como guía

Muchas mujeres invocan la imagen de la abuela como guía a los reinos misteriosos de lo femenino. La abuela de una mujer puede recordarse como un refugio seguro, una fuente de alimento espiritual, alguien que nos cuida durante la enfermedad. Como Hécate, la Abuela Araña y Hestia, ella encarna las cualidades de perspicacia femenina, sabiduría, fuerza y cuidados que pueden estar ausentes de la vida cotidiana de una mujer. Invocamos este aspecto de bruja de lo femenino para que nos ayude en nuestras transiciones difíciles.

Durante una época en el umbral de sus treinta años, en que la psicoterapeuta Flor Fernández intentaba comprender el sentido de su trabajo, invocó una imagen de su abuela Patricia en Cuba.

«Mi abuela había sido siempre una fuente de inspiración y fortaleza para mí. Me crié rodeada por su aura de protección y curaciones. Miraba cómo curaba a otros con sus oraciones y hierbas y rituales. Yo era una niña curiosa y ella se tomaba la molestia de hablarme sobre su trabajo como curandera. Cuando yo tenía cinco años me puse muy enferma de mal de ojo (según las creencias populares, esta enfermedad es consecuencia de la mirada de una persona con energía o pensamientos negativos; los síntomas son vómitos y diarrea que yo sufría en ese momento).

»Mi abuela me llevó a su cuarto de curaciones, encendió velas y procedió a cantar y a rezar. Unos minutos más

tarde yo estaba perfectamente y dispuesta a salir a jugar con mis amigas. Mi abuela me hizo quedarme en la habitación un rato más y me enseñó a rezar pidiendo protección, invocando a un guía espiritual que me ayudara en el futuro.

»Dejé a mi abuela a la edad de quince años para venir a América. Durante muchos años olvidé mi conexión con ella y con su trabajo de curación. Necesitaba asimilar una nueva cultura en la cual el trabajo de mi abuela se consideraba superstición. Cuando tenía veintiocho años empecé a recordarla de nuevo. Estaba atravesando una época difícil, lo que se podría llamar una crisis existencial. Había perdido mis raíces y mi alma y me sentía vacía y perdida.

»Entonces acudí a un seminario sobre la muerte, el proceso de morir y los sueños y, en un momento dado, cuando miré a la instructora del seminario vi la cara de mi abuela. Sentí una corriente de energía que llegaba derecha a mi corazón, elevándome a un reino de conocimiento que había olvidado. Esa noche soñé con ella. Ella vino a mí y me dijo: "Recuerda hija mía las veces que te sentaba sobre mis piernas y te hablaba sobre hierbas curativas y cómo recogerlas en su época para preservar su poder y su fuerza. Solíamos pasar mucho tiempo juntas, hablando sobre la naturaleza humana y sobre fuerzas invisibles pero sensibles. Tú eras una niña diferente y yo me tomaba el tiempo de estar contigo porque sabía que tú podrías continuar mis enseñanzas en el futuro. Has olvidado, como yo una vez olvidé, los misterios de nuestra naturaleza femenina"»¹³.

Este sueño fue el principio del viaje que llevó a Flor Fernández a ser sanadora. Primero comenzó curando su propio cuerpo, después ha continuado canalizando esa energía en la curación de los demás. Muchas mujeres recuerdan los dones y talentos de sus abuelas durante su proceso de reclamar su propia naturaleza femenina.

La mujer como creadora de mitos

La creación de mitos es un proceso continuo y los mitos son necesarios para organizar la vida. Al comentar la definición del mito en el contexto de la poesía, Mark Schorer escribe: «Los mitos son los instrumentos por los cuales nos esforzamos continuamente en hacer nuestra experiencia inteligible para nosotros mismos. Un mito es una imagen grande y controladora que otorga significado filosófico a los hechos de la vida cotidiana, es decir, que tiene un valor organizador para la experiencia. Una mitología es un cuerpo más o menos articulado de tales imágenes, un panteón. Sin tales imágenes, la experiencia es caótica, fragmentada y meramente fenoménica. Es el caos de la experiencia lo que crea los mitos, y la función de éstos es rectificarlo»¹⁴.

Si una mujer no ha sido iniciada en la mitología femenina por su madre o su abuela, debe desarrollar su propia relación con su femenino interno, con la Gran Madre. Esto puede explicar por qué tantas mujeres buscan hoy día imágenes de antiguas deidades femeninas poderosas y de heroínas para curar la herida interna. Debido a la distorsión de que ha sido objeto la historia de la mujer, las mujeres están volviendo la mirada a la prehistoria para encontrar elementos de la mitología femenina que existían antes de que los griegos dividieran el poder en múltiples dioses. A medida que los arqueólogos desentierran antiguas culturas basadas en el principio vital de la Diosa, las mujeres reclaman el poder y la dignidad de que antaño gozaron, cuando el papel de la mujer era proteger la vida humana y el aspecto sagrado de la naturaleza.

Desde la década de los setenta, mujeres artistas han creado un torrente de imágenes que representan figuras de diosas precristianas y símbolos asociados con ellas. «Mujeres artistas, como Mary Beth Eldelson, Carolee Schneemann, Mimi Lobell, Buffie Johnson, Judy Chicago, Donna Byars, Donna Henes, Miriam Sharon, Ana Mendieta, Betsy Damon, Betye Saar, Monica Sjoo, and Hannah Kay, invocando los

poderes asociados con el arquetipo de la Diosa, están aportando su energía a una forma de conciencia de Diosa que, en su manifestación más reciente, está exorcizando el mito patriarcal de la creación mediante una reposesión de las facultades visionarias femeninas.»¹⁵

La visión y el poder de lo femenino están representados en las imágenes de la Virgen, la Madre y la Bruja; la araña, la serpiente y el pájaro, el vaso, la cueva y el grial; la montaña, el agua y los árboles, así como por figuras específicas y culturales de la diosa, tales como Cerridwen, Lilith, Coatlicue, Kwan Yin, Yemaya, Tiamat, Amaterasu, y muchas más. Estos trabajos captan la esencia del aspecto creador femenino, preservador y destructor y celebran la preservación, la reverencia, y la interconexión de los elementos básicos de la vida¹⁶.

En *Las mujeres como creadoras de mitos, la poesía y el arte visual de las mujeres del siglo veinte*, Estella Lauter explica que el mito normalmente adopta la forma de una historia o símbolo extraordinariamente poderoso que se repite en los sueños de los individuos o que tiene sus orígenes en el ritual grupal¹⁷. Escribe: «Una vez que el mito se ha establecido es casi imposible erradicarlo por medios exclusivamente racionales. Debe ser sustituido por otra historia o símbolo igualmente persuasivo.»¹⁸

Las mujeres están poniendo en duda los mitos predominantes sobre los antiguos mitos femeninos como el de Eva, que aún se usa para distorsionar el poder de la mujer. Al describir sus cuadros, la artista de Los Angeles Nancy Ann Jones dice: «Tenemos que desafiar la tiranía de la Eva bíblica retratada como tentadora, con un cuerpo profano e impuro, a quien se ha hecho responsable durante miles de años del pecado original de la humanidad. Este mito ha reforzado la postura de que las mujeres deben ser siempre ciudadanas de segunda porque fueron creadas después de Adán, de su costilla. En todas las prohibiciones que se imponen a las mujeres, Eva aparece como su justificación»¹⁹.

Jones continúa explicando los símbolos en su libro *De-*

safiando Los Mitos III: «Aquí he retratado a Eva delante del laberinto dibujado en el suelo de Chartres, porque la catedral se construyó en un lugar que era sagrado para la Diosa antes de la llegada del cristianismo. Siglos antes de que se escribiera el Antiguo Testamento, se veneraba a la Diosa, y la sexualidad de la mujer era sagrada. Quiero ver la sexualidad de la mujer restaurada en su poder y dignidad original²⁰. Artistas como Jones que están creando nuevas historias y símbolos sobre lo femenino están curando su propia naturaleza femenina en este proceso.

El origen de las imágenes de la diosa

Los primeros símbolos de la diosa probablemente tuvieron su origen en la actitud reverente por la creatividad femenina al dar vida. Las imágenes de la madre se hicieron sagradas. Mayumi Oda, una artista nacida en Japón durante la Segunda Guerra Mundial, que ahora vive en Sausalito, empezó a pintar a la diosa durante la década de los años sesenta, cuando estaba dando luz a sus propios hijos. Le preocupaba traer hijos al mundo durante la guerra de Vietnam, y estaba dispuesta a encontrar una imagen femenina positiva con la que pudiera identificarse, para encontrar el poder de crear y vivir. No tenía ningún conocimiento consciente previo de la Diosa, ni tenía ningún deseo de pintar imágenes de diosas; simplemente salieron de ella.

«En esa época estaba haciendo dibujos con tinta china. El dibujar es un medio bastante negro. De esta semilla negra surgió una enorme mujer con grandes pechos. La titulé "El nacimiento de Venus", y ese fue definitivamente el nacimiento de mi propia Diosa»²¹.

Durante los últimos veinte años, ha seguido explorando los diferentes aspectos de sí misma a través de las imágenes de la diosa.

«Cuando no conocía bien mi ira, intentaba hacer diosas pacíficas. Hice un cuadro de Kwan Yin como una diosa compasiva con una espada y lo titulé «Oh Diosa, danos Fuerza para vencer». Me di cuenta de que la compasión era algo más que mera lástima, algo más implacable. Durante los últimos años he trabajado en la Dakini negra que es el lado colérico de la mujer, el lado guerrero. Sólo siendo buena conmigo misma podía hacerlo, no cuando estaba enfadada; no es la ira lo que yo quería expresar; está más allá. Es el dualismo lo que tenemos que superar para encontrarnos con nuestra muerte».²²

Muchas artistas hacen referencias al vínculo entre la diosa y la naturaleza. Buffie Johnson, una artista neoyorquina de casi ochenta años, ha estado pintando a la diosa en sus formas de la naturaleza desde que tenía ocho años. «Me sentí llamada a este trabajo a una edad muy temprana, pero no lo sabía entonces. Cuando tenía siete u ocho años, estaba viviendo en la casa de un viejo pariente, capitán de navío, en Massachusetts, con mi tía y mi abuela e hice cuarenta ilustraciones de espíritus del sol, la luna, las estrellas, el viento del norte, el viento del este, la tierra y el cielo. Todas ellas eran mujeres en diferentes posturas».²³

Cuando tenía treinta años empezó a coleccionar imágenes de la Gran Madre. Se dio cuenta de que estaba pintando la diosa de la vegetación en sus cuadros florales. «Un día me desperté y dije: “Estoy pintando a la diosa de la vegetación porque ya he pintado el capullo, la flor, el fruto, la vaina y la raíz, el ciclo completo de la Señora de la Vegetación”». Luego investigó a la diosa durante treinta y cinco años, y reunió sus hallazgos de los primeros artefactos conocidos fabricados por la humanidad, para demostrar la existencia de la Diosa en su libro, *La Señora de las fieras*. Cuando le pregunté porqué pintaba a la diosa, me contestó: «La tierra está en peligro y nosotros también porque somos parte de ella. A diferencia de la noción cristiana de que las plantas, los animales, los minerales y el mar existen para servir a la humanidad, estamos interconectados y tenemos

que aprender a ser uno con el mundo en lugar de controlarlo»²⁴.

La mujer oscura de los sueños

Las mujeres están soñando hoy con figuras femeninas fuertes y nutridoras, que no necesitan dominar a otros para mostrar su poder, sino que llegan a la soñadora para despertarla a un nuevo orden. Sueñan con lo oscuro, con la necesidad de enfrentarse a las duras realidades de la vida y la muerte, con la posibilidad del cataclismo, del sufrimiento y de la psicosis. Muchas soñadoras se encuentran con una mujer de tez negra, grande y poderosa, que les nutre y les crea de nuevo. Después de una operación de riñón, una mujer de unos cuarenta años tuvo el siguiente sueño en el que experimentó el descenso, el encuentro con la mujer negra de los sueños y la curación de su herida femenina.

«Me doy cuenta de que estoy descendiendo a los infiernos. Me pongo mi anorak rojo. Quiero volver al mundo de la tierra. Estoy rodeada de esqueletos y espíritus necrófagos. Mi piel está siendo arrancada de mi cuerpo por dientes afilados. Soy huesos andando entre huesos. El viento empieza soplar y me voy quedando muy seca. Estoy en un desierto con los huesos secos y desintegrándose en un montón de polvo. Cae una gota de agua clara en el pequeño montón de polvo óseo que soy yo. Una mujer oscura, africana o india, remueve el polvo con sus dedos para hacer un barro pastoso. Empieza a rehacerme. Comienza por mi vagina. Mi cuerpo humano empieza a llorar. Me está haciendo primero mujer. Cuando mi cuerpo está completo veo que es el mismo cuerpo que tengo ahora. Tengo hasta la cicatriz de mi operación. Mis senos todavía están caídos de amamantar. Oh, éste es el cuerpo que me dan para este mundo. No estoy muerta todavía, estoy viva en este

cuerpo, en este mundo. Un cuerpo transformado es para otro lugar.»

Este fue un sueño de transformación muy potente que presagió enormes cambios en la percepción que esta mujer tenía de sí misma y de su vida. La mujer oscura de los sueños puede portar también un mensaje directo para el soñador.

Hace poco tuve un sueño en el cual una mujer negra muy delgada, en los huesos, estaba sentada en mi cocina haciendo rodar unos limones encima de la tabla de cortar con la palma de su mano. Vestía una bata raída. Me miró un poco cansada pero con vida en sus ojos y dijo: «Hija, he viajado por todo el mundo buscando mi trabajo y he vuelto a casa a escribir. Encuentra tus palabras, hija.»

Palabras de mujer

A medida que más personas crean imágenes e historias de lo femenino y sagrado, éstas se solidifican en el lenguaje e influyen en la experiencia de otros. Susan Griffin ha dado un nuevo nombre a la tierra, llamándola «hermana» en lugar de madre o bruja, y al hacerlo nos ha dado un amor accesible por la naturaleza, que no está separada de nosotros.

En su poema, «Esta tierra: lo que es para mí», Griffin identifica su dolor, su empatía, su eros y su solaz en su relación con la tierra como hermana. Sus palabras aportan una profunda curación.

Cuando entro en ella me traspasa el corazón. Según voy penetrando más allá, me descubre. Cuando he llegado a su centro estoy llorando abiertamente. La he conocido toda mi vida y sin embargo me cuenta historias, y estas historias son revelaciones y me transformo. Cada vez que voy a ella nazco de este modo. Su renovación me lava interminablemente, sus heridas me acarician; me doy cuen-

ta de todo lo que se ha interpuesto entre nosotras, del ruido que nos separa, la ceguera, de algo que duerme entre nosotras. Ahora mi cuerpo le abre sus brazos. Hablan sin esfuerzo y me doy cuenta de que en ningún momento me falla con su presencia, es tan delicada como yo, conozco su sensibilidad, siento su dolor y mi propio dolor acude a mí, y mi propio dolor crece más y más y lo tomo con mis manos, y abro la boca a este dolor, lo saboreo, lo conozco y sé por qué ella sigue adelante bajo un gran peso, con esta gran sed, en la sequía, en el hambre, con inteligencia en cada acto sobrevive al desastre. Esta tierra es mi hermana, amo su gracia diaria, su atrevimiento silencioso y lo que me quiere. Cómo admiramos esta fuerza la una en la otra, todo lo que hemos perdido, todo lo que hemos sufrido, todo lo que hemos sabido: estamos atónitas por esta belleza, y no olvido lo que es para mí y lo que yo soy para ella»²⁵.

Recuperación de lo oscuro: reclamar a la loca

Empecé este capítulo con la cita de Madonna Kolbenschlag sobre la restauración y la curación de las constelaciones femeninas en los cuentos de hadas, porque creo que es imperativo que reclamemos y reintegremos las partes reprimidas de lo femenino que están encarnadas en brujas, madrastras y locas. Los cuentos de hadas se cuentan generalmente desde la perspectiva de una joven (o un joven) y gira alrededor de su relación con sus padres, hermanos, criaturas mágicas y personas que encuentran en el camino. Hemos oído hablar de cómo ella responde al trato bueno o malo por los demás, cómo se enfrentan a los desafíos durante su viaje, y cómo logra finalmente su tesoro de éxito o reconciliación.

Las madrastras, brujas y locas se retratan normalmente como mujeres que presentan obstáculos al niño en desarrollo. Se las describe como malas, crueles, cerradas, manipuladoras, celosas y avariciosas. Sus maldades generalmen-

te están castigadas por la muerte. La bruja se ve empujada dentro del horno en «Hansel y Gretel»; la madrastra en «Blanca Nieves y los siete enanitos» baila hasta la muerte en sus zapatillas que acaban de ser calentadas sobre carbon- es ardiendo; y la malvada bruja del oeste se derrite en el «Mago de Oz».

En el cuento de hadas no se da mucha importancia a los orígenes de la crueldad en la madrastra o la malvada bruja; nos limitamos a suponer que siempre fue así. Nunca llegamos a saber su lado de la historia sobre la niña quejica, desobediente y manipuladora, que es sin duda la niña de los ojos de su padre. La malvada madrastra representa la decepción que sufre cada niño por no tener la madre perfecta, esa ilusoria madre ideal que está siempre disponible, siempre comprensiva y que le quiere incondicionalmente.

Sin embargo, hay un cuento popular en el que la hija abre la puerta y recupera a su madre, sanando las partes reprimidas de lo femenino que preferimos no ver y nos negamos a aceptar y comprender. Esta historia de una hija rechazada que sana a la paria que lleva dentro sanando a la loca que es su madre, me la contó por primera vez la narradora de cuentos Kathleen Zundell. Lo que sigue es mi adaptación de ese relato.

Érase una vez una mujer que tenía cuatro hijas. Amaba a sus hijas Una, Dos y Tres, que eran listas, buenas y hermosas. Pero odiaba a la más pequeña que era sólo la que era. Cada día salía a por comida para sus hijas. Cuando volvía, sus hijas la oían cantar:

Mis queridas hijas,
Una, Dos y Tres,
venid a Mamá, venid a mí.
Mesmeranda, cuarta hija,
quédate en la cocina.

Las niñas corrían a la puerta para dejar entrar a su madre, pero Mesmeranda se quedaba en la cocina. Luego,

la madre preparaba la cena para las tres hermanas mayores y mientras comían juntas, hablando y riendo, echaban los restos a Mesmeranda. Las niñas mayores crecieron y florecieron, pero Mesmeranda siguió delgada y débil.

Fuera, acechaba un lobo que observaba las idas y venidas de la madre y deseaba comerse a las tres tiernas hijas. Creía que podría cogerlas cantándoles la canción de la madre. Practicó días y noches, y una tarde, mientras estaba fuera, fue a la puerta y cantó:

Mis queridas hijas,
Una, Dos y Tres,
venid a Mamá, venid a mí.
Mesmeranda, cuarta hija,
quédate en la cocina.

No ocurrió nada. Las niñas no abrieron la puerta porque la voz del lobo era profunda y ronca. Frustrado, el lobo se fue a ver a Coyote. «Necesito una voz de madre —dijo—, haz que mi voz suene timbrada y suave». Coyote miró al lobo. «¿Qué me darás a cambio?» preguntó. «Una de las hijas de la madre», contestó el lobo. Coyote timbró la voz del lobo y este volvió a la casa de las niñas y cantó.

Mis queridas hijas,
Una, Dos y Tres,
venid a Mamá, venid a mí.
Mesmeranda, cuarta hija,
quédate en la cocina.

Esta vez, la voz del lobo era tan aguda que se la llevó el viento. Las niñas se rieron y se dijeron unas a otras: «Oh, no es más que el susurro de la hojas», y no abrieron la puerta. Algún tiempo después volvió la madre y les cantó a sus hijas su canción. Enseguida abrieron la puerta y de nuevo se sentaron las cuatro a comer, dejándole a Mesmeranda las sobras.

Al día siguiente el lobo volvió a Coyote y protestó. «Me hiciste la voz demasiado fina. Arréglala para que parezca la de una mujer». Coyote le echó un hechizo al lobo y este volvió a la casa de las niñas. Esta vez cantó igual que la madre:

Mis queridas hijas,
Una, Dos y Tres,
venid a Mamá, venid a mí.
Mesmeranda, cuarta hija,
quédate en la cocina.

Las niñas corrieron a recibir a su madre y el lobo las metió en un saco y se las llevó. Mesmeranda se quedó en la cocina. Más tarde ese día, la madre volvió y cantó a la puerta:

Mis queridas hijas,
Una, Dos y Tres,
venid a Mamá, venid a mí.
Mesmeranda, cuarta hija,
quédate en la cocina.

Nadie acudió a la puerta, así que cantó de nuevo su canción. De nuevo, nadie acudió y empezó a temer lo peor. Entonces oyó una voz tenue que cantaba:

Mamá, tus hijas
Una, Dos y Tres,
ya no pueden oír, ya no pueden ver.
Se han ido más allá de la tierra y el mar.
Mesmeranda está aquí, mírame.

La madre abrió la puerta y al no ver a sus queridas hijas, salió corriendo de la casa como enloquecida, tirándose de los pelos y cantando su canción una y otra vez.

Mesmeranda se levantó, vio el cuarto vacío y salió por la

puerta que estaba abierta. Empezó su viaje, se abrió camino en el mundo y con el tiempo, se casó con el hijo del rey.

Pasó el tiempo. Un día, a las puertas de palacio, se oyó cantar a una vieja loca con el pelo enmarañado como una zarza.

Mis queridas hijas
Una, Dos y Tres,
ya no pueden oír, ya no pueden ver.
Mesmeranda, cuarta hija,
óyeme ahora, estoy a tu puerta.

La gente se reía al pasar delante de ella y los guardias de palacio le decían que se fuera, pero cada día volvía en sus harapos y cantaba:

Mis queridas hijas
Una, Dos y Tres,
ya no pueden oír, ya no pueden ver.
Mesmeranda, cuarta hija,
óyeme ahora, estoy a tu puerta.

La reina se enteró de que había una loca en las calles que cantaba a su hija Mesmeranda. Mesmeranda dijo: «No conozco a ninguna loca y no tengo madre.»

Un día, Mesmeranda estaba plantando flores en el jardín de palacio y oyó su nombre en la canción de la loca mujer. Abrió la puerta y miró la cara de la mujer. Le tomó de la mano y le hizo entrar. «Mamá, —dijo— las demás se han ido; pero mírame, soy Mesmeranda. No me quisiste antes y me quedé en la cocina. Pero ahora estoy aquí y te cuidaré». Luego la bañó, la vistió y le cepilló el cabello.

Reclamar el poder de lo femenino

Mesmeranda acoge de nuevo a su madre, la limpia, la lava y la cuida. Le abre su corazón y acoge de nuevo a la

Loca que era la madre que la había rechazado. Cada una de nosotras tiene que recuperar lo femenino que había descartado, para reclamar todo nuestro poder femenino. Si una mujer continúa guardando resentimiento hacia su madre por su rechazo, continúa atada a esta mujer, y perpetuamente dependiente de ella. Se niega a crecer, aunque para el mundo exterior parezca funcionar como una adulta madura. En el fondo, se siente inmerecedora e incompleta. En *Los Frutos de la Virginidad*, Marion Goodman llama a esta parte proscrita de nosotras mismas «la virgen preñada»: «la parte que acude a la conciencia tras su paso por la oscuridad, cavando en nuestra mina oscura de plomo, hasta hallar nuestra plata»²⁶.

Muchas mujeres no se dan cuenta de cómo se retraen en la vida por causa de los mensajes que habían recibido de sus «madres» (madre, abuela, tías, y amigas de la familia) en la infancia. Estas letanías habían servido para inmovilizar a sus madres y siguen encadenando el espíritu de sus hijas: «Debería de haber sido...», «siempre quise ser...», «no sabes lo doloroso que es no tener nada para mí misma...», «nunca tuve tiempo para mí...», «tu padre no me dejaba...», «no te metas en líos...», «no le hagas daño a nadie...», «no puedo más...», «estoy agobiada...», «me voy a volver loca...», «no sé como los demás pueden con todo...», «no aguanto más este sufrimiento...»

«No aguanto más este sufrimiento» era una orden directa de no sentir. Una madre germano-americana dijo a su hija que no dijera a los vecinos cuáles eran sus sentimientos sobre las cosas: «Eso no se hace en esta familia». Si la hija le decía a su madre que estaba molesta por lo que había ocurrido en el colegio con sus amiga, su madre le decía que no se sintiera así. Para esta hija, recuperar la parte oscura tiene el sentido de ir más allá de la vergüenza, para reclamar todos los sentimientos que tuvo que esconder de sí misma, por muy atemorizante que esto pueda resultar, para poder encontrar su verdadera voz.

Una cliente rozando los cincuenta se crió con una madre

un poco sorda. Su papel en esa relación era proteger a su madre, interpretar las cosas y hablarle. No tenía ninguna sensación de su valor personal fuera de su función de intermediaria para su madre. «Aprendí desde muy pequeña a ser invisible. También aprendí lo que los demás querían. Nunca tuve la oportunidad de expresar lo que yo quería, porque nunca había nadie dispuesto a oírme o a apoyar mis deseos. Dejé de desear. Me hice invisible para mí misma. Sólo ahora, con casi cincuenta años estoy aprendiendo lo importante que es ser visible por fuera así como lo soy por dentro, ser reconocida y apreciada por lo que sé y pedir lo que quiero».

Las mujeres que no tuvieron madres que les apoyaran en su infancia, llegaron a la conclusión de que debían saber cómo hacer todo por sí mismas. Esta es una actitud típica de hijos adultos de alcohólicos. Tienen dificultad como adultos para pedir ayuda y para encontrar lo que necesitan porque esta clase de dirección no se le había ofrecido nunca. Como adultos siguen haciendo todo solos porque temen no poder confiar en nadie más. Creen que tienen que ser perfectos para esconder lo que no saben y nunca se les enseñó. Aprender a pedir ayuda es un paso enorme para recuperar su poder personal.

Encuentro difícil aceptar y querer a la mujer loca que hay dentro de mi madre, porque entonces tendré que enfrentarme a la loca que yo misma llevo dentro. Si acepto a mi madre como es, tengo que aceptar el hecho de que no puedo hacerla quererme como yo quiero ser amada. Nunca tendré una mamá que me quiera abiertamente: tendré una madre, pero no una mamá. Tengo que aceptar a mi madre como es. No puedo aferrarme al dolor de haber sentido la falta de mi madre de pequeña; me impide ser todo lo que soy.

Durante un ejercicio de visualización, entrando en contacto con mi aliado interno, el águila se acerca a mí y le pregunto qué me retiene. Contesta: «Es tu resentimiento lo que te retiene. Deja de guardar rencor por lo que te faltó,

por lo que no recibiste de tu madre. No son mas que excusas, perdona a tu madre. Usa la vista del águila para ver más allá de su pérdida personal o si no tus sentimientos se verán distorsionados. No seas un ratón que no consigue ver más allá de su nariz».

NOTAS

- ¹ Janet Dallett, *When the Spirit Comes Back*, p. 32.
- ² James Hillman y Marie-Louise von Franz, *Jung's Typology*, pp. 113-14.
- ³ *Ibíd.*
- ⁴ Rose-Emily Rothenburg, «The Orphan Archetype».
- ⁵ Lynda W. Schmidt, «How the Father's Daughter Found her Mother», p. 10.
- ⁶ *Ibíd.*, p. 18.
- ⁷ Patricia C. Fleming, *Persephone's Search for Her Mother*, p. 143.
- ⁸ *Ibíd.*, pp. 144-47.
- ⁹ Ginette Paris, *Pagan Meditations*, p. 167.
- ¹⁰ *Ibíd.*, p. 178.
- ¹¹ Para más información sobre reuniones femeninas, ver Patricia Wynne, *The Womanspirit Sourcebook*. Para más información sobre visiones y búsqueda de la mujer, contactar con Shanja Kirstann, 58 Ramona St. Oakland, California, 94611.
- ¹² Paris, ob. cit., p. 175.
- ¹³ Flor Fernández, entrevista con la autora, Venice, California, 14 de octubre de 1989.
- ¹⁴ Mark Schorer, «The Necessity of Myths», en Henry A. Murray, *Myth and Mythmaking*, p. 355.
- ¹⁵ Hilary Robinson, *Visibly Female Feminism and Arts Today*, p. 158.
- ¹⁶ Estella Lauter, *Women as Mythmakers*, p. 1270.
- ¹⁷ *Ibíd.*, p. 1.
- ¹⁸ *Ibíd.*
- ¹⁹ Nancy Ann Jones, entrevista con la autora, Los Angeles, California, 10 de agosto de 1988.
- ²⁰ *Ibíd.*
- ²¹ Mayumi Oda, entrevista con la autora recogida parcialmente en el artículo de Murdock, «Changing Women...», p. 45.
- ²² *Ibíd.*
- ²³ Buffie Johnson, entrevista con la autora, Venice, California, 18 de febrero de 1986.

²⁴ Ibíd.

²⁵ Susan Griffin, «This Earth: What She is to Me, *Woman and Nature*, p. 219.

²⁶ Marion Woodman, ob. cit., p. 10.

Tu hombre interno y tu mujer interna
han estado en guerra,
ambos están heridos,
cansados,
y necesitan ser atendidos;
es hora de
bajar la espada
que les divide en dos.

La curación de lo masculino herido

En la leyenda del Santo Grial, Perceval iba en busca del Grial, el cáliz que usará Cristo en la Última Cena y el antiguo caldero de la Gran Diosa. Perceval se aventura por el Castillo del Grial, donde se encuentra con el Rey Pescador, que tiene una herida en los genitales o en el ano; una herida incurable. Sólo el Grial mismo puede curarlo; necesitamos que alguien joven e inocente como Perceval advierta su situación, sienta compasión y le pregunte: «¿qué te pasa?». Sólo entonces podría el rey disponer de las propiedades curativas del Grial.

El rey es el principio rector en nuestra psique y en nuestra cultura, y somos semejantes al Rey Pescador en nuestra calidad de heridos. También somos como Perceval, «bobos» en nuestra inocencia. Somos ciegos a nuestro desequilibrio. Hasta que un aspecto de nosotros mismos no reconoce nuestro dolor, siente compasión y pregunta «¿qué te pasa?», no podemos curarnos.

Estamos escandalados de nuestra relación con nuestra parte femenina y creativa; nuestra mente racional la desvaloriza

9. El encuentro con el hombre interno con corazón

Tu hombre interno y tu mujer interna
han estado en guerra,
ambos están heridos,
cansados,
y necesitan ser atendidos;
es hora de
bajar la espada
que les divide en dos.

La curación de lo masculino herido

En la leyenda del Santo Grial, Perceval iba en busca del Grial, el cáliz que usara Cristo en la Última Cena y el antiguo caldero de la Gran Diosa. Perceval se aventura por el Castillo del Grial, donde se encuentra con el Rey Pescador que tiene una herida en los genitales o en el muslo, una herida incurable. Sólo el Grial mismo puede curarle; necesitaba que alguien joven e inocente como Perceval advirtiera su situación, tuviera compasión y le preguntara: «¿qué te pasa?». Sólo entonces podría el rey disponer de las propiedades curativas del Grial.

El rey es el principio rector en nuestra psique y en nuestra cultura, y somos semejantes al Rey Pescador en nuestra calidad de heridos. También somos como Perceval, «bobos» en nuestra inocencia. Somos ciegos a nuestro desequilibrio. Hasta que un aspecto de nosotros mismos no reconoce nuestro dolor, siente compasión y pregunta «¿Qué te pasa?», no podemos curarnos.

Estamos escindidos de nuestra relación con nuestra parte femenina y creativa; nuestra mente racional la desvaloriza

y la ignora, al negarnos a escuchar nuestra intuición, nuestros sentimientos, la sabiduría de lo profundo de nuestro cuerpo. «A medida que hemos dejado el reino de eros para adentrarnos más y más en logos, el hemisferio izquierdo a favor del derecho, se ha dado una creciente sensación de alienación de esa fuente inarticulable de significado que podemos llamar lo femenino, la Diosa, el Grial»¹. Sentimos la soledad y la tristeza de la alienación pero no nos damos cuenta de que estos sentimientos son el fruto de un desequilibrio dentro de nuestra naturaleza.

Lo masculino es una fuerza arquetípica, no un género. Al igual que lo femenino, es una fuerza creadora que mora en cada hombre y mujer. Cuando se desequilibra y pierde su relación con la vida, se hace combativo, crítico y destructivo. Este masculino arquetípico puede ser frío e inhumano; no tiene en cuenta nuestras limitaciones humanas. Su machismo nos dice que sigamos adelante a cualquier precio. Exige perfección, control y dominación; nada jamás es suficiente. Nuestra naturaleza masculina, como el Rey Pescador, está herida.

El Grial es el símbolo del principio femenino sagrado y creativo, que está al alcance de todos nosotros. El Grial puede curar al Rey de la misma manera que lo femenino puede curar nuestra naturaleza masculina. En la leyenda, el Grial era transportado siempre por la doncella del Grial, pero Perceval y el Rey no lo veían. «El Grial, su castillo y sus guardianes están embrujados debido, a un acto de falta de respeto representado como un insulto, una violación o asalto a sus doncellas, una falta de respeto por la soberanía del Grial mismo o de su ley por una actitud impropia hacia Minne, el amor»².

Como Perceval y el rey, no reconocemos el Grial dentro de nosotros mismos. Tenemos que abrir los ojos y expandir nuestra conciencia. Necesitamos lo femenino húmedo, jugoso, verde y cariñoso para curar la parte masculina de nuestra cultura que está herida, seca, quebradiza y extralimitada. De lo contrario, viviremos en un erial. Perceval

tuvo la experiencia del Grial, del Castillo del Grial y del Rey Pescador herido, pero no preguntó «¿Qué te pasa?» Si hemos de curarnos, tenemos que hacer la pregunta conscientemente. El elemento masculino inconexo y descontrolado dentro de cada uno de nosotros nos lleva a sobrepasar nuestro punto de equilibrio. Es como el petrolero Valdez que se salió de su ruta, encalló y ensució a la Madre Naturaleza.

Lo masculino inconexo

Una fuerza loca y desconocida
embiste contra nuestra madre
con un barco borracho.

El espeso y negro lodo penetra en su piel,
entra en mis sueños,
contamina nuestra conciencia;
estamos todos borrachos de petróleo.

Embotamos nuestros sentidos,
apartamos la mirada,
buscamos chivos expiatorios,
restregamos sus playas,
limpiamos sus pájaros,
enjaulamos sus focas,
negamos nuestra interconexión,
la ensuciaremos otra vez.

Me duele la Madre Tierra,
ignorada y explotada.

Sus riquezas minadas por dinero;
la avaricia y arrogancia de la humanidad
profana, ensucia y mancilla

Su cuerpo.

Cuándo aprenderemos

que estamos hiriendo a nuestra Madre.

Todo lo que hacemos

afecta a todos los demás;

no podemos seguir ignorando

que somos árboles, mar y tierra.

Tenemos que preservarla

de nuestros excesos.

Acabo de volver (25 de mayo de 1989) de Valdez, Alaska, donde he estado trabajando con niños que sufrían en sus vidas las consecuencias de la mancha de petróleo, y me he estado haciendo a mí misma la pregunta que Perceval no formuló. Me dejó estupefacta la forma en que los portavoces de la compañía petrolífera negaban los efectos que la mancha de petróleo había tenido sobre el ecosistema, sobre las vidas de los animales y sobre las costumbres de la gente de los pueblos pesqueros afectados. «Limpiaremos la mancha para septiembre de 1989»... «No hay tantos animales muertos»... «No murió tanta gente, así que ¿por qué hacen manifestaciones de duelo?».

Mienten, ocultan y niegan la destrucción masiva del medio ambiente. Muestran escasa compasión por el hecho de que los pescadores hayan perdido su medio de ganarse la vida, así como por las muertes dolorosas sufridas por aves marinas y nutrias. Hay un esfuerzo masivo de relaciones públicas para minimizar los efectos tóxicos de 240.000 barriles de vertido de petróleo. Exxon y la Oficina de Turismo de Alaska han montado una campaña millonaria usando la imagen de Marilyn Monroe sin su lunar, para disipar el miedo a que la belleza de Alaska se hubiera estropeado. «Si no miras con mucha atención, no te darás cuenta de que le falta el lunar», dice el anuncio. «Sin él, la foto puede haber cambiado, pero no su belleza. Lo mismo vale para Alaska. La mancha de aceite puede haber cambiado temporalmente una pequeña parte de la foto, pero lo que viene a ver y a hacer aquí sigue siendo tan bonito como siempre»³.

Esta clase de negación flagrante es un ejemplo de cómo

lo masculino inconexo, herido y peligroso se aferra a su concepción de la realidad. Hay algo de esto en cada uno de nosotros. No vemos lo masculino rígido, forzado y dominador, que controla nuestra psique. Cada vez que negamos nuestros sentimientos, nuestro cuerpo, nuestros sueños y nuestra intuición, servimos a este tirano interno.

La única forma en que la mujer puede remediar este desequilibrio en su interior es llevando la luz de la conciencia a la oscuridad. Debe estar dispuesta a enfrentarse y poner nombre a su sombra de tirano y liberarse de ella. Esto exige un sacrificio consciente de los enganches inconscientes al poder del ego, a los beneficios económicos y a una forma de vida hipnótica y pasiva. Exige valor, compasión, humildad y tiempo.

El reto para la mujer heroica no es el de la conquista, sino el de la aceptación, la aceptación de sus partes innombrables y no queridas, que se han vuelto tiranas por haberlas ignorado. No podemos ir por la vida a ciegas. Tenemos que examinar todas las partes conflictivas de nosotros mismos. Cada uno de nosotros tiene dragones que acechan en las sombras. El desafío, según Edward Whitmont, requiere «la fuerza suficiente para mantener la conciencia y el sufrimiento del conflicto, y ser capaz de rendirse a él»⁴. Es tarea de la mujer heroica iluminar el mundo por medio de su amor, empezando por ella misma⁵.

La Liberación del «machisma»

En 1984 tuve un sueño, la noche anterior a una aventura visionaria que dirigí en las montañas de Santa Cruz. La voz onírica dijo: «El viaje de vuelta a lo femenino ocurre cuando nos liberamos del *machisma*». Este mensaje críptico me reveló por primera vez la palabra *machisma*, pero sabía que quería decir: «soy fuerte, no necesito ayuda, soy autosuficiente, puedo sola», que es la voz del héroe estereotípico reverenciado en la cultura norteamericana.

La voz de mi sueño parecía estarme tomando el pelo, porque el día en que empezamos nuestra marcha de cuarenta kilómetros amaneció lluvioso y el chaparrón duró cuatro días. A causa de la persistente lluvia y a que carecía de la ropa adecuada, tuve que hacer acopio de toda mi fortaleza y resistencia. Pero comprendí que la voz me estaba exhortando a abandonar el arquetipo del guerrero tipo «llanero solitario».

En la vida de toda mujer llega un momento en que debe tomar una decisión particular, por el simple hecho de ser mujer. Puede hallarse ante un dilema referente a una relación, a su carrera, a su maternidad, a la amistad, a la enfermedad, a la vejez o a la transición de la madurez. Durante un breve instante —o mes, o año—, se le ofrece la oportunidad que se le presentó antaño a Perceval: la oportunidad de estar en una situación determinada, evaluarla y preguntarse «¿qué me pasa?».

Si escoge, consciente o inconscientemente, el camino del guerrero masculino, puede, bien continuar estoicamente sola por este camino, ajustando su identidad y aprendiendo el alcance y magnitud del poder y la fama en el mundo, o bien interiorizar las habilidades que ha aprendido en su viaje heroico e integrarlas con la sabiduría de su naturaleza femenina.

No hay duda de que necesita lo masculino: «el inconsciente no puede llevar a cabo el proceso de individuación por sí mismo; depende de la colaboración de la conciencia. Esto requiere un ego fuerte»⁶. Pero necesita tener una relación con lo masculino interno positivo, con el hombre de corazón. El la sostendrá con compasión y fortaleza para sanar su cansado ego y reclamar su profunda sabiduría femenina. Para que pueda emerger este hombre positivo de corazón, debe ella ser fiel a su naturaleza femenina.

El matrimonio sagrado

Es a través del matrimonio sagrado, el *hieros gamos*, la unidad de todos los opuestos, como la mujer recuerda su verdadera naturaleza. «Es un instante de reconocimiento, una especie de evocación de algo que en el fondo siempre hemos sabido. Los problemas del momento no quedan resueltos, el conflicto permanece, pero el sufrimiento de una persona así, mientras no se evada de él, no desembocará ya en neurosis sino en una nueva vida. El individuo vislumbra intuitivamente quién es»⁷.

El matrimonio sagrado es el matrimonio del ego y el ser. La mujer heroica llega a entender la dinámica de su naturaleza femenina y masculina y acepta ambas al mismo tiempo. June Singer escribe así:

Una persona sabia dijo una vez que el objetivo del principio masculino era la perfección y que el objetivo del principio femenino era la realización, la terminación. Si eres perfecta, no puedes estar realizada, completa, porque debes omitir todas las imperfecciones de tu naturaleza. Si estás realizada, completa, no puedes ser perfecta, porque estar completa significa contener tanto el bien como el mal, el acierto y el error, la esperanza y la desesperanza. Así que tal vez sea mejor contentarse con algo menos que la perfección y algo menos que la realización. Quizá tengamos que estar más dispuestas a aceptar la vida como nos viene⁸.

El resultado de esta unión es «el nacimiento del hijo divino». La mujer se da a luz a sí misma como ser divino y andrógino, autónomo y en un estado de perfección en la unidad de los opuestos. Está plena. Erich Neumann habla sobre ello en *Amor y Psique: El Desarrollo Psíquico de lo Femenino*: «El nacimiento del “niño divino” y su significado ha llegado hasta nosotros por la mitología, pero más aún por lo que hemos aprendido sobre el proceso de individua-

ción. Mientras que para la mujer, el nacimiento del hijo divino significa una renovación y deificación de su aspecto de animus-espíritu, el nacimiento de la hija divina representa un proceso aún más central, relevante para su ser y su integridad»⁹. De la unión del Espíritu (Psique) y del amor (Amor) nace una hija sagrada a la que llamarán Placer-Gozo-Dicha. Así también, el matrimonio sagrado une los opuestos, dando a luz la integridad extásica.

La mujer sabia y el hombre con corazón

El relato inglés de «Gawain y Lady Ragnell» representa la curación tanto de lo masculino herido como de lo femenino distorsionado. Une a la Mujer sabia con el Hombre con corazón. En *La doncella del Norte*, Ethel Johnson Phelps relata esta historia que se desarrolla en la campaña inglesa del siglo XIV¹⁰.

Un día de finales de verano, Gawain, el sobrino del Rey Arturo, estaba con su tío y los caballeros de la corte en Carlisle. El rey volvió de su cacería diaria tan pálido y alterado que Gawain le siguió a sus aposentos y le preguntó qué le sucedía.

Durante su cacería, Arturo se había visto acosado por un temible caballero del norte llamado Sir Gromer, que buscaba vengarse por la pérdida de sus tierras. Perdonó a Arturo, dándole la oportunidad de salvar su vida, con la condición de acudir desarmado un año después al mismo lugar, con la respuesta a la siguiente pregunta: «¿Qué es lo que las mujeres desean por encima de todo?». Si hallaba la respuesta correcta a esta pregunta, salvaría su vida.

Gawain aseguró a Arturo que juntos podrían hallar la respuesta correcta a la pregunta, y durante los doce meses siguientes fueron recogiendo respuestas de uno al otro confín del reino. A medida que se acercaba el día, Arturo temía que ninguna de las respuestas resultara ser cierta.

Unos días antes de su cita con Sir Gromer, Arturo salió

a cabalgar solo por el dorado tojo y el morado brezo hasta un bosque de grandes robles. De pronto ante sus ojos, estaba una mujer enorme y grotesca. «Era casi tan ancha como alta, su piel estaba llena de manchas verdes y su cabeza estaba cubierta por un cabello como de púas de algas. Su rostro parecía más animal que humano»¹¹. Se llamaba Lady Ragnell.

La mujer dijo a Arturo que sabía que iba a encontrarse con su hermanastro, Sir Gromer, y sin tener todavía la respuesta correcta para su pregunta. También le dijo que ella la conocía y que se la diría si el caballero Gawain accedía a casarse con ella. Arturo se aterró y exclamó que eso era imposible, que no le daría a su sobrino. «No te pedí que me dieras al caballero Gawain —le espetó ella—. Si el caballero Gawain accede por su propia voluntad a casarse conmigo, entonces te daré la respuesta a la pregunta. Esa es mi condición»¹². Le dijo que le encontraría al día siguiente en el mismo lugar y desapareció en el robledal.

Arturo quedó anonadado, porque no podía considerar siquiera la posibilidad de pedirle a su sobrino que entregara su propia vida en matrimonio con esa horrible mujer, para salvar la suya. Gawain salió cabalgando del palacio para encontrarse con el rey y cuando vio su aspecto pálido y angustiado, le preguntó qué le había sucedido. Al principio, Arturo se negó a decírselo, pero cuando al fin le confesó los términos de la propuesta de Lady Ragnell, Gawain se alegró sobremanera de poder salvar la vida de Arturo. Cuando Arturo le suplicó que no se sacrificara por él, Gawain respondió: «Esa decisión es solo mía. Volveré contigo mañana y accederé a la boda, con la condición de que la respuesta que te dé sea la correcta para salvarte la vida»¹³.

Arturo y Gawain se encontraron al día siguiente con Lady Ragnell y accedieron a su propuesta. Al día siguiente, Arturo cabalgó solo y desarmado, para encontrarse con Sir Gromer. Arturo probó primero todas sus demás respuestas, y cuando ya Sir Gromer alzaba la espada para cortarle en dos, Arturo añadió: «Tengo una respuesta más. Lo que la

mujer desea por encima de todo es el derecho a su soberanía, el derecho a ejercer su propia voluntad»¹⁴. Sir Gromer montó en cólera, adivinando que Arturo había averiguado la respuesta correcta de labios de Lady Ragnell. Maldijo a su hermanastra y desapareció en la espesura.

Gawain fue fiel a su promesa y se casó con Lady Ragnell ese mismo día. Después del banquete de boda, al que asistieron en horrorizado silencio todos los nobles y damas de palacio, la pareja se retiró a sus aposentos. Lady Ragnell pidió a Gawain que la besara. «Gawain lo hizo al instante. Cuando se retiró, ante sus ojos había una joven de bella silueta con ojos grises y un rostro sereno y sonriente»¹⁵.

Gawain se asombró y se asustó de su magia, y preguntó qué había sucedido para producir tan espectacular cambio. Ella le dijo que su hermanastro la había odiado siempre y le había dicho a su madre, que sabía de brujería, que la transformara en una criatura monstruosa que sólo podría desencantarse cuando el caballero mayor de toda Inglaterra la tomara voluntariamente por esposa. Gawain le preguntó por qué Sir Gromer la odiaba tanto.

«Me juzgaba atrevida y poco femenina porque le desafié. Me negué a obedecer sus órdenes, tanto respecto a mis tierras como a mi persona»¹⁶. Gawain le sonrió lleno de admiración y se maravilló de que el embrujo hubiera sido roto. «Sólo en parte —respondió ella—; tienes que elegir, mi querido Gawain, cómo seré. ¿Prefieres que tenga esta mi forma real por la noche y mi otra forma horrible durante el día? ¿O deseas que tenga mi forma grotesca por la noche, en nuestro dormitorio, y mi forma real en el palacio durante el día? Piénsalo bien antes de decidir»¹⁷.

Gawain lo pensó un momento y se postró ante ella, cogió su mano y le dijo que era una decisión que él no podía tomar porque, dependía de ella y sólo ella podía tomarla. Le dijo que apoyaría gustoso lo que ella eligiera. Ragnell irradiaba de alegría. «Has respondido bien, queridísimo Gawain, pues tu respuesta ha roto por completo el maleficio de Gromer. ¡La última condición que puso ha sido cumplida!

Pues dijo que si, tras mi casamiento con el caballero más grande de Inglaterra, mi esposo me concedía libremente el derecho de elegir el poder de ejercer mi propia libertad, el maleficio quedaría roto para siempre»¹⁸.

Lady Ragnell y Gawain fueron unidos en un matrimonio sagrado entre iguales, que habían tomado una decisión libre y consciente de unirse. Lady Ragnell había estado embrujada por su malvado hermanastro, porque había manifestado su voluntad y protegido su sexualidad, y la compasión de Gawain le dio la libertad para transformar su desfiguración. Ella tenía la capacidad de salvar al rey y Gawain tenía la sabiduría de reconocer la soberanía de lo femenino. Juntos encontraron un amor que les sanó. En algunas versiones de la leyenda, Lady Ragnell es la Diosa del Grial y Gawain es tanto su sanador como su amante.

Edward Whitmont escribe: «La diosa del grial es la heroína de un cuento de rapto estacional, la señora de la luna y de la vegetación, que se transforma de las más horribles formas animales a la belleza más radiante y actúa de guía hacia el otro mundo»¹⁹. Hay indicios evidentes en la versión galesa de este relato, de que Gawain es el nombre original de Perceval, así que tanto Gawain como Perceval se ven iniciados en los misterios de lo femenino. Por medio del respeto por la dignidad de la Diosa en su forma repelente, el hombre puede beber de nuevo de sus aguas eternamente caudalosas²⁰. «Al beber del agua de la Diosa, se renuncia a la reivindicación personal del poder por parte del ego. De hecho, el ego se reconoce como un mero recipiente y canal de un destino que fluye desde un nivel del ser, profundo y misterioso, que es fuente de terror y repulsión, pero también del maravilloso juego de la vida»²¹.

Los poderes curativos de lo Femenino: Hildegarda

En la leyenda del Santo Grial, Perceval vaga durante cinco años por páramos desolados después de haber fallado

en responder a la pregunta. Tras muchas pruebas y aventuras, vuelve al castillo del Rey Pescador y esta vez hace la pregunta de rigor, que cura así al rey. Una vez curado, el rey tiene permiso para morir y el páramo se vuelve fértil. Como a Perceval, se nos está dando la oportunidad de reconocer la necesidad de curar lo femenino herido en nuestra cultura. Si la ignoramos esta vez, obtendremos realmente un desierto nuclear.

Hildegarda de Bingen, superiora de un convento de monjas del siglo XII, mística, profeta, predicadora, maestra, organizadora, reformadora, compositora, artista, sanadora, poetisa y escritora, que vivió en el frescor del Valle del Rin, dijo que el mayor pecado de la humanidad era la aridez y que su necesidad más imperiosa era devolver la humedad y el verdor a la vida de la gente. Jean Shinoda Bolen, al hablar de la aplicabilidad de la visión de Hildegarda a las enseñanzas del Grial dice:

La humedad y el verdor tienen que ver con la inocencia, el amor, el corazón, los sentimientos y las lágrimas. Todos los fluidos de nuestro cuerpo se vuelven húmedos cuando nos sentimos conmovidos —lloramos, lubricamos, sangramos, y todas las experiencias numinosas de nuestro cuerpo tienen que ver con la humedad. Y es la humedad lo que da vida a este planeta, lo que constituye la cura para la experiencia del desierto y la cura para la aridez... Nos volveremos en verdad áridos si acabamos con las selvas tropicales... Como pueblo, tenemos que ser como Perceval, buscando por el bosque agreste para volver de nuevo al castillo del grial, pasar por la experiencia del grial, y conocer su significado. Solo llegamos a vislumbrar retazos, pero eso ya es mucho²².

La humedad trae salud a los que sufren la aridez. Un buen amigo mío, Steve, un profesor con un corazón de oro, acaba de morir de SIDA. En sus últimos días veía la muerte como un alivio para la aridez de su deteriorado cuerpo, devastado por dentro y por fuera por el sarcoma de Kaposi.

Me dijo que estaba dispuesto a irse y me preguntó cómo sería el viaje. Le respondí: «Vas a caminar, ligero, por un precioso prado verde. Estará florido, verde, fértil, saludable y húmedo».

Entonces sonrió y dijo: «¡Estoy tan seco! Sólo deseo que sea húmedo».

Soñando con la unión sagrada

Cuando una mujer experimenta el matrimonio sagrado interior, tradicionalmente sueña con hallar a su padre primordial, un hombre más divino que humano; o bien se ve conducida al sagrado lecho nupcial de un joven celestial. Sueña con la ceremonia nupcial, con su vestido de novia o su velo, con los ritos nupciales y con el lecho de la consumación. Ve la imagen de su zapatito o del banquete sagrado.

Su amante puede tomar la forma de una bestia o de un poderoso aliado en forma de animal macho con quien se une en la fuerza y en la sensualidad. Una mujer soñaba repetidamente que hacía el amor con el león Aslan de las *Crónicas de Narnia* de C. S. Lewis, mientras una osa era testigo de su unión.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años sueña con un amante que tuvo hace veinte años. «Estoy nadando desnuda en las cálidas olas del mar bajo las estrellas y viene hacia mí y me abraza. Estamos los dos completamente abiertos el uno al otro. Me saca dulcemente del agua y seca tiernamente mi cuerpo, envolviéndolo en un kimono de seda blanco. Me toma de la mano y me lleva hacia la montaña. La luz de la luna ilumina cientos de diminutas plantas y flores, cada una como una joya. Caminamos por un prado hasta una cierva que aparece a lo lejos. Me está esperando, es un ser anciano, sabio y lleno de amor».

C. S. Lewis creó a Aslan como la encarnación de la conciencia crística. Tanto el oso como el ciervo son antiguos

símbolos de la Diosa Madre. Ambas mujeres soñaban con la unión con principios divinos.

Muchas mujeres están encontrando hoy su amor encarnado en la Diosa. En su artículo «El lado positivo de la oscuridad», Betty DeShong Meador describe las innumerables formas en las que se aparece la Diosa, a menudo en épocas de privación y desesperanza:

Es un grupo de brujas hambrientas en el centro incandescente de la tierra. Es una mujer negra que llega para hacer el amor con el que sueña. Es una ramera, una furcia, es grosera, descarada, de baja ralea. Es una sacerdotisa dirigiendo una iniciación en una sala de fuego. Es seductora, desea a la soñadora, despertando en ella un amor erótico por la mujer. Es un manantial que brota inesperadamente. Es animal. Es un agujero tapado por largo tiempo que vuelve a abrirse. Es una gata salvaje amamantando a su prole en el regazo de una mujer. Es un enjambre de abejas alzándose del interior de un viejo tocadiscos²³.

Mientras escribía este capítulo tuve el siguiente sueño: «Estoy acostada con una mujer. Me sorprendo de encontrarme con ella porque nunca he estado con una mujer. Es delgada, de piel suave y con pechos pequeños. Su piel es casi transparente. Me deja tocarla y besar sus pezones. Está abierta y disponible. Me encanta su piel y el calor de su cuerpo, tan delicado. Tumbada boca abajo sobre su vientre empiezo a sentirme tan excitada que todo mi cuerpo empieza a temblar. Tengo un orgasmo en todo el cuerpo desde la cabeza a los pies. Me despierto. Me recuerda a Isis devolviendo la vida a Osiris». Después del sueño me sentí llena de energía durante todo el día, a la vez que sensual y llena de vida. Supe que era un sueño importante de contacto con Eros.

Muchas mujeres poetas expresan su naturaleza erótica en sus múltiples facetas, tanto sensuales como espirituales.

En su poema «Ave», Diana Di Prima escribe sobre su unión con lo divino femenino.

... tú eres los montes,
la forma y el color de la meseta,
eres la tienda de campaña,
la tienda hecha de pieles,
la melena del búfalo,
el jersey tejido a mano.
Eres el caldero
y la estrella del atardecer,
te elevas sobre el mar,
cabalgas en la oscuridad.
Me muevo dentro de ti,
enciendo el fuego del atardecer,
meto mi mano dentro de ti
y como tu carne.
Eres mi imagen en el espejo
y mi hermana.
Desapareces como el humo en las colinas brumosas.
Me llevas por el bosque encantado cabalgando,
gran madre gitana.
Apoyo mi cabeza en tu espalda.

Soy tú
y tengo que convertirme en ti;
te he visto
y tengo que convertirme en ti;
soy siempre tú
y tengo que convertirme en ti...²⁴

El matrimonio sagrado se completa cuando una mujer unifica los dos aspectos de su naturaleza. Anne Waldman, poetisa y budista practicante, dice: «Necesito unir el principio femenino (prajna) que llevo en mi parte masculina, con el principio masculino (upaya) que llevo en mí. Sigue diciendo que todos necesitamos exhalar más conocimiento, más praj-

na al mundo para restaurar el desequilibrio. Cita al poeta turco contemporáneo Gulten Akin que escribe:

Viviendo con la gente, como viven,
inhalando el aire que respiran,
respirándoles el conocimiento²⁵.

Esta es en verdad la tarea de la heroína de nuestros días. Sana con cada aliento, cuando reconoce su verdadera naturaleza y nos alienta hacia el conocimiento. La heroína se convierte en la dama de los dos mundos; puede navegar las aguas de la vida cotidiana y escuchar las enseñanzas de lo profundo. Es la amante del Cielo, de la Tierra y del Hades. Ha adquirido sabiduría de su experiencia: ya no necesita culpar al otro, porque ella es el otro. Trae esa sabiduría consigo para dársela al mundo. Y las mujeres, los hombres y los niños del mundo quedan transformados por su odisea.

NOTAS

¹ Jean Shinoda Bolen, «Intersection ...», conf. cit.

² Edward C. Whitmont, *Return of the Goddess*, p. 155.

³ *Los Angeles Times*, 29 de mayo de 1989.

⁴ Whitmont, ob. cit., 172.

⁵ Carol Pearson, ob. cit., p. 125.

⁶ Sybille Birkhauser-Oeri, *The Mother*, p. 121.

⁷ Helen Luke, ob. cit., p. 63.

⁸ June Singer, «A Silence of the Soul», p. 32.

⁹ Erich Neumann, *Amor and Psyche*, p. 140.

¹⁰ Ethel Johnston Phelps, *The Maid of the North*.

¹¹ *Ibid.*, p. 37.

¹² *Ibid.*, p. 38.

¹³ *Ibid.*, p. 39.

¹⁴ *Ibid.*, p. 40.

¹⁵ *Ibid.*, p. 43.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 44.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Whitmont, ob. cit., p. 167.

²⁰ Ibid., p. 171.

²¹ Ibid., p. 173.

²² Bolen, «Intersection...», conf. cit.

²³ Betty DeShong Meador, «Uncursing the Dark» pp. 37-38.

²⁴ Janine Canan, *She Rises Like the Sun*, p. 20.

²⁵ Anne Waldman, «Secular/Sexual Musings», p. 13.

Virginia Woolf.

El problema que tú tienes
es el problema que yo tengo.
el problema de pensar que somos tan diferentes;
el problema es ¿cómo percibir.

Anne Waldman, *Dualidad* (una canción).

Vivimos en una cultura dualista que valora, crea y mantiene polaridades — una sociedad estratificada de «yo» y «lo otro» que identifica y coloca a las ideas y a la gente en extremos opuestos de un espectro. Al escribir de la espiritualidad de la creación, Matthew Fox explica en *Bandiciones* original, que el pecado que subyace en todos los pecados es el dualismo: la separación de sí mismo, la separación de lo divino, la separación entre tú y yo, la separación del bien y del mal, la separación de lo sagrado y la naturaleza. En el pensamiento dualista, tratamos al otro como a un objeto fuera de nosotros mismos, algo que mejorar, que controlar, de lo que desconfiar, que dominar o que poseer. El dualismo genera suspicacia, confusión, error de percepción, desprecio, desconfianza.

El pecado del dualismo desfigura a nuestra psique, corrompiendo nuestras actitudes sobre la mente, el cuerpo, el alma, las mujeres, los hombres, los niños, los animales, la

10. Mas allá de la dualidad

Todos somos en parte nuestros antepasados,
como todos somos
en parte hombre y en parte mujer.

Virginia Woolf.

El problema que tú tienes
es el problema que yo tengo,
el problema de pensar que somos tan diferentes;
el problema es cómo percibir...

Anne Waldman: *Dualidad (una canción)*.

Vivimos en una cultura dualista que valora, crea y mantiene polaridades —una mentalidad estratificada de «o esto o lo otro» que identifica y coloca a las ideas y a la gente en extremos opuestos de un espectro. Al escribir de «la espiritualidad de la creación», Matthew Fox explica en *Bendición original*, que el pecado que subyace en todos los pecados es el dualismo: la separación de sí mismo, la separación de lo divino, la separación entre tú y yo, la separación del bien y del mal, la separación de lo sagrado y la naturaleza. En el pensamiento dualista, tratamos al otro como a un objeto fuera de nosotros mismos, algo que mejorar, que controlar, de lo que desconfiar, que dominar o que poseer. El dualismo genera suspicacia, confusión, error de percepción, desprecio, desconfianza.

El pecado del dualismo desfigura nuestra psique, contaminando nuestras actitudes sobre la mente, el cuerpo, el alma, las mujeres, los hombres, los niños, los animales, la

naturaleza, la espiritualidad, así como sobre las estructuras políticas. Dividimos las ideas y las personas para formar jerarquías de bien y mal, de nosotros y ellos, de negro y blanco. Separamos el espíritu de la materia, la mente del cuerpo, la ciencia del arte, el bien del mal, la vida de la muerte, las mujeres de los hombres, los gordos de los flacos, los jóvenes de los viejos, el socialismo del capitalismo y los progresistas de los conservadores. Vemos al otro como el enemigo y racionalizamos nuestra crítica, nuestro juicio y la polarización que engendramos, diciendo arrogantemente que nosotros tenemos razón y que Dios o la Diosa está de nuestra parte.

Este tipo de polarización ha mantenido a una gente pobre, ignorante o enferma mientras permitía a otros ser ricos, desahogados y poderosos. Ha permitido a las nacionalidades afirmar su supremacía sobre personas cuyas creencias religiosas o visión de la realidad desdeñaban. Ha permitido a las feministas culpar a los hombres por el desequilibrio en el planeta, sin responsabilizarse de su propio deseo de control y de su propia avaricia. Ha permitido a los hombres zafarse del dolor del autoexamen, requisito fundamental para el cambio, mientras exigen que la mujer asuma toda la carga de su propio trabajo emocional. Ha otorgado a los poderosos el permiso para suprimir y distorsionar el conocimiento, censurar la expresión, esterilizar a los «incapaces» y causar un sufrimiento increíble en todo el planeta. La arrogancia humana no ve que *todos somos uno* y coexistimos en un continuo de vida.

La polarización nos lleva a ver al otro como una cosa. El filósofo Martin Buber describió las formas conflictivas en que los seres humanos se veían a sí mismos y a los demás en su libro *Yo y Tú*. Describe dos actitudes: la de Yo/eso y la de Yo/Tú. La actitud de Yo/eso trata al otro como una cosa separada de uno mismo, algo que medir, organizar y controlar; la actitud de Yo/eso no reconoce al otro como sagrado. La actitud de Yo/Tú se dirige al otro como un igual y unido a uno mismo¹.

Buber dice que el Tú no puede ser controlado o hallado si se busca; nos encontramos con el Tú por medio de la gracia, en el misterio. El Tú es una experiencia de lo sagrado. Si me dirijo a ti como «Tú» en vez de como «eso», ya seas humano, animal, roca o mar, y si honro a mi propia divinidad, entonces honraré lo sagrado que hay en ti y te permitiré vivir tu vida en la confianza, sin coerción ni control por mi parte.

El maestro budista vietnamita Thich Nhat Hanh enseña que no puede haber dualidad, no puede haber un ser separado. Estamos todos interconectados, inter-somos (no sólo interactuamos). Para inter-ser con algo o ser «uno» con algo, tenemos que comprenderlo, tenemos que entrar en ello. No podemos quedarnos fuera y observarlo.

No podemos estar solos. Tenemos que inter-ser con todo. Esta hoja de papel es, porque todo lo demás es. Si miras bien esta hoja de papel, verás claramente que hay una nube flotando en ella. Sin una nube, no puede haber lluvia; sin la lluvia, no pueden crecer los árboles; y sin los árboles, no podemos hacer papel. La nube es esencial para que exista el papel. Si no hay nube aquí, tampoco puede haber aquí una hoja de papel. Así, podemos decir que la nube y el papel inter-son. La forma está vacía de un ser separado, pero está llena de todo el cosmos².

Sigue explicando que la dualidad es una ilusión. «Hay derecha y hay izquierda; si tomas partido, estas intentando eliminar la mitad de la realidad, lo cual es imposible. Es una ilusión creer que se puede tener la derecha sin la izquierda, el bien sin el mal, mujeres sin hombres, rosas sin basura...»³.

Sanar la brecha entre lo femenino y lo masculino

La brecha entre las mujeres y los hombres puede tener sus raíces en los derechos de propiedad y en la procreación.

Pero esta brecha ha sido ampliada y reforzada por la mayoría de los sistemas religiosos y políticos. El Génesis 3:16, que afirma que los hombres deben gobernar sobre las mujeres, no era un mandato divino sino propaganda patriarcal. La religión occidental ha animado a la humanidad a culpar al género femenino por los males del mundo y a excluir a las mujeres de la igualdad en asuntos espirituales, políticos y económicos. El pecado original, basado en la caída de Adán y Eva en el Paraíso Terrenal, ha jugado un papel importante desde los tiempos de San Agustín en el siglo IV porque, como dice Matthew Fox, «le hace el juego a los constructores de imperios, a los amos de esclavos y a la sociedad patriarcal en general. Divide y por ello conquista, enfrentando los pensamientos con los sentimientos, el cuerpo contra el espíritu, la vocación política contra las propias necesidades personales, a la gente contra la tierra, los animales y la naturaleza en general»⁴.

Durante la investigación para su libro, *Adán, Eva y la Serpiente*, Elaine Pagels se sorprendió de ver «hasta qué punto las tradiciones religiosas están incrustadas en la estructura de nuestra vida política, en nuestras instituciones y en nuestras actitudes acerca de la naturaleza humana» y hasta qué punto afectan a nuestras decisiones morales⁵. Si la tradición religiosa imperante afirma la única soberanía de Dios y del emperador, representante de Dios en la tierra, entonces será imposible que cada persona pueda tomar una decisión moral sobre cómo vivir su vida. Estas decisiones le vendrán ya dadas. Comprobamos la existencia de esta desconfianza en la polémica política actual sobre la capacidad de decisión de las mujeres sobre el hecho de tener hijos.

Si la actitud predominante sobre la naturaleza humana es la de pecado y depravación, no existe la confianza. Tampoco hay mucha posibilidad de permitir un cambio de actitud sobre los propios enemigos. Muchos políticos manifestaban hasta hace muy poco esta mentalidad. En respuesta a las críticas sobre la demora de los Estados Unidos en

negociar el final de la carrera armamentística, recurrían a la mentalidad de la guerra fría, según la cual los rusos nos engañaban para que redujéramos nuestras defensas y así poder vencer nuestro poderío militar. Según esta mentalidad, la confianza en el otro se considera ignorancia, ingenuidad o un signo de debilidad.

El mensaje de Cristo de que todos los seres humanos —hombres, mujeres y niños— estaban hechos a imagen y semejanza de Dios era muy radical para la cultura en la que vivía. En el Imperio Romano, tres cuartas partes de la gente eran esclavos o descendientes de esclavos, y predicaba que esa gente, no sólo el emperador, eran uno con Dios⁶. Esta unión de lo divino y lo humano tuvo ramificaciones políticas de largo alcance y fue el motivo de la muerte de Cristo.

En las relaciones patriarcales, ya sean políticas, religiosas o personales, sólo puede haber una persona arriba; así que siempre hay un controlador y un controlado. Para que la personalidad dominante pueda conservar el poder, él o ella tiene que mantener a su compañero en una posición de inferioridad. Esto crea un marco mental en el que una persona espera controlar y la otra espera ser controlada. Existe un modelo para este tipo de arreglo: cuando implica a dos entidades, parece un balancín; cuando implica a tres o más, parece más bien una pirámide⁷.

En la mayoría de las situaciones laborales hay un jefe que domina la perspectiva y la forma de pensar de la empresa y contrata a asalariados competentes, que a su vez, aprenden rápidamente a anticipar los deseos del jefe. La mayoría de las familias emplean asimismo la estructura piramidal: un adulto domina y su pareja y los niños aprenden a acomodarse a las necesidades, órdenes y cambios de humor del adulto dominante. A veces, naturalmente, la persona dominante es un niño que tiraniza a sus padres. El ejército, la Iglesia católica, la mayoría de las empresas, escuelas y sindicatos, son un ejemplo de jerarquías piramidales. El administrador de una escuela en Los Angeles dijo reciente-

mente de su claustro de profesores, que sería más fácil trasladar un cementerio, que lograr que sus profesores colaboraran con él.

Mary Ann Cejka escribe sobre el pecado del sexismo, que ha creado estas pirámides jerárquicas en nuestra cultura, y encuentra las raíces de estas estructuras y actitudes resultantes, no en el cristianismo ni en el judaísmo, sino en el Imperio Romano. Aboga por una conversión de la jerarquía a la comunidad.

Marc Ellis, de la Escuela de Teología de Maryknoll, sostiene que la vocación central de los católicos hoy, tanto como iglesia como en calidad de individuos, es llamar a la conversión del imperio a la comunidad. Salirse del imperio es disociarse de la pirámide. La estructura de la comunidad es circular. En un círculo, el movimiento se da con facilidad y no a costa de otros. El círculo en general es la forma básica de una rueda, y como tal es la estructura social apropiada para un «pueblo peregrino», un pueblo que viaja unido. Las personas dentro de un círculo comparten una misma perspectiva; pueden mirarse unos a otros a los ojos. El círculo facilita la responsabilidad⁸.

Una perspectiva circular

El círculo incluye, no excluye. El símbolo de lo femenino es el círculo, ejemplificado en el útero, el vaso y el grial. Las mujeres tienden a agruparse, les gusta relacionarse, ayudarse, sentirse conectadas. Siempre han hecho cosas juntas, como coser, hacer ganchillo, hacer conservas y vigilar a los niños en el parque. Se piden consejo y apoyo unas a otras y se alegran de sus mutuos éxitos. «Las mujeres siempre se han encontrado en círculos, mirándose unas a otras como colegas, sin poseer ninguna autoridad o poder “sobre” las demás»⁹.

En *El Cáliz y la Espada*, Riane Eisler se basa en informes

de excavaciones arqueológicas recientes de Marija Gimbutas, para mostrar que sociedades enteras solían basarse en el modelo del círculo o cáliz, en lugar del de la pirámide o espada¹⁰. Estas sociedades ejemplificaban el modelo asociativo de *poder con* en vez del modelo dominador de *poder sobre*. Las sociedades neolíticas de la antigua Europa, entre 7000 y 3500 a. de C., eran civilizaciones con complejas instituciones religiosas y gubernamentales, que usaban cobre y oro para ornamentos y utensilios, poseían una escritura rudimentaria y tenían igualdad de sexos. Eran menos autoritarios y más pacíficos que las sociedades jerárquicas.

Las excavaciones de Catal Huyuk y de Hacilar en Turquía no mostraron ningún signo, durante un periodo de más de mil quinientos años, de daños por motivo de guerras ni de dominación masculina: «la evidencia señala a una sociedad generalmente no estratificada y básicamente igualitaria sin distinciones marcadas en base a clase social o sexo»¹¹.

Al mirar la colocación de los contenidos de enterramientos en casi todos los cementerios de la Vieja Europa, Marija Gimbutas llegó a la conclusión de que existía en tiempos neolíticos una sociedad igualitaria de hombres y mujeres. Escribe: «En el cementerio de cincuenta y tres tumbas de Vinca, no existe apenas diferencia entre hombres y mujeres en cuanto a la riqueza del equipo mortuario... En cuanto al papel de las mujeres en la sociedad, la evidencia de Vinca sugiere una sociedad igualitaria y claramente no patriarcal. Lo mismo puede decirse de la sociedad de Varna: no puedo ver allí ninguna gradación según una escala de valores patriarcal masculino-femenina»¹².

Había indicios de que éstas eran sociedades matrilineales, en las que la descendencia y la herencia se transmitían a través de la mujer, y éstas jugaban papeles protagonistas en todos los aspectos de la vida. «En los modelos de viviendas-santuario y templos, y en restos de templos reales, se muestra a las mujeres preparando y supervisando la preparación y realización de rituales dedicados a los diversos

aspectos y funciones de la Diosa. Se empleaba una gran cantidad de energía en la producción de objetos de culto y ofrendas votivas... Las creaciones más sofisticadas de la Antigua Europa, las más exquisitas vasijas, esculturas, etcétera, existentes en la actualidad, fueron obra de la mujer»¹³. Las esculturas halladas en cuevas paleolíticas y en la superficie de las llanuras de Anatolia, así como en otras excavaciones neolíticas de Oriente Medio, muestran que el culto a la Diosa era el eje de toda la vida. Estas esculturas indican que las imágenes mitológicas de los ritos religiosos de la época, y también las figuras y símbolos femeninos ocupaban un lugar principal en los yacimientos¹⁴.

El arte neolítico muestra una notable ausencia de armas, héroes, batallas, esclavitud o fortificaciones militares. No eran éstas sociedades dominadoras. No habían sido aún afectadas por las invasiones posteriores de las tribus Kurgas, que adoraban a dioses sangrientos. La Diosa era el eje de todos los aspectos de la vida. Los símbolos de la naturaleza —el sol, el agua, los toros, pájaros, peces, serpientes, huevos cósmicos, mariposas e imágenes de la Diosa grávida y dando a luz— han sido hallados por doquier en viviendas y santuarios, en vasijas y figuras de barro¹⁵. «Y si la imagen religiosa principal era una mujer dando a luz y no, como en nuestros tiempos, un hombre muriendo en una cruz, sería razonable deducir que la vida y el amor a la vida, en lugar de la muerte y el miedo a la muerte, dominaban tanto en la sociedad como en el arte»¹⁶.

En estas sociedades no había separación entre lo secular y lo sagrado; la religión era vida y la vida era religión. En las religiones de la diosa, la cabeza de familia era una mujer: la Gran Madre. En la familia secular, la descendencia seguía la línea materna y el domicilio era matrilocal; el marido iba a vivir con el clan o familia de la mujer¹⁷. Esto no lo convertía en un matriarcado: tanto los hombres como las mujeres eran hijos de la Diosa y «ninguna parte de la humanidad estaba por encima de la otra y la diversidad no era sinónimo de inferioridad o superioridad»¹⁸. La actitud pre-

dominante era de unión y no de rango, de compañerismo y no de dominación.

Gimbutas escribe que «el mundo del mito no estaba polarizado en términos de hombre y mujer, como ocurría en otros pueblos nómadas y pastoriles de las estepas. Ambos principios se manifestaban codo con codo. La divinidad masculina (que a menudo acompañaba a la Diosa) en forma de joven o animal macho, aparece para afirmar y fortalecer las fuerzas de lo femenino creativo y activo. Ninguno está subordinado al otro: al complementarse el uno al otro, su poder se redobla»¹⁹.

Ha habido varias épocas en la historia de la humanidad en que han existido sociedades cooperativas, en las que se adoraban los aspectos vivificadores de la divinidad como parte de la vida cotidiana, y donde no existían diferencias de género en la realización de las prácticas religiosas diarias. Sabemos de su existencia no sólo por el arte rupestre paleolítico en la Europa occidental y por las cámaras mortuorias de Catal Huyuk y Hacilar, sino también por lo que conocemos de la Creta minoica, de los cristianos gnósticos, de los antiguos celtas, de los nativos norteamericanos y de los balineses, entre muchos otros.

La naturaleza dual de lo divino

Mircea Eliade ha escrito sobre la naturaleza dual de lo divino que existe en muchas religiones, en las que hasta las divinidades más supremamente masculinas o femeninas eran andróginas. «Bajo cualquier forma que se manifieste la divinidad, él o ella es la realidad última, el poder absoluto, y esta realidad, este poder, no se deja limitar por ningún atributo de ninguna clase —bueno, malo, hombre, mujer, o cualquier otro—»²⁰.

En *El Lenguaje del hombre y de la mujer*, Mary Ritchey Key escribe que los aztecas, que no poseían un sistema gramatical basado en los géneros, creían que el origen del

mundo y de todos los seres humanos era un principio único de naturaleza dual. «Este ser supremo tenía un semblante masculino y femenino... este dios tenía la capacidad generadora tanto del hombre como de la mujer. Esta deidad dual, *Ometeotl*, tenía dos aspectos diferentes de un solo ser supremo. *Ome* = dos y *teotl* = dios»²¹.

Elaine Pagel escribe sobre los Evangelios Gnósticos, los cincuenta y dos textos escritos por los primeros cristianos durante los siglos I al IV, que fueron descubiertos por un campesino árabe en Nag Hammadi, en el Alto Egipto, en 1945. Estas enseñanzas heréticas ofrecen pruebas de que Jesús habló de Dios Madre y Dios Padre. En el Evangelio de Tomás, Jesús contrasta a sus padres terrenales, María y José, con su madre divina, el Espíritu Santo y su padre divino, El Padre de Verdad²². El Espíritu es a la vez Madre y Virgen, la consorte y contrapartida del Padre celestial. En el Evangelio de Felipe, el misterio del nacimiento virginal de Cristo hace referencia a «esa misteriosa unión de dos poderes divinos, el Padre y el Espíritu Santo»²³. Además de Silencio eterno y místico y de Espíritu Santo, la madre divina también fue caracterizada como Sofía: sabiduría, el pensamiento primordial. «Además de ser la primera creadora universal de la que surgen todas las criaturas, también ilumina a los seres humanos y les hace sabios»²⁴.

Hacia el año 200 d. de C. había desaparecido de la tradición cristiana casi por entero, toda la imagería femenina de Dios. Sin embargo, hasta esa época hay pruebas de que las mujeres ocupaban puestos de poder en la Iglesia. «En grupos gnósticos como los Valentinianos, se consideraba a las mujeres iguales a los hombres. A algunas se las reverenciaba como profetas, maestras, evangelizadoras itinerantes, sanadoras, sacerdotes y, quizá, hasta obispos»²⁵. Esto no era aplicable de forma generalizada, pero alrededor del año 180, Clemente de Alejandría, padre venerado de la Iglesia egipcia, que se identificaba a sí mismo como ortodoxo pero que tenía contacto con los grupos gnósticos, escribía así: «... los hombres las mujeres comparten igualmente la

perfección y deben recibir la misma instrucción y la misma disciplina. Pues el nombre de «humanidad» es común tanto a hombres como a mujeres, y para nosotros, en Cristo no hay ni varón ni hembra»²⁶.

La actitud igualitaria de Clemente, halló desafortunadamente escaso eco entre otros líderes de la Iglesia del siglo II. La conciencia de la jerarquía masculina no admitía la igualdad de las mujeres ni sobre la base secular ni teológica. «El hecho de que prevalezcan las posibilidades creativas o la destrucción regresiva no depende de la naturaleza del arquetipo o mito, sino de la actitud y el grado de conciencia»²⁷. Clemente halló que su perspectiva, formada en la atmósfera cosmopolita de Alejandría, entre los miembros educados y opulentos de la sociedad egipcia, tenía poco impacto sobre la mayoría de las comunidades cristianas de la Europa occidental desperdigadas por Asia Menor, Grecia, Roma, las provincias africanas y la Galia²⁸.

Cristianismo celta

La semilla del cristianismo inicial floreció en distintas tierras, acomodándose a la cultura en la que se enraizaba. Los primeros celtas eran un pueblo tribal cuya sociedad estaba por entero orientada hacia la integración de la espiritualidad y la vida. Creían que toda la vida emanaba de la Fuente y que la función de la vida era vivir en armonía con los reinos invisibles. La triple espiral hallada en el arte celta refleja la energía de la Triple Diosa: el mundo causal, el mundo del pensamiento (el mundo místico) y el mundo físico. Como la deidad se hallaba tanto en la naturaleza como en el alma, el mundo natural se consideraba una puerta hacia los reinos invisibles.

En medio de esta comprensión tan fértil de los misterios, apareció la figura de Jesús, que sabía pasar de uno al otro mundo. Esta capacidad de vivir el Misterio, de caminar entre los mundos, formaba ya parte de la conciencia celta

y, por ello, la figura de Jesús fue adoptada apasionadamente en los centros druidas de enseñanza por todo el territorio celta. La cruz celta nunca se fijó en la muerte de Cristo, sino en su capacidad de pasar de uno a otro mundo.

En lugar de poner el énfasis de la doctrina, la cristiandad celta insistía en la experiencia espiritual directa del espíritu. Se animaba a la gente a expresarlo y vivirlo, con amigos y consejeros espirituales. La comunidad no era jerárquica y el amigo del alma era el consejero espiritual primordial, en lugar de la autoridad eclesiástica de los obispos. La cristiandad celta abrazó lo femenino, el desarrollo de la intuición, y estimuló la experiencia sensual de la vida. La emoción sensual se consideraba sabiduría del cuerpo, y el cuerpo humano no podía nunca considerarse malo. Existía un énfasis tremendo en aprender, y una comprensión de que los seres humanos tenían el poder de vivir dentro de los designios naturales, mediante su libre albedrío.

Como los celtas eran un pueblo tribal, su modelo social dentro de los centros de enseñanza era descentralizado; la autoridad residía en el grupo y el abad o la abadesa jugaba el papel de terapeuta cualificado. Esto es muy parecido al funcionamiento del budismo Zen. Los cristianos celtas creían que el espíritu se manifestaba en un campo energético que interactuaba en cinco niveles sin jerarquía alguna: los mundos de los minerales, plantas, animales, humanos y ángeles estaban interconectados.

Este campo energético de cinco niveles se convirtió en una realidad viva para mí cuando estudiaba el cristianismo celta con Vivienne Hull en la Isla de Iona, en Escocia. Esta preciosa isla es «un lugar muy sutil», un lugar donde resulta fácil caminar entre los mundos, un lugar en donde se es consciente de estar en contacto con los reinos invisibles.

En la Iglesia cristiana celta, las mujeres ocupaban posiciones igualitarias al lado de los hombres; viajaban como predicadoras por todas las Islas Británicas y detentaban cargos de autoridad. Santa rígida fue una abadesa del siglo v, que cuidaba el fuego sagrado de Beltane, como

hicieron también once de sus hijos. El fuego siguió ardiendo hasta el siglo XI, cuando el obispo lo extinguió a instancias de Roma. A pesar de la censura de la Iglesia de Roma, la cristiandad celta nunca perdió su orientación hacia lo femenino, la naturaleza, el misticismo y la intuición. Los cristianos celtas consideraban que cuando la religión se distanciaba de lo femenino, se distanciaba de la tierra. La cristiandad celta floreció durante mil años y está reverdeciendo de nuevo actualmente. Nos plantea a todos la pregunta: «¿Estamos dispuestos a vivir en el filo y a caminar entre los mundos?»²⁹.

El mundo se enfrenta hoy a muchas transiciones difíciles, y la gente de todos los países se preocupa por el planeta como un todo y por el bienestar de la comunidad de la tierra. Es urgente restaurar la visión espiritual en el corazón mismo de nuestras vidas. A medida que nos acercamos al milenio, retornan muchas de las antiguas enseñanzas que hablan de la interrelación de la materia y el espíritu, del cuerpo de la mente, de la naturaleza y lo sagrado, de lo humano y lo divino. Los Mayas, el Budismo tibetano, los indios norteamericanos, la espiritualidad de Creación y las religiones de la Diosa están reviviendo estas antiguas verdades.

El círculo como modelo de vida

La forma más pura, más simple, más abarcadora es el círculo³⁰. Es la primera forma que dibuja el niño, una forma que se repite interminablemente en la naturaleza. Tiene armonía, conforta, es transformadora. El círculo no tiene ni principio ni fin. «Nada queda excluido, todo encuentra su sitio y se entiende como un aspecto integral de todo el proceso»³¹. Cuando uno se sienta en un círculo con otros, todos son iguales y están ligados. Nadie detenta el poder; el poder se comparte y no hay lugar para el egocentrismo. Como todos están interrelacionados y el sentido de cada

uno proviene de la relación con el círculo, la visión de cada uno se transforma a medida que el círculo va tomando forma. La magia se da en círculos. El círculo es un abrazo de dar y recibir; nos enseña el amor incondicional.

El Mandala primordial era sin duda un círculo dibujado en la tierra. Al dar el paso fuera de ese círculo, el iniciado pasaba por el mundo de la magia, en el que no era sino una lengua de la tierra que cantaba su canción a las estrellas. La rueda del tiempo retorna. El círculo mágico se dibuja otra vez³².

Hace poco tuve la oportunidad de participar en un retiro de cinco días para estudiantes de último curso escolar, utilizando el consejo tribal de los indios norteamericanos como forma principal de comunicación. En consejo, nos sentábamos en círculo y pasábamos un «palo de hablar». Sólo quien sostiene este objeto ritual puede hablar y los demás miembros del círculo escuchan con su corazón. Entramos en el espacio-tiempo ritual.

El tema del consejo fue la relación hombre-mujer y entramos en un periodo de tiempo intemporal, en el que las actitudes de cada uno de los integrantes del grupo sobre este tema tan volátil fueron transformadas. En el transcurso del intercambio, me di cuenta de que este círculo era un vehículo poderoso para cambiar las actitudes que hombres y mujeres tenían sobre sí mismos y sobre el otro sexo, para escucharse y hablarse unos a otros con el corazón.

Se habló del dolor de una adolescente acosada sexualmente por su padre, y de su indignación resultante hacia todos los hombres por no impedir el abuso sutil y descubierto de las mujeres. Declaraba culpables a todos los hombres allí presentes. Los chicos respondieron a sus acusaciones con su propia indignación y asco por la falta de sensibilidad y el abuso de ciertos hombres, cuyo único poder lo lograban a expensas de los demás. También expresaron su propio temor y vergüenza por no saber cómo intervenir y su miedo

a ser catalogados como hombres abusivos. La incomodidad era palpable.

Las chicas expresaron su indignación por el acoso sexual en la calle y el temor por su propia seguridad. Los chicos hablaron de su falta de seguridad física al tener que encajar en esta cultura en la imagen del hombre macho, y sobre su confusión sobre cómo estar con chicas como amigos, sin necesidad de convertirlo en una relación sexual. Las chicas hablaron de cómo se sentían juzgadas por su apariencia y por sus cuerpos, y de cómo necesitaban ser más listas que sus compañeros para llamar la atención de la clase. Los chicos describieron el enfado y frustración que les producía escuchar a sus amigos hablar de los éxitos sexuales que habían tenido con chicas que eran sus amigas. Tanto los chicos como las chicas hablaron de su miedo a la separación de la familia y de los amigos cuando tuvieran que ir a la universidad.

Hubo muchas lágrimas y muchos momentos tensos. Se expresó ira por todos los prejuicios que la gente tenía sobre los demás. Se temía que hombres y mujeres no pudieran vivir nunca juntos en armonía con tanta confusión unos sobre otros, a menudo guardada en secreto. Oímos hablar sobre los prejuicios que se tienen sobre los de otra raza, edad, o preferencia sexual. Hicieron falta cuatro horas para que pudieran hablar los veintiséis alumnos y profesores. Se podía oír la caída de un alfiler; la atención estaba dirigida hacia la persona que sostenía en cada momento el «palo de hablar». Nadie salió igual de ese círculo.

Esa noche soñé con nuestro consejo y que una serpiente entraba por la puerta y serpenteaba hasta el centro del círculo; nadie se movió; todos la miramos en silencio. Rodeó el grupo y miró a cada uno lentamente, parando de vez en cuando a mirar un poco más. Finalmente se me quedó mirando profundamente, tal vez incluso a través e mí. Abrió la boca y dijo una palabra, pero la dijo con tal énfasis que entendí inmediatamente. «*Transformación*», siseó.

Este consejo me dio mucha esperanza. Si los alumnos

de bachillerato pueden juntarse en un círculo con sus mayores y escuchar profundamente el temor, la ira, la alegría, la desesperación y la esperanza que cada uno tiene en el futuro, entonces tal vez, estos adolescentes y los niños que les sigan podrán curar el pecado de la dualidad. Estos niños están aprendiendo lo que es la compasión; están aprendiendo a aceptarse los unos a los otros, a valorar el cariño y el compañerismo en vez de la conquista y la dominación. Están aprendiendo que somos básicamente uno.

La compasión que sentimos juntos nos permitirá a cada uno acercarnos a la comprensión de la diversidad en vez de sentirnos amenazados por ella. Creo que las mujeres están afectando profundamente la masa crítica. A medida que cada uno de nosotros curamos nuestra propia naturaleza masculina y femenina, cambiamos la conciencia del planeta, de una conciencia de adicción al sufrimiento, al conflicto y a la dominación, a una conciencia que reconoce la necesidad del compañerismo, de la curación, del equilibrio, del *inter-ser*. Las mujeres tienen que respirar más conocimiento, más prajna al mundo para restaurar el desequilibrio. Somos un pueblo peregrino; vamos en un viaje juntos para aprender cómo honrar y preservar la dignidad de todas las formas de vida, visibles e invisibles; ahí radica nuestro poder heroico.

NOTAS

¹ Martin Buber, *I and thou*.

² Thich Nhat Hahn ofreció una serie de retiros y conferencias sobre el budismo norteamericano en los Estados Unidos. Los extractos fueron reunidos por Peter Levitt en *The Heart of Understanding*.

³ Ibid.

⁴ Matthew Fox, *Original Blessing*, p. 54.

⁵ Entrevista de Elaine Pagels con Bill Moyers en «World of Ideas».

⁶ Ibid.

⁷ Donna Wilshire and Bruce Wilshire, «Gender Stereotypes and Spatial Archetypes».

⁸ Mary Ann Cejka, «Naming the Sin of Sexism», *Catholic Agitator*, Abril de 1989, p. 2.

⁹ Wishire, art. cit., p. 82.

¹⁰ *The Early Civilization of Europe, Monograph for Indo-European Studies* 131, Los Angeles, UCLA, 1989, cap. 2, pp. 32-3, citado por Riane Eisler en *The Chalice and the Blade*, p. 14.

¹¹ Riane Eisler, ob. cit., p. 14.

¹² *Ibíd.*

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ *Ibíd.*, p. 15.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 18.

¹⁶ *Ibíd.*, pp. 21-21.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 23-24.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 28.

¹⁹ Marija Gimbutas, *Goddesses and Gods of Old Europe, 7000-3500 B.C.*

²⁰ Mircea Eliade, *Patterns in Comparative Religion*, 1958, p. 421, citado por Marta Weigle en *Spiders and Spinsters*, p. 269.

²¹ Citado por Marta Weigle, ob. cit., p. 267.

²² Elaine Pagels, *The Gnostic Gospels*, p. 62.

²³ *Ibíd.*, p. 64.

²⁴ *Ibíd.*, p. 65.

²⁵ *Ibíd.*, p. 72.

²⁶ *Ibíd.*, p.p. 81-82.

²⁷ Edward Whitmont, ob. cit., p. 164.

²⁸ Elaine Pagels, ob. cit., p. 82.

²⁹ Notas de la autora sobre conferencias de Vivienne Hull de la comunidad Chinook de Escocia, 20-21 de junio de 1988.

³⁰ José Argüelles y Miriam Argüelles, *Mandala*, p. 23.

³¹ *Ibíd.*, p. 37.

³² *Ibíd.*

Conclusión

La vieja historia ha terminado y el mito de la aventura heroica ha dado otro giro en la espiral de la evolución. La búsqueda del «otro», de un título, del logro, la aclamación y las riquezas, de quince segundos de fama en las noticias, ya no es relevante. Esa búsqueda equivocada ha costado muy cara al cuerpo y alma de la mujer y a la estructura celular de la Madre Tierra.

La heroína de este tiempo debe usar la espada del discernimiento para cortar las ataduras del ego que la atan al pasado, y descubrir lo que sirve a la meta de su alma. Debe liberarse de los resentimientos hacia su madre, debe apartar de sí la culpabilización y la idealización del padre y hallar el valor de enfrentarse con su propia oscuridad. Su sombra es suya para darle nombre y abrazarla. La mujer ilumina estos espacios interiores oscuros, sombríos, a través de la práctica de la meditación, el arte, la poesía, el ritual, el juego, la relación, y de cavar en la tierra.

La palabra *heroína* ha tenido muchos significados, y la mujer que ha llevado ese título, lo ha vestido de muchas formas. Ha sido la damisela en peligro a la espera de ser rescatada por el valiente caballero, una Valkiria cabalgando sobre el viento y llevando sus tropas a la batalla, una artista solitaria que pinta huesos en el desierto, una monja pequeña que cura las heridas de los pobres en Calcuta, una supermamá que hace malabarismos con los biberones y el portafolios. Ha cambiado el rostro de la mujer en cada generación.

La tarea de la heroína de hoy, a medida que nos acercamos al milenio, es extraer el oro y la plata de la mina de sí misma. Debe desarrollar una relación positiva con su hombre de corazón y hallar la voz de su mujer sabia para sanar su alejamiento de lo femenino sagrado. Al honrar su cuerpo

y su alma así como su mente, cura la brecha que existe entre ella misma y la cultura. Las mujeres de hoy están logrando el valor de expresar su visión, la fuerza para establecer límites y están dispuestas a hacerse responsables de sí mismas y de los demás de una forma nueva. Están recordando a la gente sus orígenes, la necesidad de vivir velando, y su obligación de preservar la vida en la tierra.

Las mujeres somos tejedoras; nos tejemos con hombres, niños y unas con otras para proteger la tela de la vida.

Las mujeres somos creadoras; damos a luz a nuestros pequeños y a los hijos de nuestros sueños.

Las mujeres somos sanadoras; conocemos los secretos del cuerpo, de la sangre y del espíritu porque son uno y el mismo.

Las mujeres somos amantes; nos abrazamos con gozo unas a otras, a los hombres, a los niños, a los animales y árboles, escuchando con nuestros corazones sus triunfos y penas.

Las mujeres somos alquimistas; desenterramos las raíces de la violencia, de la destrucción y la profanación de lo femenino y transformamos las heridas culturales.

Las mujeres somos las protectoras del alma de la tierra; sacamos la oscuridad de su escondite y honramos los reinos invisibles.

Las mujeres somos buceadoras; nos sumergimos en los Misterios, donde nos encontramos seguras, maravilladas y plenas de nueva vida.

Las mujeres somos cantantes, bailarinas, profetas y poetas; invocamos a la Madre Kali para ayudarnos a recordar quiénes somos mientras viajamos por la vida.

Kali, acompáñanos.

Violencia y destrucción,
recibid nuestro homenaje.

Ayudadnos a traer luz a la oscuridad,
a sacar el dolor y la ira
a donde pueda verse como lo que es:

el fiel de la balanza de nuestro
 amor vulnerable y doliente.
 Pon el hambre salvaje en su sitio,
 dentro del acto de creación,
 poder desnudo que forja un equilibrio
 entre el odio y el amor.

Ayúdanos a ser las siempre esperanzadas
 Jardineras del espíritu,
 que saben que sin oscuridad
 nada puede nacer,
 como sin luz nada florece.

Recuerda las raíces,
 Tú, la oscura, Kali,
 impresionante poder¹.

NOTA

¹ May Sarton, de «The Invocation to Kali», recopilación de Laura Chester y Sharon Barba. *Rising Tides*, p. 67.

Bibliografía

LIBROS

- Argüelles, José y Miriam: *Mandala*, Shambhala Publications, Boston, 1972.
- Birkhauser-Oeri, Sibylle: *The Mother: Archetypical Image in Fairy Tales*, Inner City Books, 1988.
- Boer, Charles, trad.: «Himno a Deméter», *Homeric Hymns*, seg. ed. rev., Irving, Texas, 1979.
- Bolen, Jean Shinoda: *Goddesses in Everywoman: A New Psychology of Women*, Harper Row, San Francisco, 1984.
- Buber, Martin: *I and Thou*, [Yo y Tú, Nueva Visión, Buenos Aires]. Budapest, Zsuzsanna: *The Holy Book of Women's Mysteries*, Wingbow Press, 1989.
- *The Grandmother of Time*, Harper Row, San Francisco, 1989.
- Campbell, Joseph: *The Hero with a Thousand Faces*, Princeton University Press, Princeton, 1949. [El héroe de las mil caras, Fondo de Cultura Económica, Méjico].
- *The Power of Myth*, Doubleday, Nueva York, 1988.
- Canan, Janine, ed., *She Rises Like the Sun*, The Crossing Press, California, 1989.
- *Her Magnificent Body: New and Selected Poems*, Manroot Books, 1986.
- Carlson, Kathie: *In Her Image: The Unhealed Daughter's Search for Her Mother*, Shambhala Publications. Boston, 1989.
- Carroll, Lewis: *Alice's Adventures in Wonderland and Through the Looking Glass*, New American Library, Nueva York, 1960.
- Chernin, Kim: *Reinventing Eve*, Harper & Row, Nueva York, 1987.
- Chester, Laura, y Barba, Sharon, eds.: *Rising Tides: 20th Century American Women Poets*, Washington Square Press, Nueva York, 1973.
- Christ, Carol P.: *Laughter of Aphrodite*, Harper & Row, San Francisco, 1987.
- Clift, Jean Dalby, y Clift, Wallace B.: *The Hero Journey in Dreams*, Crossroad Publishing Co., 1988.

- Dallet, Janet O.: *When the Spirits Come Back*, Inner City Books, Toronto, 1988.
- Downing, Christine: *The Goddess*, Crossroad Publishing Co., Nueva York, 1981.
- Edinger, Edward F.: *Ego and Archetype*, Md., Baltimore, 1972.
- Eisler, Riane: *The Chalice and the Blade*, Harper & Row, San Francisco, 1976. [*El cáliz y la espada*, Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1990].
- Fox, Matthew: *Original Blessing*, Bear & Company, Santa Fe, 1983.
- Friedan, Betty: *The Second Stage*, Summit Books, Nueva York, 1981.
- Gimbutas, Marija: *Goddesses and Gods of Old Europe, 7000-3500 B.C.*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1982.
- Green, Roger L.: *Heroes of Greece and Troy*, Henry Z. Walck, Nueva York, 1961.
- Griffin, Susan: *Like the Iris of an Eye*, Harper & Row, Nueva York, 1976.
- *Woman & Nature: The Roaring Inside Her*, Harper & Row, Nueva York, 1978.
- Hall, Norr: *The Moon and the Virgin*, Harper & Row, Nueva York, 1980.
- Hammer, Signe: *Passionate Attachments: Fathers and Daughters in America Today*, Rawson Associates, Nueva York, 1982.
- Hildegard of Bingen: *Illuminations of Hildegard of Bingen*, Comentarios de Matthew Fox, Bear & Company, Santa Fe, 1985.
- Johnson, Buffie: *Lady of the Beasts*, Harper & Row, San Francisco, 1988.
- Johnson, Robert A.: *She: Understanding Feminine Psychology*, Harper & Row, San Francisco, 1977.
- Jung, Carl Gustav, y Kerenyi, K.: «Psychological Aspects of the Kore», *Essays on a Science of Mythology*, Pantheon Books, Nueva York, 1949.
- Klein, Mina C., y Klein, H. Arthur: *Käthe Kollwitz: Life in Art*, Schocken Books, Nueva York, 1975.
- Kolbenschlag, Madonna: *Kiss sleeping Beauty Goodbye*, Harper & Row, San Francisco, 1976.
- Lauter, Estella: *Women as Mythmakers: Poetry and Visual Art by Twentieth-Century Women*, Shambhala Publications, Boston, 1982.

- Leonard, Linda Schierse: *The Wounded Woman*, Shambhala Publications, Boston, 1982.
- Lerner, Harriet Goldhor: *Women in Therapy*, Harper & Row, Nueva York, 1988.
- Levitt, Peter: *The Heart of understanding*, Parallel Press, California, 1988.
- Luke, Hellen M.: *Woman, Earth and Spirit: The Feminine in Symbol and Myth*, Crossroad Publishing Co., Nueva York, 1981.
- Markale, Jean: *Women of the Celts*, Inner Traditions International, Rochester, Vt., 1986.
- Moon, Sheila: *Changing Woman and her Sisters*, Guild for Psychological Studies, San Francisco, 1974.
- Murray, Henry A., ed.: *Myth and Mythmaker*, Beacon Press, Boston, 1960.
- Neumann, Enrich: *Amor and Psyche: The Psychic Development of the Feminine*, Colección Bollingen, 54, Princenton University Press, Princenton, 1955.
- *The Great Mother: An Analysis of the Archetype*, Colección Bollingen, 47, Princenton University Press, Princenton, 1955.
- Pagels, Elaine: *The Gnostic Gospels*, Vintage Books, Nueva York, 1981.
- Paris, Ginette: *Pagan Meditations: The Worlds of Aphrodite, Artemis and Hestia*, Spring Publications, Dallas, 1986.
- Pearson, Carol: *The Hero within*, Harper & Row, San Francisco, 1986. [*El héroe interior. Arquetipos de transformación*, Libro Guía, Mirach, Madrid, 1991].
- y Pope, Katherine: *The Female Hero in American and British Literature*, R. R. Browker Co., 1981.
- Perera, Sylvia Brinton: *Descent to the Goddess*, Inner City Books, Toronto, 1981.
- Phelps, Ethel Johnston: *The Maid from the North: Feminist Folk Tales from Around the World*, Holt, Rinehart, & Winston, Nueva York, 1981.
- Rich, Adrienne: *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*, Bardam Books, 1976.
- Robinson, Hilary, ed.: *Visibly Female: Feminism and Art Today*, Universe Books, Nueva York, 1988.
- Sharkey, John: *Celtic Mysteries: The Ancient Religion*, Thames and Hudson, Nueva York, 1975.

- Starhawk: *Dreaming the Dark: Magic, Sex and Politics*, Beacon Press, Boston, 1982.
- Stone, Merlin: *Ancient mirrors of Womanhood*, Beacon Press, Boston 1982.
- *When God was a Woman*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1978.
- Von Franz, Marie-Louise, y Hillman, James: *Jung's Typology: The Inferior Function and the Feeling Function*, Spring Publications, Dallas, 1971.
- Truit, Anne: *Daybook: The Journal of an Artist*, Penguin Books, Nueva York, 1982.
- Walker, Barbara G.: *The Skeptical Feminist*, Harper & Row, San Francisco, 1987.
- *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets*, Harper & Row, San Francisco, 1982.
- Weigle, Marta: *Spiders and Spinsters: Women and Mythology*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982.
- Whitmont, Edward C.: *Return of the Goddess*, Crossroad Publishing, Nueva York, 1988.
- Woodman, Marion: *The Pregnant Virgin: A Process of Psychological Transformation*, Inner City Books, Toronto, 1985. [*Los frutos de la virginidad*, Luciérnaga, Barcelona, 1990].
- Wynne, Patrice: *The Womanspirit Sourcebook*, Harper & Row, San Francisco, 1988.
- Young-Eisendrath, Polly, y Wiedemann, Florence: *Female Authority, Empowering Women through Psychotherapy*, Guilford Press, Nueva York, 1987.

ARTICULOS

- Fleming, Patricia C.: «Persephone's Search for Her Mother», *Psychological Perspectives* 17, no. 2, 1984, pp. 127-47.
- Jenks, Katthleen: «Changing Woman: The Navajo Therapist Goddess». *Psychological Perspectives* 17, no. 2, 1986.
- L'Engle, Madeleine: «Shake the Universe», revista *Ms*, Julio-Agosto de 1987.
- Mackay, Kathy: «How Fathers Influence Daughters», *Los Angeles Times*, 6 de Abril de 1983.

- Meador, Betty DeShong: «Uncursing the Dark: Restoring the Lost Feminine», *Quadrant* 22, no. 1, 1989, pp. 27-39.
- Murdock, Maureen: «Changing Women: Contemporary Faces of the Goddess», *Women of Power* 12, invierno 1989.
- Rothenberg, Rose Emily: «The Orphan Archetype», *Psychological Perspectives* 14, no. 2, 1983.
- Smichdt, Lynda W.: «How the Father's Daughter Found Her Mother», *Psychological Perspectives* 14, no. 1, primavera 1983, pp. 8-19.
- Singer, June: «A Silence of the Soul: The Sadness of Successful Woman», *The Quest*, verano 1989.
- Travers, P. L.: «Out from Eden», *Parabola* 11, no. 3, Agosto de 1986.
- Waldman, Anne: «Secular/Sexual Musings», *Vajradhatu Sun* 10, no. 6.
- Wilshire, Donna W., y Bruce W.: «Gender Stereotypes and Spatial Archetypes», *Anima* 15, no. 2, equinoccio de primavera 1989.

POEMAS

- Connor, Julia: «On the Moon of the Hare», *Making the Good*, Tooth of Time Books, Santa Fe, 1988.
- Di Prima, Diane: «Prayer to the Mothers», en Chester, Laura, y Barba, Sharon, eds.: *Rising Tides*, Washington Square Press, Nueva York, 1973.
- Jong, Erica: «Alcestis on the Poetry Circuit», *Half-Live*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1973.
- Piercy, Marge: «For Strong Women», en *Circles on the Water: Selected Poems of Marge Piercy*, Alfred A. Knopf. Nueva York, 1982.
- Waldman, Anne: «Duality (A Song)», *Fast Speaking Music*, BMI, 1989.



MAUREEN MURDOCK

Es psicóloga y licenciada en terapia matrimonial y familiar; está especializada en el área del Desarrollo Humano, y es escritora y fotógrafa.

Cuenta con más de treinta años de experiencia como educadora, conferenciante, consultora educacional y psicoterapeuta.

Trabaja con grupos de mujeres, impartiendo talleres y dirigiendo seminarios. Con sus participantes ha recorrido las diversas etapas arquetípicas que se describen en *Ser Mujer: un viaje heroico*.

Es también una escritora de renombre. Sus obras más famosas son *Tú sabes, tú puedes*, *El viaje heroico de la mujer* y *La hija del héroe*.

LAS MUJERES DE ESTE TIEMPO, de esta cultura, tienen una búsqueda que llevar a cabo, con el fin de aprender a abrazar totalmente su naturaleza femenina y a sanar la profunda herida de lo femenino, para de esta manera valorarse a sí mismas como mujeres. Es este un viaje interior fundamental que tiene por meta la integración plena y equilibrada de la mujer como ser total.

Ser Mujer: un viaje heroico recoge la esencia de este proceso femenino. Con un discurso cálido, inteligente y lleno de visión, Maureen Murdock nos acerca al rico territorio de la psique femenina descubriendo las comprensiones necesarias para la transformación personal de cada mujer.

Hay un vacío que sienten las mujeres de este tiempo, de esta cultura; un vacío que las hace sospechar que su naturaleza femenina, al igual que Perséfone, se ha ido al infierno.

Ser mujer: un viaje heroico

COLECCIÓN
TALLER DE LA HECHICERA


www.alfaomega.es

Feminismo
Autoayuda
Psicología

THEMA: VSPM

ISBN 978-84-8445-286-7



9 788484 452867